

CHICKLIT



Si me ladras... te muerdo

VERÓNICA VALENZUELA



Copyright

EDICIONES KIWI, 2018

info@edicioneskiwi.com

www.edicioneskiwi.com

Editado por Ediciones Kiwi S.L.



EDICIONESKIWI

Primera edición, septiembre 2018

© 2018 Verónica Valenzuela

© de la cubierta: Borja Puig

© de la fotografía de cubierta: shutterstock

© Ediciones Kiwi S.L.

Corrección: Elena Hernández

Gracias por comprar contenido original y apoyar a los nuevos autores.

Quedan prohibidos, dentro de los límites establecidos en la ley y bajo los apercibimientos legalmente previstos, la reproducción total o parcial de esta obra por cualquier medio o procedimiento, ya sea electrónico o mecánico, el tratamiento informático, el alquiler o cualquier otra forma de cesión de la obra sin la autorización previa y por escrito de los titulares del copyright.

Nota del Editor

Tienes en tus manos una obra de ficción. Los nombres, personajes, lugares y acontecimientos recogidos son producto de la imaginación del autor y ficticios. Cualquier parecido con personas reales, vivas o muertas, negocios, eventos o locales es mera coincidencia.

Índice

Copyright

Nota del Editor

Capítulo 1

¡Patas al frente!

Capítulo 2

Adiós con el corazón, que con mi pata no puedo

Capítulo 3

En busca de huesos

Capítulo 4

La llamada del instinto

Capítulo 5

Perro ladrador, poco mordedor. ¡Y unos cojones!

Capítulo 6

A otro perro con ese hueso

Capítulo 7

A prueba de perro

Capítulo 8

Perro de batalla

Capítulo 9

Vive la vida y ladra feliz

Capítulo 10

A cara o hueso

Capítulo 11

Sex dog

Capítulo 12

¡Mi alma por un hueso!

Capítulo 13

¡Arde Sevilla!

Capítulo 14

Una pata por mí, otra por ti

Capítulo 15

Almas perrunas

Capítulo 16

Como tú me miras

Epílogo

Tres meses después

A mi querida Antonella de Quevedo.

Porque tú me inspiraste la ternura y la inocencia de Río.

Por la maravillosa amiga que eres.

A mis mosqueteras: Sandra, Patricia y María José.

Doy gracias a la vida por aquel mensaje de Facebook, en el que Sandra me buscó por Malena. Ya han pasado más de tres años y ahí seguimos, aunque estemos siempre liadas.

Pero tenía que crear esta novela con vosotras, y vosotras sois la magia de esta novela.

Patricia, porque tus llamadas de teléfono y tus abrazos son el mejor bálsamo para un mal día. Eres increíble, cariño.

María José, mi precioso ave fénix. Nunca olvides lo especial que eres, tu dulzura enamora y algún día el hombre de tu vida aparecerá para reconocer ese tesoro y entregarte su corazón.

Y a ti, Sandra, la Lola de la novela.

Ojalá consigas todos tus sueños y ese que tanto anhelamos las cuatro.

Nunca dejes de ser tan auténtica, ni de hacernos reír con tus locuras.

Tu eres la pasión en esta novela, las ganas de vivir y la alegría.

Mil gracias, chicas, por estar conmigo en esta aventura.

Os quiero muchísimo.

Por último, hay un personaje muy importante en este libro.

Quien me conoce sabe que adoro a los animales y odio que se les haga daño, por eso quise que mi propio perro Tobi contara esta historia. Porque fue un perro abandonado.

Él está siempre junto a mí cuando escribo, a veces debajo de la mesa del despacho entre mis pies.

Cuando me mira con esos ojitos llenos de amor, sé que nadie en la tierra me querrá con tanta fidelidad como mi perro.

Porque es parte de nuestra familia. Porque la huella de sus patitas es

parte de mi corazón como lo fueron mis otros ángeles: Perla y Chispa.

Porque sé que cuando falte nos volveremos a reunir en el otro lado algún día.

Porque los perros tienen alma y sentimientos, aunque haya asesinos que solo buscan hacerles daño.

No son objetos que se puedan abandonar.

Capítulo 1

¡Patas al frente!

Desde mi privilegiada posición escudriño a mi presa con habilidad. Puedo sentir el olor del viento gélido y cortante hiriendo la piel de su rostro como una despiadada cuchilla que un ciego manejara a su antojo.

«¡Leches, ni que me hubiera *engendrao* Cervantes! Para quien no esté versado en letras, es como si el ciego hubiese *jugao* al Mr. Potato con la cara de mi presa, y ríete tú de la de Rossy de Palma».

El centro de Madrid es un hervidero de transeúntes que ultiman las compras de este primer sábado de diciembre. Ellos no notan mis ojos curiosos contemplando su mundo. Ese mundo de prisas, dolor y miedo de acercarse a la persona que tienes al lado, como sí lo hacemos nosotros cuando nos dais la oportunidad: con la calidez de un alma inocente y el amor más fiel.

¡Cuánto tenéis que aprender todavía!

Pero a mí no me interesa toda esa gente que entra a trompicones en el Corte Inglés de Callao. Aquellas señoras que buscan alguna ganga con la que ahorrarse unos euros, en la crisis que ya tanto temen en este aciago final de 2014.

Mi objetivo y el de esta historia es ese hombre rubio al que un repentino empujón de un carro en la espalda lo envía a la entrada del centro comercial con un brusco movimiento.

Él se muerde la lengua y suelta un desagradable taco entre dientes, que no parece llegar a los oídos de la señora canosa que le acaba de pedir disculpas por el empujón, repasándole de la cabeza a los pies con una pícaro mirada. Y os aseguro que yo sé mucho de miradas como esa.

No es de extrañar que las mujeres se lo coman con los ojos y sus alumnas no dejen pasar la oportunidad de intentar tirarle los tejos para que las apruebe y, de paso, hacerle un favor si este no fuera tan gilipollas y se dejara adular más a menudo con la admiración que despierta a su paso, y sacara la cabeza de una vez de tanto libro y tanto cuadro.

«¡Si es que tienes un tirito *dao*, hijo! Anda que, si eso me ocurriera a mí, iba a estar moviendo la colita todo el día. Bueno, las dos».

Os estaréis preguntando: ¿este tío tiene dos colas? Pues sí, porque yo soy muy machote y también el perro que os va a contar esta historia desde el principio.

¿Me acompañáis en esta loca aventura? Prometo que será un remolino increíble de risas y pasión.

El profe podía ser un gran despistado, pero poseía una intensa virilidad, que solo dejaba traslucir cuando olvidaba en el trabajo su faceta seria e intelectual, y se sumergía en noches de sexo lujurioso, calor y risas cómplices en la cama del ligue de una noche de escapada. Luego, al llegar la madrugada, la huida dejando a la moza bien satisfecha para encontrar la intimidad de su piso y su ansiada soledad eran su merecido premio.

«Muy bohemio, muy bohemio, pero la vida te la va a meter doblada en cuanto te descuides, rubiales».

Aunque esa víspera de Navidad no era como las anteriores. Quedaban un par de semanas para las vacaciones, en las que los alumnos se pasarían estudiando buena parte de ellas para los exámenes de febrero. Mi chico las aprovechaba para ultimar el material más importante del semestre.

Con los recortes del Gobierno en educación, el trabajo se acumulaba y pendían de un hilo los puestos de los funcionarios de la enseñanza como el suyo. Bellas Artes era una licenciatura hermosa, pero que, en la mayoría de ocasiones, no encontraba salida en el mundo laboral, y cada vez menos alumnos la elegían.

«¡Mira que son tontos los humanos! Si los artistas mojan más rápido la brocha que yo me meriendo un hueso. Las mujeres, desde que el mundo es mundo, han adorado a los pintores. Sí, en la prehistoria se unían a los cazadores para sobrevivir... Pero se tiraban al que dibujaba los mamuts en las paredes de la cueva, mientras los otros los mataban. Lo sé de buena tinta, creedme».

El caso era que el futuro de su puesto no auguraba nada bueno para el siguiente curso, pero Aitor, que así se llama mi protegido, era ante todo un hombre de recursos ilimitados y una insaciable curiosidad por nuevas experiencias.

Ensimismado en sus pensamientos, compró una botella de Valdepeñas y unas cuantas viandas para la cena, y se dirigió con rapidez a la caja más

próxima. La chica que cobraba no dejaba de sonreír embobada mientras él aguantaba la risa con estoicismo, como solía hacer cuando una inesperada ráfaga de timidez le envolvía ante las miradas femeninas.

Le deseó buenas noches y salió hacia el *parking* subterráneo, donde tenía su Dacia negro. Dentro del coche ajustó el retrovisor, que le devolvió su reflejo de hombre cansado tras una larga jornada.

«La verdad es que es un pedazo de tío, lo mires por donde lo mires, aunque sea incapaz de aprovechar lo irresistible que se vuelve con el paso de los años para las féminas. Picha mía, a veces pareces una virgen renuente más que un hombretón de treinta nueve años al que le lanzarían las bragas a su paso con solo guiñar un ojo y que se conforma con escasos polvos de tarde en tarde. ¡Y qué ojos tiene el muy lerdo! Con el buen trabajo que hizo el gran jefe».

El espejo le mostró un maromo de espeso y lacio cabello tan dorado como el anuncio de Pantene, con el largo flequillo cayendo a cada lado de la frente, alborotado al levantarse por las mañanas y que solía peinar hacia atrás dejando que los mechones cayeran sobre su cuello. Sus ojos eran de un azul intenso con un halo más oscuro alrededor, tan llamativos y grandes que eran lo primero que llamaba la atención de su rostro, dándole un aire soñador, rodeados por espesas y rubias pestañas.

Las cejas finas bajo una frente amplia enmarcaban su nariz recta y más ancha en la punta, pero de perfectas proporciones para su rostro de estatua griega, con aquella boca de labios finos donde una sonrisa seductora dejaba entrever sus blancos dientes. El contorno de su cara alargada con la barbilla partida como las antiguas estrellas de cine era un acabado perfecto para aquel macho alfa.

Aitor era un hombre muy alto, de hombros anchos en su metro noventa y cuatro, que podría pasar por un atleta olímpico más que por un bohemio profesor de arte.

La rebeldía de su flequillo, que caía despeinado cuando se entusiasmaba en sus clases y le daba un aire travieso, era la única nota discordante que se permitía en su faceta de profesor al vestir los serios trajes chaqueta, que guardaban celosamente su robusto cuerpo a la vista de sus alumnas.

Al llegar a casa de su pequeño refugio de Lavapiés, soltó las bolsas sobre la encimera de la barra americana, que comunicaba con el acogedor

saloncito en el que corregía los exámenes.

En Aitor primaba el gusto por la sencillez y la comodidad como el dotado artista que era.

Un sofá alargado de cuero negro era escoltado por las copias de cuadros muy famosos alrededor de sus paredes, desde *Las hilanderas* de Velázquez a *Los aquelarres* de Goya. Eran los únicos adornos del piso.

Sobre la alfombra dorada con cenefas griegas, se encontraba una reducida mesa de caoba que le servía de despacho y donde solía cenar disfrutando de alguna película en el televisor anclado en la pared de enfrente. Un escalofrío le puso el vello de la nuca de punta.

«¡Anda, *joío!* Como no le des a la calefacción se te va a poner el tabuco más azul que el de papá Pitufo».

Encendió el termostato al máximo, porque el piso estaba tan helado que esperaba ver aparecer estalactitas en el techo en cuanto se descuidara.

En su dormitorio práctico y funcional para alguien que no necesitaba demasiadas comodidades para vivir, salvo la enorme cama de matrimonio y un buen armario con multitud de compartimentos donde mantener su ropa y trajes bien planchados, se despojó de su indumentaria, quedándose solo con los bóxers. Echó el resto al cesto de la ropa sucia y, temblando de frío, entró en la ducha.

La deliciosa caricia del agua caliente sobre su piel, deslizándose como las manos de una experta amante desde su nuca hasta el redondo trasero, le hizo ronronear como un espléndido gato.

Aitor era un espectáculo para la vista en ese momento, con el pecho esculpido de gladiador de la arena del circo y los adornos de un varón del siglo XXI. En los elevados pectorales un aro de oro sobre el pezón derecho mostraba su espíritu más atrevido.

Si le pudieras ver como yo, descubrirías al bajar por su vientre terso el lujurioso tatuaje de la rosa de los vientos a un lado del pubis, señalando con la punta de la veleta al sur en vez de al norte... Pues era en el sur donde el muchacho guardaba sus preciados cascabeles.

«Si yo sabía que no me equivocaba contigo, truhan. ¡Qué grande eres, muchacho! Sobre todo, por abajo, hijo de mi alma. Tú sí que tienes un martillo entre las piernas y no el mariquita rubio de Los Vengadores».

Sus músculos, agarrotados por el frío, fueron dejándose vencer por la agradable laxitud que se iba apoderando lentamente de su cuerpo mientras se relajaba un buen rato.

Abandonó con desgana el cálido refugio en el que había permanecido hasta que su piel adquirió un rubor rojizo, se envolvió en el albornoz blanco que colgaba de la pared y se dispuso a emprender el trabajo que le llevaba a veces a acostarse de madrugada: preparar los temidos exámenes con los que sondearía a sus alumnos.

Se preparó un plato con unos trozos de queso picante y una copa de vino y se sentó en uno de los cojines de la alfombra mientras veía las noticias en la televisión.

La intensa inquietud que le provocaba contemplar la sucesión de calamidades que ocurrían en España, desde los desahucios que sufrían muchas familias hasta el negro futuro que se avecinaba para los jóvenes, incluidos los que estudiaban en sus clases, le hizo apagar la televisión con hastío.

Los rumores entre el profesorado de su universidad no auguraban nada bueno y Aitor sabía que tarde o temprano la racha de mala suerte se cebaría en él también.

Pero no tenía miedo. Su vida nunca había sido fácil, desde que le dejaran abandonado con apenas días de vida en un descampado cercano al colegio de jesuitas donde finalmente se crio.

Por su cabello de un llameante oro y sus inconfundibles rasgos nórdicos con aquellos intensos ojos azules, sus compañeros le apodaron el Vikingo, a pesar de los rumores que insinuaban que provenía de uno de los asentamientos chabolistas de las afueras de Madrid.

Para Aitor, al que el padre Damián inscribió en el registro con el nombre de su propio progenitor y le dio sus apellidos de Oliveros Sanchís, se convirtió en tutor, amigo y adorado padre. Le enseñó a no avergonzarse de su procedencia, sino a encarar el futuro con determinación.

Damián, por entonces recién salido del seminario de Toledo con destino a la capital, fue quien le descubrió tras las bolsas del contenedor de basura que había en la explanada cercana al colegio. Su llanto le alertó y el joven cura se llevó la sorpresa de su vida cuando creía rescatar a un gatito y se encontró con un bebé aterido.

Con los años, aquel niño que podría haberse convertido en un paria de la sociedad, demostró tener una inteligencia por encima de lo común, convertido en un superdotado en potencia y con un don especial para el arte y la pintura, que dejó boquiabiertos a los frailes, quienes le pedían que restaurara algunos de los cuadros de la capilla.

Aitor era capaz de despertar la vida en cada trazo, al realzar el color de un manto y al dotar a los rostros de las imágenes de un espíritu sereno y místico a la vez.

Al acercarse la mayoría de edad, en la que muchos de aquellos chicos sin familia optaban por trabajar en lo que podían para sobrevivir, su tutor decidió pagar de su bolsillo, que nunca estaba demasiado lleno, la licenciatura en Historia del Arte y el posterior doctorado en Restauración Artística de su pupilo preferido, quien llegó a graduarse *cum laude* antes de cumplir los veinticinco.

Sus impecables notas le abrieron las puertas para convertirse en el magnífico profesor que era hoy día en la misma universidad donde estudió; incluso su erudito conocimiento le había llevado a asesorar en algunas exposiciones al Museo del Prado.

Pero había un secreto que guardaba con ahínco desde sus tiempos de juventud. Algo que ni su tutor ni el resto de la congregación conocía y que mantenía celosamente escondido en su piso, desde que lo compró cuando le contrataron como profesor.

Cuando la noche caía y no traía trabajo a casa, daba rienda suelta a su mayor afición... Pintar desnudos femeninos.

«¡Ay, gañán, cómo sabes lo que te gusta! Si es machote hasta *pa* mear, que lo hace de pie como los toreros: mano en la cintura culera. ¡Y toma, moreno!».

A veces aquellas mujeres tenían el rostro de alguna olvidada amante, otras el de una belleza cañí que pasó por su lado en la calle y de la que acabó prendado grabándola en su mente.

Pero esa noche tenía unas ganas irresistibles de seguir con el cuadro de la ninfa que había comenzado la semana anterior; sentía que le picaban los dedos de anticipación. Y con todo el dolor de su corazón tuvo que reprimirlas para redactar los temas sobre los pintores del Renacimiento y la familia Medici con los que examinaría a sus chicos.

Embarcado en aquella etapa de la historia tan fascinante y memorable para los artistas que convivían con la aristocracia de la *Serenissima*, que vio nacer a tan grandes pintores protegidos por los mecenas y dar a conocer al mundo las mejores obras de arte, se consoló intentando evitar su pasatiempo favorito.

Poco a poco pasaron las horas, hasta que las brumas del sueño le hicieron desvanecerse profundamente dormido sobre su cuaderno de notas.

«Tranquilo, amigo mío, yo velaré tus sueños desde las sombras de la noche hasta que nos conozcamos. Lo que no será muy tarde...».

El estridente sonido de la música *rock* que retumbó cerca de su oído le despertó con un sobresalto. Con los ojos aún cegados por el sueño, Aitor tanteó bajo las montañas de papeles de la mesa el lugar donde se escondía su móvil para apagar la atronadora banda sonora de todas sus mañanas.

Se preparó un café rápido, negro y fuerte para despejarse y se dio una rápida pasada para afeitarse y mojar bajo el lavabo sus rebeldes mechones.

Vestido con un impecable traje chaqueta gris, dejó aparcada su faceta bohemia y sencilla del pintor que solo buscaba saciarse de la belleza de la vida y el alma femenina para plasmarla en sus cuadros, dando paso al hombre serio y profesional que primaba en el trabajo.

Apuró el café, metió las notas de la noche anterior en su maletín de cuero negro y bajó al aparcamiento rumbo a la Complutense de Madrid.

Una hora después aparecía el enorme edificio blanco de la facultad, situada en la calle Greco, entre la fría bruma de esa mañana con gruesos copos de nieve que comenzaban a invadir el campus.

Se dirigió a la secretaría del departamento de Pintura y Restauración, donde soltó su maletín en una de las sillas situada junto a la cafetera.

Isabel, quien llevaba la organización de todo el departamento, le recibió con una sonrisa de oreja a oreja, mientras disponía un par de tazas que pronto se llenaron del negro expreso con que deleitaba a su profesor favorito.

—¿Preparado para torturar a tus alumnos? —le preguntó con una mirada risueña en sus ojos marrones, cargados de sabiduría y buen humor en aquella señora que ya pasaba los sesenta.

—Tal y como están las cosas... —respondió Aitor mordiéndose los labios—. No sé si llevaré aquí el tiempo suficiente para seguir haciéndolo.

—¿Te has enterado de que se acaban los contratos de Joaquín y Milena?

Aquellos compañeros eran los profesores que impartían las clases de dibujo y grabado. La criba para reducir personal en la facultad era cada vez más despiadada: la austeridad que la Comunidad de Madrid exigía al decano Josu Larrañaga le ponía entre la espada y la pared, puesto que muchos de los profesores que se quedaban sin trabajo llevaban innumerables años en la facultad.

La noticia fue un amargo trago para Aitor, que comenzaría su jornada con una persistente sensación de malestar en la boca del estómago.

Se dirigió al aula de dibujo, donde daría la clase de esa mañana. Enorme y de amplios ventanales del suelo al techo, ofrecía la luz cálida y brillante que los alumnos necesitaban para los cuadros.

Dispuestos en hileras, los caballetes con lienzos en blanco rodeaban toda la sala de suelo oscuro, incluida la parte de arriba, que atravesaba el aula con un largo pasillo protegido por cristalerías.

Entró en el aula con un escueto y serio «buenos días» a los alumnos, mucho más formal de lo que era su costumbre, desanimado por la noticia recibida.

Las chicas respondieron con rapidez al saludo, lo que le hizo sonreír ante el leve suspiro que se escapó de alguna boca risueña muy cerca de su mesa.

—Supongo que os habrán informado que vuestros profesores de dibujo ya no estarán en el centro para los exámenes. —Los chicos asintieron entre murmullos de fastidio—. Aún no sé quién los sustituirá.

—¿Por qué no lo haces tú? —preguntó Álvaro Ortega, un chico de Cuenca que tenía pasión por el grabado.

—Eso tiene que decidirlo el decano, no yo, Ortega. Lo que me preocupa es qué va a pasar con vuestros exámenes. Milena y Joaquín eran vuestros tutores en la asignatura y quienes mejor conocen vuestras aptitudes y dónde deben meteros caña —repuso con una sonrisa.

—¿Y no puedes examinarnos tú de las dos asignaturas, Aitor? —le pidió una preciosa morenita, tan resalada y pícaro que todos se desternillaban de risa con sus chistes verdes.

—¡Ay, Marisa! No te vas a librar de los míos, tranquila. Vas a acabar odiando a los Medici, te lo aseguro.

—Profe, ya no me gustas tanto, que lo sepas —contestó la listilla, enseñándole la lengua.

—Si suspendes mi examen, tú sí que me vas a caer muy mal. —La provocó tirándole un trocito de carboncillo a la cabeza—. Y se te van a quitar las ganas de chistes. Bueno, ya es hora de trabajar, que esta semana es la última antes de Navidad y no quiero que empecéis a hacer el vago antes de tiempo. Hablemos de uno de los grandes genios del Renacimiento que entra en el examen, atento, Matías, que luego no te enteras.

El aludido se puso colorado hasta las orejas entre las carcajadas de la clase.

—Conozcamos las técnicas de Da Vinci —les anunció, empezando un viaje en el tiempo que envolvería a aquellos futuros artistas durante las siguientes dos horas.

En la cafetería encontró a Joaquín con gesto ausente frente a su inseparable mate, con la barba rubia y el largo flequillo tapándole sus gafas de estilo Lennon; le saludó palmeándole la espalda y se sentó a su lado.

—Hola, tío, ya me he enterado de lo vuestro. Lo siento, amigo. —Le apoyó con tristeza.

—Gracias, la verdad es que no nos coge de improviso. En el boletín trimestral ya se anunciaba que la facultad reduciría gastos.

—No es justo que empiecen por el profesorado más cualificado y antiguo. —Se quejó Aitor asqueado—. ¿Cuántos se han tenido que marchar este año?

—Cuatro con nosotros. La putada es que todo esto no solo repercute en nuestras vidas, también en la calidad de enseñanza que estamos dando.

—Cada vez tocamos a más asignaturas que impartir y menos profesores que darlas. —Le contempló con gesto serio—. No tengo que decirte que haré cuanto esté en mi mano para llevar la tuya con dignidad, si el decano me lo pide.

—En eso no tengo dudas, Aitor. Eres el mejor docente de toda la facultad.

—¿Qué vais a hacer ahora, amigo?

—Estamos pensando seriamente volver a Argentina. Hace tres años que

Milena no ve a su familia y yo tengo ganas de cambiar de aires y dejar esta mierda de España en la que vivo y que cada vez entiendo menos.

—Os voy a añorar mucho, ¿lo sabes? —repuso con un nudo en la garganta.

Sus dos compañeros se habían convertido con el paso de los años en amigos inseparables de correrías fuera de la facultad.

—Y nosotros a ti, guaperas. Éramos y seremos siempre los tres mosqueteros —constató su compañero con un apretón de manos.

—Tendremos que hacer una fiesta de despedida a lo grande.

—Eso ni lo dudes, Vikingo.

Mientras tomaban su desayuno, resonó por los altavoces del centro la voz de Isabel con un comunicado urgente.

Reunión de profesores de todos los departamentos con el decano en la biblioteca a la una de la tarde.

Se miraron alarmados, era sumamente raro que convocaran una junta con todo el mundo de repente. El malestar del estómago de Aitor dio un vuelco, aumentando el leve dolor que comenzaba a sentir.

Estuvo preparando la clase del día siguiente en su despacho del departamento de Restauración, que dirigía con mano firme, entre una montaña de papeles y escritos, como era habitual en él.

Intentaba concentrarse al máximo, aunque su imaginación le presentaba mil y una situaciones, cada una peor que la anterior, para la reunión que empezaba en quince minutos. Suspirando, guardó sus notas en el maletín y lo dejó en su mesa para dirigirse a la biblioteca.

La mayoría de sus compañeros habían llegado y ocupaban la mesa central, unos con rostro angustiado y otros con una sonrisa intentando tranquilizarse.

El decano entró cuando Aitor tomaba asiento junto a Joaquín. Josu era un hombre que pasaba de los cincuenta, alto y enjuto como una vara de bambú e igual de flexible, pues su diplomacia le había permitido dirigir la facultad durante casi diez años.

—Buenas tardes, por decir algo. —Los saludó con cara de pocos amigos.

Todos mantuvieron silencio tras los saludos, porque el semblante del

decano era un poema, con el ceño fruncido y un rictus grave en los labios.

—Hoy es un día muy amargo para mí y lo será para la mayoría de vosotros, a mi pesar.

—No te andes con rodeos, Josu, si la sentencia es mala dila ya, por favor —le rogó Aitor, tomando la palabra ante el mutismo de los demás.

—Me ha llegado una circular del gobierno de la Comunidad de Madrid donde dan un ultimátum a la facultad para recortar aún más. O nos cierran el centro porque no habrá más ayudas. —Los murmullos de sorpresa llenaron la sala.

—Ya sabéis que nuestras licenciaturas no parecen ser importantes para el actual Gobierno español, gracias a Marianito —gruñó enojado—. Así que me han dado una lista de departamentos que deben ser eliminados.

—Con el de Dibujo ya lo tienes fácil, Josu —constató Milena acusándole con la mirada.

—Te equivocas, Milena, para mí es un trago amargo, no fácil. En este momento aborrezco el cargo que ostento.

Aitor tomó la mano de su amiga para tranquilizarla. Respetaba al decano, pues él le había abierto la puerta de la facultad para trabajar hacía muchos años, a pesar de convertirse en su mayor competidor en materia profesional.

—La cuestión es que la facultad es víctima de una especie de chantaje político: o cierro departamentos o ellos me cierran el centro y Madrid perderá la mejor escuela de arte de España.

—Josu, estamos en el filo de la picota, así que no te andes con rodeos y dispara ya. —Se impacientó Aitor.

—Tendré que reubicar a los profesores y las asignaturas que queden, por lo que os pido a los afortunados que conservéis vuestro puesto que no os marchéis tras la reunión. —Suspiró, cogiendo energía para su desagradable tarea—. Los departamentos que se cerrarán son Dibujo I y II, Expresión Plástica, una parte de Historia del Arte —se detuvo un instante concluyendo con un suspiro— y Restauración.

Cuando Aitor escuchó que todo su departamento se quedaba sin trabajo, le dio un vuelco el corazón y sintió una rabia que a duras penas quería controlar. El resto de profesores que se quedaban sin trabajo como él puso el grito en el cielo.

—Sabes que estás perdiendo la parte más importante de la licenciatura, ¿no, Josu? —le recriminó Alberto Domínguez, el encargado de Expresión Plástica.

—Prefiero dar menos calidad, pero seguir manteniendo la facultad a toda costa —respondió el aludido.

—Por eso nos vendes, por mantener el maldito centro a favor de una enseñanza deficiente —rebatía Aitor, tremendamente cabreado.

—Lo siento, esto se me escapa de las manos y las tengo atadas.

—¿Cuándo pasaremos por la picota? Espero que al menos podamos examinar a los alumnos con un mínimo de exigencia —le interrogó con menos paciencia cada vez.

—Pues siento ser tan drástico, Aitor. —Lo fulminó con la mirada tras sus gafas de pasta—. Pero tú ya no estarás aquí para los exámenes de febrero.

El semblante del profesor se convirtió en un rictus de rabia e impotencia. Sin nada que perder en su funesta situación, decidió descargar toda la frustración que sentía en ese momento.

—¿Te das cuenta de que estás traicionando la esencia del arte? Te has dejado comprar por unos políticos de mierda que quieren atar la libertad que tanto les costó conseguir a nuestros mayores.

—Yo no hago las reglas, Aitor. —Se defendió el decano con un gesto de desidia en el semblante.

—No, tú prefieres que otros luchen tus batallas, Josu. Por si no te has dado cuenta, mi departamento enseñaba a los chicos a ganarse la vida con la restauración, si no podían vivir de su propio arte. —Le señaló con un dedo acusador y la cólera vibrando en sus ojos claros—. Explícales que ni siquiera podrán hacer eso cuando se mueran de hambre.

Sin querer escuchar nada más de aquella criba maldita, Aitor salió de la biblioteca dando un portazo.

En su despacho recogió el maletín con el resto de las notas para los exámenes y salió con cara de pocos amigos rumbo a casa. Sus clases habían terminado hasta el día siguiente y cambió los planes de preparar el resto del trabajo en la biblioteca, donde pensaba quedarse por la tarde. No soportaba estar en el trabajo ni un minuto más.

El tráfico de Madrid acabó con la poca paciencia que le quedaba,

mientras intentaba esquivar caravanas de gente que entraba en la M-30 camino del centro de la ciudad.

«De cabrón *pa* arriba es lo más bonito que ha ido soltando esa lengüita que te hizo tu madre, hijo. La sangre de chabola te corre por las venas, desde luego».

Aitor, tras dar mil vueltas para aparcar, logró encontrar un sitio, y metió el coche más apretado que la bragueta de un novio en la mili. A la entrada de su edificio en el bloque 15 se encontró de frente con Luis, el vecino sesentón de su rellano.

—¡Mi *arma*! ¡Qué de tiempo sin verte, chiquillo! —Le saludó con una sonora palmada de viejo camionero en el hombro.

—Hola, Luis, estoy hasta la colcha de trabajo y casi no paro en casa —respondió, alejándose cuanto pudo del hombre.

—¡Esta juventud! A ver si te pasas por casa y nos echamos un canastita¹ al gañote.

—Cuando tenga un respiro. —Se escabulló, subiendo de espaldas la escalera y quitándose de en medio.

En dos zancadas, llegó al tercero refunfuñando por el camino hasta que abrió su puerta en el D.

—¡Qué coñazo de tío! Sevillano tenía que ser el vecino que me tocara al lado, ¡mierda!

«¡Cómo no iba a salir uno de sus puntos flacos a relucir! Para que vayáis conociendo a mi rubiales, queridos lectores, os diré que una de las cosas que saca de quicio al chico son los andaluces. En especial, los sevillanos. Odia su humor, sus chistes, sus ganas de juerga, hasta su graciosa forma de hablar. ¡No te *quea na, picha!*».

Como una exhalación desparramó su maletín en el sofá, al mismo tiempo que se tiraba al lado con gesto irritado. Tenía un cabreo de narices, ya no solo porque acababa de ir directo al paro, sino porque todo el trabajo que había hecho de preparar los exámenes durante días había sido en vano.

Contemplando los cuadros de la pared, Aitor suspiró pensando que con el paso de los siglos las cosas para los pintores no habían cambiado tanto.

La mayoría seguían siendo unos muertos de hambre el resto de su vida, salvo algún privilegiado que lograba el golpe de suerte de un desconocido

mecenas que se fijara en el arte de su pincel y le llevara a convertirse en la atracción de los mejores museos del mundo.

Goya le contemplaba con una sonrisa irónica desde el retrato de la pared burlándose, porque él sí se convirtió en pintor de la corte española, mientras que Aitor se sentía uno de brocha gorda y no de la que portaba bajo los vaqueros, precisamente.

Si echaba cuentas, sus ahorros eran más bien escasos porque todo el sueldo se iba en pagar la hipoteca, el coche y comer algo sano, aunque no le daba para mucho jamón.

El dicho de «Madrid al cielo» en su caso era de «Madrid a un puente» como durante los próximos meses no encontrara algún trabajo.

Para Aitor ahorrar era una odisea más larga que la de Homero, si tenía guardados quinientos euros sería todo un milagro.

¿Cómo narices iba a sobrevivir si no encontraba nada cuando se le acabara el paro?

—Me veo haciendo caricaturas en el Retiro a los turistas o vendiendo mi cuerpo a las inglesas. Lo que antes me dé de comer.

1 Vino oloroso, generoso, de licor dulce, variedad Palomino y Pedro Ximénez.
Originario de Jerez de la Frontera.

Capítulo 2

Adiós con el corazón, que con mi pata no puedo

Lo único positivo en la nueva condición de Aitor era que, al día siguiente, sábado, no tenía que dar clase y podría organizar un poco sus asuntos.

No había descansado mucho esa noche. Sus sueños estuvieron plagados de cartas de despido, neveras vacías y grúas que se llevaban su adorado coche por impago. Menos mal que se despertó en el momento en el que apareció la imagen de un puente y el hombre que dormitaba envuelto en mugrosas mantas mostraba un premonitorio parecido a él.

Con un dolor de cabeza de órdago y el estruendo insistente en las sienes que sentía, como si un grupo de duendes jugara al frontón con su cerebro, se estiró desnudo sobre la cama dispuesto a coger el toro por los cuernos.

Un par de aspirinas y una humeante taza de expreso media hora después le ayudaron a despejarse.

Sentado frente a la mesita del salón abrió un cuaderno, dispuesto a forjar un plan de ataque contra la inminente pobreza que le acogería como una cariñosa madre si no se espabilaba.

—Vamos a ver, tío, lo primero es saber cuánto tienes ahorrado y hasta cuando te durará si llegas al extremo de estar más de seis meses en paro —se dijo con firmeza.

Abrió el portátil y revisó sus cuentas para calcular el dinero que podía sumar al subsidio mientras no encontrara trabajo. Los números en la pantalla se fueron cachondeando de él uno tras otro, hasta que su reflejo le devolvió a un mar de desolación.

—No puede ser. ¡Solo tengo ahorrados mil euros!

«¡Ojú, picha, qué de huevos con patatas vas a comer!». Sí señor, a mi protegido el uno y los tres ceritos le estaban haciendo un insultante corte de manga como una catedral.

Con aquella miseria no iba a tener ni para el primer mes. Al menos el

finiquito le haría remontar durante un tiempo, pensó suspirando.

Para distraerse un poco y cambiar de ánimos, decidió leer el periódico en busca de anuncios de trabajo para tantear el tema. Como no le dio tiempo de comprarlo el viernes, se puso el chándal negro, sus Reebok, el chaquetón azul marino y bajó a dar un paseo que al menos librara a su mente de problemas por un rato.

Solía frecuentar alguna que otra tarde de descanso el café La Librería de Lavapiés que se encontraba en la calle de Argumosa frente a la fuente, precisamente donde él vivía.

Bajó corriendo antes de que apareciera el sevillano cruzándose con él en el descansillo, y el aire helado de la mañana le dio la bienvenida.

Las tiendas, durante su corto recorrido, estaban decoradas con tal profusión de adornos y luces dignas de admirar para la pronta Navidad, que ya envolvía a la gente de Madrid. Los transeúntes saludaban a Aitor con una sonrisa franca en sus rostros, en los que se leían los buenos deseos que a la mayoría de las personas les despertaba esta época.

Para Aitor la Navidad era sinónimo de alegría, esperanza y proyectos de futuro. A pesar de no tener una gran familia propia, siempre se había sentido arropado por sus amigos de la universidad y disfrutaba la Nochebuena en el colegio con su padre Damián, al que no podía visitar tan a menudo como quería por culpa del trabajo.

La fachada rosada y gris de la librería con sus característicos toldos anaranjados apareció ante sus ojos. Dentro se respiraba el inconfundible aroma a café y libros que era el sello del establecimiento.

En el frontal, también anaranjado con cenefas de estilo antiguo en la pared, descansaban un par de chicas relajadas en los sillones de piel clara, devorando un libro de filosofía cada una.

Aitor se sentó a una de las mesitas naranjas y, cuando el camarero se acercó, pidió un café americano y un *muffin* casero junto con el diario *El Mundo*.

Pasando por alto las noticias más trágicas, se fue directo a los anuncios laborales. Leyó el primero:

Se busca electricista por horas. Sueldo mínimo. Experiencia de al menos tres años.

—¡Ja, de este me olvido! Porque antes me electrocuto. Mira que no tener ni puta idea de poner un simple enchufe y que sepa restaurar lo más antiguo — murmuró desilusionado.

Se busca mozo de almacén. Menos de treinta años. Llamar al...

—¡Joder, ya quisiera yo tener menos de treinta! Si los cuarenta me están pillando las pelotas.

Prefirió cerrar el periódico de marras y devorar el *muffin* de canela entre la irritación y el desaliento. Suspirando de puro placer al acabarlo, tomaba un sorbo del café cuando sonó su Samsung.

—¿Sí?

—Hola, Vikingo. ¿Qué haces?

—Hola, Joaquín. Ahora mismo el gilipollas, la verdad. Estaba echando un vistazo a los anuncios de trabajo.

—¿No es un poco pronto, tío? Si aún ni te han dado el finiquito siquiera —afirmó su amigo.

—Es para hacerme cuanto antes a la idea. Creo que no me va a llegar ni para pipas.

—Bueno, no exageres, ¿quieres tomar algo? Milena está organizando trastos en casa. Y prefiero dejarla un rato, que me tiene agobiado.

—Vente a la Libre, estoy desayunando.

—Voy para allá. —Se despidió.

Joaquín siempre lograba animarle por muy negativo que estuviera. Mientras le esperaba, Aitor se dio cuenta de cuánto le iba a echar de menos.

«¡Y qué lejos está Argentina, cago en la mar!», meditó sintiendo que la congoja comenzaba a embargarle.

Para Aitor, que sus mejores amigos de confianzas y veladas cálidas entre risas y planes de futuro se marcharan al otro lado del mundo era una difícil prueba que tardaría en superar.

Odiaba la soledad, no la que sobreviene por no tener un cuerpo acogedor a tu lado en la cama, o disfrutar de la mirada cómplice de la mujer que amas, sino aquel sentimiento de camaradería que compartía con sus amigos del alma, que siempre habían estado junto a él, en los momentos de tristeza o en las celebraciones dichosas.

La cara sonriente de Joaquín le sacó de su ensoñación al chasquear los dedos frente a él.

—¡Eh, bello durmiente, despierta! —le soltó con una carcajada.

Aitor se levantó y le estrechó en un abrazo de oso.

—¿Qué te apetece tomar, tío? —Le invitó a sentarse.

—Un té de menta, gracias.

Aitor levantó la mano para llamar la atención de la camarera pelirroja que pasó frente a él. La mirada que le echó la chica de ojos negros dejó de piedra a su compañero.

—¡Joder! Si los ojos fueran lengua te habría lamido hasta la campanilla —comentó Joaquín con un tonito de puro cachondeo y envidia.

—Quino —así le llamaba en la intimidad—, deja de mirarle el culo, que tu mujer te va a cortar el trabuco como aparezca por aquí.

Su amigo volvió la cabeza al instante, para cerciorarse de que su costilla no miraba por el escaparate, con intención de caparle.

Las carcajadas de Aitor, con aquella voz grave y masculina que le caracterizaba, resonaron en el establecimiento haciendo las delicias de la camarera, que no le quitaba ojo.

—¡Vete a hacer puñetas, Vikingo! ¡Menudo susto me has dado, cabrón!

—Pues no sé por qué con lo liberal y poco celosa que es tu mujer —contestó, escondiendo la risa bajo una capa de la ironía más exasperante.

—Espero que las argentinas no estén buenas, no poder echarles una miradita de reajo será mi perdición.

—Siempre puedes arrancártelos como en aquella peli de Corman —resolvió el rubio, dándole un capón cuando la camarera se marchó tras llevarles su pedido y volver a prendarse de su trasero respingón.

—Bueno, hablemos en serio. ¿Ya has pensado qué vas a hacer con tus maravillosos y abundantes ahorros? —Se cachondeó en venganza.

—Quino, a lo mejor puedo comprar alguna caja de condones cuando pague la hipoteca y el coche. —Suspiró resignado mordiéndose las uñas.

«¡Ay, Vikingo! Por la perra que me parió, lo más probable es que te comas la caja de condones de almuerzo como no te espabiles».

La conversación con Joaquín le hizo olvidar un poco aquel pellizco que se había asentado en la boca de su estómago, desde que la noticia de quedarse

sin trabajo retumbó en sus oídos. Rememoraron sus años de correrías estudiantiles, entre sorbos de café y el delicioso té, que llenaba del frescor inconfundible de la menta toda la mesa.

—¡No te imaginas qué miedo pasé la primera vez que te vi! —comentó Quino, subiéndose las gafas sobre el pelo.

—¡No era para tanto, idiota! —Se rio Aitor aguantando las carcajadas.

—¿Que no? Yo, que era un adolescente esmirriado y miope, acosado por los tres chulos de la clase, veo que cuando me tienen tirado en el suelo del patio del insti para darme de hostias —puso los ojos en blanco—, aparece de la nada un gigante salido del cómic de Thor y los coge del pescuezo, apartándoles de mí de un manotazo.

—Eran dos enanos cobardes y el tercero un cagueta —contestó, cruzándose de brazos satisfecho.

—Sí, cojones, pero es que con dieciséis años ya medías más de 1,80. Imponías un huevo, Aitor.

—Ahora no impongo tanto, o nuestro querido rector no nos habría dejado en la calle, ¿no te parece?

—No culpes demasiado a Josu, él hace lo que le mandan. Los recortes vienen de mucho más arriba, de un tal Rajoy si no recuerdo mal...

—Lo sé, Quino, pero me da tanta rabia que este jodido Gobierno quiera convertirnos en retrasados culturales.

—Son los tiempos que nos ha tocado vivir. Mis padres emigraron a Suiza para traerse un futuro al regresar a España —chasqueó la lengua—, y a mí me toca irme a Argentina con mi mujer para sobrevivir. Por cierto, amigo, si las cosas te van muy mal podrías venirte con nosotros.

—Argentina está muy lejos, Quino. Pero gracias por ofrecerme vuestra ayuda. Lo pensaré cuando el futuro esté muy negro. Pero volveréis en cuanto esta crisis termine de una puta vez, ya lo verás.

—No estoy tan seguro, Aitor. Estábamos pensando ir a por el bebé, ¿sabes? Y con el precipicio en el que nos ha metido la maldita crisis no me atrevo a tener un hijo aquí para luego ir a pedir pañales a Cáritas.

—¿Quieres decir que te vas para siempre con Milena? —preguntó desolado.

—Estoy pensando que si me establezco medianamente bien en Buenos

Aires, España será un bonito recuerdo. —Le contempló con un nudo en la garganta.

—Esto va a ser muy duro, Quino —susurró Aitor conteniendo la emoción que le aprisionaba.

—Siempre habrá Skype, amigo. —Sonrió a duras penas.

«Pero ya nada volverá a ser lo mismo», pensó amargado quien tendría que quedarse en soledad.

El inconfundible sonido de la algarabía se colaba en la sala de exploración haciéndola sonreír. Adoraba la marabunta de ladridos, algunos temerosos y otros excitados, que recorrían la sala de espera de Paraíso Peludo.

Aquella acogedora y fantástica clínica veterinaria era su propio paraíso en la tierra, el lugar donde se sentía segura, útil y tremendamente feliz.

El pequeño cocker lanzó un lastimero gañido cuando introdujo la aguja de su primera vacuna. Rápidamente, alivió el escozor con una caricia dulce en el lomo y un beso en la cabeza.

«Aunque ella no puede verme, yo sí contemplo, desde mi espacio secreto, la ternura y el profundo amor que esta preciosa mujer regala a cada animal que se encuentra en su camino, con una envidia que me cuesta disimular. A mí nadie me ha tratado con esa maravillosa dulzura, ni una caricia siquiera desde que era un cachorro que nadie quiso, y al que tiraron a la basura una helada noche de invierno.

Pero la vida trae muchas sorpresas y el karma sigue siendo el karma en pleno siglo XXI».

—Lola, ¿puedes traerme a Pumba, por favor? —Solicitó a su compañera.

—Aquí estoy, chata. —Apareció por la puerta lateral una chica rellenita, pero con todo muy bien puesto—. Venga, guapo, que te llevo con tu mamá. —Salió de la sala abrazando al cachorrito con mimo.

Patricia, la recepcionista, entró acompañando su esbelto y delgado cuerpo con un rítmico taconeo. Su jefa le sonrió, mirándola por debajo de su hombro.

—Cariño, nos queda un paciente antes de irnos a casa. ¿Te apetece un cafelito para levantar el ánimo?

Patricia tenía un don especial para notar cuándo estaba cansada y la obsequió con algo que la había maravillado desde el primer momento en que se conocieron y que era el sello de su personalidad: un apretado abrazo. La chica te envolvía con un amor tan delicado que sus brazos te recordaban al calor de los de una madre que te protege cuando eres niño.

Para su jefa, aquel recuerdo perdido entre las brumas de su infancia le daba una energía que le hacía capaz de comerse el mundo al sentir el calor de su amiga.

—Vale, Patri. Me vendrá bien para despejarme. —Le devolvió el beso en la mejilla.

—Ahora mismo te lo traigo, cielo.

Cuando su compañera se fue, la voz más bonita acompañada del corazón más grande del universo apareció por la puerta lateral. María José, Mariajo para ellas, era la peluquera canina. Una chica alta, con el pelo corto y flequillo castaños, una cara juvenil como su alma de niña buena y los modales tan correctos y educados que parecía salida de la misma Inglaterra.

—Bueno, el caniche se ha transformado en chihuahua —le contó, sacudiéndose el pelo donde aún tenía pelusas blancas.

—Lo que tú no consigas, nena. No sé qué les haces, pero los animales se quedan embobados al escucharte y te dejan trabajar sin problema. Ni intentan morderte cuando les cortas las uñas, con lo odioso que es para los perros.

—Los hipnotizo, ¡ja, ja! Ya quisiera hacer lo mismo con los hombres, hija.

—¿Para qué? Ninguno vale lo más mínimo.

—Oye, jefa, si yo no me he rendido, tú tampoco.

—Yo no pienso enamorarme nunca más. Con un cretino ya tuve bastante —refunfuñó decidida.

—Hay muchos peces en el mar, reina —contestó en el umbral de la puerta —. Quedamos en el bar luego.

—Vale. Chao Mariajo.

Concentrándose en el trabajo, pidió a Lola por el interfono que pasara al último paciente. La auxiliar veterinaria entró con una anciana que traía un conejo negro.

—Hola, Amalia, ¿cómo se ha portado Bugs? —Se interesó, mientras su

compañera la ayudaba a sentarse en la silla frente a ella.

—Bien, hija, he estado pendiente de que no se mordisqueara los puntos.

El animal había tenido un absceso en el carrillo derecho por una infección.

—Genial, entonces se los quitaremos hoy mismo.

Cogió al conejo y, mientras Lola le sujetaba la cabeza para que no se moviera lo más mínimo, comenzó a cortar con pinzas y tijeras el hilo. Acabó en un santiamén, sin que el pobre bichito rechistara siquiera.

—Ya está, Amalia. La herida no ha supurado y se mantiene perfectamente seca.

—¡Ay, corazón, gracias! No sé cómo voy a pagarte la operación — murmuró la mujer, limpiándose los ojos con un pañuelo inmaculadamente blanco.

—No tienes que pagarme nada, ni preocuparte por molestarme. Lo hago por los dos. —Dándole un afectuoso abrazo la llevó hasta la puerta cogiendo la jaula con su mascota.

—Patricia, por favor, acompáñala hasta el coche de su hijo.

Cuando la anciana las dejó a solas, Lola comentó muy seria:

—Pobre mujer, tiene un conejo tan viejo.

—Pero Bugs le da mucha compañía.

—Ese también es viejo —respondió, mirando de reojo a su jefa y aguantando la risa.

Las carcajadas que dio la veterinaria abrazándose el estómago de dolor hicieron explotar a su compañera lo que llevaba conteniendo al ver a la pobre señora tan arrugada.

Esa era Lola, la picardía hecha mujer en un bombón de talla grande, que te hacía olvidar todos los problemas con sus ocurrencias y su cariño XXL. Echándose el flequillo para atrás, le pasó el brazo por los hombros a su jefa y apagando las luces la sacó de la sala.

—Chicas, hoy es viernes y mañana no trabajamos. ¡Hagamos arder la ciudad! —Las animó Lola llena de energía, moviendo el ajustado vestido morado que había ocultado la bata y tirando de Patricia, que ya se quitaba el uniforme.

—Lola, reza para que esta noche no haya ninguna urgencia o me veo

operando con la botella de vodka al caramelo en un bolsillo del pantalón.

—¡No digas eso ni en broma, tía!

Aitor pasó la mayor parte de la semana en estado catatónico. Intentaba concentrarse en dar sus clases, pero la desilusión y el hastío por tener que despedirse ese mismo jueves de sus alumnos le dolía en el alma. Aún no se lo había dicho y ya llevaban un par de horas de clase.

Contemplando sus caras, mientras acababa la explicación sobre las técnicas de los iconos rusos que entrarían en los exámenes, se detuvo cabreado y lanzó sus notas sobre la mesa.

Se sentó en una esquina, con una de sus largas piernas colgando lánguida, y suspiró antes de darles la noticia, ante la cara de estupor de sus alumnos por su sorprendente reacción.

—Chicos, tengo algo muy importante que deciros. —Los miró solemne. Todos se mantuvieron en silencio a la espera de las palabras del profesor—. Yo no seré quien os examine tras las vacaciones.

—¿Por qué, Aitor? ¿Te vas de viaje pillándote más «vacas» de la cuenta? —preguntó Miguel con guasa, aquel genio del dibujo con larga melena oscura de bohemio del XVIII.

—Si tú no estás, ni Milena tampoco... ¡Por Da Vinci no me digas que nos toca el Rec! —soltó la graciosa de Marisa.

—No sé quién os tocará, lo que es seguro que no seré yo, porque me marcho, y no de vacaciones precisamente —les informó en tono irónico para disimular su amargura.

—Aitor, que no somos críos de secundaria. ¡Habla claro, joder! —Se exasperó el impaciente de Matías.

—Me echan, Mat —respondió rotundo.

—¡No puede ser! —gritó Laura, la chica más tímida y dulce de todos sus alumnos.

—Cariño, ya es oficial. De hecho, hoy es nuestro último día juntos como profesor y alumnos.

—¿Y por qué no nos lo has dicho antes? ¿Desde cuándo lo sabes, Aitor? —le reprochó Miguel atónito.

—Hace casi un mes. Lo siento, chicos, no se puede hacer nada. Según

Josu, la facultad ha sufrido numerosos recortes y eso repercute en las asignaturas y, por supuesto, en los profesores que las impartimos.

—Pero tú llevas aquí desde que te doctoraste —respondió asombrada la chica de melena teñida de rosa.

—Nadie es indispensable, Ana. Ni siquiera yo. —La contempló con ternura.

Aquella veinteañera había pasado por una terrible leucemia dos años atrás y Aitor no había dejado de visitarla en el hospital y en su casa para darle clase y todo el apoyo que necesitaba en aquel momento.

—Iremos al rector —propuso Andrés, el pelirrojo lleno de *piercings*—. Y le exigiremos que te admita.

—¡No, chicos! —Alzó su potente voz de barítono—. Por favor, no quiero que os metáis en líos, ni os juguéis una expulsión o una amonestación en vuestros expedientes por mí.

Cuando iban a protestar levantó sus manos pidiendo silencio.

—Escuchadme, por favor —les pidió que se sentarán en sus sitios—. Yo solo he sido el empujón que os ha hecho falta para descubrir vuestro talento. —Recorrió sus rostros con afecto—. Cada uno de vosotros lleva una luz en su interior que os convertirá en genios, en los maravillosos artistas que sois ya. Lo único que debéis hacer es no dejar que nada, ni nadie, la apague.

—¿Y cómo narices se consigue eso? Ni mis padres aceptan que quiero ser artista —confesó Marisa decaída.

—Solo necesitáis dos cosas, Marisa: una es trabajar duro en vuestras creaciones, la otra es creer en vosotros mismos contra viento y marea.

Los chicos permanecieron callados y pensativos hasta que Aitor anunció que la clase tocaba a su fin. Lentamente se acercaron uno a uno. El profesor que más querían todos se levantó abriendo los brazos y los recogió sobre su pecho con una honda emoción vibrando en su alma.

Ana mantuvo el contacto más tiempo, mientras Aitor le daba un beso en la frente.

—Nunca olvides que eres una luchadora, además de una artista increíble —le susurró con los ojos humedecidos de emoción.

—¿Qué haremos sin ti, profe? Para muchos de nosotros has sido el único que amaba lo que hacíamos. —Se sinceró, limpiándose las lágrimas que

corrían en largos regueros por su bonita cara.

—Seguir creando magia, cariño. —La apretó de nuevo entre sus brazos emocionado.

—Seguiremos al menos en contacto ¿verdad Aitor? —El pelirrojo le palmeó la espalda, aguantando las ganas de sollozar.

—Claro que sí, zanahoria. Tenéis mi móvil y mi correo electrónico. Podéis llamarme cuando queráis ¿de acuerdo? Siempre podremos tomarnos un café para que me contéis vuestros progresos.

—Trato hecho, amigo. —Le estrechó la mano con un agradecido apretón.

Cuando todos se hubieron marchado tras despedirse, algunos con lágrimas y los chicos haciéndose los fuertes a pesar de la tristeza que les agobiaba, Aitor se quedó contemplando la clase unos instantes.

Los caballetes dispersos por el aula y los grandes ventanales sembrando de nítida luz el espacio y tantos sueños que había vivido entre aquellas paredes le hicieron suspirar. Su corazón sintió una mezcla de añoranza, pesar y un íntimo dolor que no se había atrevido analizar hasta ese mismo momento.

En esa facultad se había convertido en un hombre, había aprendido y enseñado a partes iguales. Había ganado admiración, respeto y también había entregado su alma en cada clase; plantado la semilla del conocimiento, del amor al arte, del genio de la creación en cada joven que había conocido a lo largo de los años. Cerrando los ojos, intentó tragar el nudo en la garganta que en cada jornada le atenazaba más el cuello.

Con un hondo lamento los abrió de nuevo a su presente y, levantándose despacio, recogió las hojas de los documentos que seguían esparcidos por su mesa y los metió con desgana en su maletín. Sin mirar atrás cerró la que había sido su aula para siempre. Al día siguiente ya no volvería a llamarse profesor.

Al pasar por secretaría lo llamó Isabel.

—¡Ay, mi niño! Tus alumnos se han acercado con el alma en los pies para ver si podían convencer a Josu de su decisión.

—Mira que les he dicho que no armaran ningún alboroto. —Le sonrió, orgulloso en el fondo de la rebeldía de sus chicos.

—Eso es que te adoran, guapo. —Le besó en la mejilla antes de marcharse a hacer fotocopias.

Al pasar por el despacho del rector, le escuchó llamarle. No habían

hablado desde la fatídica reunión en la que se saldó su futuro.

—Pasa, por favor. —Le invitó su jefe a entrar, al tocar con los nudillos sobre la puerta.

—Buenos días, Aitor. Tenemos que ver algunas cosas de la rescisión de tu contrato. —La cara de Josu era seria y circunspecta cuando le señaló la silla frente a él.

«Lo que estás disfrutando, cabrón», pensó Aitor mordiéndose la lengua para no soltárselo a la cara.

—Te escucho. —Optó por decir sin una pizca de emoción en su voz. No estaba dispuesto a dejar que su jefe viera cuán derrotado estaba en realidad.

—Te corresponderían dos años de subsidio de desempleo, con un 70 % del sueldo que tienes —le informó con frialdad.

—Ya, pero el sueldo irá bajando cada seis meses. —Suspiró empezando a cabrearse—. Menos mal que dispondré del finiquito para malvivir.

—¿Finiquito? Aitor, en tu contrato no tienes opción a él —respondió su todavía jefe, ofreciéndole la carpeta con su nombre, que le plantó encima de la mesa.

—¿De qué narices hablas, Josu? —Le fulminó con aquella intensa mirada que echaba chispas amenazando calcinar al rector, mientras cogía los documentos con un movimiento brusco.

—Lee el punto diez, amigo. —Sonrió con gesto de burla.

—Ahórrate la amabilidad, rector. Un amigo no hace lo que tú pretendes conmigo —le escupió con sequedad.

Con el estómago a punto de ebullición con cada frase, y la sangre más caliente que un reactor nuclear, leyó la sentencia sobre su futuro. Era cierto, no tenía derecho a ningún tipo de finiquito.

—Lo siento, Aitor, sé que es una época muy difícil para quedarse sin trabajo, pero como ya te dije tengo las manos atadas.

«¡Los huevos te ataba yo a una soga y te tiraba al Manzanares!», maldijo en su cabeza con ideas asesinas.

—Nunca hubiera imaginado que acabaría mis días aquí de una forma tan miserable. —Le devolvió la carpeta con hastío—. Sabes que mi sueldo siempre fue mucho más bajo que en cualquier otra universidad y que he rechazado ofertas muy jugosas de otros centros porque siempre he deseado dar

clase donde yo mismo aprendí.

—Estoy al tanto de lo que vales como profesor y a lo que has renunciado para quedarte con nosotros. —Se sinceró el vasco—. Pero no puedo dar marcha atrás, Aitor. Y no quiero que pienses que esto es algo personal.

—No, claro que no puedes hacer nada para evitarlo, Josu. Sobre todo, si largas al que podía ser tu oponente para esa silla en la que te relames y que tanto deseabas.

—¿Acaso tú no la querías también? —Le acusó su compañero con cara de pocos amigos y la frente perlada de sudor.

—Más que tú. Pero lo que nos diferencia, Josu, es que a ti te la dieron por la influencia de tu familia en los círculos culturales de Madrid, no porque seas mejor que yo.

—¡No te consiento que me hables así! —Se levantó como un toro de miura alzando la voz.

—¡Tú me consientes lo que me salga de los cojones! Porque desde hoy ya no eres mi jefe —gritó, escupiendo con furia sus palabras y firmando la rescisión que le lanzó sobre la mesa.

—Eres mal perdedor, Oliveros. —Le atacó con desprecio.

—Te equivocas, vasco. He perdido porque no me arrodillo ante nadie, ¡y menos ante un cabrón como tú! —Se dirigió hacia la puerta.

—¡Te estás jugando una amonestación en tu expediente, Oliveros! —le gritó dando la vuelta a la mesa para encararse con él.

—¡Te la puedes meter en el culo y de paso tu querida silla! —le soltó Aitor dando un tremendo portazo.

Cuando pasó por secretaría, vio a Milena con una caja en las manos.

—Hola, cariño. ¿Quieres que te ayude a recoger? —le preguntó tomando la caja en sus grandes manos. La mirada triste de su amiga le destrozó el alma al verla tan decaída.

—No, tranquilo. Ya he terminado, Aitor. —Le besó la mejilla con cariño.

En el despacho estaban el resto de profesores, que contemplaban la escena con amargura.

—¿Vamos a cenar el sábado con vosotros, cielo? —Cambió de tema para que no se sintiera tan incómoda.

—Sí, claro. Será la última en mucho tiempo, corazón —contestó la joven

con un rictus de inquietud que intentaba disimular. Aitor asintió, intentando que la emoción no le impidiera hablar.

Alberto también entró con otra caja que soltó encima de la mesa de Isabel. Le estrechó la mano con aprecio.

—Tu último día, amigo. Espero que tengas mucha suerte, Berto, y que encuentres algo pronto.

El moreno y enjuto profesor tenía cincuenta y cinco años y una increíble experiencia, algo que en los tiempos que corrían no era garantía absoluta de prosperidad.

—Bueno, Aitor, si no me sale nada, ayudaré a mi mujer en la galería de arte. Al menos seguiré en mi propio terreno.

Isabel, a esas alturas, no podía contener la emoción, al ver cómo todas las personas que quería iban a comenzar una dura etapa. Sonándose la nariz, con las gafitas empañadas, se acercó a Milena y Alberto y les dio un cariñoso abrazo.

—Chicos, muchísima suerte. Mili, me escribirás y haremos algún Skype, ¿verdad? —propuso Berto con una triste sonrisa.

—Claro, compañero, todos los que quieras —contestó la argentina besándole en la mejilla.

Acompañándolos a la salida, Isabel dejó escapar un sollozo que descompuso a Aitor y el resto de sus compañeros.

Se quedó solo en el despacho con los ojos cerrados y la cabeza gacha, dominando la furia y la aflicción que se iban apoderando de él. Sin ganas de más despedidas, se marchó a casa para enfrentarse a una noche de insomnio asegurado.

«¡Ay, muchacho! Las ojeras te van a llegar a los cataplínes a partir de ahora. Pero no te relajes demasiado, porque tus aventuras no han hecho más que comenzar. Palabra de perro».

Y la noche llegó trayéndole recuerdos del pasado junto con las ilusiones perdidas. Sentado sobre el alféizar de la ventana, viendo nevar a través del cristal en la fría madrugada, recordó la primera vez que llegó a la facultad.

Aquella certeza de que estaba escogiendo la pasión que llenaba toda su vida desde niño. Los primeros cuadros que aprendió a pintar usando las técnicas de los grandes maestros. El maravilloso e inconfundible aroma del

óleo que impregnaba sus manos, envolviendo su alma de inspiración digna de los dioses.

Cuando al fin se licenció siendo el más joven de su clase y las lágrimas que inundaban la cara de Damián al disfrutar de la ceremonia de doctorado de su hijo.

Sus primeros alumnos... y los últimos. Aquellas caras que permanecerían en su memoria eternamente.

Tantos recuerdos, tanto luchar para enseñar a amar el arte. Ahora solo quedaban jirones de un pasado glorioso que se tornaba una cruel pesadilla.

A las siete de la mañana, el teléfono le sobresaltó, distraído como estaba, con una taza de café que tomaba con hastío. Había llegado la despedida final y la más dolorosa.

—¿Sí? —contestó sonriendo al ver el número.

—Hola, hijo, ¿te pillo ocupado antes de salir al trabajo? —La inconfundible voz de Adrián tan recia que inspiraba calma le saludó.

—Tranquilo, papá. Hoy no tengo prisa.

—A ti te pasa algo, Aitor. Cualquiera otro día me habrías despachado con un «te llamo luego» y santas pascuas. Te conozco tanto que solo me faltó parirte.

—No es nada, en serio. —Mintió con descaro para no preocuparle.

—¿Nada? ¡Y unos cojones! Señor, perdóname esta mala lengua mía. —Se persignó—. ¡O me lo dices ahora o te lo saco en confesión en Nochebuena!

—¡Joder, papá! Si hubieras nacido en la Edad Media, el Santo Oficio se habría ahorrado torturar, porque tú por pesado lo consigues todo. —Suspiró rindiéndose—. Me echan de la facultad.

—¿Por qué? ¿Cuándo? —Se alarmó.

—Por los recortes del Gobierno. Hoy es mi último día.

—Aitor, si ser profesor era tu sueño —repuso consternado—. Lo siento mucho, hijo. Pero Dios proveerá, ya lo verás.

—Eso espero. Tranquilo, no te preocupes por mí.

—¡Santa María bendita! Ya sé que eres un hombre y sabes cuidarte. Pero la colleja que te voy a dar cuando te vea va a ser de órdago. ¿Por qué narices no me lo has contado antes?

—Papá, no te cabrees, que te tendrás que confesar.

—¡Como si me fustigo! Manda huevos que se lo ocultes a tu padre hasta el último momento, gañán.

—Te adoro, ¿lo sabes? —Sonrió lleno de ternura hacia aquel hombre que le había entregado hasta su alma.

—Y yo a ti, muchacho. ¿Vienes a cenar el 24 y a comer el 25?

—El 25 aún no lo sé. —No tenía muchas ganas de fiestas navideñas.

—Vienes, ¡por mis huevos que vienes! Y sin rechistar, ¿entendido?

—De acuerdo, Torquemada. —Se cachondeó entre risas.

—Un beso, hijo, voy a confesarme.

Aitor soltó el teléfono entre carcajadas. Su padre era un buen fraile, pero jamás había conseguido dominar su mal genio cuando se enfadaba y echaba los peores tacos por la boca.

—Bueno, cojamos al toro por los cuernos de una santa vez. —Se dio ánimos antes de salir.

Durante el trayecto a la facultad, sintió una oleada de nostalgia que invadía con cada kilómetro cada célula de su cuerpo. Aquella sería la última vez que pisaría su trabajo, la mejor oportunidad que había tenido en su vida.

Condujo como un sonámbulo por aquel hervidero de coches en la endiablada circulación de la capital en hora punta. Y como un autómata detuvo su vehículo en la plaza de *parking* que aún le pertenecía.

Suspiró para coger un soplo de aliento y se dirigió presto a la entrada. Intentó no cruzarse con el resto de compañeros que daban clase y marchó directo hacia su pequeño despacho, que había compartido con los profesores de su gremio.

Abrió la caja de cartón que llevaba y comenzó a meter sus libros de documentación que reposaban en uno de los anaqueles de caoba, la estilográfica y el juego de pinceles que le había regalado su padre. De la pared descolgó la foto en la que estaba con Joaquín, Milena y el resto de profesores, que fue tomada el primer día que impartió clase como tal.

Un ruido de voces le llegó desde la ventana a su espalda, que fueron incrementándose a los pocos minutos. Aitor se asomó y la imagen que se desplegó antes sus retinas le dejó impactado. Sin dar crédito a lo que veía, cogió la caja que contenía todo lo que necesitaba y salió del despacho volando por el pasillo, hasta el patio trasero, donde se encontraban los jardines.

Cuando apareció por la puerta, una honda emoción se apoderó de su alma. Las voces gritaban: «¡Que no se vaya!» y se hacían más fuertes ante su presencia.

Allí estaban los alumnos de su curso con una enorme pancarta que rezaba: «Profesores con alma vs Rectores hipócritas».

Pero cuando fue bajando los escalones, dejó la caja en el suelo porque las manos le temblaban y fue reconociendo a otros alumnos. Aquellos que hacía años se habían licenciado y los que eran pintores reconocidos que ya habían expuesto sus obras y que había tenido el privilegio de asistir el primero a sus exposiciones más famosas.

Los ojos azules de Aitor recorrieron cada uno de aquellos rostros, murmurando un amargo «gracias» que le impedía decir más. Ana se acercó con un regalo entre las manos y se lo entregó con un beso en la mejilla y un mar de lágrimas cubriendo sus ojos negros.

—Profe, no nos olvides —le susurró entre sollozos.

—Nunca cariño. —Le besó las manos con dulzura.

Deshaciendo el papel azul y el lazo a duras penas, descubrió una placa de plata sobre un marco de madera labrada. Un grabado de un pincel en una esquina y un cincel en la otra daba paso a la leyenda:

Para el hombre que nos entregó su alma en cada clase.

Para el artista que nos enseñó a enamorarnos del arte.

Para el mejor profesor que tuvo esta facultad.

Aitor Oliveros

Los gritos de los alumnos se incrementaron, hasta que el rector se asomó por la puerta, haciéndolos callar con los suyos.

—¡Os jugáis el expediente académico! ¡Todos a clase ya o seréis expulsados! —Sentenció con un cabreo descomunal.

Aitor disfrutó unos segundos más de la cara congestionada de Josu y el rictus de rabia que contraía las comisuras de su boca, apretándolas hasta que oyó crujir sus dientes. Levantando las manos, pidió silencio a sus alumnos.

—¡Chicos, por favor! —les pidió con su voz de barítono—. No sigáis con esto, os lo ruego.

Todo el mundo calló de repente escuchándole con fervor.

—Yo sí que no olvidaré esto jamás. —Se tocó el pecho con el puño —.

Pero si os expulsan habrán ganado los malos y no queremos eso, ¿verdad?

Un murmullo de asentimiento acompañó a la pregunta.

—Lo que yo quiero es que sigáis luchando por vuestro arte, no importa que no esté aquí para disfrutarlo. El mejor regalo que podéis hacerme es seguir creando y que ningún recorte del Gobierno ni ningún despido consigan romper vuestra magia, ¿me habéis oído?!

Un sí clamoroso llenó todo el campus, desde el que se fueron acercando profesores y otros alumnos.

—Es hora de irme, pero os llevo en el corazón a cada uno de vosotros. Adiós, chicos, que la vida os haga muy felices. —Con aquellas palabras, bajó las escaleras tras meter la hermosa placa en la caja.

Los alumnos le fueron rodeando entre muestras de cariño, abrazos emotivos y palabras de consuelo hasta que entró en el coche. Contemplando aquella preciosa juventud de genios del arte por el retrovisor, puso rumbo de nuevo hacia la carretera.

Mientras salía del campus y entraba en la autovía para llegar a casa, el temblor de sus manos se duplicó y el nudo que le apesaba la garganta se deshizo poco a poco.

Antes de tener un accidente paró a un lado del arcén y las lágrimas se convirtieron en doloroso llanto. Con la cabeza sobre el volante, se desahogó un buen rato, sintiendo todo el amor de aquellos chicos a los que se había entregado hasta su último aliento.

Saber que no volvería a dar clase dolía como si le hubieran quemado el pecho con un hierro candente. Y dejó que el llanto lavara su pena, sin que nadie pudiera contemplar la agonía que le iba consumiendo por la frustración.

Capítulo 3

En busca de huesos

Llegó Nochebuena apenas una semana después de su despedida del trabajo, con una sensación agrídulce de pérdida y fracaso para Aitor.

Como había acordado, condujo hasta Pozuelo de Alarcón, a la casa parroquial donde se crio, para cenar con su padre.

A las siete de la tarde llegaba a Nuestra Señora de los Reyes en la urbanización Monte Alina, cargado con un poco de jamón, queso y unos sabrosos langostinos que harían las delicias de Damián, aunque sabía que intentaría negarse por su voto de pobreza.

Esa noche era una de las más hermosas del año, en las que podía rememorar el calor de su infancia entre aquella congregación que siempre fue su máspreciado regalo de Navidad.

Aparcó el coche a un lado del edificio de techo de pizarra, ladrillo visto y columnas y llamó a la puerta entre temblores porque hacía un frío que pelaba. Abrió un fraile pequeño, calvo y desdentado, con una chepa bastante pronunciada, y más parecido a Gollum en sus mejores tiempos que a un enviado de Dios.

—Bienvenida a la casa del Señor, ¿qué deseas, muchacha? —preguntó encogiendo los ojillos oscuros tras los enormes cristales de sus gafas negras de pasta.

—Hermano Pedro, soy Aitor, ¿no me recuerda? —Se agachó para que pudiera identificarle, intentando acercar su cara a la del pobre fraile, que le llegaba por la cintura.

—Hija mía. ¡Ay que ver lo acatarrada que estás! Tienes voz de ultratumba. —Le acarició el flequillo con golpecitos en la cabeza como si fuera un perro—. ¿Quieres un caramelito de menta?

—Pedro, soy el hijo de Damián. —Suspiró resignado.

—Hermano Ribera, ya me ocupo yo. —Escuchó la voz de su padre tras el fraile.

Los ojos negros de mirada brillante, con la fuerza y el intelecto del erudito de Damián le contemplaron con una sonrisa preñada de inmenso

afecto.

—¡Hola, grandullón! —Le tomó fuerte entre sus brazos, apretándole con todo el amor que solo un padre era capaz de sentir.

La figura alta y espigada del fraile, su cabello negro surcado de un mar de canas plateadas a sus 63 años y aquella belleza serena en los rasgos de su rostro, más propio de un actor de cine que de un fraile, le dieron la bienvenida.

—Papá, ¿cómo se os ocurre poner al más cegato de la congregación de portero?

—Para que se sienta útil, hijo. Esa criatura tiene ya 85 años y pronto lo llamará Dios a su gloria. Mientras tanto disfruta con el solo hecho de abrir la puerta. —Le acompañó tomándole por la cintura y caminando con orgullo por el pasillo rumbo a su habitación.

Aitor dejó las bolsas sobre la sencilla mesa ovalada con un par de sillas de madera a cada lado, en un rincón del pequeño dormitorio blanco. Una cama vestida con una colcha a rayas verde y marrón, con el crucifijo de madera encima y una imagen de la Virgen de las Nieves eran los únicos adornos, además de una lámpara de tulipa blanca adosada a la pared sobre ella.

El estrecho armario de pino al otro lado del cuarto brillaba impoluto a la luz de la lámpara y la enorme ventana junto a la que se sentaron; abriendo los paquetes que traía, mostró a Aitor los jardines por los que había corrido de niño, ahora cubiertos de nieve.

Cuando compartía aquel cuarto con su padre había otra cama al lado donde él dormía, tranquilo y a salvo del nefasto futuro que quien le abandonó había deseado para él cuando le dejaron en una bolsa de basura.

—¡Hijo, no tenías que haber traído tanta comida! Esto es pecado de gula. —Miró goloso los langostinos y el queso viejo, que le pirraba.

—Papá, es solo una noche al año y quiero que al menos hoy comas en condiciones. Cada vez te pareces más a una escoba andante. —Le besó en la mejilla.

—Está bien, pero lo que sobre para el resto de los hermanos, algunos no recuerdan siquiera a lo que sabía el jamón. —Le sonrió feliz.

—Si prefieres que cenemos con ellos, por mí no hay inconveniente.

—No, Aitor. Esta noche cometeré un acto egoísta, pero, por una vez,

quiero estar con mi niño a solas al menos un buen rato. —Le acarició los dorados cabellos—. Será que me estoy haciendo viejo, pero no puedo evitar echarte de menos un poco más cada año que pasa.

—Yo también te echo de menos, estos días han sido muy difíciles para mí. —Le miró afligido—. Me siento fracasado, papá. Todo por lo que he luchado se ha ido al traste de la noche a la mañana.

—Eres aún joven para buscar nuevos horizontes, y un genio desde que naciste. Yo, por mi cuenta, estoy haciendo la novena a la Virgen, que en materia celestial obra muy bien, y en materia terrenal también me estoy poniendo en marcha.

—¿Qué estarás tramando, papá? Miedo me das. —Le sirvió un poco de «sangre de toro»² en su vaso, el vino que más le gustaba.

—Tú deja a tu padre, que tiene enchufe con los de arriba. Dios aprieta, pero no ahoga.

—Pues a mí me empieza a dejar marcas en el cuello, el pedazo de... —El capón que se llevó en pleno cogote le hizo reír a carcajadas, mientras se rascaba la zona que aún ardía y miraba a su padre con un dedo en alto señalándole muy serio—. No blasfemo, no blasfemo. Me doy por enterado.

—Sigue sin quitársete esa manía tuya de cagarte en todo lo sagrado. ¡Mira que he intentado corregirte!

—¡Joder, papá! Todavía das fuerte. —Se rozó el cuello donde le seguía picando.

—Y esa boca de verdulera del Rabal que tienes. Todo un doctor en Arte y sacas el barriobajero que llevas dentro en cuanto me descuido.

—Bueno, podemos tener una noche de paz. ¿O volveré a casa convertido en Quasimodo por tus collejas?

—La tendremos, la tendremos. Pero, si sigues hablando tan mal, te mando derecho al pasaje del terror para que te ganes la vida allí, ¡bendito muchacho este!

—Te quiero a pesar de tus amenazas, fray Escoba —le soltó achuchándole.

Sacó de la otra bolsa la placa de sus alumnos y se la enseñó, contándole con pelos y señales toda la historia de su sonada despedida.

Como Damián comía como un pajarito, después de tres langostinos y un

par de lonchas de jamón, acompañadas del vaso de vino, suspiró satisfecho.

—Hijo, creo que deberíamos terminar esto con los hermanos, ¿te parece?
—Él asintió sin poner objeciones—. Y te quedas a la misa del gallo. Además, la hacemos a las diez para que los hermanos mayores no se acuesten tan tarde.

—De acuerdo, papá.

Cogieron todas las viandas que quedaban y salieron de la habitación por el pasillo a la derecha, hacia el salón comunal, donde todos comían a diario.

Una docena de ojos, algunos medio ciegos como los de Pedro y otros cansados de una vida de duro sacrificio, los contemplaron llegar. Estaban sentados a una larga mesa en la que reinaban los cuencos de sopa de verduras, un poco de queso y fruta.

Cuando Aitor abrió los paquetes, el suspiro de algunos de los más ancianos al olor del jamón los delató.

—Bienvenido, Aitor. Nos alegramos mucho de tenerte en casa. —Le estrechó la mano el prior, un hombretón del norte casi tan grande como él, que escrutaba todo su mundo con aquellos penetrantes ojos verdes tras los cristales de sus gafas.

—Es un placer y un privilegio volver a casa, Amaro.

Aitor disfrutó de una velada cálida entre aquellos hombres que le habían acompañado en su infancia, y los recuerdos que contaban sobre él le hicieron olvidar sus problemas al menos por una noche.

—¡Ay que ver lo travieso que eras de pequeño! La de veces que te castigaba tu padre porque nos escondías ranas en los bolsillos de los hábitos.
—Se acordó fray Leonardo, un zaragozano que llevaba desde los tiempos de su padre en la congregación.

—Leo, era el único niño hasta que llegué al colegio. Me aburría mucho.
—Sonrió Aitor con un poco de vergüenza.

—Eso es lo que me salvó de volverme loco, que pudiera entrar en el colegio donde yo daba clase. Al menos se estaba quieto en las explicaciones
—repuso Damián.

—Que llevara el alma de un artista también te dio un respiro, menos mal que descubrió la pintura y pudimos tenerlo sentado durante horas mirando a la Virgen para copiar sus rasgos. —Rememoró el prior.

—Y ahora es todo un doctor en Arte —concluyó Adrián con un deje de

orgullo en su voz.

—Sí, doctor sin trabajo —contestó Aitor melancólico.

—Tranquila, hija, Dios pondrá un buen hombre en tu camino y te llenará de hijos —soltó Pedro, que además de ciego también estaba bastante sordo.

Aitor, al escuchar aquello, no pudo evitar las carcajadas, porque el pobre anciano aún creía que tenía a la mesa a una linda rubita y no a un Vikingo de casi dos metros.

Terminaron de cenar y entre todos llevaron los platos vacíos a la cocina detrás del salón, pues tanto los langostinos como el jamón habían pasado a mayor gloria de Dios y de sus estómagos.

Agarrando el hombro de su padre se dirigió a la capilla con el resto para escuchar la misa. El pequeño y acogedor recinto de madera, con la imagen de la Virgen al frente, entre las paredes de madera color miel y el hipnotizador aroma del incienso, llenó a Aitor de una paz que hacía tiempo no encontraba.

Sentado en uno de los bancos oscuros, con su padre al lado y el resto de la congregación, se emocionó al escuchar la eucaristía y la ofrenda al niño Jesús que él mismo había restaurado en una ocasión, hacía pocos años.

Aunque se había criado en un ambiente extremadamente religioso, no solía rezar. Pero esa noche, con los ojos cerrados, desde lo más hondo de su ser pidió a Dios un poco de felicidad para toda la gente que le rodeaba.

Pidió salud para su padre, poder seguir teniendo el privilegio de vivir muchas más noches como aquellas a su lado.

Que Milena y Quino encontraran la felicidad en su amada tierra del tango y que Dios les concediera el milagro de un hijo, aunque él estuviera muy lejos para disfrutarlo.

Aitor no deseó mucho para él mismo, solo una cosa buscaba ahora: una oportunidad de mejorar, pero sobre todo una gran aventura que llenara su vida de momentos impredecibles, porque, al fin y al cabo, esos momentos son los que nos convierten en humanos.

Entre abrazos, se fue despidiendo de los hermanos tras acabar la ceremonia. El prior intentó consolarle diciendo que todos harían novenas por él para que volviera a encontrar trabajo y que regresara cuando quisiera porque aquella siempre sería su casa.

—Hija, que tengas mucha suerte. Pórtate como una buena cristiana y trae

más jamón la próxima vez. —Se despidió Pedro.

—Lo haré, hombre. Cuídese. —Le abrazó aguantando la risa.

Su padre le acompañó hasta la puerta para despedirse con un poco de intimidad.

—Bueno, hijo, tenme al tanto de tus problemas. Si me entero de algo que sea una buena oferta te lo haré saber —tragó el nudo en la garganta que le aprisionaba—, y ven más a menudo, Aitor, que ya me estoy volviendo viejo.

El gigante le tomó entre sus brazos, estrechándole con cariño, mientras la emoción también comenzaba a nublarle los ojos.

—Te lo prometo, papá. La semana que viene vendré a desearte feliz 2015, ¿de acuerdo? —Le besó en la frente.

—Más te vale, cabronazo, ¡o te bajaré hasta el metro setenta a caponazos!

—¡Papá, esa lengua!

—Lo sé, lo sé. Mañana me confieso.

Riéndose a carcajadas, le vio persignarse antes de cerrar la puerta, camino del coche para regresar a Madrid.

«¡Rubiales, qué buenos deseos le pides a la Señora! No te preocupes, que vas a comenzar la mayor aventura de tu vida, no esa mierda de Frodo y el anillo único. Teniendo las águilas que los rescatan al final. ¡Para qué coño hace el tío tres libracos poniéndoles a andar de una punta a otra! Y tardó cincuenta años casi en acabarla. ¡Cojones! Si te describe una puerta en tres páginas, ni que fuera Leroy Merlin».

Acabaron las Navidades mientras Aitor recibía el nuevo año preparando currículums y propuestas de asesoramiento para varios museos.

Había entrado en la web del Prado para ver las ofertas de empleo, pero la única que había era una convocatoria de oposición para restaurador experto en marcos y, desgraciadamente, no era el fuerte de Aitor.

Su especialidad eran los lienzos, el óleo y todo lo que implicara la pintura española del Siglo de Oro con autores como Goya, su favorito.

El trabajo de conservador de arte estaba muy bien pagado si encontrabas un gran mecenas que quisiera invertir en una colección propia o que algún museo famoso necesitara restaurar obras selectas para exponerlas al gran público en alguna colección.

Desgraciadamente, corrían tiempos en los que no abundaba ninguna de las dos opciones. Por eso decidió enviar por internet su currículum a los museos más famosos, como el Picasso de Málaga o el Reina Sofía.

Intentar una oposición era una de sus expectativas a largo plazo si conseguía mantenerse económicamente para poder estudiar y al final no salía ninguna oferta decente.

Llegó el día en el que tuvo que presentarse al Inem para solicitar el paro, en la oficina de Lavapiés.

Con un frío que te congelaba hasta los higadillos, a casi cuatro bajo cero, esperó pacientemente su turno de entrar en la larga cola que recorría todo el edificio hasta la calle de atrás.

Cuando por fin logró llegar al interior de la oficina y al calor reinante en ella, el café rápido que se había tomado en el desayuno ya estaba a punto de salir por la vía de escape natural y las tripas le pedían desesperadas un poco de sustento para compensarlo.

El número que había cogido en la entrada para la mesa correspondiente al servicio que necesitaba apareció con letras verdes en la pantalla frente a los asientos atestados de desesperados como él.

Se acercó con paso seguro hacia la señora con moño negro, gafas de la señorita Rottenmeier y unos dientes tremendamente parecidos a los de la esposa de Iker Jiménez y se sentó impaciente.

—Buenos días, caballero. Viene para solicitar el subsidio, veamos. —Se recordó a sí misma mirando la pantalla del ordenador—. Lleva trabajando en la facultad de Bellas Artes, ¿diez años?

—Efectivamente, señora. Desde que me doctoré.

—Y ha sido conservador del Museo del Prado.

—Durante dos años, pero solo en ocasiones especiales para algunas colecciones, en las que se me pidió asesoramiento para el equipo técnico que llevaba los trabajos.

—Muy bien, señor Oliveros. Según el tiempo cotizado le corresponderían dos años de desempleo, bajando el sueldo de su prestación un 40 % cada seis meses, por supuesto. —Le tendió el documento para que lo firmara.

Aitor lo leyó extremadamente atento, hasta que la cifra que apareció ante

él le hizo palidecer.

—¿Esto es lo que voy a cobrar? —La miró atónito.

—800 euros, concretamente. —Comprobó la pantalla.

—¡Pero si mi sueldo en la facultad era de 1 800!

—Pues lo siento, pero eso es todo lo que le corresponde. Cuando se termine la prestación podrá solicitar las ayudas pertinentes del Gobierno. Buenos días, caballero. —Le hizo señas al hombre que estaba de pie tras él, invitándole a dejarle el asiento libre.

«¡Me cago en Dios! Cuando pueda solicitar ayudas ya me habré muerto de hambre. Si con esta mierda me da para la hipoteca, el coche y agua», pensó tremendamente cabreado.

Al salir de la oficina el estómago volvió a rugirle como el león de la Metro cuando pasaba por la puerta de un bar de copas, El Deseo, que por la mañana estaba repleto de gente tomando café y porras.

Cuando entró resoplando de frío, las miradas de las mujeres que había sentadas a las mesitas negras del bar le recorrieron sin pizca de disimulo. Las sonrisas y algún que otro guiño de las chicas jóvenes le acompañaron hasta que se sentó al final de la barra.

—¿Qué vas a tomar, guapo? —le preguntó la morena pechugona con labios de silicona que atendía en ese momento.

—Un americano y media bandeja de porras, gracias. —Le sonrió con timidez.

Mientras le servía, se fijó en un pequeño cartel colocado al lado de la máquina del café en el que ponía en grandes letras negras:

Se necesita camarero para noches del fin de semana.

La bombillita se encendió en su cabeza y una idea descabellada se instaló a golpe de desesperación en su cerebro.

—Perdona, ¿esa oferta de trabajo es para profesionales? —le preguntó en voz baja.

—¿Te interesa? Con lo bueno que estás, nene, atraerás a las chicas como la miel a las abejas. —Se pasó la lengua por los labios con intención—. Ya aprenderás a llevar una bandeja y yo te enseñaría a hacer cócteles.

—Si soy capaz de restaurar cuadros con siglos de historia, no creo que

me sea muy difícil servir copas. Solo hay un inconveniente —le pidió que se acercara, susurrándole al oído—, tengo una mierda de paro, así que el pago debería ser en negro. Por cierto, ¿cuánto se cobra?

—Por eso no hay problema, yo soy la dueña. —Le ofreció la mano—. Belén.

—Aitor —contestó estrechándose—.

—Toma, corazón, que lo que se come se cría. —Le insinuó poniéndole delante la bandeja con unas porras como la de Nacho Vidal—. Y serían 400 al mes, viernes y sábado de diez de la noche a cuatro de la mañana que cerramos. Y si eres amable con las clientas te darán jugosas propinas.

No era una gran cantidad de dinero, pero solo tendría que trabajar ocho días al mes, lo que era una ganga, y podría seguir intentando encontrar algo de su gremio.

—¿Cuándo empezamos? —le preguntó entusiasmado.

—Este fin de semana, nene. En el local que hay en la calle de atrás, que es el *pub* conectado por la puerta del fondo con este bar.

—Estupendo, Belén. Gracias por aceptarme.

—Hijo mío, eres un pedazo de hombre y mis camareros siempre son escogidos por ser chicos guapos. —Le guiñó el ojo acariciándole la cara atrevida, antes de servir a un par de señoras en la mesa cercana a él.

Aitor desayunó sin poder creer aquel inesperado golpe de suerte que el destino le había puesto en bandeja, como las porras.

El lunes había cambiado de ser negro a volverse verde esperanza.

Regresó a casa con una energía inmensa y una sensación de picor en los dedos de sobra conocida. En momentos de estrés, o cuando se sentía eufórico, pintar le ayudaba a relajarse.

Colgó la bandolera donde llevaba sus papeles para el Inem en el armario de su dormitorio, puso la calefacción a tope, a riesgo de que el piso pareciera una sauna finlandesa, y se dispuso a dejarse dominar por la inspiración.

En el otro dormitorio que le servía para pintar, quitó la sábana limpia del lienzo que colgaba del caballete y suspiró con una sonrisa enigmática.

Aquella odalisca con los pechos pequeños, tan grácil y joven como bonita, le saludó desde el cuadro invitándole a recorrer su cuerpo con el pincel como si fueran sus labios.

La joven parecía tan real en sus formas, envuelta en una vaporosa tela verde que apenas cubría sus hombros y tobillos, echada sobre una alfombra dorada con la ventana tras ella, que reflejaba las arenas cálidas del desierto, que le tenía poseído desde hacía semanas.

Como era su costumbre, hizo lo primero que disponía antes de llenar los pinceles de óleo que estaban sobre la mesa de madera, en una esquina de la blanca habitación.

Primero cerró las sencillas cortinas verde manzana sobre la ventana, para que solo entrara la luz y nadie pudiera husmear desde el edificio de enfrente. Luego comenzó el ritual de siempre: con cada prenda que se quitaba, su imaginación realizaba mil y un trazos sobre la tela del cuadro, haciendo vibrar la piel de la joven como si pudiera respirar, dotándola de cuerpo, alma y vida.

Entonces, completamente desnudo, con un pañuelo motero sobre la cabeza como única prenda que cubría su poderosa anatomía y despejaba de su rostro los rebeldes mechones dorados, se dejó llevar por el paroxismo de la creación hasta altas horas de la tarde.

Mientras creaba se olvidaba de comer, de beber y a veces hasta de dormir, con todos sus sentidos de artista puestos en el cuadro; convirtiéndose en uno solo con la figura que pintaba, por eso necesitaba desnudar su cuerpo tanto como su alma, para crear magia.

Cuando acababa la sesión terminaba exhausto, cansado pero feliz de hacer lo que más le gustaba, orgulloso de aquel secreto que guardaba para sí mismo tan celosamente.

Los días pasaron sin darse apenas cuenta, hasta que llegó la noche de la despedida de Quino y Milena, el jueves. Al día siguiente empezaría a trabajar clandestinamente en El Deseo.

A las nueve de la noche estaba ante el portal de Quino, con una botella de Codorníu, un buen Rioja y pastelillos de crema de la cafetería de Lavapiés. Vivían en la calle paralela a la de Aitor. Ese sería otro motivo para añorarles cuando pasara frente al edificio 13 y al mirar hacia el segundo piso no los viera asomados por la ventana de la fachada.

Subió en el ascensor hasta el segundo B y llamó al timbre.

Se escuchaban risas desde dentro, y la inconfundible belleza de Milena

apareció en el umbral sonriéndole. Sus enormes ojos almendrados se veían tristes, delatando el sufrimiento que ella intentaba ocultar tras aquella sonrisa, pero que para Aitor que la conocía muy bien no podía engañarle.

—Hola, cariño, ven aquí. —La acercó a su pecho, acariciando el sedoso cabello castaño de su media melena rizada, mientras ella emitía un sollozo que intentaba contener desde la mañana.

—Tranquila, Mili, no pasa nada. Hoy tenemos que recordar nuestros mejores momentos entre risas, ¿de acuerdo, cielo?

—Sí, Vikingo. —Le sonrió mientras Aitor le limpiaba las lágrimas y aguantaba la tentación de derramar las suyas—. Voy a echar de menos tus abrazos, eres un hombre tan grandote y acogedor como un oso de peluche enorme.

La risa de su amigo llenó el salón cuando le hizo entrar llevándole de la mano.

—¡Mira quién ha llegado con el frío de la noche! El hijo buenorro de Santa Claus —se burló Joaquín dándole un abrazo de bienvenida y llevándose las bolsas hacia el comedor.

—Muy gracioso, pero los cuernos para los renos, que me gusta pasar por debajo de las puertas sin problema —le soltó Aitor, dándole una sonora palmada en la espalda.

—Pero, corazón, ¿quién te va a querer poner cuernos a ti con lo guapo que eres? Lo que tienes que hacer es buscarte una buena mujer que te cuide, una novia en condiciones que ya tienes edad. —Le reprendió Isabel, apareciendo tras Mili.

—¿Y para qué quiero yo una novia teniendo a mi Isabel? —respondió meloso tomando a la pobre señora entre sus brazos y llevándola en volandas hacia la mesa.

Los ojos de la mujer se empañaron cuando le susurró al oído:

—Disfruta de ellos esta noche, cariño, ya habrá tiempo para las lágrimas mañana. —La besó dulcemente en la mejilla.

Los cuatro se sentaron a la mesa de aquel salón de estilo castellano, donde la bandera de argentina coronaba la pared frente a ellos. Un asado de pavo y ciruelas, arroz basmati con especias que olía de maravilla y empanada de pollo al jerez esperaban para que los comensales los devoraran sin

reservas.

Sentado entre Mili y Quino, el Vikingo escuchaba sus ocurrencias entre bocado y bocado, hablando de cuántas maletas habían conseguido llenar.

—Llevamos seis maletas, tres enormes repletas de ropa y zapatos —enumeró Quino poniendo cara de asombro—, dos con nuestros enseres más importantes de pintura y recuerdos y una con libros que Mili no quería dejar aquí.

Al escucharle, Isabel gimió con un suspiro que llegó al alma de todos, al verla reprimir a duras penas las lágrimas.

Aitor, para que aquella última reunión tuviera un cariz más divertido, se levantó con la copa de vino en las manos, alzándola al frente.

—Por favor, Isabel, sonríe para mí un poquito esta noche. —Le guiñó un ojo descarado—. Brindemos por una amistad que no podrá romper ni el océano que nos separará.

Todos levantaron sus copas al unísono con un halo de amargura en sus rostros.

—¡Por Quino y Mili! Que la pampa no os haga olvidar que un pedazo de vuestro corazón se queda en España con nosotros —propuso su amigo.

Chocaron sus copas entre risas al derramar el champán con el que se salpicaron.

—Tú sí que me robaste el corazón hace años, Vikingo —contestó Mili acercándose para abrazarlo.

—Y tú me hiciste una promesa. No te irás sin cumplirla, Mili.

La risa de su amiga le llegó al alma cuando le besó la mejilla y, cogiéndole de las manos, le llevó al centro del salón mientras buscaba una canción en el móvil.

El compás de *Volver* del gran Carlos Gardel se escuchó por toda la casa.

Aitor la tomó de la cintura pegando su cara a la de ella, aunque obligándose a agacharse por lo pequeña que era, y en una ridícula postura intentó bailar aquel famoso tango que le ponía los vellos de punta por lo que significaba en ese momento: la despedida de la gente a la que adoraba hacía mucho tiempo.

Mili volteaba la pierna con cada giro, en un movimiento elegante, que todos los presentes admiraron. Su marido los contemplaba con un nudo en la

garganta, y el cariño que profesaba a Aitor empañaba sus ojos.

Cuando las notas entonaban «Volver con la frente marchita, las nieves del tiempo nublaron mi sien...», Aitor se detuvo lentamente y susurró al oído de su amiga:

—Nunca olvides esa letra y vuelve con mi amigo, aunque estemos viejos y arrugados, colmados de achaques, Mili.

Entonces la tristeza envolvió su corazón y dejó escapar las lágrimas que llevaba conteniendo toda la tarde, mientras enlazaba cariñosamente a la joven con un brazo y con el otro atraía a Quino para apretarle también contra su pecho.

Así permanecieron unos minutos con los ojos cerrados, recordando en sus pensamientos los mejores momentos de su amistad juntos: cuando Quino le enseñó a aquella muchacha de ojos hermosos que estudiaba en la biblioteca, mientras ellos permanecían escondidos tras la sección de historia; la noche que pasaron en el parque de atracciones montados en el pasaje del terror, donde su amigo le robó al fin el primer beso a Milena; los nervios de Quino cuando la sorprendió con el anillo de compromiso metido en la tarta de fresas que le llevó a la facultad cuando ya empezaron como profesores...

Tantos momentos juntos los tres, sin importar que ellos fueran pareja, sin que Aitor jamás se sintiera desplazado ni en el día de su boda, de la que fue el padrino de Milena.

Cuando al fin abrieron los ojos y se separaron muy despacio, Isabel se acercó a ellos. Aitor la cogió de las manos dándole un suave beso en la mejilla. Sabía que debía marcharse o con el paso de los minutos cada vez le sería más difícil.

—Cariño, es hora de irme y vosotros debéis descansar para el vuelo de mañana —le habló cogiéndola de la barbilla.

Isabel se quedaba con ellos a dormir para llevarlos al aeropuerto muy temprano al día siguiente, ya que habían vendido su propio coche al no poder llevárselo. Su amigo sabía en lo más hondo de su ser que si él los acompañaba la despedida sería aún más dolorosa.

Los tres se fueron hacia la puerta y, antes de abrirla, Quino se derrumbó.

—¡Joder, no te imaginas cuánto voy a echarte de menos, Vikingo! —se lamentó, intentando limpiar los regueros de lágrimas que empañaban sus ojos.

—Tío, allí tienes todo lo que necesitas: la mujer a la que amas y un modo de vivir. Además, hace mucho que tus padres murieron y no tienes hermanos, así que solo mira hacia delante y sigue tu camino.

—Te equivocas, amigo. Dejo un hermano enorme y cabezón que me ha dado los mejores momentos de mi vida.

—¡Dios, Quino! No me lo pongáis más difícil. —Aguantó un sollozo a duras penas—. Buen viaje y cuidaos mucho, os lo suplico.

Abrazó a los dos de nuevo y los besó en la cara, grabando sus rostros que solo vería por Skype a partir de ahora.

La imagen de sus amigos diciéndole adiós desde la puerta le acompañó hasta que salió a la calle. La angustia le hizo detenerse y llorar como un niño al llegar a la esquina, porque no quería volver a mirar hacia ese balcón por el que Quino y Milena ya nunca aparecerían.

El llanto le embargó mientras conducía hacia su casa con el riesgo de tener un accidente, puesto que las lágrimas apenas le dejaban ver la carretera, y le acompañaron en sus sueños.

La noche del viernes no tuvo más remedio que hacer de tripas corazón y poner su mejor sonrisa para comenzar su trabajo en el *pub*.

A las diez, vestido con una camiseta negra de licra que ceñía su musculoso torso bajo la chaqueta de cuero oscura y unos vaqueros rotos en las rodillas que apretaban su estupendo trasero, entraba al *pub* por la puerta que Belén le había indicado, descubriendo silbidos de admiración a su paso.

El local era mucho más grande de lo que imaginaba, con paredes rojas de las que colgaban cuadros con fotografías eróticas de hombre y mujeres, unas veces enlazados imitando la danza del amor y otras solos, luciendo sus sensuales anatomías.

Las mesas redondas en color negro con los cómodos sofás a juego resaltaban alrededor de la barra americana en rojo pasión como las paredes.

La música tecno y el reguetón hacían las delicias de las clientas del local, todas mujeres. Una extensa variedad de chicas y féminas que se movían al ritmo de la música en el escenario a un lado de la barra, mientras otras charlaban mientras degustaban sus copas.

Belén le recibió con una sonrisa, repasándole de la cabeza a los pies.

—Estoy deseando que te vean con el uniforme. —Le plantó dos sonoros besos en la cara, muy cerca de las comisuras de sus labios.

—Me he vestido más informal porque no sabía que tuviera que llevarlo. ¿Crees que será de mi talla?

La jefa salió de detrás de la barra y, acercándose a él, le puso las manos en el culo para medirlo a conciencia, mientras Aitor se quedaba de piedra por la excesiva confianza.

—¡Te quedará como un guante, machote! Ven conmigo.

La acompañó hasta una puerta en un lateral, que llevaba a la habitación donde el resto de camareras se cambiaba. Un par de taquillas, un banco y un espejo eran todo el mobiliario.

Belén abrió la taquilla de la derecha y sacó el «uniforme» mostrándoselo con la mejor de las sonrisas.

—Póntelo y sal ahí fuera a recibir a nuestras clientas. —Le ordenó, sonriendo como una gata hambrienta.

—Espera un segundo. ¿Esto es el uniforme? —Le dio vueltas entre sus manos sorprendido—. ¡Pero si un pañuelo de los mocos tiene más tela!

—Cariño, las mujeres quieren a un tío bueno sirviéndole sus consumiciones y de paso ver carne fresca. ¿No me dirás que te da vergüenza cuando las tías babean a tu paso? Seguro que estás acostumbrado a que te coman con los ojos, Aitor. —Le palmeó el culo satisfecha—. Te espero fuera con Sally y Lorena que están a tope de trabajo hoy, no tardes.

Aitor se quedó con cara de pasmado ante las palabras de su jefa. Pero decidió que sin otras opciones de trabajo mejores tendría que echarle valor y dejarse ver medio en pelotas, porque era como se sentiría con el jodido vestuario.

Cuando se miró al espejo ya vestido, la imagen de un enorme rubio de intensos ojos azules, un torso fornido y los adornos que tan solo habían descubiertos las mujeres que lograban llegar a su cama le hizo ruborizarse.

Con un suspiro mezcla de pánico y alivio, porque al menos aquella tortura acabaría a las cuatro de la mañana, salió al terminar de anudarse las botas de cuero que traía de casa.

Su aparición en el local despertó la algarabía de las mujeres, que silbaban entre gritos de júbilo, cuando caminaba hacia la barra.

El uniforme que debía llevar era simplemente un minúsculo pantaloncito de seda roja, que apenas le tapaba las pelotas y que resaltaba absolutamente todos sus atributos masculinos, con «El Deseo» bordado en letras doradas en la parte de atrás, enmarcando sus glúteos y unos labios del mismo color bordados por delante, justo en medio del trípode.

—¡Vaya con el nuevo! Esta noche te van a llover las propinas, chico — comentó una morena con mechaz azules que llevaba una bandeja vacía en las manos—. Soy Sally.

—Aitor. —Se presentó, devolviéndole el beso en la mejilla que ella le había dado.

—¡Qué callado tenías lo del tatuaje, nene! Y el *piercing* en el pezón va a calentar a más de una —repuso Belén con una sonrisa de oreja a oreja y una mirada que empezó a dar miedo a Aitor.

—Bueno, he venido a trabajar y no a recibir piropos. —Carraspeó incómodo—. ¿A qué mesa atiendo primero?

—A la del fondo, aquellas tres señoras de blanco —le informó una chica de pelo rapado y gafas verdes que acababa de llegar a la barra—. Aitor, ¿verdad? Soy Lore.

—Encantado, Lore —contestó, cogiendo la bandeja que le ofrecía.

La vergüenza en el rostro de Aitor se hizo visible ante la respuesta de las chicas al pasar entre las mesas para llegar a la del fondo. A los silbidos y gritos de «culazo» y «pollón», se le unieron pellizcos en las posaderas y dedos que apretaban sus músculos con caricias furtivas a su paso.

El pobre profesor se sentía mal, como un muñeco expuesto para deleite de un grupo de locas de las que no se fiaba un pelo.

Se tranquilizó al llegar a la mesa y comprobar que las señoras a las que debía atender pasaban de la cincuentena y serían mucho más educadas que las jóvenes.

—Señoras. ¿Qué les pongo? —preguntó a la más cercana con el pelo corto y canoso y grandes ojos verdes.

—A mis amigas un *gin-tonic* y a mí me estás poniendo mala desde que saliste por la puerta. Pero me conformaré con un bacardí con piña —le habló con una voz ronca y sensual—. ¿Puedes decirme tu nombre, hermoso?

—Me llamo Aitor, señora. —Le dedicó una sonrisa cordial intentando no

ponerse colorado con el piropo.

—Yo soy Alina. —Se presentó, abriendo su monedero para sacar un fajo de billetes de cincuenta euros, de los que apartó uno y se lo dio—. ¿Ves este dinero? Lo traigo por ti y te aseguro que no podría gastarlo en nada mejor que tú.

—Alina, si se bebe todo ese dinero la veo pasando la noche en la UCI —respondió con una carcajada.

—Veremos quién acaba más cansado de los dos esta noche, guapo.

Las horas transcurrieron demasiado lentas para Aitor, que se vio sometido a un magreo constante cada vez que servía a una mesa en la que, sin ningún disimulo, las clientas le fueron llenando el pantalón de billetes de veinte euros.

A las dos de la mañana la música de David Guetta paró, dando paso a la conocida canción de *It's raining men* de Gloria Gaynor.

Belén sacó un micrófono y se fue al escenario entre el jaleo de las mujeres, que chillaban enfervorecidas.

—¡Señoras y señoritas! Ha llegado la hora golfa que tanto les gusta y lo más esperado de la noche. ¡Hagan sus apuestas!

—¿Aquí se apuesta? ¿También hacéis sorteos? —le preguntó Aitor a Sally, mientras apuraba una Coca-Cola bien fría porque estaba sudando entre el calor del local y los focos.

—Eso es lo que atrae a todas estas lobas, nene. —Su compañera le miró sin parar de reír.

—Quien ofrezca más dinero podrá conseguir una noche loca de sexo... ¡Con él! —Belén dirigió el dedo índice hacia la barra señalándole.

—¿Conmigo? ¡Y una mierda! —respondió Aitor alzando la voz por encima de la música—. ¡Me largo de aquí ahora mismo!

Las mujeres, al escuchar que pensaba huir de su agradable destino, empezaron a chillar como locas. El profesor comenzó a asustarse de veras, ante aquella jauría más caliente que la caldera del Titanic y se dio media vuelta, dispuesto a correr hacia el cuarto para coger sus cosas y salir a escape.

Pero no consiguió llegar hasta la puerta para cambiarse porque un grupo de mujeres le fueron rodeando, hasta que un par de ellas le agarraron del pantalón por detrás y por delante, tirando en direcciones opuestas. El crujido

de la seda al rasgarse y los trozos que quedaron colgando de sus muslos convirtieron a las féminas en salvajes amazonas, que al verle completamente desnudo se lanzaron a por él.

Sin ropa, sin la cartera y sin abrigo, lo único que pudo hacer fue coger una servilleta roja de la barra y taparse las vergüenzas, mientras corría como alma que lleva el diablo hacia la puerta de atrás, la que comunicaba con el otro pub más pequeño.

Atravesando el local, donde la gente se quedó boquiabierta ante aquel gigante en pelotas que corría despavorido, no miró a tiempo de chocar contra alguien que casi cayó al suelo, pero a quien pudo agarrar con una mano. Aturdido, se giró para disculparse y se quedó de piedra.

—¿Profe, qué haces en pelotas? —Se sorprendió Ana, roja como un tomate al contemplarle.

—Ayúdame, por favor. —Le suplicó nervioso—. Mis cosas están en la taquilla del cuarto, junto a la barra que hay en el local de atrás. No puedo salir así a la calle.

—Mi Clio rojo está aparcado a la derecha de esta calle. Espérame dentro —le dijo, ofreciéndole las llaves que sacó de su bolsillo.

Aitor salió en busca del coche, que afortunadamente encontró sin problemas. Entre intensos temblores por el frío que hacía, consiguió meterse dentro, encendió el motor y puso la calefacción.

Cerró los ojos intentando serenarse, tremendamente cabreado por el espectáculo que se había visto obligado a dar. Si alguien se enteraba de aquello, ninguna universidad le querría de profesor, en la vida.

Un toque en el cristal de la ventanilla le sobresaltó. Ana venía cargada con su ropa y una sonrisa preciosa en su cara. Aitor abrió la puerta, se bajó a trompicones y se metió en la parte de atrás para cambiarse, avergonzado de que su alumna le hubiese visto hasta el último pelo del pubis.

La chica se sentó al volante y arrancó, ofreciéndose a llevarle a su casa. Ya vestido, y antes de salir a carretera, se sentó delante junto a ella.

—Siento que me hayas visto así, cielo. No imaginaba que el trabajo de camarero implicaba acostarse con la ganadora de la puja que hacen los fines de semana. Me he enterado de lo que pretendían cuando se lanzaron sobre mí. —Se disculpó, frotándose las sienes porque el dolor de cabeza que tenía le

estaba volviendo loco.

Por el camino le fue relatando toda aquella maldita aventura, consiguiendo relajarse ante las carcajadas de la joven.

—Tranquilo, profe, que yo soy una tumba. —Le animó parando frente a su piso.

—Lo sé, Anita, sabes que confío en ti al cien por cien. —Le dio un delicado beso en la frente—. Hoy me has salvado la vida, que lo sepas. ¿Cómo saliste tan rápida con mis cosas?

—De nada, profe, tú me la has salvado a mí muchas veces cuando no podía estudiar con el cáncer. —Le apretó la mano con cariño—. Fue fácil, nadie se fijó en mí mientras me colaba por el cuarto, entre el barullo de gritos que las tías del bar le estaban dando a la dueña, subida en la barra para intentar calmarlas.

—Eres un genio, pequeña.

—Pero creo que deberías seguir intentando conseguir trabajo de arte, y que no sea posando desnudo para cuadros. No te desanimes, Aitor. —Le devolvió el beso en la cara.

—No lo haré, cariño. Enviaré currículums a más museos a ver si cae alguno. Gracias otra vez, Ana. Te llamaré y quedaremos para tomar un café, ¿vale? —Se despidió saliendo del coche.

Ella bajó la ventanilla y se asomó divertida.

—¡Eh, profe! ¡Qué bien escondías ese cuerpazo bajo los trajes tan serios que llevabas en la facultad!

—¡No me avergüences más burlándote de mí, señorita traviesa! —Le lanzó un beso al cruzar la calle.

Cuando llegó a casa se dio una ducha bien caliente, se metió desnudo en la cama y se quedó frito de cansancio. Pero, durante toda la noche, soñó con una horda de mujeres que le mordían y le arañaban el cuerpo como lobas hambrientas.

2 Gran vino tradicional, de uvas del tipo garnacha y cariñena, cuyo nombre está inspirado en Baco, dios romano del vino, antiguamente nombrado como El hijo del Tor.

Capítulo 4

La llamada del instinto

La humedad de la noche le corroía los huesos, pero su objetivo ya estaba a la vista y no pensaba arrepentirse ni por un segundo.

El animal amarrado con una gruesa cadena, que apenas le dejaba espacio para echarse a lo largo de su enmohecida caseta de metal, gemía su miedo al aire como si la luna pudiera rescatarle de su tormento. Pero la luna jamás atendería su súplica, en cambio, unas manos suaves se mostraron muy despacio frente a su hocico para que pudiera olerlas y una voz le susurró:

—Tranquila, preciosa, nadie volverá a hacerte daño.

La perra se acercó temblando lentamente hacia aquel olor que la llamaba como un faro en la oscuridad más tenebrosa. Aquellas manos no olían a odio ni a crueldad, no hedían a la tensión que precedía a las palizas con el palo.

Y el pobre animal lamió los dedos que acariciaban suavemente su hocico. Mientras aquellas manos le concedían el placer que nunca había tenido, sintió que la cadena se rompía con un seco crujido y por primera vez se dio cuenta de que podía estirar su cansado cuerpo en toda su plenitud, sin aquel ahogo constante en su cuello.

La voz que la llamaba volvió a hablarle, haciendo que el aire trajera promesas de amor y cuidados humanos.

—Vamos a casa, cariño. —La consoló la voz, tomándola entre sus brazos en los que se perdía, pues no era más que un despojo de huesos y pelo sucio enmarañado.

Atravesaron el campo que durante cinco años había cuidado para aquel cazador, cinco años en los que jamás sintió una caricia o una palabra de ternura. Cinco años de hambre, frío y garrapatas que la acosaban día y noche.

Y al fin supo que en aquellos brazos había encontrado por primera vez un hogar, mientras la sacaban entre dos humanos por el agujero que habían cortado en la malla metálica que bordeaba la finca.

Envuelta en una manta suave, arropada por aquella voz a la que siempre le sería fiel, se durmió tranquila y confiada cuando el coche volaba por la carretera hacia su nueva vida.

—Nena, por una vez ha sido fácil —suspiró quien conducía.

—No siempre vamos a tener que correr como si atravesáramos un campo de minas, a veces la suerte está de nuestro lado. —Se alegró quien llevaba a la perra en brazos.

—Sabes que si algún día nos pillan se va a armar la de San Quintín, ¿verdad, cielo? —Le advirtió, pendiente de la carretera.

—Yo asumiré toda la culpa, no tienes de que preocuparte. Total, para la sociedad que me rodea soy una vergüenza. ¿Qué más da otra muesca en mi largo historial?

—Otro escándalo y el jefe te mandará a Groenlandia a descapullar pingüinos, amiga.

—Me vendría bien un cambio de aires —respondió sonriendo feliz.

—Eres temeraria y encima me metes en tus líos.

—Y por eso me quieres tanto, le doy aventura a tu vida, corazón. —Le plantó un sonoro beso en la mejilla.

Después de su aventura «carnal» en el dichoso *pub*, Aitor siguió buscando trabajo en su gremio, aunque sin demasiado éxito. Había puesto anuncios para dar clases de arte en webs especializadas, a ver si llegaba la oportunidad de al menos sacar un dinero extra.

Acababa de cobrar el paro, del que quedaban 300 euros al descontarle la hipoteca y el coche, para sobrevivir el resto de febrero.

Se había acabado comprar buen vino, el queso que tanto adoraba, y ni hablar de renovar su armario. Al menos la tarifa de internet le salía barata y no tenía que renunciar a ella, porque hubiera sido un engorro bajar a la biblioteca cada vez que quisiera ver su correo.

En los *cibers* debías consumir para el acceso a la red y el profe procuraba ni siquiera pasar por la pastelería de sus amores para no caer en la tentación y de paso en la bancarrota.

Estaba tomando un café mientras revisaba el correo en busca de su salvación económica cuando el símbolo de la carta apareció de repente en la pantalla, mientras removía el azúcar. Cruzando los dedos, lo abrió y comenzó a leerlo esperanzado.

Estimado señor Oliveros:

Estoy interesada en sus dotes para la pintura, pues quisiera hacer un mural artístico en la pared del salón de mi casa. Mi dirección es C/ Alondra, 20. Alcorcón. Madrid. Si pudiera venir a casa, hablaríamos del proyecto y las condiciones económicas.

Atentamente,
Aurora Otero.

Aitor se frotó las manos ante aquel inesperado golpe de suerte. Pintar un mural podía aliviar sus pesares durante un tiempo si era económicamente rentable.

Contestó al correo inmediatamente para concretar día y hora para el encuentro. Media hora después, tenía una cita para el día siguiente a las ocho de la tarde en el domicilio de la señora.

Aquella noche casi no pudo dormir ideando bodegones, paisajes y creaciones posibles para que el salón de la mujer quedará como la Capilla Sixtina.

Y a las ocho menos diez llamaba al portón de un enorme chalet de ladrillo rojo adosado, al más puro estilo inglés.

Una chica del servicio, con uniforme negro y cofia blanca, le hizo pasar a un pequeño saloncito con un sofá de piel beis y una mesita de té en el que la clienta le recibiría. Los grandes ventanales por los que se asomó daban a un jardín repleto de enredaderas, manzanos y un gran sauce llorón.

—Veo que es puntual. Me gusta esa cualidad en las personas que contrato —habló una voz cálida y sensual.

Aitor se dio la vuelta para encontrar a una mujer alta, esbelta y muy parecida a Angelica Houston en su papel de la madre de los Addams.

La larga melena negra azabache le rozó la mano cuando estrechó la de la señora. De cerca parecía rozar los cincuenta, aunque era lo suficientemente atractiva para que cualquier hombre se olvidara de la edad que podía tener realmente.

—Soy Aurora Otero, viuda de William Bellamy.

—Encantado, señora Otero. Soy Aitor Oliveros. He traído mis credenciales para que vea mi experiencia —contestó, ofreciéndole su currículum.

La señora dio un repaso bien fino a los documentos, mucho menos que a su dueño, al que no quitaba la vista de encima ni un segundo entre lectura y lectura.

—Enhorabuena, señor Oliveros, tiene unas credenciales intachables.

¿Puedo preguntarle cuánto hace que dejó de ser profesor y el motivo? —le interrogó, invitándole a sentarse frente a ella.

—No tengo inconveniente. Hace dos meses que hubo recortes en la facultad y yo fui uno de los que perdieron su trabajo. Espero volver a encontrar un puesto en algún museo como asesor, tarde o temprano.

—Con su experiencia lo hará, estoy segura.

La chica rubia que había abierto la puerta entró con un servicio de té y una licorera con dos vasos de impecable cristal tallado que puso sobre la mesa, y se retiró en completo silencio.

—¿Le apetece un té o güisqui? Por cierto, puede llamarme Aurora, ni señora Otero ni Bellamy. —Le sonrió seductora.

—No me apetece tomar nada, gracias. Puede llamarme Aitor, si lo desea. —Se excusó, queriendo llegar al grano—. ¿Podría enseñarme el lugar donde quiere el mural y qué tema le gustaría que pintara?

—¡Vaya, es un hombre directo! Desde luego, acompáñeme.

Se levantó con un espectacular vaivén de caderas, embutida en el ceñido vestido negro de cóctel, y le llevó a una sala cerrada con puertas de madera de nogal, frente al lugar donde habían hablado.

Las abrió de par en par y le invitó a entrar a un gigantesco salón de paredes blancas sin muebles, salvo una vitrina de cristal con una urna verde esmeralda dentro y largos ventanales hasta el techo.

Le señaló la pared a su derecha; desde una esquina a la otra podía pintar *La última cena* de Da Vinci si quería.

—Es un espacio colosal, Aurora. El tamaño del mural no será un problema, por lo que veo. Podría hacer un paisaje de bosques o alguna imagen sagrada. ¿Qué prefiere?

—Esta es la sala del piano, donde suelo tocar para relajarme, y la favorita de mi marido. He hecho sacar todos los muebles para que pueda trabajar con comodidad. Me gustaría que pintara una orgía griega, concretamente a Mesalina y sus amantes. —Le soltó sin inmutarse siquiera. Aitor carraspeó incómodo porque no esperaba aquella petición.

—Bien, así que quiere hombres desnudos con Mesalina. —Constató con gesto profesional.

—Exacto. Con cuerpos hermosos como los campeones de las esculturas

griegas. Pero tengo dos condiciones para hacerlo y si las acepta le pagaré 4.000 euros por su trabajo —le informó muy seria.

Aitor, al escuchar la cifra, intentó no dar saltos de alegría, para no parecer poco profesional.

—La escucho, Aurora. —La invitó a continuar.

—Me dibujará a mí como Mesalina. Y deberá incluir en la pintura las cenizas de mi William que reposan en esa urna.

—¿Perdón? —Se atragantó al oír aquella descabellada propuesta.

—Verá, Aitor, la fantasía *voyeur* de mi marido era verme en una orgía en la que él participaría. Por desgracia, una bomba lo destrozó en Irak hace dos años matándolo en el acto, y lo único que me queda de él son esas cenizas. —Sacó un pañuelo de la manga del vestido con el que se limpió sus grandes ojos negros, que comenzaban a empañarse—. Quisiera al menos cumplir su última fantasía con este mural y así cada vez que lo vea sabré que él vive en esa imagen.

—Incluir las cenizas, o al menos una parte, no debería ser problema. Las puedo mezclar con la pintura acrílica. —Asintió de modo profesional—. Pero permítame una pregunta, ¿va usted a posar como Mesalina?

—¡Oh, no, por Dios! Tendrá que usar una modelo o imaginar el cuerpo desnudo de alguna mujer. Mi marido y yo teníamos gustos sexuales tal vez atípicos, pero jamás le fui infiel y estoy completamente segura de que él murió sin haberme engañado nunca —afirmó muy seria.

—No era mi intención ponerlo en duda, Aurora. Solo quería saber la ruta a seguir en el trabajo. —Le sonrió a modo de disculpa—. Me parece perfecto. Si está usted de acuerdo, deme unos días para crear un boceto y me llevaré hoy mismo las medidas de la pared para estructurar las dimensiones correctas que tendrá.

—De acuerdo, le dejo con sus medidas y Nerea le acompañará a la salida cuando acabe. Siento retirarme, pero esta noche tengo un compromiso ineludible. Muchas gracias por su comprensión, Aitor. —Le dio un apretón de manos delicado.

—A usted por contratarme, Aurora.

El Vikingo se distrajo tomando la anchura y la altura de la pared, mientras su anfitriona salía a dedicarse a sus asuntos. En pocos minutos tuvo

lo que necesitaba y salió del salón tras la silenciosa criada, que le acompañó hasta la puerta.

Mientras iba conduciendo, Aitor aún no se creía aquel magnífico golpe de suerte. Había encontrado una mecenas muy rica y si quedaba contenta con su trabajo seguro que le recomendaría a sus amistades, esperaba igual de forradas que ella.

Eso sí, la mujer era muy guapa pero extravagante un rato. ¡Vaya con el inglés! Así que le gustaba mirar en las orgías. Pues iba a incluirle en la más sensual de su vida, bueno, de su muerte.

Y así se dedicó al trabajo duro en cuanto llegó a casa, para no ver cómo las exiguas existencias de su nevera menguaban poco a poco.

Durante los días siguientes, el profe comenzó a dar forma al boceto a pequeña escala de lo que sería la obra, sobreviviendo a base de café y cereales, después de pagar la factura del gasoil de la calefacción.

Como su mecenas no iba a posar, de lo cual se alegraba porque ya tener que incluir la «materia prima» del marido era lo más raro que había hecho nunca, dibujó las sugerentes formas de la Mesalina que tenía en la imaginación.

Columnas romanas alrededor del salón del palacio del emperador y un resplandeciente suelo de mármol rojo serían el escenario.

Un lecho de sábanas blancas con pliegues estratégicos rodearía el cuerpo de la mujer, de pechos redondos y pequeños, formas gráciles y esbeltas en plena adolescencia y un rostro juvenil, puesto que Mesalina murió con solo veinticuatro años, después de haberse casado con dieciséis.

Echada entre sedas y sobre los hombros de un musculoso gladiador, sería acariciada por cuatro machos más, entre ellos el que estaría entre sus muslos abiertos. Las manos de cada hombre recorrerían sus pechos y su vientre, mientras uno de ellos sostendría su cabeza ladeada hacia quien mirara la pintura y los negros cabellos enroscados en sus dedos, con el éxtasis del amor reflejado en su rostro en el momento de la «pequeña muerte». Un rostro que se asemejaría al de Aurora, por supuesto.

De pie ante el boceto, al que había dado color a lápiz para que la clienta tuviera una imagen global del mural, sintió que aquella escena era capaz de excitarle.

Al tamaño real sería una mezcla de sensualidad, erotismo y vida, porque esperaba que los hombres de la pintura dieran la sensación de que podrían salir del cuadro respirando y de que habían llevado a su amante al Nirvana.

«Sí, picha mía, respirando y sin resuello, porque con la caña que daba la Mesalina acabarían tan secos como una mojama. Y tú vete preparando, Vikingo, que te espera lo mejor...».

Por fin satisfecho con el trabajo que había conseguido plasmar, volvió a la casa de la viuda con la que se había citado el sábado a las doce de la mañana, diez días después del primer encuentro, con una idea que se le había ocurrido que deseaba proponerle.

La chica del servicio volvió a llevarle al saloncito claro donde ya le esperaba la señora, vestida de negro como la primera vez, solo que con un traje chaqueta de Chanel.

Estrechándole la mano, la mujer se mostró impaciente por ver lo que escondía la enorme carpeta que Aitor llevaba bajo el brazo.

—Eche una ojeada al boceto, si hay algo que no le gusta puedo cambiarlo sin problema. —Le ofreció la lámina.

Los ojos de la mujer se abrieron asombrados ante el intenso espectáculo del dibujo, pero una enorme sonrisa le dio a Aitor la respuesta de que había dado en el clavo.

—¡Es justo lo que quería, Aitor! Es un artista extraordinario —suspiró encantada.

—Gracias, Aurora, es un placer trabajar cuando te dan total libertad para crear. Me gustaría proponerle algo más.

—Le escucho. Por favor, tome un café al menos esta vez. —Le invitó solícita.

—De acuerdo. Sin leche y con un terrón de azúcar, gracias.

Aurora le sirvió su taza y le miró, atenta a sus palabras.

—Como habrá comprobado, Mesalina tiene el cabello oscuro y los rasgos parecidos a usted. —Ella se ruborizó provocando un sentimiento de ternura en Aitor—. Había pensado pintar el rostro de su marido en el gladiador que sostiene la cabeza de la emperatriz.

La viuda, al escuchar sus palabras, se llevó las manos al rostro y sollozó en silencio.

—Lo siento, Aurora, no pretendía molestarla. —Se disculpó azorado.

—No, no se preocupe. No me ha ofendido, Aitor, me ha emocionado. — Se limpió las lágrimas con una sonrisa—. Me encantaría ver la hermosa cara de Willy en el mural.

—Muy bien. Si pudiera enseñarme una foto, lo añadiría en casa para comenzar el lunes, si le parece bien.

—Perfecto. Espéreme un momento. —Salió del salón con elegancia.

Mientras Aitor disfrutaba del excelente café y las buenas expectativas de aquel trabajo que ya le resultaba muy agradable, a pesar de lo de las cenizas, ella regresó con un par de sobres.

—Aquí tiene unas fotos de mi marido y un pequeño adelanto de 1.000 euros para comprar las pinturas que necesite. Por supuesto, las pinturas corren a cargo mío, no de usted.

—De acuerdo, es muy generosa, Aurora. ¿El lunes a qué hora quiere que venga? —Se levantó y guardó el dinero y las fotos en la carpeta.

—¿Le parece bien a las once?

—Estupendo, no me importa trabajar todo el día si es necesario. Así podré buscar los materiales y comenzar a preparar la pared del mural.

—Entonces hasta el lunes, Aitor. Gracias por hacerme feliz, no sabe cuánto significa para mí ese dibujo. —Le estrechó la mano con fuerza, reteniendo la enorme del profesor entre las suyas.

El fin de semana se dedicó a buscar los colores que le harían falta y en una gran cantidad, con las medidas de cada área del dibujo bien definidas, para no dar lugar a errores.

Encontró lo que necesitaba sin problema en un par de tiendas especializadas y se dedicó a dibujar el rostro del marido en el gladiador.

Cuando ya tenía los lápices y pinceles dispuestos en la mesa de trabajo que había comprado para el cuarto donde solía pintar, porque si le hacían más encargos de aquel tipo necesitaba un sitio extenso para los bocetos, abrió el sobre con las fotos.

La cara del inglés era increíblemente... fea, pero fea de cojones. Aquella criatura de Dios debía ser una buenísima persona, porque no había un solo rasgo en su rostro que conjugara con el resto.

Para empezar, aquello no era un hombre, era una gamba de Huelva,

porque la foto estaba tomada en verano y el pobre señor tenía un llamativo color rosa chicle de tanto tomar el sol.

A unas entradas en los rizos rubio pajizo que eran más largas que la M-30 se unía una frente extensa que le daba aspecto de extraterrestre de Tim Burton. Si lo que se decía de que las frentes anchas eran signo de inteligencia, el tal William debía ser Einstein y Stephen Hawking todo a la vez.

Bajo la autopista superior salía una nariz chata cual cerdita Peggy, que chocaba con las dimensiones de la parte de arriba, acompañando a los ojos de un azul grisáceo más saltones que había visto en su vida desde Marty Feldman.

Y para rematar la jugada, una boca inmensa de dientes de caballo, eso sí muy blancos, pero lo suficientemente separados para que entre ellos se le quedaran dos cenas y un desayuno atravesados.

Del cuerpo mejor no hablar, porque entre lo largo que era y lo delgaducho, Aitor iba a necesitar de toda su imaginación para convertirlo en el gladiador del cuadro. Eso y evitar reírse cuando pintara la carita del muchacho en el mural.

La verdad es que, viendo la buena planta de Aurora, no comprendía cómo una mujer tan imponente se había podido enamorar de semejante esperpento.

El Vikingo suponía que el hombre era un pedazo de pan o tenía un pollón como el brazo de Conan que le alegrara las noches, porque no quería ni imaginar su cara en el momento del orgasmo, si ya era desagradable con solo sonreír en las fotos.

Entre risas, se dedicó a forjar el sueño de la viuda hasta que el lunes a las once menos diez estaba frente a su puerta cargado con los botes, pinceles y demás artilugios para el trabajo.

La silenciosa chica de servicio le llevó directo al salón del piano, donde pudo soltar la carga en un rincón de la habitación.

Se puso los cascos para escuchar a Karajan, que le encantaba, y se dejó enamorar con los hermosos adagios de Mozart, que le ayudaban a concentrarse en su tarea.

Primero montó un pequeño andamio en el que se subió para preparar la pared, que limpió de posibles restos de polvo con un paño. Después comenzó a darle a toda la superficie una capa de látex satinado, ya subido en el andamio, de un extremo al otro hasta el límite inferior.

Acabó con la camiseta de tirantes blanca pegada al pecho por el sudor y los ceñidos pantalones de chándal grises al redondo trasero.

La visión de aquel gigante con el pañuelo envolviendo sus cabellos y descalzo, inmerso en el trabajo, llamó la atención de la chica del servicio, que pasaba por la puerta con más asiduidad que de costumbre.

Llegó la una de la tarde mientras se secaba la pared, para comenzar a dibujar los trazos del cuadro. A mano alzada, comenzó a dibujar el capitel de las columnas de la izquierda que poco a poco iban tomando forma, hasta que sintió que golpeaban su tobillo.

Era la criada, que había colocado un carrito con emparedados y bebidas en un rincón de la habitación frente a una silla del jardín. Aitor se bajó de un salto con el estómago a punto de rugir, porque solo había tomado un café y fruta a las ocho de la mañana.

—Muchas gracias —le habló a la chica mientras tomaba asiento—. ¿Cómo te llamas?

La rubita ni se inmutó, haciendo una reverencia antes de salir por la puerta.

—Anais es sordomuda —le informó la voz de Aurora, que hizo acto de presencia vestida de riguroso negro como siempre.

—Lo siento mucho, ¿cómo se comunica usted con ella? —preguntó, levantándose como un caballero.

—Nos entendemos. Por favor, coma tranquilo. —Le pidió acercándose a la ventana.

—¿No me acompaña, Aurora?

—No se preocupe, he tomado un refrigerio en el club. ¡Vaya, ha empezado las columnas! —exclamó entusiasmada.

—Sí, serán el límite del cuadro a un lado y al otro.

—Perfecto, Aitor. Estoy deseando verlo dibujado entero. ¿Cuánto cree que tardará en terminarlo?

—Pues trabajando mañana y tarde, creo que en un par de semanas podría estar listo —contestó limpiándose los labios con una servilleta—. La pared es bastante uniforme, lo que hace mucho más fácil pintar que si tuviera rugosidades.

—Estupendo, porque quiero dar una fiesta para inaugurarlo y, por

supuesto, usted estará invitado, Aitor.

—Es muy amable, estaré encantado. Y ahora, si me disculpa, debo seguir hasta que me quede sin luz natural. —Se levantó y se subió al andamio—. Le dejo trabajar tranquilo. —Se despidió satisfecha.

Volvió a ponerse los cascos y se dedicó a terminar las dos columnas. Después se bajó, para delimitar los trazos del suelo de mármol que le ayudarían a darle dimensión al cuadro.

A las seis de la tarde le ardían los ojos porque ya estaba oscureciendo y no quería pintar con luz artificial. Se bajó del andamio, dejó todo recogido y se cerró la chaqueta porque el contraste entre la calidez de la calefacción y el frío glacial de la calle al salir acompañado por la rubia le dio una bofetada en la cara.

Llegó a casa agotado, con el cuello rígido de tantas horas dibujando a mano alzada y un dolor de brazos de mil pares de huevos. Pero saber que estaba creando algo tan hermoso le hizo reír satisfecho al despojarse de la ropa para darse una larga ducha.

A las ocho de la tarde, tras cenar un bocata de atún y una cerveza, se metió en la cama, y estaba roncando como un bendito a los diez minutos.

Ni la música que retumbaba las paredes del piso de al lado alquilado por unos Erasmus hacía pocos días, celebrando otra de sus fiestecitas, ni los gritos del sevillano, que era el otro vecino del rellano pidiendo orden, consiguieron despertarle.

Y así pasaron los días en los que Aitor se iba muy temprano y regresaba al anochecer, dando vida al mural.

Cuando dibujó al marido de su clienta se fue mordiendo los labios para no estallar en carcajadas, al convertirle en casi un Adonis de facciones mucho más conjuntadas que el original, aunque con cierto parecido lejano... muy lejano. Sobre todo, porque el inglés en su puta vida había tenido el musculoso y viril cuerpo del gladiador del dibujo.

Al dejar que lo viera, Aurora dio un grito de alegría con el rostro lleno de amor por el difunto.

—¡Oh, Aitor, es igualito que mi Willy!

—Eso he intentado, Aurora —contestó con gesto profesional, aguantando la pose para que no se notara su descojone.

—Y aún no he dado el color, será impresionante, ya lo verá.

—No lo dudo, es usted un grandísimo artista. Le dejo trabajar a gusto sin interrupciones.

Cuando ya se había marchado, Aitor se tapó la boca para que no le oyera nadie reír.

—¡La madre que la parió! —susurró por lo bajo—. Entre la sorda de la criada y la ciega de la jefa están apañadas. Idéntico, ¡unos cojones! Esto no lo logra ni la Virgen de Lourdes.

Un par de días después acabó de hacer el dibujo a lápiz y llegó el momento de dar el color. Y de las cenizas. Con la viuda presente, entre la criada y ella sacaron la urna del mueble con gesto solemne, y la abrieron con el máximo cuidado.

—¿Cuánto de él quiere que esté presente señora? —preguntó, intentando disimular el asco.

—Use todo lo que necesite, pero me gustaría conservar un poco si no le importa —contestó, suspirando compungida.

—Haga usted los honores, Aurora. —Le ofreció el cuenco donde reposarían las cenizas para poder mezclarlas con las pinturas.

La buena mujer sacó con una cucharilla de plata casi toda la urna, que fue depositando en el cuenco hasta dejar un resto en el fondo. A continuación, la cerró y la volvió a colocarla en su lugar habitual.

Las dos se marcharon dejando a Aitor acompañado del difunto.

—Macho, te quedaste en un mojón —musitó el pintor mirando el pequeño montoncito con repulsión—. Bueno, vamos a lo desagradable.

Usando pinceles sintéticos, cogía un poco de las cenizas con la cucharilla y las iba mezclando con las pinturas acrílicas que darían color a los cuerpos de Mesalina y el gladiador. Lo que sobrara iría al resto del mural en los otros cuerpos.

Con la brocha plana comenzó a dar color al fondo del salón real, y con los pinceles redondos fue dando vida al musculoso cuerpo de Willy y al esbelto y sensual de la emperatriz.

Aunque al principio le asqueaba la idea de usar los restos quemados de una persona muerta en la mezcla, poco a poco se fue relajando entre la música y la inspiración, olvidándose de que el marido estaba literalmente respirando

en el cuadro.

Pero las primeras horas habían sido infernales cuando la pintura se quedaba impregnada en sus dedos y de paso el dueño de la casa con ella. Porque no fumaba, si no de buena gana hubiera cambiado las cenizas del cuenco por las de tabaco sin ningún remordimiento.

Al menos darle aquella ilusión a la pobre mujer enamorada, aparte de rentable, le hacía feliz, porque estaba trabajando en lo que era su pasión. Pero esperaba que no tuviera más ideas excéntricas para incluir al inglés en sus planes.

En las jornadas siguientes, trazo a trazo, el mural cobró vida llenando de belleza, armonía y color la pared, y trayendo a la memoria la intensa vida romana con sus excesos y plenitudes, cuando aún no había hecho acto de presencia la culpa del pecado cristiano y solo se dejaban llevar por el placer.

Y una mañana de finales de febrero, el mural al fin estuvo terminado por completo.

Sin los andamios y desde la perspectiva del fondo de la habitación, la escena era de un realismo sorprendente. Parecía que podías tocar las minúsculas gotas de sudor de la espalda del amante sobre ella, que podías acariciar los negros cabellos de la mujer y sentir el aliento de su boca en pleno éxtasis sexual.

Las columnas y las sedas de la cama parecían vibrar con el movimiento amoroso, de los hombres seducidos por la emperatriz más voluptuosa de Roma. El hermoso Willy quería salir del cuadro, volviendo a ser carne de varón para acariciar a su esposa.

Y su esposa se quedó con la boca abierta y los ojos llorosos al contemplar la obra acabada entre suspiros.

—¡Oh, Aitor, es una obra tan hermosa! —Le estrechó las manos y se las besó con fervor.

—Por favor, no haga eso, Aurora. Solo he hecho mi trabajo —respondió apurado.

—Un gran artista como usted se merece todo el reconocimiento del mundo. Y por supuesto el pago a su esfuerzo. —De su cartera de mano sacó un sobre que le ofreció solícita.

—Es muy amable, gracias, señora. —Lo aceptó gustoso.

—Creo que debe estar exhausto después de tantos días pintando. Espero verle el viernes a las nueve de la noche para la fiesta de inauguración, ¿de acuerdo?

—No soy muy habitual de las fiestas, Aurora, y supongo que será algo íntimo para sus amigos. ¿Está segura de invitarme?

—Por supuesto que sí. Quiero que todo el mundo le conozca. Y me permito incluirle entre mis amigos a partir de ahora. —Le acompañó ella misma a la puerta.

—Entonces aquí estaré. Gracias por todo. —Se despidió.

—A usted por darme felicidad.

Cuando el profesor llegó a casa, abrió el sobre y extendió el contenido sobre la cama, se tiró sobre los billetes de cien euros gritando como un loco.

—Por fin podré respirar. ¡4.000 euros!

Ahora dejaría pagadas varias letras de la casa y el coche para estar al menos tres o cuatro meses tranquilo. Y si en la fiesta le salía más trabajo como aquel podría vivir relajado hasta que encontrara otro puesto de profesor.

Y esa noche para celebrarlo se permitió pedir una *pizza* familiar que devoró como un niño pequeño.

La noche del viernes apareció en el chalet, vestido con su mejor traje chaqueta negro de Massimo Dutti que guardaba desde la boda de un compañero de la facultad, que había comprado en las rebajas de El Corte Inglés hacía un par de años y que le quedaba como un guante. Parecía un actor de cine.

La criada sorda le abrió la puerta y le llevó al interior de la casa, que estaba decorada con telas de seda y brocado al más puro estilo romano.

Su anfitriona apareció con un vestido de estilo griego de un subido rojo sangre, con un hombro descubierto y sandalias plateadas de tacón. El cabello recogido en lo alto formando un moño de trenzas oscuras le daba un aspecto sofisticado.

Si era sincero, estaba muy hermosa tras abandonar aquellos vestidos de luto, aunque fueran de las mejores marcas.

—Está usted irresistible, Aitor. —Le saludó con un leve beso en la mejilla.

—Aurora, esta noche resplandece. Pero no me dijo que la fiesta era temática, me habría vestido de otra manera.

—Así está perfecto. Acompáñeme al salón. —Le tomó de la mano llevándole con ella.

Cuando llegaron a la habitación, no parecía la misma. Habían colocado varios divanes alrededor de uno de terciopelo púrpura en el centro.

Mesas bajas de metal estaban a rebosar de viandas y canapés. Las copas de vino y el champán iban y venían, llevadas por criadas vestidas con transparencias.

Y todos los invitados vestían togas romanas en el caso de los hombres y vestidos de seda con pliegues en el caso de las mujeres.

Habría unas diez personas en el salón que se volvieron a mirarle cuando Aurora dio palmadas.

—Amigos míos, os presento al señor Aitor Ceballos. El artista que ha creado mi precioso mural.

Los aplausos y las exclamaciones de «bravo» se sucedieron como una avalancha ante el estupefacto profesor, que no sabía dónde meterse de la vergüenza. Los invitados, la mayoría ingleses, rodearon a Aitor entre muestras de respeto y halagos.

—Por favor, brinde conmigo. —Le ofreció una copa de champán la anfitriona.

—Que la felicidad llene esta casa y el corazón de su dueña. —Levantó la copa sonriendo a la mujer.

—Por usted, que siga creando maravillas. —Terminó el brindis bebiendo un pequeño sorbo.

Aitor se dejó llevar ante los amigos de Aurora, comiendo un canapé tras otro, que estaban deliciosos, y bebiendo dos copas más de champán.

Todo el mundo hablaba español, lo que agradeció, y comentaban que querían hacerle ofertas para nuevos encargos. Desde un capitán de marina, que deseaba que pintara un antiguo velero inglés que admiraba, hasta una señora entrada en carnes que asomaban por la seda del vestido, que pedía una imagen de la campiña inglesa.

El profesor estaba entusiasmado ante tantos ofrecimientos de trabajo, hasta que la campanilla que tocaba Aurora llamó su atención.

—Amigos, ha llegado el momento de inaugurar nuestro mural. Por favor tomad asiento y, mi querido Aitor, hágalo en el diván frente a mí, si no le importa. —Le señaló el que estaba justo delante del de color púrpura.

Acercándose a la urna, que había sido colocada en un pedestal al fondo de la sala para que no sufriera daños, la criada sorda le entregó a su señora un objeto envuelto en seda roja.

Aurora lo desenvolvió con primor, dejando ver algo alargado con un extremo transparente que Aitor no llegaba a discernir qué era, desde su posición en el diván.

Desenroscó la parte inferior del artilugio y cogiendo la cucharilla de plata la llenó de cenizas, vertiéndolas con cuidado dentro. Volvió a enroscar el tapón inferior y tomando entre sus manos la vara alargada lo presentó a su público como si fuera el Rey León de Disney. Los amigos silbaron, dando vítores al corear «¡Willy, Willy!» desde sus asientos, ante la cara de estupor del profesor.

Aurora, con gesto solemne, se echó en el diván y abrió el vestido hasta dejar sus encantos desnudos a la vista de todo el mundo, incluido el artista.

—Amor mío, ahora eres inmortal en esa pared —le habló la viuda a la vara que llevaba entre las manos—. Toma lo que siempre ha sido solo tuyo.

Con aquellas palabras, la dama tomó en sus manos el objeto, que besó con fervor, y, con la tranquilidad más absoluta, comenzó a introducirlo en su vagina entre suspiros de placer.

Los ojos de Aitor se abrieron como platos al entender lo que era aquello que había visto anunciado en internet: ¡un consolador para viudas!

Alguien había inventado aquel objeto en el que podías introducir las cenizas de tu marido en el compartimento interior para masturbarte con él.

Encima la buena mujer estaba dando el espectáculo en vivo y en directo frente a él, entre gritos de «¡Willy, hazme tuya!», animándose ante el coro de amigos que la incitaban entre palmas.

Aitor no podía creer lo que estaba viendo y, como la viuda estaba ensimismada en el polvo de ultratumba con los ojos cerrados, se levantó del diván sin que los demás se dieran cuenta, excitados como estaban ante el grotesco espectáculo, y en dos zancadas llegó a la entrada y salió a escape.

Condujo sin mirar atrás el trayecto hasta su casa, alucinado de lo que

había visto y decidido a no volver a aquella casa ni a tener contacto con aquella gente, aunque pretendieran pagarle en oro puro. Antes se moría de hambre que presenciar otra escenita de aquella panda de locos.

¡Joder, con la viuda! Y eso que parecía tan recatada. Le gustaba más una orgía que a un tonto un látigo.

—¡La madre que me parió! ¿Es que no voy a encontrar un trabajo normal en lo que me queda de vida, coño? —Resopló cabreado al llegar a casa.

Y terminó febrero sin encontrarlo, aunque al menos el dinero del mural le sirvió para pagar varias letras del piso y un par del coche.

Mientras hojeaba el periódico por internet, su móvil sonó a mediados de marzo, con un desesperado Aitor que saltó la mesita del salón para cogerlo de lo alto de la estantería.

—Hola, sinvergüenza. —Sonó la voz profunda de su padre—. ¿Cuándo te dignarás a hacerme una visita?

—Lo siento, papá, pensaba ir este domingo para llevarte tu regalo y pasar la tarde juntos.

—Pues ni se te ocurra faltar porque tengo algo muy importante que contarte.

—¿Y no puedes decírmelo ahora? —preguntó impaciente—. ¿No estarás enfermo?

—Ni hablar. Así estoy seguro de que no te escaquearás con excusas, tranquilo, estoy como una rosa. Por cierto, ¿has encontrado algún trabajo?

—Alguno ha habido sin mucha importancia. Ya te contaré, porque no te lo vas a creer. —Sonrió al otro lado.

Afortunadamente, su padre era un hombre que no se asustaba de los bajos instintos humanos, por muy fraile que fuera. O quizá porque conocía el alma de los hombres y sus pecados.

—Bueno, hablaremos de todo el domingo. Cuídate, hijo.

—Y tú papá. Te quiero.

—No más que yo a ti.

La semana transcurrió con rapidez entre los correos que Aitor mandaba a los museos que abrían plaza para asesores de arte, intentar estirar el paro para

llenar la nevera a medias y apagar el móvil cuando la inglesa no cesaba de importunarle mañana y noche para seguramente ofrecerle más «encargos».

Al fin llegó el domingo, con Aitor llamando a la puerta de la casa de su padre y el resto de los frailes. Envuelta en un precioso papel de regalo, llevaba una tetera de porcelana pintada a mano con imágenes de la Virgen que había encargado a un conocido suyo hacía un mes, y varias latas de los mejores té que encontró.

Con su habitual abrazo de oso, Damián le hizo pasar a su cuarto, donde ya se respiraba la pronta llegada de la primavera, con la fragancia de las rosas del invernadero que cultivaban los frailes dispuestas en un pequeño jarrón frente al cuadro de la Virgen.

—Siéntate, Aitor. He hecho café, que sé que el té a ti no te gusta. —Le ofreció la cafetera dispuesta primorosamente con el servicio en la mesa—. Y prueba las torrijas que las hermanas de la Caridad nos han traído ayer.

—Deja que yo te sirva hoy. —Dejó el regalo frente al hombre, puso las manos en sus hombros para que fuera él quien se sentara y le dio un cariñoso beso en la mejilla—. Feliz día del padre.

—Pero, hijo, no necesitabas comprarme nada. Y menos en la situación que estás, Aitor.

—¡No me riñas, papá! Que seas fraile me ahorra regalos como el Iphone. —Le achuchó divertido.

Los ojos de Damián brillaron con ternura al descubrir la hermosa tetera y las cajitas.

—¡Hijo, qué belleza! Muchas gracias, cariño. Creo que voy a probar el Ylang. —Sonrió como un niño en la noche de Reyes, mientras iba un momento a la cocina a calentar agua.

Aitor le esperó abriendo la bandeja de torrijas, que olían a gloria bendita. Cogió un trozo con los dedos y se la metió en la boca suspirando de placer mientras lamía la miel y la canela que resbalaba por sus dedos.

Su padre no pudo evitar las carcajadas, al verle con la cara manchada como cuando era pequeño, cuando traía la jarra con el agua hirviendo. Se sentó junto a él y le revolvió el pelo mientras se deleitaba con el aroma del té que acababa de preparar.

—Bueno, papá, vamos al grano y dime ya para qué me llamaste el otro

día.

—No, antes háblame de esos trabajos que te habían salido y por qué no han funcionado. —Le insistió con aire misterioso.

—Vale, primero encontré un puesto de camarero en un *pub* para los fines de semana. Me pagarían cuatrocientos euros al mes —miró de reojo al fraile para ver su reacción—, en negro.

—¡Pero, hijo, eso es robar! Es un pecado, Aitor. —Se llevó las manos al pecho preocupado por el alma de su niño.

—No, papá, pecado es tener el cabrón de presidente que tenemos que está llevando a España a la ruina. —Gruñó frunciendo el ceño—. Además, no pasé del primer día, así que puedes estar tranquilo que ese pecado no lo cometí.

—¡Oh, gracias Virgen Santísima! —Se persignó suspirando.

—Papá, no cobré un euro, no porque sea un santo. El trabajo tenía trampa.

—¿Echabas más horas de las acordadas?

—No, querían que echara polvos con la señora que ganara la subasta en la que el premio era yo. —Le soltó a bocajarro.

—¡Joder! ¡Ay, Dios, perdóname! —Se tapó la boca escandalizado.

—En mi defensa te aseguro que yo no supe esto hasta el final, y tuve que salir en pelotas del bar, o las lobs que había no me dejaban ni los rizos de allí abajo sin morder. Menos mal que me salvó una alumna y me llevó a casa.

—Ahora entiendo que lo dejaras, hijo. —Asintió aliviado por que no se hubiera convertido en un improvisado gigoló.

—Espera, que aún tengo otro trabajito que contarte.

—¿Más de ese estilo? —preguntó el pobre fraile con un hilo de voz.

—Peor. Verás, por internet conseguí un encargo de una viuda inglesa para hacer un mural artístico en la pared de su salón. Y esta vez sí pequé porque he podido cobrarlo íntegro.

Damián le escuchaba muy serio, refunfuñando al oír lo del cobro.

—¿Y no te salió bien el mural? Lo dudo, con el arte que tienes en esas manos.

—El mural me salió de escándalo, concretamente una orgía romana con la viuda como Mesalina y el difunto marido como uno de los gladiadores que

participan. —El padre escupió el sorbo de té de la impresión.

—¿Y cuál fue el fallo? —El pobre fraile ya temía preguntar.

—¡Oh, un par de detalles, nada más! En concreto que tuve que mezclar la pintura con las cenizas del marido... —Miró de reojo a su padre preparando el terreno por si le daba un síncope—. Y que aún tengo pesadillas con la imagen del pitorro de la viuda masturbándose con el resto metidas en un falo de cristal.

—¡Válgame el cielo! ¿Pero te acostaste con la viuda, gañán? —Se levantó el padre con la cara más colorada que los pimientos de padrón.

—¿Yo que voy a acostarme con nadie? Aunque estaba buena, la verdad. —La mirada de cabreo de su padre le hizo continuar la explicación para que no le creyera un perverso—. La mujer se montó una orgía en la fiesta de inauguración del mural con sus invitados y me puso enfrente para que no me perdiera detalle. —Terminó con un escalofrío.

—¿Y tú que hiciste? —Pidió perdón mentalmente a la Virgen por el tontolaba de su hijo.

—Sentarme a comer palomitas ante las vistas, ¡no te jode! Papá, me largué cagando leches de allí. No te imaginas cómo era aquello, y saber que tenía lo del marido dentro, ¡puaj!

—No, yo ya no me acuerdo de cómo es un pitorro, hijo. Ni falta que me hace, que soy fraile desde los veinticuatro años. —Se sentó más tranquilo.

—Ahora comprendes por qué no me han durado esos trabajos, ¿no?

—Comprendo. Por eso, Aitor, te he conseguido uno buenísimo que te va a durar por lo menos unos meses. Y es de tu gremio.

—¿En serio, papá? ¿Y por qué no has empezado por ahí cuando llegué?

—Porque así no me pierdo tus aventuras. Aunque sean escatológicas, hijo mío. —Le palmeó la espalda aliviado—. Bueno, vas a asesorar la colección de arte de la familia Bloise. Una familia muy reconocida y de ascendencia aristocrática. El conde de Bloise quiere hacer una exposición de algunos de sus cuadros aquí en Madrid y necesita restaurar y recopilar otros para una exposición privada que hará en su ciudad natal.

—¡Me parece increíble!

—Son conocidos míos hace años. El conde estudió en una de nuestras universidades católicas del obispado cuando era joven. Y le llamé la semana

pasada por si sabía de algunos de sus conocidos que como él promueven el arte y que necesitaran un asesor.

—Y resulta que es él quien lo necesita. Papá, no sé cómo darte las gracias. —Se levantó y le abrazó fuerte.

—Bueno, no todo el mérito es mío. Aitor, tu experiencia y tu currículum, que me ayudó a enviarle el sobrino del prior con su tableta, lo han hecho posible. —Le cogió la cara entre sus arrugadas manos.

—¿Tú tienes mi currículum? —Se extrañó.

—Yo tengo muchas cosas tuyas, cariño. Te esperan el 25 de marzo; según tengo entendido, te alojarás en el palacio del conde. Ya negociarás las condiciones con él cuando llegues.

—¿Y ese palacio está aquí en Madrid?

—No hijo, la familia Bloise vive en Sevilla. Allí es donde te están esperando.

—¡Sevilla! —exclamó Aitor mirando a su padre con la boca abierta, como las vacas cuando ven pasar el tren.

Capítulo 5

Perro ladrador, poco mordedor. ¡Y unos cojones!

Sevilla tiene un color especial, así decía la famosa canción de Los del Río. Y especial fue el color de la cara de Aitor cuando escuchó la ciudad de su próximo destino. Del rubor alegre pasó al verde asco y de allí a la grana, por tener que tragarse la cólera y agradecer el desvelo de su padre, que había intercedido por él.

¿Qué podía hacer para evitar aquel desastre? Nada en absoluto, porque los 4 000 euros no le iban a durar todo el año y después del grotesco espectáculo de la viuda y su séquito de viciosos, trabajar para ellos le parecía un futuro más negro que el potorro de la mujer.

Así que se tragó la bilis y el orgullo, cogió las credenciales del conde que Damián le había dado y comenzó a planear el viaje a la capital de Andalucía.

Tardó menos de dos semanas en dejar arregladas sus cosas. Preparó los mejores pinceles que tenía, los utensilios que necesitaba y algunos libros de consulta en restauración, y los metió en una de sus tres maletas. En las otras dos más pequeñas llevaba los trajes de chaqueta que le daban un aspecto más profesional, ropa cómoda para trabajar en los cuadros y para disfrutar de su tiempo libre, que seguramente sería escaso.

Haciendo de tripas corazón dejó las llaves del piso a Luis, el vecino de Sevilla que vivía en su mismo rellano, porque era más fácil que echara un ojo al piso de vez en cuando, y tenía que reconocer que el buen hombre era el único con el que tenía confianza para hacerlo.

—Así que te vas a mi tierra una temporadita, ¡anda que no lo vas a pasar bien, mi *arma*! —le soltó con un deje de nostalgia en la mirada de sus ojos castaños—. No te imaginas lo que echo de menos el aire de azahar de mi Sevilla.

—Pues eso no creo que lo vendan para traértelo a la vuelta, Luis. Pero ya encontraré algún recuerdo que te guste, por las molestias de vigilar mi casa,

hombre. —Le palmeó la espalda con una sonrisa sincera.

—¡Qué molestia, ni molestia! Si desde que me jubilé me sobra el tiempo y se me hacen las tardes eternas, sobre todo en invierno. —Le despidió cerrando la puerta con un suspiro.

A las siete de la mañana del día siguiente, con todos sus bártulos bien dispuestos en el maletero del coche, puso rumbo a su destino, ilusionado por el golpe de suerte que había conseguido gracias a su padre.

Salió de la M-30 pensando en sus últimas palabras de la tarde anterior cuando fue a despedirse de él.

—Aitor, ojalá esta vez te salga bien el trabajo. Pero ya sabes, si tienes cualquier problema grave, te vienes arreando para Madrid. No tengo que decirte que esta será siempre tu casa, ¿verdad, hijo?

—Lo sé, papá. No te preocupes por nada. —Le abrazó con un fuerte apretón, que le hizo emocionarse ante los ojos nublados por las lágrimas del fraile—. Y llámame por teléfono siempre que te apetezca.

—Lo haré, cariño. —Le despidió haciendo la señal de la cruz en la frente de Aitor.

Sabía que iba a echar muchísimo de menos a Damián, y estar tan lejos de casa le angustiaba un poco, porque si caía enfermo no podría llevarle al médico como solía hacer en cuanto le notaba acatarrado. Por fortuna, su padre aún se mantenía en forma y tenía una salud de hierro, pero a Aitor le encantaba velar por él y estar pendiente de sus pequeños achaques.

El incesante tráfico de la periferia de la capital quedó atrás en poco tiempo y el paisaje, con el paso de las horas, fue cambiando gradualmente a campos verdes y un cielo mucho más limpio a medida que se iba acercando a Despeñaperros.

Aitor paró en una gasolinera para hacer un desayuno contundente, donde comió un bocadillo de tortilla de patatas y una Coca-Cola, no quería entretenerse y llegar a Sevilla anocheciendo, por si se perdía.

El desfiladero que separaba Andalucía del resto de España llenó sus ojos de color, pues las montañas y los valles eran una imagen preciosa en aquella época del año. Abrió la ventanilla del coche para llenar sus pulmones del aire limpio a hierba y bosque que nada tenía que ver con la polución irrespirable de Madrid.

Los dedos le picaban por la necesidad de parar el coche a un lado del arcén, donde se podían hacer fotos y sacar uno de sus cuadernos de bocetos de la maleta para ponerse a pintar el precioso paisaje andaluz. Pero no podía entretenerse más de lo necesario y se obligó a seguir adelante para entrar en la provincia de Córdoba una hora después.

Había esperado que el clima de la zona fuera más caluroso a las doce del mediodía, pero el frescor de la montaña era muy agradable.

A las tres de la tarde, el pensamiento de que el calor andaluz no era tan exagerado como decían se esfumó al llegar a Sevilla, como el fresco que había sentido en Córdoba.

En el móvil puso el GPS con la dirección del conde y se internó en el caos del tráfico de la antigua Hispalis. Acostumbrado a Madrid, la jungla de rotondas y avenidas de la ciudad no fue ningún problema para conducir, y con maña y cara dura para sortear a los coches que circulaban a toda carrera llegó a las afueras de la capital, concretamente cerca de Lebrija, donde el conde tenía su palacio.

Paró el coche frente a la cancela de hierro repujado que daba acceso a la finca y llamó al timbre del panel colocado a su izquierda.

—Buenas tardes. Residencia del conde de Teba, ¿qué desea? —Le recibió una voz grave al otro lado.

—Buenas tardes. Soy Aitor Oliveros, el restaurador que el conde está esperando.

El sonido de la cancela que comenzaba a abrirse le hizo ponerse nervioso. A pesar de su experiencia, era la primera vez que trabajaría a las órdenes de un aristócrata y sentía cierta aprensión por las manías que pudiera tener el buen hombre. Los ricos suelen ser un poco excéntricos.

La carretera de gravilla se abría a unos enormes jardines de setos con forma de arco a cada lado del camino, que se veían cuidados por manos expertas. El camino terminaba en un lago rodeado de fino césped de un verde brillante, con jardines a un lado en los que los setos formaban un túnel lleno de frescor que aliviaría el calor del verano sevillano, y otras zonas en las que descubrió merenderos al aire libre, con túneles de blancas columnas de mármol que sostenían techos de parra como un frondoso laberinto.

Aitor detuvo el coche a un lado del camino y se bajó para contemplar el

edificio señorial del palacio. Había esperado encontrar el típico andaluz y, sin embargo, el edificio de piedra con un toque marrón claro, casi rosado, tenía la forma de las edificaciones castellanas.

Con forma rectangular, coronaban sus esquinas un par de almenas en el frontal y la parte trasera. En el centro, había cuatro de ellas, que formaban un rectángulo sobre el que ondeaba la bandera de España.

Una hilera de ventanas más pequeñas adornadas por mosaicos en relieve en la parte de arriba separaba otra hilera de los mismos, donde se abrían ventanales más grandes hasta abajo. Los inferiores estaban rodeados de enredaderas que enmarcaban las ventanas y la puerta con forma de óvalo en el centro.

Aitor se acercó a la puerta, admirando el precioso jardín delantero al subir las escaleras, y llamó al aldabón dorado con forma de mano que había en el centro.

Unos minutos después, la puerta se abrió mostrando a un hombre alto, canoso y delgado en el umbral, que le miraba con semblante serio vestido con una levita negra y una corbata azul que destacaba en su flaco cuello.

—Buenas tardes, soy Aitor Oliveros. El catedrático de Arte que esperaba el conde. —Se presentó bajando la cabeza a modo de saludo.

—Buenas tardes, señor Oliveros. Si me permite, deme sus credenciales para enseñárselas al conde. —Le pidió, invitándole a entrar con un gesto de su mano y cerrando la puerta a su espalda.

Escrutándole de pies a cabeza con los inquisitivos ojos negros bajo sus espesas cejas blancas, que cubrían unas prominentes bolsas en la parte inferior y que ya las querría El Corte Inglés para sus clientes, le indicó que se sentara en un sillón de cuero en el pequeño recibidor que estaba a un paso de la puerta. Una vez que le dejó sentado, se perdió por el pasillo recubierto de paneles de madera de caoba, hasta lo que suponía el despacho del conde.

Un cuarto de hora después, el estirado abuelo apareció para conducirlo ante las puertas acristaladas que había al fondo y a la derecha del pasillo, y se apartó para dejarle pasar con una pose marcial y eficiente.

—Aitor Oliveros, señor conde. —Le anunció, cerrando la puerta tras la espalda del recién llegado.

Frente a una extensa biblioteca hasta el techo, que sería el sueño de Bella

del cuento de la Bestia de Disney, se encontraba el dueño de aquel palacio. De anchas espaldas y superando el metro ochenta, tenía un porte aristocrático inconfundible, vestido con un traje chaqueta azul marino que resaltaba sus hombros.

Pero si Aitor había esperado al típico sevillano engominado profusamente, se encontró con una brillante calva que enmarcaba un rostro enigmático, más parecido a un conde húngaro que al andaluz que tenía enfrente.

Sus finas cejas oscuras curvadas hacia arriba le daban un peculiar aspecto de diablillo, junto con las orejas terminadas en punta. Unas gafas redondas de montura al aire le mostraron unos inteligentes ojos marrones y alargados, que le escanearon en un abrir y cerrar de ojos. Su nariz un poco aguileña y ancha en la punta le daba personalidad a su cara alargada de labios finos. Su tez bronceada resaltaba bajo la camisa blanca, pero su aspecto amenazador disminuyó al sonreír a su invitado, con unos blanquísimos y perfectos dientes.

—Bienvenido a Sevilla, señor Oliveros. —Se acercó y le ofreció su mano, que Aitor recibió con un cálido apretón—. Tome asiento, por favor —le pidió, señalándole una de las sillas de alto respaldo tras su escritorio.

—Gracias, señor conde. Es un honor que requiera mis servicios.

—Sus referencias le avalan, Oliveros, y su currículum es impresionante. Pero vayamos al grano. —Le miró levantando una ceja que le hizo parecer un genio maligno—. Necesito que restaure tres cuadros de Goya que son propiedad de mi familia y dos de Murillo. Mi idea es prestar al Museo del Prado los de Goya para otoño y hacer una exposición aquí en Sevilla de los otros para finales del verano. ¿Le parece mucho trabajo para usted solo?

—El trabajo no me da ningún miedo, señor conde. Pero primero debo ver los cuadros para organizar la restauración si no le importa —contestó Aitor sin amilanarse.

—Perfecto, pero hoy no habrá trabajo. Se instalará en las dependencias que Eugenio le enseñará. Póngase cómodo y siéntase como en su casa, señor Oliveros. Mañana comenzaremos, le espero en mi despacho a las diez de la mañana. —Se levantó invitándole a marcharse.

—Me parece muy bien. Por cierto, puede llamarme Aitor si lo desea —le

dijo, estrechándole de nuevo la mano y dirigiéndose a la puerta.

—Yo me llamo Cristóbal, pero para usted seguiré siendo el señor conde —declaró con semblante impasible, volviendo a sentarse para revisar los documentos que estaban en un montón sobre la mesa.

Aitor salió al pasillo molesto por la respuesta del aristócrata, al que le había faltado tiempo para presumir de su rancio abolengo. Si no fuera porque necesitaba el trabajo desesperadamente, jamás hubiera permitido que el calvo le hablara con tanto orgullo.

«¡Vaya con el genio de la lámpara, Vikingo! Este no te lo va a poner fácil, es un hueso duro de roer...».

Acompañado del mayordomo estirado, sacó su equipaje del maletero del coche y lo dejó en la escalinata de la entrada, para meterlo después de aparcar cuando le dijeran dónde se encontraba el aparcamiento. Iba a arrancar cuando una voz le detuvo.

—¡Espere, señor!

Apagó el motor y salió del coche para encontrarse con el dueño de la voz. En dos zancadas, un joven alto y fuerte con un físico más propio del trabajo duro que del gimnasio, se paró frente a él. Llevaba el pelo lacio y de un rubio oscuro por debajo de las orejas. Sus ojos verdosos y penetrantes reflejaban una sencillez que hizo que le cayera simpático al instante, sin saber por qué. Una barba cuidada enmarcaba sus labios casi femeninos, dotando a su rostro de una belleza dura y masculina. Aitor pensó que sus alumnas hubieran flipado por pintarle desnudo a juzgar por las formas que se intuían bajo la camiseta entallada.

—Disculpe, estaba arreglando los setos. Yo me encargaré de llevar su coche al garaje y de su equipaje.

—No te preocupes, puedo llevarlo yo mismo a mi habitación, aunque me sería de gran ayuda lo del garaje porque no tengo ni idea de donde está. —Le dio las llaves del coche. —Soy Aitor Oliveros, el restaurador de los cuadros del conde.

—Yo, Rodrigo, pero me llaman Roble desde pequeño. Soy el chico para todo del palacio —le contó con un fuerte apretón de manos.

—Pues yo te diré Roble también para no romper la tradición. Quedamos en que yo me llevo mis cosas y tú el coche, ¿de acuerdo?

—Sin problema, Aitor —contestó, metiéndose dentro y arrancando el vehículo, que quitó del camino en un abrir y cerrar de ojos.

Eugenio le esperaba con el portón abierto y acompañó al nuevo inquilino a su dormitorio, que se encontraba en el recodo del pasillo, dos puertas a la derecha del salón. Supuso que la escalera de mármol rosado llevaría a las dependencias privadas del conde.

—Su estancia es la azul, señor Oliveros. La cena es a las nueve de la noche en el salón de puertas acristaladas de la planta baja. Al señor conde le gusta la puntualidad, no se retrase, por favor. —Le abrió la suya y le mostró dónde iba a dormir y relajarse en los próximos meses, para luego dejarle a solas.

—Muchas gracias, Eugenio.

El enorme dormitorio pintado de celeste claro tenía una cama de frontal blanco con barrotes lo suficiente amplia para sus casi dos metros, con una colcha de flores blancas sobre un fondo celeste a juego con la pared. Todos los adornos del precioso dormitorio eran en blanco, desde la chimenea de mármol de estilo inglés hasta las sillas, junto a una mesa que le serviría de improvisado despacho. Con un pequeño sofá en un rincón, enmarcado por cortinas azul cielo junto a una mesita de té y el armario de madera a juego con el resto del mobiliario, iba a ser su pequeño paraíso en donde dar rienda suelta a la imaginación.

La luz que entraba por las amplias ventanas le iba a venir de perlas para pintar en sus ratos libres. Suspirando satisfecho, comenzó a deshacer la maleta y guardar sus cosas en el armario.

Como estaba cansado del viaje, se echó un rato en la cama para estirar las piernas de tantas horas conduciendo, hasta que se quedó profundamente dormido en un periquete.

Unos inquisitivos ojos oscuros le vigilaban tras unos cristales redondos, el brillo de una reluciente calva se acercaba a él, y aquellas cejas que bailaban al ritmo de reguetón bajaban y subían con la música que sonaba en el ambiente.

«A las nueve... debe venir a las nueve... No se retrase», escuchaba una voz que salía de un esmoquin negro, sin nadie dentro, que andaba por el aire al lado del calvo. La voz se hizo cada vez más alta hasta que rechinó en su

cabeza y despertó gritando.

—¡A las nueve! —Jadeó sentándose en la cama con un sobresalto.

Al principio no sabía dónde se encontraba hasta que la bruma del sueño se fue disipando unos segundos después.

Aitor se frotó los ojos y el pelo, y se desperezó para quitarse la morriña. Se levantó de la cama y cogió ropa limpia del armario para darse una ducha. El baño era tan pintoresco como el resto de la habitación, cubierto de mármol blanco y azulejos celestes que semejaban las olas del mar y con una ducha amplia que iba a disfrutar de lo lindo. Ya estaba desnudo y con la ropa metida en un cesto que llevaba una etiqueta que ponía «lavandería», cuando al quitarse el reloj vio la hora que era.

—¡Mierda, las ocho! —Y se metió bajo la ducha como si no hubiera un mañana.

Media hora después, elegantemente vestido con un pantalón gris de corte clásico, la camisa blanca impoluta y la chaqueta cuidadosamente doblada en una mano, salió de su habitación para llegar a la cena con tiempo.

En el pasillo se encontró a Eugenio, que le informó de que podía dar un paseo por los jardines mientras terminaban de preparar el salón para la cena, y le indicó la puerta acristalada que daba a otra parte de la finca.

Al salir, Aitor aspiró el suave dulzor del aroma del azahar en flor de los limoneros y los naranjos, que ya anunciaban la primavera que llegaría en pocos días.

Los jardines de aquella parte del palacio estaban iluminados con altas lámparas de faroles claros que les proporcionaban una acogedora luz cálida, invitando a adentrarse entre los arcos de brezo y a sentarse a contemplar la luna en alguno de los bancos blancos que se apreciaban en cada rincón.

Caminando hasta el final del túnel natural, llegó a una amplia extensión de césped que rodeaba una casa de una sola planta, con las paredes cubiertas de hiedra entre las ventanas blancas y el tejado rosado como el palacio.

Supuso que era donde viviría Eugenio con su familia y decidió dar un paseo por sus alrededores para regresar a la cita en breve, mientras se deleitaba con los parterres de claveles rojos y rosas de fragante perfume que la circundaban.

Cuando volvía por el lado contrario a la casita, escuchó un rumor a lo

lejos que se fue incrementando, mientras él llegaba caminando al jardín frontal.

Ni siquiera le dio tiempo a llegar al comienzo del túnel de los arcos cuando el leve rumor se transformó en una atronadora algarabía y, al volverse a mirar, fue literalmente noqueado por algo grande que le tiró al césped de espaldas.

En cuestión de segundos fue lamido, babeado y pisoteado, incluidas sus partes nobles, por cuatro pequeños pastores alemanes que le usaron como juguete, y se sentaron encima de su pecho y sobre su cara.

—¡Quitaos de encima! ¡Joder, qué asco! —gritó a los perros empujándolos con fuerza para intentar desembarazarse de ellos, sin resultado.

Un potente silbido resonó, haciendo que sus acosadores se bajaran de encima y se sentaran como estatuas a su lado, mientras él, de rodillas, recuperaba la compostura entre maldiciones.

—No se preocupe, no le harán ningún daño. Son solo unos cachorros. —le aseguró una voz femenina a su espalda mientras se limpiaba y sacudía las babas al levantarse a trompicones.

—¡Son unos chuchos asquerosos! —Se dio la vuelta cabreado porque tendría que cambiarse de ropa a toda prisa.

La dueña de la voz era una chica alta y delgada, con unos alborotados rizos castaños y unos brillantes ojos grises que le contemplaban con furia desmedida, vestida con un albornoz rosa y descalza.

—¡No tiene que insultar a mis perros porque no le gusten! Lo único que querían era jugar con usted. —Los llamó chasqueando los dedos para que la rodearan como una manada.

—¿Jugar? ¡Me han puesto perdido! Ahora tengo que ir corriendo a cambiarme. —Se enfrentó a ella mostrándole la camisa manchada de hierba y empapada de babas—.

—¡Pues no pierda el tiempo con sus remilgos y váyase de mi propiedad!

Iba a replicar a la chica, cuando un fuerte ladrido le sobresaltó y una enorme masa de pelo gris, que había aparecido trotando por una esquina de la casa sin que la hubiera visto, le plantó las patas en el pecho bufando en su cara.

—¡Baby, abajo! —Le riñó la chica.

Baby era un gigantesco mastín, que al oír la orden de su ama le bajó las patas del pecho y se sentó frente a Aitor sin quitarle los ojos de encima.

—¿Es que no tiene educado en condiciones a ninguno de sus bichos para que no salten sobre la gente? —Vigiló de reojo al gigantesco animal.

—Créame, tienen más educación de la que usted tendrá nunca. Buenas noches, señor malas pulgas —respondió dando media vuelta y dirigiéndose a la casita con su manada.

Baby le contempló un momento y, sin inmutarse, levantó la pata trasera y bombardeó la pierna de Aitor con un potente chorro de orina.

—¡Maldito seas! ¡Te voy a quitar las ganas de mearme encima! —chilló exasperado, saliendo tras el perro, que había huido con su dueña en loca carrera, para darle una lección a los dos.

En dos zancadas, le tenía muy cerca de sus manos a punto de atrapar al mastín por la correa del cuello para regañarle, cuando la chica le empujó con fuerza por la espalda haciéndole trastabillar y casi perder el equilibrio antes de que pudiera pillarle y el delincuente se escabullera por la esquina de la casa.

—¡Ni se le ocurra hacerle daño a mi perro o le abriré la cabeza con la azada del jardín! —Se plantó frente a él con los puños apretados y el ceño fruncido, lista para sacarle los ojos si fuera necesario.

—Su adorado perro me ha meado los pantalones —siseó, agachándose para acercarse a su cara intentando intimidarla con su gran envergadura.

—Tiene catorce años y la vejiga de un abuelo. Verá cuando tenga usted problemas de próstata cómo no se queja al mearse encima —se burló descarada, sin que la mínima distancia entre sus rostros le hiciera el efecto que Aitor pretendía.

—¡Por su culpa voy a llegar tardísimo a la puta cena! —Se sobresaltó al escuchar las nueve en su reloj cuando iba a replicar.

Corriendo como alma que lleva el diablo hacia su habitación para volver a ducharse y cambiarse de ropa, dejó a la loca de los perros para otra ocasión en la que se iba a explayar a gusto.

—¡Adiós, Cenicienta! —Se despidió la chica con una carcajada.

«Te aseguro que esto no quedará así, niñata», pensó el Vikingo de mala hostia.

Como pudo, llegó a su habitación disimulando para que nadie le viera. Entró en el dormitorio como una exhalación, se quitó la ropa entre tirones y se metió en la ducha donde se embadurnó las piernas y el pecho a conciencia.

Con el pelo húmedo aún, consiguió salir en quince minutos, y se vistió con lo primero que cogió del armario. Menos mal que antes de la pequeña siesta había colocado toda su ropa, si no ahora parecería un Shar Pei.

Resollando, llegó a la puerta acristalada del salón que le había indicado el mayordomo, que abrió entrando de sopetón, y se paró azorado, con las mejillas coloradas de vergüenza por la tardanza.

Una mesa alargada de casi veinte comensales, con sillas tapizadas en color salmón con cenefas blancas al igual que el mantel, le recibió con el conde, que presidía mesa, y unos ojos que echaban fuego tras las gafas redondas.

—Señor conde, le pido disculpas por el retraso. He tenido un contratiempo en el jardín y debía cambiarme de ropa para estar presentable. —Se justificó carraspeando.

—Espero que no vuelva a repetirse, Aitor. Soy muy estricto con los horarios de las comidas —contestó con un rictus serio.

—No volverá a ocurrir, señor conde. —Tomó asiento en el lugar donde Eugenio le retiró la silla, a la izquierda del aristócrata.

Mientras le servían la merluza al limón, Aitor se deleitó con la belleza de la estancia.

Una chimenea de mármol blanca, alta y con elegantes filigranas talladas a lo largo y ancho frente a él, tenía el escudo del condado de Teba en lo alto de la pared en tono ocre claro. Dos aparadores de madera oscura resaltaban a cada lado de la chimenea, con copas de plata en hilera sobre ellos. Lámparas de hierro forjado iluminaban la estancia, además de dos candelabros de plata en la mitad de la larga mesa, donde la vajilla de porcelana de La Cartuja reflejaba la opulencia de su dueño.

Un biombo tapizado a juego con los sillones ocultaba la puerta por la que Eugenio traía las viandas. Le sirvió en silencio el pescado y la guarnición de verduras y patatas, le llenó de Rioja de reserva su copa de vino y se marchó de nuevo.

Aitor disfrutó de la comida en silencio al igual que el conde, que no dijo

ni una palabra más mientras comía, hasta que los dos acabaron.

—Si le apetece tomarse una copa para acabar la velada, podemos hacerlo en el salón pequeño —le dijo su jefe, levantándose de la mesa.

—Será un placer, señor conde.

Salieron del salón a una estancia al fondo del pasillo que Aitor no había visto. La puerta de madera le mostró una enorme habitación, a la que llamar «pequeña» era una injusticia. Con un hermoso techo de vigas de madera, que debía ser de al menos cuatro siglos, tenía varios espacios para tomar un aperitivo o descansar leyendo un buen libro en los sillones tapizados de verde oliva frente a mesitas labradas en medio. En otro extremo, una mesa cuadrada con altas sillas de respaldo claro y mullidos sillones con escabeles, junto a los amplios ventanales con cortinas de terciopelo rojo recogidas a los lados, llenarían de luz y color la estancia donde pasar horas de estudio o contestando la correspondencia junto al secreter de color claro en una esquina.

—Siéntese donde quiera, Aitor. —Le invitó su anfitrión con una sonrisa que parecía haberle hecho olvidar el retraso de la cena—. ¿Le apetece güisqui o coñac del duque de Alba?

—Un coñac sería perfecto, señor conde. Gracias. —Se sentó en uno de los sillones verdes más cercanos.

Su jefe se acercó a la bola del mundo que había junto a la ventana, que escondía un minibar, llenó dos vasos de cristal esmerilado y le ofreció uno mientras se sentaba frente a él.

—Le brillan los ojos desde que ha entrado en el salón. ¿Le gusta, Aitor?

—Es una maravilla, señor conde. Todo lo que he visto hasta ahora es un sueño para cualquier experto en arte, y los jardines son de una belleza indescriptible.

—En sus horas libres puede pintar en ellos si lo desea, con completa libertad.

—Se lo agradezco. Pero primero quiero organizar nuestro trabajo antes de pensar en tiempo libre, señor. No creo que me quede demasiado.

—Por supuesto, el trabajo debe ser siempre lo primero. Antes el deber —constató, satisfecho de la actitud del restaurador.

Llamaron con un suave toque a la puerta cerrada y Eugenio entró y le susurró algo al oído del conde.

—Quédese aquí relajado el tiempo que desee, Aitor. Tiene algunos libros en aquella mesa y puede coger los que le apetezca de la biblioteca que hay tras la puerta del fondo. Yo me retiro, que estoy un poco cansado. —Se levantó y dio el último sorbo al coñac, que Aitor aún no había probado.

El profesor se levantó para despedirle y le acompañó a la puerta. Una sombra pasó por el pasillo frente a ellos y el conde se adelantó un segundo dejando que Aitor volviera adentro.

Estaba ojeando los libros de cubierta de cuero de la mesa, decidiendo si leería a Valle-Inclán o a Lorca, cuando escuchó a su espalda la voz del conde.

—Aitor, disculpe. Quiero presentarle a alguien antes de retirarme.

Por la puerta apareció una figura esbelta embutida en unos botines negros, un mono burdeos de escote en pico que resaltaba su silueta delgada y su piel de alabastro y un chal negro sobre los hombros.

—Le presento a Rosario Bloise, mi hija. Este es Aitor Oliveros, el asesor de arte que he contratado. —Escuchó el Vikingo antes de darse la vuelta.

Los ojos grises de la loca de los perros le miraron boquiabierta entre el flequillo rizado. Ahora que podía mirarla sin la oscuridad del jardín se dio cuenta de lo hermosa que era. Sus ojos de una tonalidad gris acerada tenían una calidez poco usual, como si pudieran penetrar hasta el fondo en el corazón de quien la miraba, aunque un halo de melancolía los hacía parecer tristes. Su piel sonrosada y perfecta, con aquellas finas cejas castañas, su nariz larga un poco redondeada en la punta, que le daba un aspecto muy dulce, y unos labios llenos y sensuales que se abrieron en una irónica sonrisa, le dejaron en *shock*.

—Encantado, señorita Bloise. —Le ofreció la mano, que parecía la de un gigante junto a la suya de dedos finos, que ella estrechó apenas, disimulando lo incómoda que se sentía.

—Un placer, señor Oliveros. Yo también me retiro a descansar, que mañana tengo una operación a primera hora —respondió, mirando a su padre con frialdad y saliendo del salón sin prestarle la más mínima atención a su acompañante.

Aitor se marchó con el conde por el pasillo, deseando conocer más de la loca de los perros.

—¿Es cirujana su hija, señor conde?

—Ojalá, es veterinaria. Y prefiere la compañía de los perros a la de las personas, siempre tiene una jauría de chuchos en la casita que construí en la parte norte de la finca, que es donde vive —se lamentó Cristóbal.

«¡Qué me vas a contar, macho!», pensó Aitor aguantando la risa.

—¿Y le interesa tanto el arte como a usted, señor?

—No, a ella solo le interesan sus perros y la clínica veterinaria que montó con sus amigas cuando acabó la facultad —le contó con desidia cuando llegaban a las dependencias del conde—. Buenas noches, Aitor.

—Buenas noches, señor.

En su habitación, el Vikingo se alegró de la información que le había dado su jefe. Así que ella era la dueña de la casita; muy bien, tendría que encontrar un modo de vengarse por su accidentado encuentro.

Mientras, en su dormitorio, Río, que es como le gustaba que la llamaran y no Rosario, que le sonaba demasiado serio, cabreada lanzó el chal sobre el baúl tallado que había junto a la ventana. Ya había sido bastante desagradable haber tenido que aguantar los modales de neandertal del gigante rubio insultando a sus perros y ahora encima iba a pasarse meses en el palacio trabajando con las colecciones de su padre.

«Menos mal que vivo en la otra punta de la parcela y no tendré que ver su estúpida cara de imbécil», pensó aliviada, desnudándose y metiéndose en la cama.

Aunque debía reconocer que era una bonita y masculina cara, con aquellos enormes ojos azules que resplandecían cuando la reconoció y la barbilla partida que hacía destacar sus labios finos y sensuales.

La verdad es que era un hombre de los que cualquier mujer se daría la vuelta para contemplarle a placer por la calle. ¡Y aquella imponente estatura! ¿Cuánto medía? ¿Dos metros? Si ella era alta, y, llevando tacones, le llegaba por el pecho cuando se dieron la mano.

Pero a quién quería engañar, podría estar más bueno que una tarta de merengue, pero si le repugnaban sus perros no se acercaría a él aunque la vida le fuera en ello.

Jamás volvería a encandilarla un tipo guapo para que luego la tratara como basura. Ya no confiaría en ningún hombre, y en aquel estúpido gigante menos, seguro que era un chulito de discoteca que se llevaba de calle a las

mujeres con solo bajar sus largas pestañas rubias. ¡Vamos, ni que fuera el primo hermano de Thor!

Aitor llegó a su dormitorio como en una nube. Se había quedado prendado de la loca de los perros, como un niño ante un escaparate de chucherías. «Rosario», se deleitó susurrando su nombre. Un rosario de sorpresas es lo que era aquella preciosa mujer, a la que la oscuridad y aquel horrible albornoz no le había hecho la menor justicia.

Tenía cuerpo de bailarina, tan fina y elegante como una muñeca de porcelana y los ojos de una gata rabiosa, en los que no escondió lo más mínimo su profundo rencor al conocerle de nuevo. Solo por ver aquella mirada otra vez, aunque lanzara fuego y rayos contra él, valdría la pena todo el trabajo de restauración que le quedaba por delante.

A las ocho de la mañana, el profesor ya estaba levantado y duchado para no llegar tarde ni al desayuno ni a la cita con el conde, dos horas después.

Su decepción se hizo patente al entrar en el salón y encontrar solo a Roble.

—¡Buenos días, Aitor! ¿Ha descansado bien? —le preguntó el joven con una sonrisa.

—Hola, Roble, he dormido genial. Y por favor, no me trates de usted, ¿quieres? —Le devolvió el saludo guiñándole un ojo.

—De acuerdo, no lo haré.

Cuando iba a servirse café y un poco de fruta de una bandeja que reposaba sobre el aparador al fondo de la sala, una voz chillona le detuvo.

—¡Quieto! ¡Déjeme a mí servirle, muchacho!

Al darse la vuelta se dio de bruces con la oronda figura de una mujer entrada en años, que le recordó muchísimo a Florinda Chico. Vestida con un delantal blanco bajo el vestido negro, un moño pelirrojo por el que se escapaban algunos rizos, y llenando la estancia con su robustez, le cogió cariñosa por el brazo y le llevó a la mesa apartando la silla, y le invitó a sentarse.

—Soy Blanca, la cocinera. Por las mañanas yo sirvo el desayuno porque Eugenio atiende al conde en su habitación. —Se presentó, sonriendo de modo maternal.

—Encantado, Blanca. Soy Aitor. Puedo servirme yo mismo el desayuno,

así que prescindiera de esa regla conmigo —le susurró cohibido—, no estoy habituado a tener tanta gente alrededor que lo haga todo por mí.

—Tranquilo, no se preocupe. Son órdenes del conde. —Le palmeó el hombro riendo.

—De acuerdo, pero no se le ocurra llamarme de usted, por favor, Blanca. Soy un hombre normal y corriente. —La miró frunciendo los labios con encanto.

—Y muy guapo, seguro que te lo dicen a menudo, Aitor. —Le llenó la taza de café y puso un plato con varias piezas de fruta cortadas con primor.

El sonrojo del Vikingo le hizo salir dando fuertes carcajadas.

—¿Siempre es así de efusiva? —Se dirigió a Roble, que devoraba su tercera tostada con la boca llena.

—Sí, esa mujer es un regalo del cielo —le aseguró, tragando el resto del desayuno—, y mi abuela.

—¿Entonces Eugenio es tu abuelo también?

—No. —Se levantó recogiendo su plato—. Mi abuelo murió hace diez años.

—Vaya, lo siento, Roble. Se la ve muy cariñosa con todo el mundo, debió ser una gran pérdida para ella.

—¡Oh, no te preocupes, Aitor! Te aseguro que ha recuperado el tiempo perdido de cuando era viuda. —Le guiñó un ojo mientras salía por la puerta.

Después de dos tazas del fuerte café de Blanca, que le despejó las ideas, Aitor salió a tomar el fresco por los jardines de la puerta principal porque faltaba media hora para reunirse con el conde. Quería buscar un rincón tranquilo donde poder pintar algún paisaje en sus ratos libres.

Llenó sus pulmones del olor a azahar de los limoneros que rodeaban un banco de forja blanca al fondo del jardín, donde se sentó unos minutos con los ojos cerrados en plena relajación, y escuchó el sonido de un coche que llegaba.

El estridente claxon de un Fiat 501 que paró en el camino de tierra junto a la escalera de entrada le hizo abrir los ojos, quemándole las córneas con el rosa fucsia de su carrocería.

Tres chicas se bajaron casi al mismo tiempo y no habría podido asegurar cuál de ellas era más escandalosa con sus carcajadas. Si la más bajita de

buenas curvas o la más alta y elegante con gafas. La tercera en discordia, también muy alta y de buena figura, se veía un poco más tímida que las otras hasta que dio un potente silbido, que sus colegas acompañaron con un grito que le hizo rechinar los dientes.

—¡Río, te estamos esperando! —chilló la chica de las gafas a pleno pulmón.

—¡Vamos, Río, que nos va a pillar el tráfico! —exclamó la más tímida de coro.

—¡Río, que se te cae el chocho, sal ya! —Remató la bajita haciéndole aguantar la risa.

Y al fin salió a quien buscaban con tanta desesperación, que no era otra que la loca de los perros. Aitor se levantó del banco para entrar a su cita con el conde y se cruzó con ella en las escaleras.

—Buenos días, señorita Bloise. —Saludó con ironía—. O debo llamarla Río, como el trío del coche de la Barbie.

—Solo permito a mis amigos llamarme Río. —Le miró echando chispas, pues estaba a la altura de su cara en el primer escalón.

—Así que somos enemigos, entonces. —La provocó, subiendo el resto de los escalones hasta que la cabeza de la chica casi le rozó el pecho. Le encantaba verla tan pequeña a su lado.

—Quien maltrata a mis perros se convierte en mi peor enemigo, no lo olvides, pintamonas —contestó furiosa, empujándole con el hombro en el pecho para apartarle de su camino.

Con lo que Río no contaba era con que él atraparía su mano antes de que consiguiera bajar.

—No vuelvas a llamarme pintamonas, al menos yo no me meo encima de la gente como tus chuchos —le susurró muy cerca de su oído, acercando su cabeza a la de ella.

—Pues no marques tu territorio y suéltame de una vez. No me vas a intimidar por muy grande que seas. —Le desafió con una sonrisa de desdén—. Y te aconsejo que no acortes distancias entre los dos o lo vas a pasar bastante mal.

—Yo no he empezado esta guerra. —La soltó con delicadeza, sintiendo el vacío que había dejado su pequeña mano en la de él.

—Pues te aseguro que si quieres provocar una conmigo, la tendrás — declaró, bajando las escaleras con rapidez.

Aitor la vio llegar hasta el coche, donde el coro de sus amigas estaba boquiabierto contemplando la escena. Sin mirar atrás, entró en el vehículo y salieron a escape, rumbo a la ciudad.

El Vikingo se mordió los labios con malicia, se iba a divertir de lo lindo con la loca de los perros, ese Río de furia a la que le empezaba a encantar sacar de quicio.

Capítulo 6

A otro perro con ese hueso

El interrogatorio que Río sufrió en el coche hasta llegar a la consulta fue más propio de la CIA que de unas amigas extremadamente cotillas.

—Ya nos estás contando quién es ese pedazo de tiarrón rubio, chocho — le soltó Lola al volante con una sonrisa pícaro.

—¡Hija de mi vida, si es enorme! —exclamó Patricia suspirando embelesada.

—¡A ver, pendones, tranquilidad! Es el asesor de arte que ha contratado mi padre para que restaure los cuadros de sus colecciones. Ya sabéis, para el tinglado que quiere montar en unos meses —contestó, sin darle la más mínima importancia al macizo.

—¿Y cuánto tiempo vas a tener cerca al gigante, nena? —Se mostró interesada Mariajo con una cara de inocente que no se creía ni ella.

—Por lo menos hasta el verano, si no se alarga el trabajo todavía más. Supongo que no todos los cuadros llevarán la misma restauración. Y la verdad es que me importa un bledo el tiempo que se quede ese imbécil.

—¿Tan mal te cae, mi *arma*? ¡Si da gloria verlo, leches! —Reaccionó Lola exaltada.

—Caerse al suelo y partirse esa boca de capullo que insultó a mis perros es lo que yo quería haber visto —refunfuñó la veterinaria recordando—. Dejemos las cosas claras, ¿vale? Que el tío está buenísimo cualquier chica que no esté ciega lo nota, pero que bajo ese espléndido envoltorio guarda un pedazo de mierda como la catedral de Sevilla, fijo que también.

—Hombre, Río, reconoce que si ha sido capaz de insultar a tus perros tiene dos pelotas como la Maestranza, que te conocemos. Pero algo habrán hecho tus «niños», ¿no? —La provocó Patricia.

—¡Solo le saltaron encima los cachorros para darle besos!

—Querrás decir para llenarle de babas, Río. Que el otro día por poco me quitan hasta las bragas jugando conmigo, ¡los muy cabrones! —Atacó Mariajo riendo.

—Bueno, vale. Baby también le meó en el pantalón, y fue cuando se

dedicó a perseguirlo por el jardín de mi casa para darle una lección. Pero mi perro es bastante más rápido que el rubiales —se burló con ganas.

—Menos mal que le meó, ¡si llega a cagarse encima lo ahoga! —Se cachondeó Patricia entre carcajadas—. Hija, es que tu perro hace zurullos como un tío de cuarenta años.

—Pues no te hagas mucho la lista que torres más altas han caído, Río. — la reprendió Lola mientras aparcababa frente a la clínica.

—¿Qué insinúas, gordi? —Le pasó el brazo por los hombros, pellizcándole el culo con cariño.

—¿Yo? Nada, que nos vamos a divertir a lo grande estos meses. —Se escabulló corriendo hacia la puerta, perseguida por las otras entre carcajadas.

Aitor estaba frente a su primer reto: el *Retrato de Isabel Porcel*, de Goya. A su lado, el conde le vigilaba con gesto adusto, porque estaba deseando comprobar si era una excelencia como le había asegurado su padre, aunque de la credibilidad de Damián jamás dudaría.

El cuadro, pintado en 1805, mostraba la imagen de la esposa de un liberal amigo de Jovellanos, que Goya había también retratado tiempo atrás. La joven de medio cuerpo, vestida como una maja con camisa blanca y mantilla de encaje, reflejaba una elegancia propia de la aristocracia y no de una mujer del vulgo. El cuadro era maravilloso, con Isabel de medio perfil con aquellos hermosos y grandes ojos castaños y la piel blanquísima, en el que resaltaba su figura sin paisajes al fondo, convirtiéndola en el centro de la creación.

Pero la experiencia de Aitor descubrió que la imagen necesitaba una limpieza a conciencia para dar vida a los detalles del rosado del vestido apenas visible, de los encajes de la mantilla y de las blancas manos de la joven. Necesitaba quitar los restos del paso del tiempo en el cuadro para resaltar la vida en él.

—Señor conde, es una maravilla, pero necesita una limpieza exhaustiva como el comer, además de reparar algunos arañazos que se observan en el vestido —le informó cruzándose de brazos.

—¿Tendrá problemas para restaurarlo? —preguntó su jefe con temor.

—¡Oh, no se preocupe! Esto es coser y cantar, aunque me llevará algunas semanas dejarlo impecable. Así que, si no le importa, me gustaría ponerme a

trabajar ahora mismo.

—Por supuesto, Aitor, le dejo solo —respondió el aristócrata complacido.

Se puso manos a la obra en la galería donde reposaban los cuadros de la colección, en una amplia habitación del ala este del palacio. El conde había dispuesto una enorme mesa de trabajo donde Aitor tenía todo lo que necesitaba, además de la mejor luz del ventanal que daba a la parte trasera del jardín.

Lo primero que hizo fue retirar el lienzo del bastidor para poder trabajar con libertad. Después, con mucha paciencia, cogió un pincel fino y fue limpiando de polvo las grietas de la pintura durante la siguiente hora. Tenía gran cantidad de suciedad acumulada y era de vital importancia quitar todas las partículas posibles para poder luego pintarlo.

Distraído con el trabajo y escuchando a Andrea Bocelli con los cascos puestos del mp3, su mente empezó a divagar relajándose con el trabajo que más le gustaba... hasta que unos ojos claros y unos rizos rebeldes se colaron en su cabeza, lo que le hizo sorprenderse con el pincel en volandas en la mano.

«¿Por qué narices aparece la loca de los perros en mi cabeza cuando más a gusto estoy?», pensó molesto.

No tenía respuesta para esa pregunta.

La perrita color canela la miraba con ojitos llorosos de dolor mientras curaba las llagas de su lomo. Con ayuda de Lola y Mariajo, la habían bañado de nuevo con el champú del tratamiento contra la sarna y la secaban entre mimos y cariño. Desde que la habían rescatado hacía tres noches, parecía que poco a poco recuperaba la confianza en el ser humano, a pesar de haber sido apaleada y humillada, atada a la maldita cadena que la mantuvo presa a manos del asqueroso de su dueño.

Volviendo a ponerle la vía con suero y calmantes, la metieron en la jaula de la clínica para que descansara de tanto ajeteo, con un sueñecito reparador.

—Ya empieza a recuperarse, aunque sea a pasitos cortos. —La miró Patri con ternura.

—Aún le queda un largo camino hasta que la dejemos superguapa para

que la adopte una buena familia —suspiró Río—. Pero lo conseguiremos como siempre, ¿no es verdad, chicas?

—Eso ni lo dudes. Por cierto, ¿ya tenemos nuevo objetivo a la vista? —preguntó Lola, frotándose las manos.

—Dentro de tres días atacaremos el criadero. —Se quitó los guantes y los tiró al cubo de la basura—. Y romperemos su puto negocio.

—¡Así se habla, chocho! —La vitoreó Lola con un abrazo.

—Y para darnos fuerzas nos vamos esta noche a cenar algo por ahí. —Planeó Patri desde su puesto en la recepción.

Aitor se mantuvo inmerso en el trabajo con el mismo celo de siempre, aunque con mayor entusiasmo, por la importante obra de arte que tenía entre manos. Eugenio le llamaba varias veces para que acudiera a comer al salón, pero por expreso deseo del conde no insistió al tercer intento, y le llevó una bandeja a la galería para que nada le interrumpiera; y le trajo el cuenco con la resina que necesitaba calentada al microondas.

Como ya tenía la tela bocabajo y limpia del día anterior, con mucha paciencia colocó un parche de lino en el primer desgarró de la pintura, tras alinear los bordes rotos. Aplicó una capa fina de la resina y la cera adhesiva calentada con un pincel sobre el parche, presionando suavemente desde el centro hasta los bordes. Después retiró el resto de resina con un cuchillo romo y comprobó que no se viera el parche por delante de la tela.

Eran las ocho de la tarde cuando acabó dos de los desgarró y aún le quedaban tres más. Pero debía esperar a que se secaran un día entero los que había preparado, así que dejó la tela bien dispuesta sobre la mesa y recogió los utensilios.

Le dolía la espalda, a pesar de haber estado sentado en una cómoda silla, pero siempre tendía a coger malas posturas encorvándose por lo alto que era. Incluso cuando hablaba con alguien, que normalmente era más bajito que él, lo hacía, menos con la loca de los perros. Con ella y su bordería no estaba dispuesto a ser un caballero.

Cuando salía de la galería frotándose los ojos cansados se cruzó con el conde.

—Aitor, ¿aún está trabajando? —Se extrañó, reprendiéndole—. Su

horario acabó hace por lo menos dos horas, no pretendo que me tome por un negrero.

—No se preocupe, señor conde, es que en su ciudad hay una luz tan maravillosa que quería aprovecharla. A veces pierdo la noción del tiempo cuando trabajo en algo estimulante, y créame, sus cuadros lo son. —Se disculpó con cara de felicidad.

—Veo que le apasiona lo que hace. Eso me gusta. —Le palmeó la espalda satisfecho—. Pero debe descansar la vista y la espalda. He visto el gesto que ha hecho al levantarse al pasar por la puerta.

—Me cuesta ponerme derecho desde niño, supongo que lo hacía para poder esconderme de las miradas de los profesores. —Le acompañó por el pasillo hasta llegar a su dormitorio.

—Pues sería una tarea imposible. Mide casi dos metros, ¿verdad?

—1,94 para ser exactos. Con catorce años ya llegaba al 1,80.

—Hubiese sido un gran jugador de baloncesto si no fuera un genio del pincel. —Le alabó con sinceridad—. Por cierto, cuando hable con su padre dele recuerdos de mi parte, por favor.

—¡Oh, Dios, se me ha olvidado llamarle! —Se tapó la cara con horror.

—Ande, dese una ducha y hable con Damián, o le montará la guerra de Troya en cuestión de minutos. Y si no le apetece cenar con nosotros en el salón, Eugenio le subirá una bandeja. —Se despidió entre carcajadas.

Dando las gracias al conde, corrió hasta su dormitorio maldiciendo entre dientes por su despiste. Media hora después, vestido con una camiseta y en calzoncillos, se sentó en la cama y llamó con el móvil a su querido fraile.

—Buenas noches, soy Aitor Ceballos. ¿Puedo hablar un minuto con Damián? —preguntó al oír que descolgaban.

—¡Dos días! ¡Dos días sin llamar a tu padre para saber si habías llegado bien! —Escuchó la voz enfadada del fraile.

—Papá, ¿cómo sabías que era yo? —Se sorprendió de que lo hubiera adivinado, ni que le oliera a través del teléfono.

—¿Te crees que esto es un bar de copas? ¿Quién iba a llamar a las diez de la noche sino tú, cazurro?

—No te enfades, papá, siento mucho no haberlo hecho. Esto ha sido un poco caótico y me he enfrascado en el trabajo a tope.

—Y se te habrá olvidado hasta de comer, como si lo viera. —Le riñó con dulzura.

—Porque el mayordomo me trae la bandeja, si no me desplomaría. ¡Qué calor hace aquí! —Se quejó estirándose en la cama para descansar la espalda.

—¡Ja, ja! Pues espera a que llegue agosto, te vas a derretir. ¿Y qué te ha parecido el conde?

—Muy serio, pero me gusta. Me deja trabajar sin agobios y eso es genial. Los cuadros necesitan una restauración exhaustiva, pero espero que agosto me pille en Madrid —dijo aguantando un bostezo.

—¿Sigue Blanca trabajando allí?

—Sí, es una mujer encantadora. Y Roble, su nieto, es un chico genial —susurró bajito.

—¿Has conocido a Rosario ya? ¿Qué te parece? No la he visto desde que era un bebé y bajé a Sevilla para hacer un seminario.

—La loca... de los perros... es una...

—¿La has llamado loca, Aitor? Que no te escuche el conde o te echa de allí a patadas. —Un fuerte ronquido le contestó al otro lado del teléfono.

—¿Hijo? Pobrecito mío, debes estar agotado. Que descanses, cariño. —Y colgó.

Con las prisas por llamar a su padre, ni siquiera había cerrado la puerta de su habitación, que se había quedado entreabierta. Una sombra se paró ante ella y entró al escuchar los ronquidos.

Río se acercó a la cama donde aquel hombre dormía con la inocencia de un chiquillo. Aquella jugosa boca de labios llenos y la barbilla partida se mostraban relajadas y no con el rictus de enfado de la primera vez que le vio. Su flequillo aún húmedo le rozaba los ojos, despeinado, dándole un aire travieso y no tan serio como cuando lo llevaba hacia atrás.

Los dedos de la veterinaria tomaron vida propia y, con mucho cuidado, le acarició el pelo, apartándolo de sus ojos. Dormido no era tan imponente como despierto, aunque su ancho pecho se elevaba con profundas respiraciones, marcando sus pectorales bajo la camiseta blanca y lo que no eran los pectorales. Los ojos de Río bajaron por el vientre del hombre hasta detenerse en los bóxers azules, que resaltaban el bulto entre sus largas piernas.

El pintamonas era un auténtico capullo, pero jamás había visto un hombre

tan sexi dormido frente a ella y que despertara sus ganas de acariciarle en los sitios más escondidos como nunca antes había deseado.

Sintiéndose culpable y cabreada por aquella lujuriosa sensación, se marchó sin hacer ruido y cerró despacio la puerta.

«¡Anda, bonita, lo bien que te has *fijao* en el martillo del Vikingo! Tranquila, que muy pronto mi juego de enredos comenzará. Palabra de perro».

Y tanto que comenzó.

Aitor llevaba enfrascado en la galería casi tres días, terminando de cerrar los pequeños desgarros y arañazos de la tela, y ya había comenzado a devolver el color perdido a las zonas del cuadro más dañadas, con toda la paciencia del mundo.

Como se pasaba los días encerrado ni siquiera se cruzaba con Río, lo que era una bendición para su paz mental, porque no tenía ganas de tener que cargarse a sus perros si le arrollaban de nuevo.

Una cabeza castaña se asomó a la puerta de la galería después de llamar con un leve toque.

—Aitor, ¿puedo hablar contigo un momento? —Apareció Roble con una gran sonrisa.

—Sí, claro. Pasa hombre. —Le invitó con un gesto de la mano.

—Quería preguntarte si te apetecería salir a tomar algo esta noche al *pub* donde solemos ir unos amigos. Desde que has llegado a Sevilla no sales de esta habitación, y hoy es sábado y el fin de semana lo tenemos libre, por si no te habías enterado.

—Sí, sé que no tengo que trabajar, pero quería dejar terminadas un par de cosas. —Se limpió las manos en un paño húmedo—. ¿No te importa que no me conozcan tus amigos?

—¡Qué va, hombre! Ya verás cómo son buenos chicos. Bueno, entonces te recojo a las nueve, ¿te parece bien?

—Perfecto. Gracias, Roble. —Le estrechó la mano, contento.

A la hora acordada, un risueño Aitor vestido con una camisa azul y unos vaqueros que resaltaban sus largas piernas, salió al jardín delantero para esperarle. Estaba mirando el móvil cuando el Toyota de su amigo paró frente a la escalera. En dos segundos pusieron rumbo a Sevilla.

—Roble, ¿te has criado en el palacio desde pequeño? —le preguntó a su

compañero estirando las piernas y poniéndose cómodo en el asiento del copiloto.

—Bueno, desde que mi madre murió cuando tenía doce años y mi padre se largó de casa, me quedé con mi abuela y he pasado muchas temporadas en el palacio.

—Vaya, lo siento mucho.

—La verdad es que perderle de vista fue lo mejor que me ha pasado en la vida. A mi madre se la comió un cáncer de pecho y los disgustos que le daba el mujeriego de su marido. —Le sonrió chasqueando la lengua—. No sé cómo aguantaba los cuernos de ese desgraciado, que paseaba a sus queridas por toda la ciudad, mientras ella se partía la espalda limpiando en un hotel del centro.

—Bueno, al menos a ti no te tiraron a la basura como si fueras un mueble viejo. Menos mal que mi padre me encontró antes de que me helara de frío y me adoptó, si no hubiera sido pasto de las ratas.

—¡Joder, eso es más duro que lo mío, Aitor! —respondió silbando.

—No, duro es que tu padre sea un fraile y que cada vez que te riñe con palabrotas ¡tenga que correr a confesarse!

Las carcajadas de los dos retumbaron en el coche.

—La infidelidad no la entiendo en una pareja, creo que si ya no te gusta la persona con la que estás lo más honrado es acabar la relación antes de irte con otra y engañarle —continuó Aitor—. Yo no podría seguir con alguien que me fuera infiel, una vez que pierdes la confianza en esa persona, no la vuelves a recuperar.

—¿Has tenido pareja mucho tiempo? —le preguntó entrando en Sevilla.

—Solo rollos de una noche. Nunca me he enamorado.

—¡Oh, pues rollos puedes tener hoy todos los que quieras! Por cierto, espero que te guste el *rock* porque vamos a un sitio muy especial. —Le guiñó el ojo con cara de sinvergüenza.

—Adoro el *rock*. Pero paso de rollos, me tomaré unas cervezas y poco más.

—¡Mira que eres serio! ¡Aitor, te vamos a pervertir entre todos, tío! Y cuando te vean las chicas entrar al bar se te van a pegar como lapas, además, no sabes lo calientes que son las mujeres andaluzas. —Aparcó detrás de la calle José de la cámara.

Cuando se bajaron y anduvieron calle abajo, el local con el frontal de grandes cuadros rojos, marrones y blancos le dio la bienvenida.

—Aitor, aquí tienes el garito con más culto al *rock* de toda Sevilla. —Le invitó a entrar al Long Rock.

El madrileño jamás hubiera esperado ver un local tan carismático en la capital andaluza. Desde la puerta, en la pared de ladrillo visto de la barra principal se podía leer en grandes letras plateadas *All you need is rock*. La decoración del garito era un verdadero culto al género de música que le daba nombre, con fotos colgadas en las paredes desde Freddy Mercury hasta Sinatra.

—¿Te gusta o no, madrileño? —Le palmeó la espalda mofándose de su cara de sorpresa.

—¡Es una pasada, tío! —Asintió entusiasmado.

—Pues aún no te has dado cuenta de lo mejor. —Le señaló con el dedo al techo.

Cuando Aitor levantó la mirada hacia el techo rojo, dio un potente silbido al descubrir un Shelby Cobra rojo con una franja blanca en medio del capó y literalmente colgado bocabajo del techo.

—¿A que no tenéis esto en los madriles? —Escuchó una voz desconocida frente a él.

—No, que yo sepa —contestó bajando la cabeza, para encontrarse con un chico pelirrojo de larga coleta rizada y unas gafas al más puro estilo Lennon.

—Aitor, te presento a Fabián Olmedo. Uno de mis mejores amigos y el arquitecto más bueno de toda Sevilla. —Le presentó Roble cogiéndole por los hombros.

Se estrecharon la mano con un gran apretón en el que las más pequeñas de Fabián, que era un poco más bajo que Roble, pero muy delgado, se perdieron por un momento en las enormes del profesor.

—Es un placer, Fabián.

—Con nosotros no tienes que ser tan cortés, Aitor. Todos me llaman Bambú. —Le sonrió con un guiño de sus ojos verdes.

—Así que Roble y Bambú. —Los señaló divertido, con aquella forma tan peculiar de llamarse—. ¡Solo falta un Pino!

—¡*Po atríncame* el pepino! —exclamaron a su espalda.

Un chico moreno con el pelo cortado al uno, bajito y con unos simpáticos hoyuelos en sus mofletes redondos, le saludó de aquella manera.

—¡Coño. Pepe, mira que eres bestia! —le reprendió Roble entre carcajadas.

—Hola, soy Pepe Morales. —Le ofreció la mano sonrojándose al ver que Aitor le sacaba más de medio cuerpo—. Más que un pino parezco un bonsái. ¡Pero, por tu *mare*, no te enfades, tío, que me dejas sin cabeza!

—Tranquilo, hombre, que soy grande pero muy pacífico. —Le apretó el hombro con una carcajada.

—Bueno, ya va siendo hora de tomar unas cervezas, ¿no? —Apremió Roble, animándolos a llegar a la barra mientras sonaba Queen a todo volumen.

Los tres amigos pidieron una Cruzcampo e hicieron que Aitor la probara, puesto que en Madrid no había aquella típica y deliciosa cerveza andaluza.

—Sí que está buena, sí —afirmó al beber un sorbo.

—Esa sí que está para bebérsela hasta las varillas del sujetador —comentó Roble cuando pasó delante de ellos una joven morena con un ceñido vestido rojo sin tirantes que marcaba todas sus curvas.

—¡Vaya, Roble, con lo formal que eres en el palacio! —Se cachondeó Aitor.

—¡Anda, coño! Cualquiera dice nada allí, con lo estricto que es el conde en materia carnal —respondió el chico.

—¿Materia carnal? —Se extrañó el profesor.

—Jamás ha comprado ningún cuadro que tenga desnudos, aunque fuera de algún pintor que le gustara. No permite que entre en palacio ninguna tela que tenga alguna escena de ese estilo, aunque solo enseñen un muslo —le contó Roble.

Aitor se atragantó al escucharle, como el conde viera lo que él pintaba en sus ratos libres ya estaba de patitas en la calle.

—Y con los dos escándalos que ha tenido en su familia, es todavía más severo que antes. —Asintió Bambú chasqueando los dedos.

—Verás, Aitor. La condesa hace años se fugó con su profesor de baile, abandonándole a él y a su hija de un año. No se ha vuelto a saber de ella, pero en Sevilla fue la comidilla de los mentideros durante meses y aún se recuerda —comentó Pepe en plan *Sálvame*.

—Pero lo peor fue lo de Rosario —susurró Bambú, mirando fijamente a Roble.

—¿Qué pasó con ella? —preguntó Aitor con interés.

—Estaba prometida con el heredero de una de las familias más ricas y nobles de Sevilla. Pero un par de meses antes de la boda rompieron y aquello fue un disgusto tan grande para el conde que acabó la relación con su hija, que se volvió fría y distante entre los dos, tanto que apenas se saludan siquiera —siguió Roble con cara de lástima.

—¿Tan grave era que no se casara? ¡Por el amor de Dios, ni que estuviéramos en el siglo XVIII! —soltó Aitor con un gruñido.

—Lo malo es que la boda se rompió porque el novio la encontró una noche follando con su mejor amigo. —Pepe dejó caer la bomba.

—¡Joder, eso sí que es grave! —Aitor silbó decepcionado, no esperaba aquella respuesta.

—¡Yo nunca he creído que fuera verdad! —Se enfadó Roble soltando la botella con un golpe seco sobre la barra—. Álvaro siempre fue un pedazo de cabrón capaz de cualquier cosa por venganza.

—Tú la adoras. Y además te has criado con ella, sigues defendiéndola desde hace cinco años —le reprendió Bambú.

—Porque la conozco mejor que nadie y sé que ella no sería capaz de algo así. —Los fulminó con la mirada—. Se me han quitado las ganas de juerga.

El chico pagó la segunda ronda que habían tomado y se dirigió a Aitor.

—Siento aguarle la fiesta, tío. Pero me apetece irme a casa, ¿podrías acercarle al palacio alguno?

—Sí, claro. ¡Pero, Roble, no te cabrees, coño! Hace un montón de tiempo que no quedamos. —Se paró Pepe frente a él impidiéndole irse.

—¡Cuando hacéis el idiota me quitáis las ganas de quedar! Ya nos veremos. —Le apartó de un manotazo con rabia.

Estaba llegando a la puerta y una mano se posó en su hombro.

—Me voy contigo —le dijo Aitor.

—Perfecto, gracias, amigo.

De vuelta al palacio los dos permanecieron en silencio. Aitor estuvo meditando que haberle dado ese disgusto a su padre podía explicar la melancolía que había notado en los hermosos ojos de Río. Y aunque le costara

reconocerlo, se sentía desilusionado al considerar la posibilidad de que fuera una mujer infiel como parecía.

—Roble, no hace falta que entres en la finca, déjame aquí y daré un paseo, si no te importa. —Le pidió cuando se acercaban a la carretera del palacio.

—De acuerdo. Siento haberte jodido la noche, Aitor, es que no soporto que hablen mal de Río, ni siquiera mis amigos. —Paró el coche a un lado de la carretera—. Todo el mundo la juzgó sin pararse a pensar que pudiera ser mentira. La aristocracia sevillana fue peor que un tribunal de la Inquisición, y su padre, Torquemada.

—¿Has llegado a preguntarle qué ocurrió? Tienes mucha confianza con ella. —Se atrevió a preguntar antes de abrir la puerta del coche.

—Miles de veces, pero nunca se defendió de las habladurías. Al contrario —suspiró desanimado—, se encerró en una concha que ni yo he podido romper. Su único consuelo fueron sus perros, a los que se ha dedicado en cuerpo y alma desde entonces. Incluso sus amigas no sueltan ni una sola palabra sobre aquello, parece que tienen un voto sagrado de lealtad hacia Río. Y me alegro por eso, sin ellas hubiera estado terriblemente sola.

Aitor sintió una punzada de culpabilidad, porque, instantes antes, también la había juzgado como todo el mundo.

—¿Y su padre después del disgusto no se ha acercado a ella? ¡Si vive en su finca! La verdad es que me dio la impresión de que no está muy contento con que sea veterinaria.

—La casita de invitados es parte de su herencia y una forma de poder ayudar a sus animales con todo el terreno del que dispone. Y sí, tienes razón, a su padre le hubiera gustado que se interesara por el arte como hacía antes del escándalo. —Le miró con tristeza—. Para Río estar junto a su padre a diario era una tortura sabiendo lo que pensaba de ella y el desprecio que descubría en sus gestos.

—Pues es una pena siendo su única hija, ¿no crees? —Roble asintió con lástima—. Oye, y no se te ocurra disculparte por largarnos del local. Otro día repetiremos, me ha encantado lo original que es el sitio. —Se despidió palmeándole el hombro y saliendo del coche.

Respirando el aire perfumado de la noche, caminó tranquilo viendo cómo

Roble se alejaba de él, sin dejar de pensar en su enemiga. Todo lo que le había contado el chico era lamentable; que la relación entre un padre y su hija se rompiera por haber cometido un error, aunque suponía que para la gente de dinero como ellos el «buen nombre» era lo primero.

Iba distraído en sus pensamientos cuando un ruido llamó su atención al acercarse a los setos que rodeaban uno de los chalets que bordeaban el camino.

Encendió la linterna del móvil y anduvo muy despacio sin que sus pisadas se oyeran, aproximándose hasta llegar al recodo del seto donde vio una figura de espaldas, embutida en un chándal negro con la capucha puesta y subida sobre la alambrada pegada al muro verde que limitaba la finca. En el suelo había una bolsa de deporte, también negra, con lo que parecía el botín de un ladrón.

Y Aitor decidió que no se lo pondría fácil para escapar. Aprovechando su gran altura, agarró con una de sus manos la chaqueta del individuo y tiró con fuerza hacia atrás para desestabilizarle y hacerle caer al suelo, no sin antes oír el crujido de algo desgarrándose.

Un quejido acompañó la caída del tipo bocabajo en la grava del camino y el Vikingo se paró frente a él para evitar que saliera corriendo. El ladrón respiraba con dificultad intentando ponerse de rodillas, pero Aitor, con un brusco tirón, le bajó la capucha para verle la cara.

—¡Joder! ¿Pero qué coño estabas haciendo? —preguntó sorprendido, ofreciéndole la mano para ayudarlo a levantarse.

Cuando el ladrón recuperó a duras penas el aliento y se miró el pecho, forcejeó con él y le dio un manotazo. Los ojos de Aitor se dirigieron al seto, donde colgaban los restos del frontal de la sudadera y un trozo de sujetador rosa hecho jirones.

—¡Maldito imbécil! ¡Por poco me parto la boca por tu culpa! —Intentó taparse los pechos que dejaba al descubierto lo que quedaba de la fina sudadera.

—Dime una cosita, Río, ¿sabe tu padre que te dedicas a robar por las noches? —Se empezó a desabrochar la camisa para tapar las vergüenzas de la chica.

—Técnicamente no estaba robando. —Desistió en sus intentos de estirar

lo que le quedaba de ropa y se cruzó de brazos para no quedarse en pelotas frente a aquel estúpido gigante.

Aitor le ofreció la camisa, se quedó con la camiseta de tirantes que llevaba debajo y se acercó envolviéndola con ella.

—¿Te he lastimado? —susurró al oído a su espalda, mientras la obligaba con suavidad a meter los brazos y dejaba que se pusiera los botones, intentando no mirar el contorno de sus pechos por encima de su cabeza.

—¡Eres un bestia! Solo me he arañado un poco las rodillas al caer. —Se volvió de frente y se acercó a la bolsa que estaba en un rincón—. Menos mal que ya la había bajado con cuidado, si no hubieras matado a los cachorros.

—¿Cachorros? —Se asomó en cuclillas a su lado.

—Sí, pedazo de animal. Estaba rescatando a la madre y los tres cachorros de chihuahua que esos hijos de puta iban a vender.

Dentro de la bolsa, una diminuta perrita color canela, sucia y muy delgada, daba de mamar a tres bolitas muy parecidas a ella, mirándolos con sus grandes ojitos asustados.

—Tranquila, bonita, te voy a llevar a la clínica mañana. Nadie volverá a hacerte parir una y otra vez hasta que mueras para sacar pasta. —Le acarició las orejitas con cariño—. Esta noche dormirás calentita y sin miedo.

Iba a coger la bolsa, pero Aitor se adelantó y se la colgó del hombro con cuidado de que no se cayera su preciado contenido.

—Anda, Pimpinela Escarlata, te acompañaré a casa, no vayas a intentar otra locura de las tuyas —se burló de ella tirándole del brazo para que le siguiera.

—No tiene gracia, rubiales. Y ni se te ocurra decirle nada de esto a mi padre o te juro que te castro como a mis pacientes —le advirtió, señalándole con el dedo y el ceño fruncido.

—¿Tanto miedo tienes de que me vaya de la lengua, Río? Porque esto lo has hecho más veces, ¿me equivoco? —Mantuvo el ritmo de la chica, puesto que con sus largas zancadas hubiera llegado en seguida a casa.

—Y lo seguiré haciendo mientras haya cabrones que maltraten a los animales. —Le miró enfadada—. Pero eso a ti te da igual, odias a los perros. No puedes imaginar el inmenso amor que llegan a darte. ¡Y no te tengo ningún miedo, grandullón!

—Oye, los perros no son santo de mi devoción, ¿vale? Pero no me gusta que nadie le haga daño a un animal tampoco. ¡No sé qué clase de demonio crees que soy!

—¡Pero querías patear a mi Baby! —Se paró frente a él clavándole el dedo en el pecho. Un pecho bastante musculoso por lo que pudo notar, a juzgar por el contorno de los pectorales que perfilaba la tela de algodón.

—¡Joder, Río, no pensaba hacerle daño en realidad, solo iba a reñirle! Pero reconoce que tu Baby más que un perro es la Fontana de Trevi, con lo que mea. —Se agachó para acercar su cara a la de ella, aguantando la risa. Ya estaban en los terrenos de la entrada al palacio.

—Está bien. Te daré la razón por una vez, ¡pero ni se te ocurra acostumbrarte! —Se cruzó de brazos, mordiéndose los labios—. Y prométeme que no te irás con el cuento a mi padre.

—Al contrario que otras personas, yo soy leal. —Aseguró muy serio.

—¡Ya te lo han contado! ¡Cómo no ibas a echarme en cara que soy la más zorra de Sevilla! —le gritó, arrancándole la bolsa del hombro y, colgándosela del suyo, caminó rápido hasta el túnel de brezo.

—¡Espera, Río, no me refería a eso! —La cogió de la muñeca, alcanzándola en un santiamén—. Por favor, no pretendía insultarte. Quería decir que puedo ser tu amigo y guardar el secreto.

El corazón de Aitor dio un vuelco cuando la luz de las lámparas del jardín reflejó el inmenso dolor en los ojos de la chica, empañados por la humedad de las lágrimas que intentaba contener.

—Ya no confío en ningún hombre, no valgo lo suficiente para ninguno —susurró con un hilo de voz—. Tú ya me has sentenciado como todos. ¡Y no vuelvas a llamarme Río!

—¡No he hecho tal cosa! ¡Has malinterpretado mis palabras! —Se defendió mientras la veía alejarse.

«¡Estúpido gilipollas! Claro que lo has hecho, has tenido prejuicios con ella desde que sabes lo de su escándalo. ¡Dios, había tanto sufrimiento en su mirada!», se arrepintió, preocupado por el daño que le había hecho sin querer.

Cuando Río dejó a la perrita y los cachorros en una de las cestas que tenía para los perros, con agua y comida suficiente, se metió en la ducha.

Sentada bajo el agua caliente lloró de rabia y de pena porque nadie sabía en realidad cuánto callaba desde hacía cinco años. Y porque aquel hombre, que en el fondo la había empezado a atraer, también la había juzgado.

Tenía tantas ganas de gritar su dolor que se mordió los puños entre amargos sollozos. Pero, como llevaba haciendo tanto tiempo, se tragó la rabia y la decepción cuando pudo serenarse un rato después; respiró hondo una y otra vez, cerró los ojos y se limpió las lágrimas con un gesto brusco, pensando en que mañana sería otro día que dejar atrás.

Volver a empezar cada jornada, ese era el mantra que se repetía durante cinco años.

El resto de la semana Aitor se encerró a seguir con el trabajo. Ya era finales de abril y llevaba un mes en el palacio.

Río no dio señales de vida, ni para acompañarles a él y al conde cuando bajaban a comer al salón, de tarde en tarde, si el trabajo lo permitía. Y la verdad es que prefería no tener ningún encontronazo más con ella, aunque no le hubiera devuelto su camisa.

En uno de aquellos almuerzos en los que degustaron un magnífico gazpacho preparado por Blanca especialmente para el conde, que lo adoraba, su jefe estaba más parlanchín de lo habitual.

—Aitor, la próxima semana empieza nuestra feria hasta el 6 de mayo, ¿se acercará por nuestra caseta de la Hermandad de Triana? —le preguntó el conde con una sonrisa.

—Señor, me gustaría dejar terminado el cuadro en el que trabajo y empezar a preparar el siguiente si no le importa. Le agradezco la invitación, pero, con todos mis respetos, he venido a trabajar no a divertirme.

—Pero necesita también un poco de esparcimiento, muchacho —insistió perforándole con sus inquisitivos ojos tras las gafas.

—No se preocupe, señor. Me gusta relajarme en los ratos libres pintando mis propios cuadros —contestó sin pensar.

—¿Y qué temática utiliza si no le importa contármelo? —Dejó la cuchara en el plato para prestarle toda su atención—. Yo prefiero los religiosos de santos y vírgenes, son algo colosal. No esos de desnudos insolentes que pintan algunos desalmados —apostilló con desprecio.

Aitor se atragantó al escucharle, tosió con el sorbo de gazpacho que había tomado en ese momento y empezó a ponerse nervioso.

—Bueno, aún no he comenzado ninguno desde que llegué, señor. Pero me apetece pintar algún paisaje de esta zona. No es mi intención molestarle, pero, ¿qué opina entonces de *La maja desnuda* de Goya?

—Que no necesitaba dejarla en pelotas por muy amante suya que fuera —respondió tajante, soltando la servilleta enfadado a un lado del plato—. Si me disculpa, tengo un compromiso ineludible, Aitor. Pero sigue en pie mi invitación para la feria. Buenas tardes.

—Tiene toda la razón, señor. Buenas tardes. —Se despidió viendo cómo salía del salón más tieso que una mojama.

«¡Joder! Como me descuide y el calvo descubra mis desnudos, me quema en una hoguera en el jardín», pensó preocupado retorciendo la servilleta.

Tendría que buscar una estrategia para seguir con su pasatiempo sin que nadie pudiera saberlo, o pintar de madrugada cuando todo el mundo estuviera acostado, aunque perdiera horas de sueño.

Como era preferencia del conde, Aitor comenzó la tarea de restaurar otro de los cuadros de la colección: las *Majas en el balcón*, de Goya.

Aunque estas sí estaban bien vestidas, la pintura necesitaba una limpieza y dar más viveza a los colores apagados por el paso del tiempo. Las dos muchachas llevaban el típico traje de aquella época, mientras se asomaban al balcón que daba nombre al cuadro, ofreciendo sus encantos. Tras ellas se encontraban dos hombres embozados de complejión fuerte, a los que debía perfilar un poco más para que ellas destacaran, con sus vestidos blanco y negro y las finas mantillas en sus tocados.

Se puso a ello con toda la energía que destilaban sus dedos, limpiando delicadamente con un paño el polvo de la tela, una vez que lo quitó del marco y lo dispuso en la mesa de trabajo. Después se dedicó en cuerpo y alma a organizar los óleos más parecidos a los colores del cuadro con los que trabajar.

—¡Joder, Río, vaya marrón tienes con el rubio! —soltó Mariajo dando un sorbo a su cerveza—. Tenías que haber esperado a que te acompañáramos la noche siguiente.

Estaban en una terracita a la sombra del Guadalquivir tomando unas tapas, porque ese día habían preparado dos operaciones y preferían hacer la jornada completa sin volver a casa hasta cerrar la clínica.

—Ya no quería esperar más, cielo, y la perrita estaba muy delicada. Me tiene cogida por donde más me duele, como se lo cuente a mi padre va a ser la bronca del siglo. —Las miró con el ceño fruncido—. Pero os juro que antes me busco una casa de alquiler y me llevo a mis perros que renunciar a lo que hago.

—Bueno, te dijo que no lo contaría. A lo mejor es un buen tío después de todo, tampoco le has dado la oportunidad de conocerlo realmente, ¿no te parece? —insinuó Patricia sacándole la lengua a su jefa.

—Y si no, le puedes pagar en carne para que guarde silencio. ¡Porque de lejos estaba para rezarle de rodillas, hija mía!

—¡Lola, mira que eres bruta! —gritaron las tres al unísono entre carcajadas.

—Ni me interesa lo bueno que esté ni hacerle la pelota lo más mínimo — fingió muy seria—. En cuanto acabe toda la restauración se largará a Madrid de nuevo y yo por fin podré respirar tranquila. Ya se ha enterado de lo que hablan sobre mí y no ha tenido reparos en echármelo a la cara.

—¿Estás segura de eso, Río? —preguntó Mariajo dudando—. A veces eres muy susceptible con ese tema y tienes prejuicios con cada hombre que se te pone a tiro.

—Me dijo que él, al contrario que otras personas, era leal y que podía ser mi amigo. Pensé que se refería a mi fama, se lo escupí y me largué a la carrera —les confesó apesadumbrada.

—¿Y él qué hizo? —siguió Patricia, deseando conocer el resto.

—En dos zancadas me cogió del brazo y me dijo que le había malinterpretado. Se disculpó, pero yo seguía enfadada y le dejé con la palabra en la boca —les contó, avergonzada de su reacción—. Aunque me da igual, ¿no me importa una leche ni lo que piense ni lo educado que sea!

—Eso de que no te interesa, ¿no te lo has creído ni *jarta* de vino! Por mucho que reniegues, que a cabezota no te gana nadie —se burló Lola—, se te han puesto los ojos brillantes mientras hablabas de él. ¿Qué has hecho, petarda?

—¡Está bien! La otra noche entré en su dormitorio porque le oí roncar y tenía la puerta entreabierta. —Se tapó la cara con las manos aguantando la risa.

—Dime que le diste un buen repaso, Ríó —le suplicó Mariajo poniendo pucheros.

—Estaba grogui. —Se rio colorada cuando Patricia le quitó las manos de la cara—. Y adorable mientras dormía.

Todas suspiraron escuchándola embelesadas.

—Así no parecía tan amenazador como cuando está despierto con esa altura tan imponente. Tenía el flequillo todavía húmedo de haberse duchado tapándole los ojos y parecía un niño enorme con aquellos labios tan bonitos entreabiertos, aquel pecho fuerte bajo la camiseta de tirantes que marcaba sus anchos pectorales —les relató con expresión soñadora.

—¡Uy, uy! Que se te ve el plumero. Ese tío te gusta más de lo que quieres admitir —la regañó Patricia en broma.

—¡Bah! Es simple atracción física, le gustaría a cualquier mujer con ojos en la cara, ¡incluidas vosotras, pendonas!

—Por ahí se empieza, cielo. —La achuchó Mariajo con ternura—. Hace mucho que ni siquiera te fijas en un hombre por eso.

—Él no va a ser la excepción, chicas. No quiero ningún tío en mi vida otra vez, por muy buena planta que tenga —respondió decidida.

—Dime, tesoro, ¿cuándo le contarás la verdad sobre lo que te pasó a todo el mundo? —Patricia le cogió la mano con ternura.

—Nadie lo sabrá jamás, Patri. ¿De qué serviría cinco años después?

—¡Limpiaría tu nombre y todo el dolor y la vergüenza que has pasado! —contestó Lola enfadada.

—Ni siquiera Álvaro me provocó tanto dolor como el desprecio de mi padre. El adorado conde que tan altruista es con media Sevilla ¡no tuvo un ápice de caridad para su propia hija, ni la mínima fe en mí ante las habladurías! —Se limpió una lágrima que empezó a caer por su mejilla—. Para él soy como mi madre, otra puta más.

—La condesa le abandonó porque la casaron muy joven por conveniencia y se enamoró de verdad de aquel profesor —dijo Patricia—. Al menos eso dice mi madre, que la conocía desde niñas.

—Pero no entraba en sus planes el amor hacia su hija. Eligió el de un hombre y se deshizo de mí sin contemplaciones —sentenció con dureza.

—No conocemos lo que ocurrió, eras muy pequeña, Río. —Intentó calmarla Lola.

—Lo único que sé es que ni ella ni mi padre me han querido realmente. Desde que rompí mi compromiso solo he recibido del conde frialdad y desprecio. A mí me queréis vosotras y mis perros, nada más —dijo con un halo de tristeza en sus bonitos ojos azules.

—¡De que nosotras te queremos ni se te ocurra dudar, cariño! —La abrazó Patricia uniéndose las demás para consolarla.

—Bueno, tenemos que irnos, que tengo que llevar la camisa de mi padre al tinte, antes de empezar la consulta. —Les metió prisa Lola para que se levantaran y apuraran sus bebidas.

—¡Ostras, se me ha olvidado devolverle su camisa!

—¿Cómo que tienes su camisa? ¡Tú te has callado lo mejor, Río! —la regañó Patricia entre carcajadas.

Después de contarles por qué la tenía, decidió que se la devolvería en breve, pero sin tener que encontrarse con él de nuevo a ser posible.

Capítulo 7

A prueba de perro

Eran pasadas las dos de la madrugada cuando Río, a pesar de lo agotada que estaba por el día de duro trabajo en la clínica, seguía dando vueltas en la cama sin poder conciliar el sueño. Se sentó y, al encender la luz de la mesilla, vio la impoluta camisa de Aitor colgada en una percha del pomo de la puerta de su armario. ¿Y si se la dejaba delante de su habitación doblada en una bolsa?

Como sabía que el conde se acostaba muy temprano y que Blanca y Eugenio también se habrían retirado a sus habitaciones hacía horas, decidió que era el momento de quitarse la prenda de encima sin tener que dar explicaciones.

Como ya era primeros de mayo no se puso la fresca bata de seda que solía usar encima del camisón y, al no esperar que la viera nadie, salió tal y como estaba con el breve conjunto casi transparente de pantaloncitos y blusa de tirantes con encajes en negro y violeta. En un corto paseo llegó al palacio y usó su propia llave para la puerta que comunicaba con el jardín, entró sigilosamente por el pasillo y dejó las zapatillas en una esquina para no hacer ruido.

En un par de minutos estaba delante de la puerta del dormitorio del rubio y se puso de rodillas para mirar por la cerradura. No parecía haber nadie y no escuchaba los ronquidos del gigante al pegar el oído a la madera. Seguramente estaría de parranda por Sevilla ahora que la feria estaba en pleno apogeo. ¿Para qué iba a dejar la camisa en la puerta y que alguien hiciera preguntas si podía entrar y colgarla en la silla para luego marcharse? Así creería que habría sido Eugenio quien se la había dejado y no ella.

Al coger el pomo y girarlo a la derecha, comprobó que estaba echado el pequeño pestillo interior. Pero a una experta saqueadora de fincas como ella no había pestillo que pudiera resistírsele, salvo una valla de alambre que le dejara las domingas al aire como le ocurrió aquella noche.

Se quitó un ganchillo de los que sujetaban sus rizos en un improvisado recogido que usaba para dormir y no levantarse como la niña de la curva, lo

abrió y, metiéndolo cuidadosamente en el agujero del pomo, presionó la punta doblada escuchando el *clic* al abrir.

Al fin entró al dormitorio, que tenía la luz encendida, que seguro se habría olvidado de apagar el pintamonas y dejó la camisa sobre la cama, que no estaba deshecha.

Cuando se dio la vuelta abrió los ojos como platos al ver el gran lienzo montado sobre un caballete que estaba al fondo de la habitación. Era de una belleza increíble, y mostraba los primeros trazos de la silueta de una joven diosa de la primavera rodeada de verde vegetación y flores exuberantes, que parecían acariciar su cuerpo desnudo echado sobre la hierba en todo su esplendor. Aunque el cuerpo de la joven no estaba ni mucho menos terminado, se podía empezar a adivinar que iba a ser de una sensualidad exquisita.

Pero ese cuadro no podía ser una adquisición de su padre, él odiaba los desnudos de cualquier artista, incluidos sus preferidos. Los consideraba obscenos y decadentes. ¿Entonces era de...?

—¿Qué demonios haces en mi dormitorio, Río? —La voz de Aitor atronó la habitación, sobresaltándola al salir del cuarto de baño, donde ni siquiera había oído que estuviera. —¿Y cómo narices has entrado si la puerta estaba cerrada con pestillo?

Cuando miró en su dirección se le secó la boca. El rubio usaba una bandana roja de motero en la cabeza como si fuera un pirata, con el torso completamente desnudo y como única prenda unos bóxers negros, iba descalzo y llevaba en las manos un cuenco con pinceles.

—Te traía tu camisa limpia para devolvértela. Creía que estabas fuera, por eso he entrado, lo que es bastante fácil con un simple ganchillo —contestó altiva cruzándose de brazos.

—Podías habérsela dado a Eugenio. —Soltó los pinceles en la mesita auxiliar a un lado del caballete, mientras la contemplaba de arriba abajo con sumo placer. Estaba arrebatadora con aquel conjunto de lencería.

—Quería darte las gracias, Aitor. —Mintió sin ninguna vergüenza.

—¡Ja, ja! Claro, ¿y me las ibas a escribir en una tarjetita? Eso no ha colado, Río, si creías que no había nadie en la habitación. ¿O has venido en realidad a espíarme? ¡Voto por la segunda opción! —Se empezó a acercar a ella hasta quedar frente a frente.

—Piensa lo que quieras, pero aquí la cuestión es ¿sabe mi padre que estás pintando un desnudo? Porque seguro que ya te habrás enterado de la tirria que les tiene. —Le provocó, ladeando la cabeza para volver a mirar el cuadro.

—En mis ratos libres puedo hacer lo que me dé la gana, además de que estoy en la privacidad de mi cuarto. —Bajó la cabeza hasta que los ojos de ambos se encontraron—. Pero seguro que tú correrás a contárselo a papi, ¿verdad?

—Estaría en mi derecho de hacerlo, Aitor. —Levantó la cabeza muy digna—. ¿Te doy miedo?

—No, preciosa, la que va a tener miedo eres tú. Te recuerdo que yo también conozco una cosita muy fea de ti, que tampoco le va a gustar a papi. —Sonrió con cara de pícaro, se estaba divirtiendo de lo lindo después del susto de encontrársela en el dormitorio—. Y no vuelvas a malinterpretar lo que digo, me refiero a lo de colarte en fincas ajenas para rescatar perros.

—¡Ah, eso! —Se mordió los labios, fulminándole con la mirada, que habría podido quemarle vivo por la rabia que sentía al verse descubierta—. Parece que estamos en paz. Yo sé algo tuyo y tú algo mío. ¿Y ahora qué hacemos?

—Los dos estamos atrapados, pero para ser justos aún no has visto todo mi secreto. —Diciendo aquello, se bajó los bóxers muy despacio ante la atónita cara de Río, los lanzó a la cama y se quedó en bolas sin ningún pudor, con las manos en la cintura dejando que le contemplara a placer—. Me gusta pintar desnudos femeninos, sí, pero prefiero hacerlo sintiendo el aire en cada poro de mi piel porque me ayuda a concentrarme en el cuadro.

La veterinaria no pudo evitar recorrer aquella hermosa piel pálida, que mostraba la belleza de un dios del Partenón. Sus anchos hombros eran una de las razones de que se viera tan imponente, con aquel pecho marcado y fuerte de anchos pectorales cubiertos de suave vello rubio, que solo podías apreciar cuando estabas tan cerca de él como en ese momento lo estaba Río, descubriendo el *piercing* dorado del pezón que brillaba tentador. No podía apartar la vista del camino dorado por el terso vientre del hombre hasta el pubis, con aquel tatuaje tan llamativo que no hubiera esperado encontrar ni muerta y la flecha que la invitaba a dirigir la vista al lugar donde su miembro

empezaba a despertar.

Para Aitor tenerla delante con aquel modelito que dejaba entrever la curva de sus pechos bajo el encaje y sus diminutas braguitas, que se transparentaban bajo los pantaloncitos enmarcando sus largas piernas, le estaba poniendo frenético, sin que pudiera controlar la tremenda erección que empezaba a sentir.

—Si tú eres buena y no se lo cuentas a nadie, yo también seré bueno manteniéndome calladito. —Le ofreció su enorme mano—. ¿Trato hecho?

—Por ahora. —La estrechó con firmeza—. Pero no te pases de gracioso, pinta... —Él la apuntó con el índice y el ceño fruncido antes de que acabara la odiosa palabrita que tanto le sacaba de quicio.

—Si quieres llamarme de otra forma que no sea por mi nombre, puedes decirme Vikingo, como el resto de mis amigos.

—De acuerdo. A fin de cuentas, tú ya te has tomado la libertad de decirme Río sin serlo mío. —Aceptó con ironía.

—Somos algo mejor —le susurró provocativo cogiendo uno de sus rizos rebeldes y colocándoselo por detrás de la oreja—, somos cómplices de fechorías.

Con delicadeza, acarició unos segundos con los dedos el lóbulo de su oreja, manteniendo aquella intensa mirada en los de ella. La leve caricia y el fuego que desprendían los ojos del hombre la hicieron respirar sofocada, y dirigió los suyos hacia su jugosa boca y la barbilla tan sexi de la que era dueño.

¿Cómo podía atraerle aquel caradura que prácticamente le estaba haciendo chantaje? ¿Y por qué en el fondo se sentía tan segura con él, intuyendo que nunca le haría daño como Álvaro? Pero Río tenía miedo de conocer la respuesta, de que aquella atracción pudiera significar algo más, de que su corazón rodeado de espinas pudiera llegar a abrirlas algún día para otro hombre, y que ese hombre pudiera llegar a ser ese Vikingo de hermosos y sinceros ojos azules.

Aitor rompió el contacto con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir, porque en ese momento, sin saber por qué, sentía la imperiosa necesidad de tomar a aquella mujer entre sus brazos y devorar su boca hasta que los dos enloquecieran. Sabía que había un fuego ardiente entre los dos disfrazado de

estúpidas discusiones y aquella certeza llegaba a asustarle.

—Señorita, veterinaria —carraspeó alejándose de ella y dándole la espalda para seguir pintando—, creo que deberías irte a tu cama. Si mañana tienes que operar a uno de tus bichos no vas a estar despejada.

—Que hayamos pactado una tregua no te da derecho a darme órdenes —refunfuñó cabezota, disfrutando del espectáculo de su ancha espalda y su redondo trasero.

—Si prefieres seguir hasta mañana embobándote con mi culo, tienes vía libre, Río. Me acabas de confirmar que soy irresistible para ti. —Se volvió guiñándole un ojo y tirándole un beso entre carcajadas.

Aún no había salido siquiera de la habitación cuando en un par de pasos apareció tras ella con una camiseta y subiéndose los calzoncillos. Abrió muy despacio sin hacer ruido y salió al pasillo para comprobar que no había nadie a la vista.

—Ahora es seguro. Ten cuidado, compinche —susurró con una sonrisa—. Descansa.

—Estoy en mi finca, no me puede pasar nada, hombre —contestó muy bajito, pero encantada de que mostrara aquella preocupación por ella—. Tú también.

«Mira qué dos bobos, que se les cae la baba sin que quieran admitirlo. ¡Ay, Vikingo, qué poquito falta para que haga una de las mías!».

A solas en el dormitorio, Aitor suspiró intentando conciliar el sueño, aunque ya eran las seis de la mañana. No podía quitarse de la cabeza la imagen de Río con aquella lencería, y su mente se había pasado la madrugada fantaseando con la idea de quitársela, saboreando cada centímetro de piel que había debajo. Le atraía de forma irresistible como un enorme oso ante la miel, solo que él era el oso y ella la abeja impertinente a la que le gustaba incordiarle. ¡Pero qué bien lo hacía la loca de los perros más bonita que había visto nunca!

Días después, Aitor tuvo un rato libre antes de ir a dormir para hablar por Skype con Quino y Milena.

La sonrisa de sus amigos al otro lado de la pantalla le tranquilizó, porque a pesar de los *mails* que se habían enviado necesitaba poder verlos, aunque fuera a miles de kilómetros de distancia. Escuchar sus voces a través de los

auriculares con micrófono le hizo suspirar.

—¡Hola, guapísimo! ¿Por qué se te ve tan pálido, Vikingo? ¿No has tomado un poco de sol andaluz? —se burló Milena.

—No, preciosa, tengo mucho trabajo. Pero a vosotros se os ve genial. Bueno, a Quino tan feo como siempre.

—No te doy un capón porque no llego, que si no... —contestó su amigo con el dedo en alto en un gesto obsceno entre risas.

—Ahora en serio, se os ve mucho más felices. ¡Cómo se nota que no me echáis ni un poquito de menos! —Bromeó, sintiendo un nudo en la garganta.

—Todos los días te echamos de menos, Aitor. No lo dudes, cariño. — Milena, le sonrió con tristeza—. Pero al menos hemos encontrado trabajo enseñando en una pequeña escuela de arte en Buenos Aires. Estamos supliendo por seis meses a un par de profesores jubilados y nos han dicho que tal vez consigamos las plazas.

—La ventaja que tenemos es que Milena es argentina y eso nos ha dado puntos —le contó Quino, alegre.

—Es maravilloso ver que sois felices. Me alegro mucho por los dos.

—Por cierto, recibimos un *mail* de Isabel. Está muy bien, aunque triste por haber perdido a muchos de nosotros, dice que le cuesta todavía acostumbrarse a no tenernos por allí saboreando su café —le contó Milena con añoranza.

—Mañana intentaré llamarla a su móvil. No hablo con ella desde que me vine. —Reprimió un bostezo intentando que no notaran que estaba agotado.

—¿Por qué no te acuestas, grandullón? La semana que viene hablamos — le pidió Quino, al fijarse con más atención en las ojeras y la cara de cansancio de su amigo.

—Vale, chicos, lo siento. Este trabajo es muy interesante, pero prácticamente me paso encerrado todo el día y luego solo quiero dormir. He salido una noche nada más.

—¿Y no conociste a ninguna sevillana guapa esa noche? —preguntó Quino con mucho interés mirando de reojo a su mujer.

—Esa noche no. —Sonrió rascándose una ceja y aguantando las ganas de reír al recordar a Río.

—¡Uy, Vikingo, que te conozco! Siempre te rascas la ceja cuando

mientes. ¡Ya estás largando, machote! —le provocó su amigo impaciente.

Aitor les contó el primer encuentro con su compinche y el resto de sus aventuras.

—¡Te has colgado de esa chica! Ya decía yo que te notaba algo distinto, y no era precisamente sueño. —Milena le dedicó una gran sonrisa ilusionada.

—Vale, me gusta. Me gusta mucho, aunque apenas nos conocemos. Es solo simple atracción por una mujer muy bonita, aunque esté como una cabra con sus locuras de heroína de bichos.

—Pues, ya sabes, aprovecha para conocerla, y das el braguetazo. ¡Tío, que su padre es un conde! —afirmó Quino, recibiendo una colleja de su mujer.

—¡Mira que es bestia mi marido! Vikingo, no le hagas mucho caso a este, que te busca un follón. Pero en lo de que deberías conocerla sí tiene razón el boludo. Ya no tienes edad para rollos de una noche. —Le guiñó el ojo divertida—. A lo mejor has encontrado a tu alma gemela y aún no lo sabes.

—No sé quién es más peligroso si el boludo o tú. Os dejo antes de que me lieis con una de vuestras peliculitas de amor. Os quiero, chicos. —Les tiró un beso.

—No más que nosotros a ti. — Se lo devolvió Milena desconectando Skype.

Tenía que acordarse de llamar a Isabel. Se durmió con aquel pensamiento.

Pero la semana siguiente fue un acúmulo de trabajo en el que Aitor no paró hasta que pasaron cuatro días de su charla con Argentina. El cuadro de las *Majas en el balcón* le estaba dando muchos problemas, puesto que la pintura real estaba muy estropeada y tuvo que retocar cada centímetro del cuadro, sobre todo los vestidos de las muchachas y los embozados a sus espaldas. Se pasaba todo el día, hasta que apenas tenía luz natural, dejándose los ojos y la espalda en el dichoso cuadro.

Para colmo, el conde le atosigaba pasando por la biblioteca a ratos para verle trabajar y poniéndole pegas: que si realce más el color negro, que si me gustaría que se vieran con más claridad las puntillas de la mantilla de las majas...

¡Le tenía hasta los cojones! Y lo peor es que debía morderse la lengua

porque era quien mandaba y ponía la pasta.

Al quinto día que el conde le insistió para que le acompañara al Real de la Feria y a su caseta, pues la semana de fiesta estaba a punto de acabarse, tuvo deseos de mandarle a freír espárragos, pero se aguantó y aceptó la invitación para esa tarde. Llegaron al Real en el Mercedes gris del conde, conducido por el mismo Roble para que así el aristócrata pudiera beber a su antojo.

La caseta de la Hermandad de la Macarena estaba decorada con cortinas de encajes blancos colgadas de las paredes de tela con listas verdes y blancas, llamativas lámparas de varios brazos y lágrimas de cristal, espejos dorados de intrincados adornos y ramos de flores que producían un embriagador perfume. Mesas redondas de madera, con filigranas pintadas en rojo y verde a juego con las sillas dispuestas en el albero del suelo, estaban rebosantes de gente que bebía y comía al ritmo de las sevillanas rocieras.

Un grupo de personas muy arregladas se acercó a recibir al conde cuando entraron.

—¡Bienvenido, señor conde! Es un honor tenerle esta tarde con nosotros —le saludó un hombre grueso con patillas y su escaso pelo engominado.

—Marcelo, el honor es mío. Le presento a Aitor Oliveros, el restaurador de arte para mi colección, que ha venido de Madrid. —Señaló al Vikingo.

—Buenas tardes. —Estrechó la mano del hombre.

En menos que canta un gallo se vio rodeado de hombres de negocios y sus señoras profusamente enjoyadas, a los que le fue presentando su jefe y de los que apenas recordó minutos después los nombres.

Cuando empezaba a cansarse de la conversación pueril de las señoras, que no le quitaban los ojos de encima, coqueteando con disimulo a su alrededor, descubrió en una esquina de la caseta la figura de Río escondida tras una cortina.

Se acercó a ella por la espalda, admirando el hermoso vestido negro con rosas rojas y un volante al final que envolvía su elegante figura y los brazos torneados que dejaban ver los volantes de los hombros. Llevaba el pelo recogido en un moño bajo con una rosa roja a un lado de la cabeza, que destacaba entre sus rizos oscuros.

—Por fin me he escapado de esas lobas —le habló bajito al oído.

—Vaya, al fin te ha raptado mi padre, le he escuchado hablar de que debía presentarte a sus amigos. —Se volvió, maravillándose de lo guapo que estaba con su camisa verde y los pantalones claros y aquel cabello tan rubio y brillante peinado hacia atrás.

—Pues la verdad es que no me acuerdo de los nombres de ninguno. Pero de lo pesadas que son sus esposas intentando sacarme información sobre mi vida he acabado hasta el gorro —le susurró, aceptando la copa de vino que ella le ofrecía.

—Está delicioso, ¿qué es? —le preguntó saboreando el vino.

—Tío Pepe, de las bodegas de Jerez. La tierra de mi madre.

—Por cierto, estás preciosa con ese vestido, Río. —La aduló, comiéndosela con los ojos sin ningún disimulo.

—Es una bata rociera, no un vestido normal.

A Río no le dio tiempo de darle más detalles sobre la prenda cuando escucharon gritos a su espalda.

Una señora muy enojada sentada en una de las mesas de fuera estaba dándole bolsazos con su cartera a un gitanillo que no tendría más de diez años, mientras el guarda de seguridad le agarraba por el cuello del jersey llevándolo en volandas.

Aitor se acercó a toda velocidad hasta el guardia enfrentándose a él, al que le sacaba más de media cabeza.

—¡Suelta a ese niño, no tiene derecho a pegarle! —Le cogió del brazo, apretándole la muñeca con su mano, evitando que el guardia diera un bofetón al crío.

—¡Ha metido la mano en el plato de esa señora y ha robado un montadito! ¡Le voy a partir la cara al gitano de mierda este! —gritó colérico con desprecio.

—¡Bájalo ahora mismo! O el que se va a comer una hostia vas a ser tú, ¡gilipollas! —Se interpuso entre el chiquillo y el guardia hasta que lo soltó.

Río cogió al niño de la mano, que estaba temblando asustado y se aferraba a ella.

—¿Qué ha pasado, Ramón? —preguntó el conde al guarda acercándose a ellos con el ceño fruncido.

—¡Ay, Cristóbal, qué disgusto! ¿Es que ni en nuestra caseta nos podemos

deshacer de esos sucios harapientos? —preguntó la señora atacada, abanicándose nerviosa.

—Tranquila, marquesa, no se preocupe. Esto lo arreglo yo —aseveró el conde con gesto serio.

—No hace falta que intervengas, padre. Nos llevamos al niño fuera, no vaya a ser que la enorme caridad que reina en esta caseta atraiga a más chiquillos —le desafió mirando con asco a la marquesa—. Señora, espero que lo que se coma esta noche le siente como un tiro.

Sin mirar atrás salió caminando con el crío cogido de la mano y furiosa. Aitor se dispuso a acompañarla, pero la voz del conde le detuvo en seco.

—¡No puede irse, Oliveros! Deje que la insociable de mi hija se largue y continúe la velada con nosotros, tenemos mucho de qué hablar.

—Disculpe, señor conde, pero usted es solo mi jefe. No le permito que me dé órdenes, ni me diga a dónde puedo ir —contestó, empezando a cabrearse por la soberbia del hombre.

—Ya hablaremos en otro momento de lo que puedo o no permitirle. —Masticó sus palabras con una mirada llena de rabia—. Además, ni siquiera tiene coche.

—Pues iré andando hasta el palacio si es necesario cuando le haya dado algo de comer a ese crío. Buenas noches. —Se despidió sabiendo que se la estaba jugando por primera vez con el conde.

Salió de la caseta empujando al guarda al pasar por su lado y encontró a Río en la esquina a unos metros del lugar del altercado, con el chiquillo de la mano.

—¿Qué te apetece comer? —le preguntó al niño poniéndose en cuclillas y acariciándole el pelo sucio.

—¡Hamburguesa! Y me llamo Manué, *señó. Gracia* —contestó el crío con una sonrisa de dientes torcidos.

—Pues vamos a por esa hamburguesa, Manuel.

Caminaron hasta la salida del Real, donde estaban los puestos de comida, con Manuel pegando brincos delante de ellos.

—Me ha sorprendido tu reacción, Aitor. No te imaginaba con tan mala leche, aunque pude ver un atisbo en nuestro primer encuentro —le picó Río sonriéndole.

—Muy graciosa, ¿y qué hacías allí? Me han dicho que no te relacionas con los de sangre azul como tú —respondió, provocándola.

—Ha sido Roble, ¿verdad? Voy a tener unas palabritas con él en cuanto le vea —suspiró enarcando una ceja—. Tengo mucha fe en la Virgen de la Esperanza, esa es la caseta donde iba desde jovencita y había quedado allí con un cliente para cerrar un acuerdo sobre productos veterinarios.

—¿Y has llegado a cerrarlo con lo que he montado? Siento haberte jodido el negocio, no era mi intención. —Se disculpó, avergonzado.

—Tranquilo, el cliente acababa de irse cuando llegasteis vosotros. Solo quería tomarme una copa, que por cierto me has tirado al suelo, y me iría. No soporto a los amigos de mi padre tanto como a él.

Llegaron al puesto de hamburguesas y Manuel miró el cartel con todos los tipos que había, con sus grandes ojos oscuros abiertos como platos.

—*Señó* —le tiró del pantalón impaciente—, si me compra una grande la podré *repartí* con mis *hermano chico*.

—¿Cuántos sois? —Se interesó Río, conmovida por la inocencia del niño.

—Cuatro conmigo, pero *tendremo* con un trozo *pa ca* uno, señora.

—No te preocupes, Manuel. Te compraré un menú entero para cada hermano, ¿vale?

Aitor se acercó al puesto y pidió los menús más grandes con las bebidas que el chiquillo le dijo y otros dos menús para sus padres.

—Ve comiendo, chico. —Le ofreció el suyo—. Y ahora te llevaremos con tus padres si me dices donde están.

—En las tiendas de campaña fuera de la Feria —les contó, guiándolos por el camino.

En breve encontraron la hilera de tiendas de campaña donde había feriantes que no disponían de caravanas, porque su único sustento era mendigar unas monedas.

La última tienda azul era el hogar de Manuel, donde una mujer con una trenza negra que se veía cansada y muy delgada salió preocupada a recibirlos.

—Buenas noches, señora, le traemos a su hijo, que ha tenido un encontronazo en la caseta de la Macarena —dijo Río acercándose a ella.

—¡Ay, *po favó*, no *no* denuncien! —les suplicó temblando—. ¿Qué *ha*

hecho ahora, Manué?

—¡*Má*, que cogí un bocaillo del plato de una señora *pa* traérselo a *lo niño*!

Al escuchar sus palabras, Aitor tragó el nudo en la garganta que se le había formado.

—No tema nada, señora. —Le cogió las manos entre las suyas para tranquilizarla—. Le hemos traído comida.

Río le ofreció la enorme bolsa con una mirada de compasión.

—Aquí tiene para los niños y ustedes. Tenga cuidado, no deje que Manuel se acerque a la caseta, el guarda de la puerta ha intentado pegarle y mi amigo lo ha impedido.

—¡Ay, que la Macarena se lo pague a *usted*! —Sollozó, abrazando a Río—. Es que siempre tienen hambre mis *niño*, y yo no quiero que roben, lo siento.

—Tranquila, mujer. —Aitor le dio un pañuelo para que se limpiara las lágrimas y le puso en las manos unos billetes—. No es mucho, pero, tome, es lo único que llevo ahora mismo.

—¡100 *euro*! Pero esto es *demasio*, *señó*. Manué, despierta a tus *hermano* y *dale* de *comé*, hijo —le pidió, dándole la bolsa y mandándolo a la tienda—. Solo han *toma*o un vasito de leche caliente.

Río se subió la falda del vestido ante la mirada curiosa de su compañero y sacó algo del bolsillo interior del forro.

—Ahí tiene otros 100. —Se lo ofreció a la pobre mujer, que tenía un reguero de lágrimas en los ojos—. Si su marido quiere, dígame que se pase por el palacio de Teba a ver si podemos encontrarle algún trabajito. Que diga que va de parte de Rosario.

—Sí, señorita, se lo diré. ¡Muchas *grasia*! —Les besó las manos a los dos, y se marchó a la tienda loca de alegría.

—¡*Adió*, señorita! ¡*Grasia* por sarvarme, *señó*! —Se despidió Manuel con la boca llena, rodeado de otros tres chiquillos más pequeños.

Caminaron en silencio de vuelta hasta entrar otra vez cerca del Real.

—Es horrible que haya gente viviendo en tan malas condiciones —dijo Aitor melancólico.

—Esas pobres criaturas van de feria en feria mendigando o trabajando en

lo que les sale para sobrevivir. Todos los años ocurre igual.

—Bueno, creo que voy a irme de vuelta al palacio andando porque me he quedado sin blanca. —Se rio a carcajadas—. ¡Nunca me habían desplumado tan rápido en una noche!

—Nos vamos los dos, hay muchos kilómetros desde aquí hasta mi casa. Pero afortunadamente traigo mi coche. —Le enseñó las llaves, que sacó del bolsillo secreto del vestido.

—¡Me has salvado la vida! Podría buscar a Roble, que nos trajo en el Mercedes y que me acercara en un momento, pero no quiero meterle en un lío con el ogro de tu padre.

—No, mejor te vienes conmigo. Además, con lo grande que eres debes estar muerto de hambre. Te daré algo de cenar en mi casa.

Cuando llegaron al aparcamiento, Aitor dio un fuerte silbido.

—¿El coche de la Barbie es tuyo?

—Sí, pero se lo dejo a las chicas para que se muevan tranquilas por la ciudad para trabajar y salir. ¿Tienes algún problema con mi coche? Mira que te dejó sin cena, Vikingo —le advirtió, poniéndose en jarras.

—¿Te he dicho que me encanta el rosa? —Le guiñó un ojo, aguantando la risa.

—¡Pelota! —Le dio una palmada en la espalda—. Anda, entra y ponte cómodo.

—Río, ¿tú crees que cabré dentro? Voy a parecer un tamagochi. —Se metió con cuidado de no golpearse la cabeza.

—Es un Fiat y bastante amplio, aunque midas dos metros, pintamonas —le soltó, ajustándose el cinturón y mirándole con gesto de burla.

Aitor se volvió cabreado y sus caras se quedaron a pocos centímetros de distancia.

—¿Quieres dejar de llamarme así? ¿O prefieres que te llame saltavallas a cambio?

—No te enfades, hombre. Estaba bromeando. —Le sonrió con dulzura, intentando no quedarse embobada ante la belleza de Aitor.

—Pues a veces eres muy bruja, Río.

—Es una de mis grandes cualidades. —Le sacó la lengua.

—Pero una bruja muy bonita—le susurró acariciándole la mejilla con su

enorme mano—. Y tienes un gran corazón, he visto cómo te emocionabas con esa mujer.

—No me digas esas cosas —musitó con las mejillas encendidas bajando la cabeza con timidez—, no me van mucho los cumplidos.

—Yo nunca digo cumplidos en vano. Si te llamo bonita es porque lo pienso sinceramente. —Levantó su barbilla para seguir deleitándose con sus preciosos ojos—. Pero me gustaría que me dijeras una sola cosa. ¿Por qué tienes una mirada tan triste siempre? Que cometieras un error con tu novio no significa que tengas que pagar una penitencia el resto de tu vida, aunque la gente sea tan hija de puta para criticarte.

—Porque hay una verdad que nadie sabe —respondió, acariciando su mano, que le daba la sensación de estar segura y a salvo, aunque no supiera el motivo—. Pero ya no importa, Aitor.

—A mí sí me importa, Río. Y si quieres contármelo alguna vez estaré esperando. —Se sinceró, conmovido por su fragilidad.

—Gracias. Anda, vámonos a casa, Ken —se burló, intentando romper aquel momento tan íntimo, con ganas de gritar a aquel hombre todo lo que su alma atormentada escondía.

Durante el camino a casa, Aitor no la presionó para no hacerla sentir incómoda en su presencia, aunque empezaba a pensar que aquella dulce mujer escondía un tormento que estaba seguro no merecía. Y deseaba fervientemente descubrir el origen de todos sus males.

Aparcó su coche en el garaje del palacio y anduvieron los pocos metros que los separaban de su pequeño hogar.

Delante de la casa, Aitor se preparó para la marabunta peluda que se le echaría encima. Pero al abrir la puerta ningún perro le pasó como una apisonadora.

—¡Ja, ja, relájate, Vikingo! Mis niños duermen. —Se tapó la boca con las manos, muerta de risa por la cara de aquel hombretón en tensión.

—Ya no me fio un pelo de tus niños.

Entraron en el recibidor, con las paredes pintadas de suave vainilla, como el resto de la casa, donde su anfitriona dejó colgado el bolso y las llaves encima del mueble con un espejo.

—Siéntate, voy a cambiarme. —Le ofreció, haciéndole pasar al salón.

—Gracias.

El sofá de dos y tres plazas de color burdeos ocupaba gran parte del espacio del pequeño salón, donde la televisión de plasma se veía rodeada de varias estanterías color miel, en las que destacaban hileras de libros hasta el infinito. El resto de las paredes eran grandes ventanales cubiertos de visillos blancos con encaje.

Una lámpara dorada de cuatro brazos con tulipas en forma de flor y una mesita del mismo material de las estanterías con cuatro sillas completaban el mobiliario. La sencillez de aquella pequeña casa llamó la atención de Aitor, pues contrastaba visiblemente con el lujo del palacio del conde.

Estaba distraído echando un vistazo a los libros, cuando escuchó un golpe a su derecha y en dos pasos llegó hasta la puerta de vidriera de donde provenía. Como estaba cerrada, llamó con los nudillos y escuchó la voz de Río pidiéndole que pasara.

Al entrar aguantó las ganas de troncharse a costa de la pobre chica, que estaba atrapada en el suelo, sentada de culo con el dichoso vestido subido hasta que se le veían las braguitas rosas de lunares negros.

—¿Qué te ha pasado? —La cogió con un brazo por las piernas y el otro por los hombros y la levantó en un santiamén, para sentarse con ella encima de la cama que había a su espalda.

—¡Este vestido cabrón, que no se baja la puta cremallera! —Se enfurruñó, tremendamente cabreada y con la cara colorada hasta la frente.

—¿Condesita, qué mala lengua es esa? —Se mofó con una carcajada.

—¡No me digas condesita! ¡Álvaro me llamaba así y no lo soporto! —gruñó rabiosa forcejeando entre sus brazos.

—¡Quieta o te volverás a dar otra hostia! —La abrazó para mantenerla inmóvil y que no le pegara patadas—. Perdona, no lo sabía. ¿Vas a dejar que te ayude con esto o nos quedamos así hasta mañana, Río?

—Vale —musitó avergonzada.

Aitor la volvió de espaldas y la sentó en su regazo después de bajarle el vestido hasta los tobillos con delicadeza y comenzó a tirar de la cremallera con cuidado, logrando que el hilo que tenía enganchado en ella se rompiera y pudiera deslizarla hasta la cintura.

—Listo. Te dejo que te cambies —le dijo poniéndola de pie y

levantándose de la cama.

—Muchas gracias, Aitor —respondió aún ruborizada por el bochorno.

—De nada. —Se volvió cuando ya salía por la puerta—. Por cierto, preciosas braguitas.

Entre risas esquivó el cojín que le tiró su amiga volviendo al salón. Diez minutos después apareció la prisionera, con una camiseta gris de tirantes y unos pantalones blancos de yoga. Se había soltado el recogido y dejado libre su revuelto pelo.

—Si fuera tú quemaría el dichoso vestido por muy bonito que sea. — Bromeó el Vikingo con una sonrisa resplandeciente.

—A ti sí que te voy a quemar como sigas cachondeándote de mí.

—¿Cómo es que tus perros no han ladrado ante el ruido? Sí que duermen profundo.

—Ya nos han olido y reconocen el tuyo, así que no te ven como un intruso. Ven, te enseñaré dónde están.

—No hace falta, te creo —le aseguró, poniéndole las manos sobre los hombros para detenerla.

—¡No seas cagueta, Vikingo! —Le cogió de la mano tirando hacia la puerta al otro lado del salón.

En el pasillo al que daba la puerta se encontraba el baño a un lado y al fondo la cocina con otra puerta lateral, que daba a la guardería, como la llamó Río. Pintada de verde mar, era un espacio enorme más grande que el salón, donde había dispuestas camas de perro de todos los tamaños a un lado con sus ocupantes, que levantaron la cabeza con las orejas en alto, y los cachorros en la esquina rodeados de una valla para que no hicieran de las suyas. Los comederos y bebederos en la otra pared, junto a un montón de juguetes caninos metidos en unas estanterías blancas, completaban el mobiliario. Todo estaba limpio y reluciente.

Baby se acercó muy despacio a Aitor, que iba a echarse atrás, pero Río le agarró de la mano para que no huyera.

—Solo quiere olerte y saludarte.

La luz del pasillo reflejó con claridad las cataratas que ya sufría en sus ojillos cuando se acercó y olisqueó la mano del hombre, dándole un suave lametón a continuación.

Aitor no sintió el asco que esperaba sino una intensa lástima, al darse cuenta de que el pobre perro era simplemente un abuelito cascado por los años y no reprimió las ganas de acariciarle la enorme cabeza. Baby respondió con otro lametón y se fue despacito a su cama para quedarse al momento dormido.

—¡Vaya, no creí que fueras a acariciarle! —le dijo maravillada cerrando la puerta.

—No soy el ogro que tú crees cuando se trata de animales. —Se defendió cuando entraban en la cocina, sorprendido por su propia actitud—. Es solo que nunca he tenido ninguno y no sé cómo reaccionar a veces con ellos.

—Pues lo has hecho muy bien, Aitor. Y no creo que seas un ogro, después de todo.

—No sé si fiarme de ti, Río. ¡Esta cocina te podría derretir las retinas! —Bromeó dando palmadas.

—¿Qué pasa? Me gusta el rojo —contestó, haciendo que se sentara en uno de los taburetes frente a la isla central, rodeados de muebles rojos que destacaban entre los azulejos blancos y la puerta de cristal que daba al jardín trasero.

—Tranquila, no me comas, mujer. Es que me ha llamado la atención que sea tan chillona. Pero me gusta mucho el resto de la casa, es acogedora.

—Sí, mi pequeño hogar es una bendición a pesar de que odies mi cocina —asintió dándole un suave pellizco en la cara—. ¿Te apetece un poco de queso y una cerveza? Ya es un poco tarde para cenar algo demasiado consistente. Pero si tienes más hambre te hago una tortilla.

—El queso estará genial, gracias. ¿Y la casita era de la gente que trabajaba aquí en otros tiempos?

—No, la mandó construir mi madre de recién casada para tener su propio espacio cuando le apetecía estar a solas —le contó, tomando un sorbo de su cerveza—. Aunque no estuvo mucho a solas, aquí se reunía con su profesor de baile para recibir clases... de todo tipo —ironizó levantando una ceja—. Huyó con él cuando yo era muy pequeña y, cuando cumplí los dieciocho, le pedí a mi padre que me la diera. Conseguí que no la derribara cuando tenía siete años porque es lo único que me queda de ella y él accedió con la condición de rehacerla de nuevo por dentro y por fuera.

—Lo siento, Río. La echarás de menos.

—La verdad es que no la recuerdo, y mi padre quitó todo lo que le evocara a ella, incluidas sus fotos. Es lo único que he querido de la herencia del conde, —suspiró con un halo de tristeza—. Trabajé en una hamburguesería mientras estaba en Córdoba estudiando Veterinaria para mantenerme yo sola y me ayudaron un poco las becas por mis buenas notas. Cuando tuve el título, pedí un préstamo para montar la clínica y lo pagué por completo dos años después.

—Es admirable, Río. Yo me licencié también gracias a mis notas y haciendo trabajos de restauración, pero tenía la universidad en el mismo Madrid, así que me fue más fácil que a ti.

—No conozco a tu padre en persona, pero el conde me ha hablado de él con mucho cariño, ¿cómo es vivir entre frailes desde niño? —preguntó curiosa, dando un mordisco al queso.

—Pues la verdad es que tuve una infancia muy bonita, porque cuando llegó la edad de entrar al colegio en el mismo sitio donde vivía siempre estaba con chicos de mi edad. Pero seguía siendo el juguete de mi padre y los hermanos —le narró, nostálgico con una mirada soñadora que la enterneció.

—Seguro que eras muy travieso, aunque parecieras un querubín. —Se metió con él pícaro.

—La verdad es que los pobres respiraron cuando empecé a pasar tiempo en el colegio porque les hacía muchas trastadas, como meterles ratones en la sotana, pintar con tiza a Supermán en las paredes del refectorio... —Se tronchó de risa recordando—. ¡Es que me aburría!

—¿Y por qué te dicen Vikingo? Aparte de lo obvio.

—Con diez años ya pasaba del metro setenta, pero a pesar de mi tamaño siempre he sido un tío pacífico, hasta que algún chulo se metía con otro chico más débil y me salía la mala leche a borbotones. Así fue como conocí a Quino, mi mejor amigo.

—Estarás deseando volver a verle.

—Sí, pero es muy complicado. Se marchó con su mujer a Argentina en Navidad, Milena también es amiga mía. Regresaron a su país porque se quedaron sin trabajo en la universidad después de un montón de años, como yo —susurró melancólico.

—Lo siento mucho, Aitor.

—La vida es así. Bueno, señorita veterinaria —dijo mirando su reloj—, es casi la una de la mañana y es hora de que nos vayamos a dormir. Mañana toca trabajar y recibir la bronca que me echará tu padre. Me ha encantado tu compañía y las viandas, Río. —Hizo una teatral reverencia al bajarse del taburete.

—¿Sabes que eres bastante payaso? —Se plantó frente a él, divertida por sus ocurrencias.

—Pues tú eres encantadora —musitó, acercándose lentamente a ella, para darle un suave beso en la mejilla, que dejó un rastro de su deliciosa colonia en la piel de Río.

—Buenas noches, Vikingo —respondió azorada.

Le acompañó hasta la puerta viendo cómo caminaba con las manos en los bolsillos del pantalón y su imponente silueta bajo la luz de la luna. Acarició su mejilla, donde aún podía sentir los labios de Aitor, mientras su corazón bombeaba de emoción muy rápido.

Capítulo 8

Perro de batalla

Aitor se despertó con una sonrisa que hubiese podido iluminar todo el Real de la Feria. La velada con Río había sido muy agradable, incluso con la escenita del vestido en el que tuvo que guardar la compostura. Descubrir aquellas monísimas braguitas rosas mientras la tenía sentada en su regazo provocó que sintiera la tentación de acariciar la suave piel de sus muslos. Tuvo que pensar rápido en algo que no le excitara en un logro de autocontrol para que el lugar donde Río estaba sentada no se impulsara hacia arriba buscando el calor de su sexo.

Pero lo mejor fue que le contara cosas de su vida, aunque él ya sabía una parte por Roble. Le preocupaba aquel halo de tristeza que no desaparecía de la mirada de Río y que era más intenso cuando hablaba de su infancia o de su padre.

Aunque lo que había hecho saltar las alarmas en Aitor fue su reacción al llamarla como su exnovio. En ese instante se dio cuenta de que, a pesar de las habladuras o de que ella pudiese haber cometido un error en su relación, algo que no sabía a ciencia cierta, había algo grave en la verdad que le ocultaba a todo el mundo. Aitor se dio cuenta de que aquel hombre le había hecho un daño tan profundo, que cinco años después de haber roto aún permanecía en sus ojos un rastro de repulsión y miedo al pronunciar su nombre. Tarde o temprano averiguaría qué herida seguía abierta en el alma de aquella hermosa y dulce mujer, porque lo que no podía negarse a sí mismo era que la atracción por ella se estaba convirtiendo poco a poco en algo que jamás había sentido en su vida, aunque le aterrara ponerle nombre.

Después de ducharse bajó a desayunar y se paró en la puerta entornada del salón al escuchar murmullos y risas dentro. Se asomó muy despacio y sin hacer ruido para encontrarse con algo completamente inesperado que le dejó con la boca abierta.

—¡Ay, Geni, no me hagas eso que me derrito, mi *arma*! —Suspiraba Blanca entre jadeos apoyada en la mesa donde se disponían las bandejas y el café, con la cabeza echada sobre el hombro del mayordomo, que le devoraba

el cuello.

—¡Así podré comerte *enterita*, mujerona mía! —respondía el hombre, restregándose con pasión contra el voluminoso trasero de ella, mientras sus manos volaban por el escote y se metían bajo el delantal.

«¡Coño, con los abuelos! ¡Qué energía tienen todavía!», pensó, asombrado por la escena porno-senil que estaba en todo su esplendor. Como no llamara a la puerta, el estirado de Eugenio la iba a empotrar contra los cruasanes de un momento a otro.

—¡Hoy traigo un hambre de lobo! —Alzó la voz tras la puerta para que le escucharan antes de llamar con los nudillos.

En un segundo la parejita se separó a toda prisa. Eugenio recuperó su altivo gesto de general junto a la mesa, mientras Blanca se atusaba el pelo tras la cofia y recomponía el vestido negro, que se le había subido hasta medio muslo.

—Buenos días, Blanca, Eugenio. —Saludó el Vikingo, entrando tan normal como si no los hubiera descubierto, aunque por dentro se estaba partiendo el culo de risa.

—Buenos días, señor. ¿Qué desea tomar? —preguntó el mayordomo, apartándole la silla para que se sentara.

—Café y tostadas, por favor. Gracias. —Le miró con cara de inocente.

—Eugenio, yo le serviré. Ve a atender al conde, por favor. —Se ofreció Blanca con una sonrisa de no romper un plato.

—Por supuesto. Señor Oliveros, el conde desea verle en su despacho a las diez. —Se despidió, saliendo discretamente.

Aitor ya estaba preparado mentalmente para la batalla que iba a tener con el conde, en la que no estaba dispuesto a ceder su libertad de expresión por muy bueno que fuera el trabajo. Odiaba a los dictadores con toda su alma.

Cuando la mujer le sirvió el café, el Vikingo se mordió los labios aguantando la risa sin saber si avisarla o no, hasta que escuchó pasos en el pasillo.

—Blanca, se te ha roto el encaje del sujetador —le susurró, señalándole el escote.

—¡Madre mía! —Se puso colorada, dándose la vuelta para subirse el vestido y disimular el desgarró de la ropa interior, que casi le dejaba un pecho

al aire.

—No pasa nada, mujer. —Le tomó la mano entre las suyas cuando volvió a dejar una bandeja de fruta sobre la mesa—. Me alegro de que disfrutéis de los placeres de la vida a vuestra edad, lo que es admirable. Pero tened cuidado porque podría haber sido el conde quien os pillara y no yo.

—¿Nos has visto, Aitor? —le preguntó, santiguándose nerviosa.

—Tranquila, Blanca, vuestro secreto está a salvo. —Le besó la mano guiñándole el ojo.

—¡Ay, mi niño, muchas gracias! —Le cogió la cara achuchándole—. Es que con él he vuelto a sentirme como una chiquilla después de tantos años viuda. Es un hombre muy bueno.

—Pues no dejes de sentirte así jamás, guapetona. —La abrazó con cariño—. Y ahora me voy a pelearme con el conde.

—¿Pelearte, Aitor? —Se mostró preocupada.

El Vikingo le contó lo que había pasado en la Feria con un resoplido de fastidio.

—Escucha, hijo, sé que el conde a veces puede ser intratable. Pero ese hombre ha sufrido mucho, te lo aseguro, y no solo por las habladurías contra su hija —se lamentó—. Estaba locamente enamorado de su mujer, pero ella nunca le quiso, porque fue un matrimonio de conveniencia entre las mejores familias de Sevilla. Cristóbal ya casi no tiene ilusiones en la vida salvo su colección de arte y poco más. Intenta comprenderle un poco, ¿me harás ese pequeño favor?

—Le aprecias mucho, ¿verdad Blanca?

—Le quiero como si fuera mi hermano pequeño, Aitor.

—De acuerdo, intentaré ponerme un poco en su lugar. Pero no te garantizo que lo consiga del todo.

—Gracias, hijo. — Se puso a recoger la mesa mientras él salía en busca del conde.

Y en el despacho estaba su jefe esperándole de brazos cruzados, con una cara de mala leche que echaría para atrás a cualquiera. Cualquiera que no fuera Aitor, desde luego.

—Buenos días, Oliveros —le saludó muy serio.

—Buenos días, señor conde. ¿Quería decirme algo importante? —habló

con un porte tan altivo como él.

—¿Usted qué cree? —Alzó una ceja—. ¿Le pareció apropiada su salida de tono ayer?

—Me pareció muy apropiada cuando se trata de mi libertad, señor. Como le dije, usted es mi jefe, pero salvo en lo referente a mi trabajo no tiene ningún derecho a meterse en mi vida personal y por supuesto en lo que haga con ella. —Se mantuvo en sus trece.

—¡Tengo todo el derecho cuando me deja en ridículo delante de mis amigos! —gritó alterado marcándose las venas de su cuello—. ¿Cómo se atreve?

—¡Usted y sus amigos se pusieron en ridículo sin mi ayuda! —replicó alzando la voz a su vez—. No esperaba ver a una gente que demostró tan poca humanidad ante un niño que solo tenía hambre. Y luego se darán golpes de pecho ante su adorada Virgen —le recriminó con desprecio.

—No hable tan a la ligera, Aitor. Cometerá un gran error —le advirtió con un brillo de malicia en sus ojos—. Esta mañana vino un hombre a pedir trabajo de parte de Rosario.

—Es el padre del chiquillo. Supongo que le habrá echado sin contemplaciones, ¿verdad, señor conde? —Volvió a hostigarle.

—Llevo desde las siete de la mañana haciendo llamadas —masculló apretando los dientes y acercando su rostro severo al de Aitor por encima de la mesa—. Tendrá empleo durante los próximos seis meses como jornalero en la finca de un conocido mío y podrá vivir en sus tierras con su familia. Si trabaja bien, no le faltará de nada durante mucho tiempo. ¿Satisfecho, Oliveros?

—Muy satisfecho, señor —contestó, sorprendido de la noticia—. Le agradezco su ayuda.

—¡Y no se le ocurra volver a juzgarme! —Se sentó cruzando los dedos de las manos mientras le observaba muy serio. Aitor mantuvo silencio para no complicar más la situación entre ellos.

—Debo volver al trabajo, señor. —Se despidió dando media vuelta para salir del despacho.

—¡Aún no he terminado con usted! Tome asiento.

«Ahora viene la parte en la que me despide», pensó Aitor temiendo lo

peor.

—¿Qué hace revoloteando alrededor de mi hija, Aitor? Se los veía muy unidos ayer.

—Solo somos amigos, ¿le molesta, señor conde? —Se puso en guardia.

—Lo que me molesta son los escándalos, y no quiero que vuelva a haber otro relacionado con ella. —Le fulminó con aquella mirada que parecía traspasar su alma. En eso se parecía a su hija, aunque no tuvieran el mismo color de ojos—. Supongo que ya habrá oído todo lo que se dice sobre Rosario y su antiguo prometido.

—A mí no me interesan las habladurías lo más mínimo, puede estar tranquilo.

—Pero me gustaría saber su opinión personal al respecto, Aitor — insistió obstinado. En eso también era igualito a Río.

—Seré sincero. Cuando me enteré, pensé que debía ser un trago muy amargo encontrarte a tu prometida liada con tu mejor amigo, y que yo jamás podría estar con una mujer infiel. Para mí la confianza en una pareja es una de las cosas que más valoro —le confesó al hombre, que le escuchaba en silencio—. Pero ahora que conozco a su hija, creo que no todo lo que cuentan es lo que parece y que hay algo más que nadie sabe.

—¿Y cómo ha llegado a esa conclusión? —Se mostró interesado.

—Dígame una cosa señor, ¿fue su prometido el que divulgó lo que había ocurrido?

—Él fue quien la encontró en la cama con su amigo. —Carraspeó incómodo—. Estaban en el piso que sus padres les regalaron por la boda para que iniciaran su vida en común.

—Ya, ¿y cómo está usted seguro de que eso es lo que ocurrió en realidad?

—Conozco a Álvaro desde que era un niño, siempre ha sido un chico responsable, de buena familia y con un futuro prometedor. ¿Por qué tendría que dudar de él? —Se extrañó al escuchar las reticencias de Aitor.

—Supongo que usted hablaría con su hija, ¿qué versión le dio ella?

—¡Ninguna! Rosario desapareció durante dos semanas. No contestaba ni a su móvil. Al final regresó de pasar ese tiempo en casa de una amiga y cuando la interrogué tuvimos una discusión horrible.

—¿Y qué le contó entonces? —insistió el Vikingo.

—Ni siquiera se defendió cuando, en un arranque de rabia, le grité que era una pérdida como su madre. —Suspiró, quitándose las gafas y frotándose los ojos con gesto cansado—. Nunca debí insultarla de esa manera, ¡pero estaba tan enfadado con ella! Había tirado nuestro apellido y el honor de su casa por el fango.

—Creo que los dos tienen una conversación pendiente muy importante, señor. ¿Cuánto hace que no se sientan a hablar?

—Cinco años. Mi hija, desde ese día, levantó un muro de frialdad y desprecio entre nosotros que no he podido romper —susurró con tristeza—. Antes de aquello, siempre que su trabajo se lo permitía venía a todas las exposiciones de arte conmigo y se entusiasmaba cuando compraba algún cuadro para nuestra colección. —Rememoró con ojos soñadores—. Pero ya no quiso que estuviéramos juntos y se encerró en la casita con sus perros, sus amigas y su clínica. Se alejó de mí por completo.

—Lo siento mucho, Cristóbal. —Se permitió llamarle por su nombre. Recordó las palabras de Blanca y sintió lástima. También él se había forjado una coraza de soberbia e indiferencia que en el fondo no era real.

—Quería que mi hija se casara por amor y no por conveniencia como tuve que hacer yo —reconoció melancólico—. Aunque, en mi caso, yo era el único que estaba realmente enamorado en nuestro matrimonio. El tiempo curó mi dolor y llegué a entender que mi esposa nunca fue feliz conmigo porque nunca me quiso, pero sí que amaba al hombre que me la robó.

—¿No ha vuelto a saber de ella?

—No, y creo que es lo mejor. Oí rumores de que se habían marchado a Australia, pero yo tenía un bebé de menos de dos años al que cuidar y tampoco quise indagar más. En el fondo me sentí aliviado de que al menos me hubiera dejado a nuestra pequeña y no se la llevara con ella. —Sonrió por un instante—. A Aurora el papel de madre siempre le vino grande.

—Creo que usted ha sido muy valiente criándola solo.

—A mi esposa siempre le molestaban los llantos de la niña, que tenía cólicos casi todas las noches. No le gustaba atenderla, ni cuidarla porque se agobiaba, por lo que se marchó a otro dormitorio en el lado del palacio lo más alejado posible de ella. —La imagen del bebé rollizo que era entonces Río

apareció en su mente provocándole un dolor sordo en el corazón de pura añoranza—. Era yo quien se levantaba a consolarla y al final me la llevé a mi dormitorio, hasta que fue lo suficiente mayor para dormir en su propio cuarto muy cerca del mío.

—¿No contrató usted canguros que le echaran una mano?

—Nunca los necesité, entre Blanca y yo nos apañamos muy bien. Y luego su nieto se hizo inseparable de Rosario, como si fuera su hermano mayor. Solo tiene un par de años más que mi hija.

—Ahora entiendo por qué Roble es tan protector con ella.

—Rosario no sabrá nunca que su madre no la quería —le advirtió con el ceño fruncido y cara de mala leche—, y pobre de usted si se lo cuenta, Aitor.

—Tiene mi palabra, señor. —Le ofreció la mano que el conde le estrechó con energía—. Gracias por confiar en mí.

—No haga que me arrepienta de esa confianza. Ya puede regresar al trabajo. —Le despachó, volviendo a colocarse las gafas y con ellas la fachada de engreimiento que mostraba a los demás. Pero ahora Aitor conocía el corazón de aquel hombre y le empezaba a apreciar de verdad.

Retomó su trabajo con las *Majas del balcón*, que estaba a punto de concluir, durante el resto de la mañana.

Estuvo tan concentrado en el cuadro que se olvidó de comer y se sobresaltó ante los golpes en la puerta de la biblioteca, antes de que Eugenio entrara con una bandeja y la soltara en una de las mesitas junto a la chimenea.

—Señor Oliveros, como no le traigamos el almuerzo, usted se olvida hasta de beber agua, con el calor que está haciendo —le reprendió atusándose el bigote.

—Tiene razón, Eugenio, lo siento. —Se rio guasón—. Mi padre siempre me riñe y dice que un día me encontrarán muerto entre mis cuadros.

—Debe comer a sus horas, Aitor. La mente necesita alimento para funcionar bien. —Le preparó los cubiertos y le destapó los platos.

—¡Dios, esto huele de miedo! —exclamó sintiendo cómo le gruñía el estómago ante el aroma cuando se sentó a la mesa—. ¿Qué es?

—Urta a la roteña y ensalada primavera. Es uno de los platos que mejor cocina Blanca —le dijo con un brillo en los ojos al mencionar su nombre.

—Pues dele la enhorabuena y las gracias de mi parte a esa maravillosa cocinera, por favor.

—Gracias a usted, Aitor..., por lo de esta mañana. —Se sonrojó hasta las puntas del bigote como si fuera un extintor.

—No me las dé, Eugenio. La vida son dos días y hay que vivirla a tope cada segundo —susurrando a continuación—: Y cuando llegue a la edad de ustedes espero ser tan vigoroso.

Por primera vez, Aitor escuchó la risa del mayordomo, que era jovial y muy contagiosa, mientras le dejaba disfrutar del almuerzo.

La tarde se pasó volando y eran casi las ocho cuando el Vikingo guardó los pinceles y decidió hacer otra de las cosas que más le relajaba: correr. Con tanto jaleo, hacía meses que no retomaba su afición y decidió colocarse unos pantalones cortos, su camiseta negra de tirantes, la chaqueta del chándal anudada a la cintura, con el móvil en una funda dentro de la pequeña riñonera, y las zapatillas, para disfrutar del campo.

Salió de la finca a buen ritmo y se metió por la vereda de la izquierda, para salir a uno de los caminos que discurría por la carretera repleta de árboles, que daban un frescor ideal.

Llevaba casi una hora corriendo con el sudor empapando su cuerpo y la mente despierta con solo la necesidad de poner un pie delante del otro, sin problemas, sin agobios y sin nada en qué pensar, cuando escuchó un griterío de voces que provenían del bosquecillo que se abría a su derecha.

No iba a hacerle el menor caso, hasta que un lastimero gañido le puso los pelos de punta, haciéndole detenerse en seco al repetirse de nuevo. Tal vez no era nada, pero su instinto le puso sobre aviso de que ocurría algo y decidió acercarse y echar un vistazo por si acaso.

Internándose entre los árboles llegó al lugar donde tres individuos con botellas en la mano junto a una pequeña hoguera se estaban divirtiendo entre carcajadas en lo que parecía una fiesta privada, y se escondió tras un matorral para averiguar un poco más.

El objeto de la diversión apareció al momento de la mano de uno de los hombres, que llevaba amarrado con una cuerda a un perrillo tremendamente asustado. Aitor no estaba preparado para ver lo que aquellas bestias estaban a punto de hacer: quien sujetaba la cuerda la echó sobre una rama poniéndola

tensa ayudado por uno de sus amigos, que la sostenía por el otro extremo, y sin ningún rastro de cordura empezó a darle puñetazos al desesperado animal como si fuera un saco de boxeo ante las carcajadas de los otros dos y los gritos del prisionero.

El Vikingo no pudo soportar el espectáculo y dando un grito salió de su escondite con la sangre hirviéndole en las venas.

—¡Soltad a ese perro, pedazo de cabrones! —Vieron al gigante furioso saltarles encima, descargando un puñetazo sobre la cara del que sostenía la cuerda, que dejó caer al perro con un golpe seco contra el suelo.

Aitor se dirigió al de los puñetazos, lo cogió por el pelo y le estampó la cabeza contra el árbol, sin darle tiempo a reaccionar. El tercer tío, delgado y con pinta de drogadicto, sacó una navaja y se abalanzó sobre él rozándole la cintura con el arma, pero el Vikingo atrapó su muñeca, la dobló hacia atrás y descargó un potente puñetazo sobre la boca del hombre, que cayó fulminado.

Se acercó al perro y se puso a su lado protegiéndolo con su cuerpo para que no volvieran a atacarlo, mientras el del árbol y al que golpeó primero se levantaban sangrando por las caras.

—¡Voy a llamar a la policía, hijos de puta! —les gritó sacando el móvil.

—¡Ya nos vamos! ¡Quédate el maldito perro! —Le pidió el que chorreaba sangre por la boca, cogiendo al que estaba en el suelo y arrastrándole junto a su compañero hasta el todoterreno que tenía Aitor a su espalda. Permaneció alerta viendo el coche salir a todo gas por la carretera y entonces pudo respirar tranquilo.

Arrodillándose al lado del asustado animal que gemía tembloroso, le aflojó la cuerda con cuidado, se la quitó del cuello y la tiró a la hoguera.

—¡Shh, tranquilo, pequeño! No voy a hacerte daño, te lo prometo —le habló muy bajito para no asustarlo.

El perro era de tamaño mediano, de color blanco con manchitas negras como un dalmata, tenía los llorosos ojitos cerrados porque apenas estaba consciente, las orejas negras de punta y el largo hocico lleno de cortes. Aitor usó la linterna del móvil y pasó la luz por todo el cuerpo del animal para comprobar si sangraba mucho.

Como no sabía el teléfono de la clínica de Río decidió llamar al palacio para ver si podían ayudarle.

—Palacio de Teba, ¿qué desea? —Escuchó la voz del mayordomo.

—Eugenio, soy Aitor. ¿Sabes si Río está en la finca?

—No, acaba de decirme Roble que aún está en la clínica. ¿Necesita ayuda, Aitor?

—Sí, por favor. Dile a Roble si puede venir a recogerme, estoy en el bosquecillo que hay en la carretera de salida, he encontrado a un perro herido.

—Muy bien, quédese donde está, le recogerá con el coche.

—Gracias, Eugenio. —Colgó aliviado.

Cuando se agachó para coger al perro entre sus brazos sintió una tremenda punzada en la cintura. Usando la linterna del móvil, bajó el chándal que aún llevaba anudado y gimió de dolor al tocar donde le dolía.

—Esto tendrá que esperar hasta que lleguemos, pequeño —le dijo al perro, amarrándose con más fuerza la chaqueta y cogiéndolo en brazos con los dientes apretados.

Anduvo unos metros con el animal para salir a la carretera y que Roble pudiera localizarle. Minutos después, las luces del coche de su amigo aparecieron por el camino deslumbrándole. Paró a un lado y salió a ayudarle.

—Ya he avisado de que vamos a Río, está esperándonos con las chicas. ¡Oh, tío, pobre perro! —Se lamentó cuando lo tomó de los brazos de Aitor para meterlo en el asiento trasero del coche, donde había puesto una manta vieja.

—Gracias, amigo. —Hizo una mueca al doblarse para meterse en el coche.

—¿Te pasa algo, Aitor? Ya me estás contando qué le han hecho a ese animal —le exigió, poniendo rumbo a Sevilla.

—No, me he lastimado un poco al pegarme con los tres salvajes esos. — Y le empezó a contar la escena que se encontró.

—¡Joder, macho! ¿cómo puede haber gente tan cruel? —Se preguntó estremeciéndose—. ¡Pero les has dado una buena lección!

—Se les van a quitar las ganas de maltratar a otro animal. —Apretó los dientes con rabia—. Los perros no son santo de mi devoción, pero no soporto que se les haga daño por puro placer.

—¿Qué tal va ahí detrás, Aitor? —Miró por el retrovisor preocupado.

—Parece que está dormido. —Alargó la mano para rozarle el lomo

suavemente.

—Llegaremos en diez minutos.

Atravesando media ciudad, aparcaron por fin delante de la fachada blanca de Paraíso Peludo. Roble y Aitor sacaron al perro con mucho cuidado entre los brazos del último, porque se despertó y empezó a temblar de miedo entre gemidos.

—Tranquilo, chico, ahora te van a curar —le habló con cariño Roble, rascándole las orejas mientras llamaba al timbre.

La alta figura de Patri abrió la puerta, les instó a entrar deprisa y los guio por la sala de espera de paredes blancas hasta la puerta tras el mostrador de recepción que comunicaba la de exploración de Río.

La veterinaria ya estaba preparada con material de curas, junto a sus otras dos compañeras, que iban vestidas con un pijama verde de quirófano. Se sorprendió al ver que Aitor era quien llevaba al desmadejado perro en sus brazos.

—Déjalo aquí con cuidado para que pueda examinarlo. ¿Sabes qué le ha pasado? —le preguntó, echando al animal sobre la mesa de aluminio frente a ellos.

—Venía de correr por la carretera cuando escuché gritos y ladridos en el bosquecillo que hay en el camino de salida de las fincas junto a la vuestra. Me acerqué a comprobar qué pasaba y descubrí a tres hijos de puta que lo llevaban con una soga al cuello. —La chica gordita que ayudaba a Río soltó una palabrota—. Lo colgaron de un árbol y el más cabrón lo usó como saco de boxeo para darle puñetazos, hasta que yo se los devolví a él y a los otros con ganas.

—¿Te enfrentaste a tres hombres tú solo? ¿Estás loco, Aitor? —le riñó enfadada.

—Río, lo tenía controlado, no te preocupes. —Se cruzó de brazos disimulando el dolor que sentía—. Ahora lo importante es que lo salves a él.

—Si preferís quedaros fuera nos encargaremos nosotras, ¿vale? —les indicó la otra chica con amabilidad acompañándolos a la sala, al ver la cara de horror de Roble cuando Río sacó pinzas para suturar—. Por cierto, soy María José, Mariajo para los amigos. —Se presentó al Vikingo.

—Encantado, soy Aitor —la saludó con la mano en alto antes de que

volviera a meterse dentro.

La verdad es que se alegró de esperar en la sala cuando comenzó a escuchar los gañidos del pobre perro mientras le hacían las curas. Aitor estaba empezando a notar los efectos del cansancio y los pinchazos que sentía en la cintura habían ido incrementándose durante la siguiente hora, hasta que apenas podía respirar sin ver las estrellas.

Río y sus compañeras volvieron a la sala de espera unos minutos después.

—Bueno, chicos, ya lo hemos mantenido estable. Le he cosido los cortes en el lomo y la laceración del cuello. Afortunadamente, llegaste a tiempo, porque no tiene costillas rotas ni órganos internos dañados, lo he comprobado en la radiografía que le hemos hecho. —Sonrió aliviada—. No tiene chip, por lo que parece que ha sido carne de cazador, como suele ocurrir con los perros de su raza, y no tendrá más de tres meses. Pero le has salvado la vida, Aitor.

—¿Qué raza es esa? —preguntó, sintiéndose mareado sin poder levantarse del sofá.

—Aunque está mezclado con dálmata, por lo que parece, es bodeguero andaluz. Es una raza especialmente creada para la caza y las bodegas de Jerez, hace mucho tiempo. Y también son los que más abandonan por aquí cuando ya no les interesa. —Se acercó al Vikingo, preocupada por su palidez cuando le rozó la cara con los dedos—. Aitor, estás empapado en sudor y la noche está fresca, ¿qué te pasa?

—Ya has terminado con el perrillo, ¿no? —Ella asintió extrañada—. Pues ahora tendrás que coserme a mí.

Con las manos temblorosas desanudó la chaqueta, mostrando las mangas que estaban por dentro empapadas en sangre y que al ser negra como la camiseta no llamaba la atención. Levantó la tela con un quejido, porque se había pegado a la herida abierta que tenía por encima del hueso de la cadera derecha. La piel alrededor se veía hinchada y, al despegar la camiseta, volvió a sangrar con un reguero caliente que comenzó a descender por los pantalones cortos del hombre.

—¡Maldito seas! ¿Por qué no me los has dicho antes? —le gritó alarmada—. ¡Ahora mismo nos vamos al Virgen del Rocío!

—¡No! ¡Cóseme tú! —exclamó agarrándola de la muñeca con fuerza—.

Así no tendremos que dar explicaciones sobre lo que ha pasado ni poner una denuncia por agresión, Río.

—¡Pero tiene que verte un médico y hacerte pruebas por si tienes algún órgano dañado! —le reprendió enfadada, presionando la herida con las compresas que le trajo Lola.

—No es profunda, si no ya me hubiera desangrado desde que me hirió el último tipo. Han pasado dos horas —murmuró agotado.

—¡Yo te mato, Vikingo! ¡Desnudadle y echadle en el sofá! Ayúdale, Roble, voy a por el hilo y lo que necesito.

Mientras Río estaba en la sala de exploración, las chicas y Roble le despojaron de los pantalones y los calzoncillos entre los gritos de dolor del herido al levantarle las piernas, tapándole las vergüenzas con una toalla. Estirado en el sofá, del que cogía todo el espacio y que era de un material lavable, por si los perros que acudían con sus dueños lo manchaban, esperó a su salvadora respirando con dificultad.

Lola sostuvo la bandeja que traía su jefa mientras esta se arrodillaba junto a Aitor con el hilo y la aguja preparados. Antes de coser, desinfectó la herida con agua oxigenada y comprobó el tamaño de la herida, abriendo un poco los bordes para ver cuánto tejido estaba dañado. Aguantó el nerviosismo antes los temblores de Aitor, que se mordía los labios de dolor.

Había tenido suerte, el tajo había sido de refilón porque se volvió durante la pelea y la herida era limpia. Pero si le hubiera cogido de frente y le hubieran clavado el cuchillo a fondo, no estaría vivo en ese momento.

Antes de que el Vikingo lo pasara peor empezó a coser con rapidez, acompañada de los gemidos del hombre cada vez que clavaba la aguja. Cuando al fin terminó, Aitor estaba pálido y no dejaba de temblar.

—Vamos, bebe un poco de zumo, estás bajo de azúcar. Y tómate este paracetamol para el dolor —le pidió, levantándole la cabeza con cuidado para que tomara un sorbo tragando el medicamento.

—Gracias, Río —susurró con los ojos cerrados mientras Lola le pasaba una compresa húmeda por la frente y la cara.

—Chicas, nos vamos a casa. Si nos repartimos en los dos coches me llevaré a los dos enfermos. —Se levantó cansada, yentró en la sala de exploración acompañada de sus dos amigas, mientras Mariajo se quedaba a

ayudar a Roble.

—¿Quieres que nos quedemos alguna con el perrito esta noche? Podremos vigilarlo y así puedes atenderle a él tranquila. —Se ofreció Patri, acariciándole el pelo con cariño—. Hoy ya no puedes con tu alma, Río. Ha sido un largo día.

—Claro que puedo, cielo. No te preocupes, estaremos bien. Tobi dormirá en mi cuarto en un rinconcito y al cabezota este le dejaré mi cama sola para él, es demasiado grande. —La abrazó agradecida—. Vosotras tenéis que descansar también.

—Como mañana no hay operaciones, nosotras abriremos la clínica y atenderemos la peluquería y lo que no tengas que hacer tú. Si sale una urgencia entonces te llamaremos, ¿de acuerdo? —dijo Lola, besándola con fuerza en los cachetes—. Tu maromo te necesita ahora más que nunca.

—No es mi maromo —susurró, aguantando la risa mientras se quitaba la bata.

—Yo no me lo puedo quedar, que estoy casada, petarda, y esta está coladita por tu señor padre desde cría —se burló Patri, dando un salto cuando Lola le dio un pellizco en el culo con ganas—. Y ya sabemos por quién bebe los vientos la Mariajo, ese tío bueno que ha traído a tu gigante.

—Lo tuyo y lo de Mariajo lo entiendo, pero, Lola, que estés loca por el amargado de mi padre es lo más raro que he visto en mi vida —dijo poniéndole el brazo por los hombros—. No porque sea mayor que tú. Es que no me entra en la cabeza qué has descubierto tan maravilloso en él, de verdad. ¡Si es un hombre que solo le interesa el arte!

—A ver, Río, ¿no te has dado cuenta de lo buenísimo que está tu padre todavía? ¡Por Dios, si tiene más de un polvazo, coño! Con esa pinta de intelectual con las gafitas. —Suspiró embelesada.

—¡Ay, Lola mía, que estás como una cabra! Pero oye, tú como la Elsa de *Frozen*, libre soy. Si crees que puedes conquistarlo y cambiarle ese carácter agrio que tiene, ¡estaré encantada de llamarte mami algún día!

Entre carcajadas salieron al fin de la sala con el perro dormidito y sedado en un trasportín. Las tres se dieron codazos al ver cómo Mariajo le ponía ojitos tiernos a Roble, mientras él disimulaba el babeo que le provocaba su dulce amiga. Porque los dos estaban coladitos el uno por el otro, pero no

daban ninguno el primer paso para la rendición y así llevaban años de tira y afloja.

Aitor ya estaba vestido de nuevo y levantado, ayudado por su compañero, que lo sostenía porque casi no se mantenía en pie.

Apagaron las luces de la clínica y salieron después de echar la llave. Roble metió al herido en el coche de Río, y en el suyo irían las chicas para repartirlas en sus casas.

—¿Quieres que te acompañe? —preguntó a la veterinaria—. Necesitarás ayuda para meterlo en la cama, si no se desmaya antes de llegar.

—No te preocupes, estaremos bien. Lleva a las chicas y mañana nos vemos en casa. De todas formas, Aitor se quedará conmigo, no quiero dejarlo solo en su cuarto, y así podré vigilarlo sin problema. —Le dio un beso en la mejilla—. Tendrás que ayudarme estos días para que mi padre no se entere y pueda descansar.

—De acuerdo, ten cuidado. —Le devolvió el beso, se metió en su propio coche y arranzó mientras las chicas le decían adiós a su amiga.

Río condujo con los ojos puestos en la carretera y mirando de reojo a su paciente, que descansaba con los ojos cerrados y solo los abría para quejarse cuando cogía algún bache.

El camino se le hizo eterno hasta que las luces de la finca aparecieron frente a ella. Cuando entró, paró un momento para hablar con Eugenio, que aún estaba despierto esperándola.

—Tú y Blanca vais a tener que guardarnos las espaldas estos días para que mi padre no se acerque a Aitor. Le han herido cuando rescataba al perro.

—Señorita, ¿llamo a un médico? —Se alarmó el anciano, retorciéndose las puntas del bigote.

—No hace falta, tranquilo. —Le acarició el hombro—. Era una herida superficial. Ya le he cosido, pero necesita que le vigilen unos días por si aparece fiebre, entonces sí tendríamos que llevarle al hospital.

—Puedo quedarme con él, señorita.

—Se quedará a dormir en mi casa y yo estaré pendiente de él y del perrillo. Anda vete a descansar, Eugenio.

—Si me necesita, llámeme, por favor.

—Lo haré si me haces falta. Y por favor, ¿algún día me hablarás de tú y

por mi nombre? —Se despidió con una sonrisa.

—Algún día, señorita. —Hizo una reverencia, cerrando la puerta con cuidado de no hacer ruido para que el conde no se despertara.

Dio la vuelta por la linde de los jardines de la finca, hasta el camino empedrado que daba a la parte trasera de su casita, donde aparcó.

Como Aitor necesitaba unos minutos para ponerse en marcha, sacó el transportín del asiento trasero y lo llevó a su dormitorio. En un rincón junto a la ventana colocó una cama de perro con una toalla encima por si vomitaba y un poco de agua, y sacó al lastimado perrillo despacito para no hacerle daño.

—Hola, cariño, no tengas miedo, Tobi. Vas a ponerte bien y te buscaremos una familia cuando te mejores. —Lo arrulló cogiéndole el hocico y besándole la cabeza, aún estaba dormido por el sedante, que le duraría hasta la mañana. Lo dejó sobre la camita y salió a por el paciente más difícil.

Sacar a Aitor del coche fue una tarea titánica para que no se le abrieran los puntos, mientras el pobre intentaba no gritar cuando fue poniéndose de pie. El dolor le provocó náuseas, que no pudo reprimir, y vomitó junto al coche, ayudado por Río, que le sostenía en precario equilibrio.

A trompicones, llegaron hasta el dormitorio de la chica, que sostenía cada vez más el peso de Aitor y se estaba quedando sin energías. En un último esfuerzo, destapó un lado de su cama y logró echar el cuerpo del hombre, que respiraba agitado. Le dejó descansar un rato mientras se daba una ducha, estaba sudando del esfuerzo.

Limpia y fresquita se dispuso a la tarea de desnudar al Vikingo, puesto que su ropa estaba asquerosa. En la cama no fue tan difícil quitarle todo, y le dejó como el día que vino al mundo, porque Aitor estaba tan hecho trizas que roncaba suavemente.

Con una esponja que mojaba en el agua con gel de la palangana que puso encima de la mesilla de noche, comenzó a limpiar la sangre que aún tenía adherida en el pecho de tanto subir y bajarle la ropa.

Se dio un atracón carnal con el espectáculo ante sus ojos, dibujando el contorno de los músculos y el fornido pecho del hombre, rozando con los dedos la argolla del pezón derecho, que brillaba a la luz de la lámpara, hasta llegar a la herida, que limpió con ternura cambiándole el apósito y siguiendo los abductores hacia el pubis. Ahora que estaba tranquila, se recreó en el

tatuaje de la rosa de los vientos que le había sorprendido aquella vez que entró en su dormitorio y él se desnudó para provocarla.

Un fuego abrasador recorrió las entrañas de Río al rozar con los dedos el tatuaje, y su imaginación se desbocó al imaginarse besando con pasión cada línea del insinuante dibujo hasta descender al regalo de su sexo.

Aquel sexo que ahora parecía menos peligroso, pero igual de irresistible, que le provocó la imperiosa necesidad de rozar el vello de su pubis con la punta de los dedos, hasta delinear la suave piel de su miembro, que la llamaba a acogerle en su interior como el canto de una sirena.

Apartó los dedos con pesar, sabía que aquella necesidad nunca iba a ser satisfecha, porque, a pesar de la irresistible atracción y el irrefrenable deseo que sentía por aquel hombre, no quería hacerse ilusiones y mucho menos llegar a enamorarse de nuevo, algo que le daba auténtico pánico. Además, la distancia entre los dos era un problema, Aitor estaría muy poco tiempo en el palacio y luego retomaría su vida de siempre al igual que ella. ¿Para qué complicarse la vida entonces? ¿Para qué desear vivir una aventura que podía hacer que acabara enamorada de otro hombre que no le convenía?

Le secó con delicadeza el cuerpo con una toalla, le tapó y se llevó sus cosas al cuarto de baño; metió después la ropa ensangrentada en la lavadora tras rociarla con agua oxigenada, el truco que usaba Blanca para quitar las manchas de sangre de la menstruación.

Eran las dos de la madrugada cuando acercó a la cama el sillón de relax en el que estiraba las piernas cuando le apetecía leer, para tener a su paciente más cerca por si la necesitaba. Contemplar el hermoso rostro del hombre dormido le despertaba una gran ternura y le hacía suspirar mientras le acariciaba el sedoso cabello apartándolo de sus ojos. Mirándolo embelesada se quedó profundamente dormida.

Aitor abrió los ojos lentamente ante la claridad de la mañana. Intentó moverse, pero el hecho de volverse de lado era un auténtico suplicio y el roce de las sábanas sobre su piel le dio la certeza de que estaba completamente desnudo. Respirando despacio miró en derredor, extrañado de ver la cama de estilo colonial que desde luego no era la suya, pero le sonaba de algo. ¿Por qué no estaba en su habitación? Entonces recordó de quién era aquel

dormitorio en el que había salvado a una damisela en apuros de un vestido traidor.

Pero tenía que levantarse y volver a su propio cuarto, debía terminar la restauración del cuadro que tenía entre manos porque el conde deseaba verlo cuanto antes, ya que sería el primero que expondría en su colección.

Resoplando, comenzó a estirar el torso, apretando los dientes ante los agujonazos de dolor de la herida y apoyando las manos sobre la cama para poder sentarse, cuando escuchó la voz de Río, que se acercaba cantando.

*Fue un abrazo de tu amor con guantes,
con sonrisas que me regalabas,
el saber que sin ti no soy nada,
yo estoy hecho de pedacitos de ti.
De tu voz, de tu andar,
de cada despertar,
del reír, del caminar,
de los susurros de abril,
del sentir, del despertar,
aunque la noche fue gris,
del saber que estoy hecho
de pedacitos de ti.*

La preciosa voz de la veterinaria le dejó boquiabierto, haciéndole cosquillas en el estómago y poniéndole la piel de gallina. La dueña de aquella magnífica voz apareció en la puerta de la habitación con una bandeja entre las manos y una sonrisa maravillosa que se tornó tímida al ver que estaba despierto mirándola entusiasmado.

—Buenos días, Aitor. ¿Cómo te encuentras? —le preguntó, dejando la bandeja con el humeante café y una montaña de tostadas encima de la mesilla.

—Como si me hubiera pasado un tren por encima. Oye, Río, no me habría imaginado nunca que cantaras tan bien —le dijo, divirtiéndose al ver el sonrojo que provocó en ella.

—Sí, voy a dejar a mis bichos y me presentaré al programa de *La Voz* la próxima vez. —Bromeó, palmeándole el hombro.

—Prometo votarte, aunque me gaste todo el sueldo en mensajes. —Le

siguió el juego—. Si me ayudas a sentarme, podré volver a mi dormitorio sin que llegue a encontrarme con tu padre por el camino, con un poco de suerte.

—¡Ni hablar! Lo primero que vas a hacer es desayunar y luego puedes darte una ducha para volver a la cama de inmediato. —Se sentó junto a él impidiéndole levantarse con las manos sobre su pecho.

—Pues por lo que veo anoche me dejaste bastante limpio. —La provocó disfrutando de su timidez, que le parecía encantadora.

—Tampoco tienes nada que no haya visto ya gracias a tu generosidad y poca vergüenza, Vikingo. —Le tomó por debajo de los hombros y le levantó muy despacio ayudada por la fuerza que hacía él.

—¿Y te ha gustado lo que has visto con más detalle? —le susurró muy cerca de su bonita cara cuando le puso una almohada tras la espalda.

—¿Te refieres a la argollita y a la rosa? No están mal. —Fingió desidia, aunque la preguntita de Aitor la excitó más de lo que querría admitir.

—No disimules, Río, sé que te gustan. Además, tienen un propósito. —La miró con picardía mientras tomaba un sorbo de café.

—Pues debieron dolerte bastante los dos y anoche te quejabas como una nenaza mientras te cosía. —Le sacó la lengua riendo—. ¿Puedes decirme qué propósito es tan importante como para agujerearte el cuerpo y hacerte una cicatriz de por vida?

—La instruiré encantado, señorita veterinaria. El *piercing* en el pezón es para dar placer en esa zona erógena, que a veces algunas mujeres olvidan que también tenemos los hombres. Es muy excitante si tiras un poquito de la anilla con los dientes... —Sonrió mordiendo una tostada con mantequilla que ella le untó.

Río empezó a transpirar por cada poro de su piel al imaginar la escena, sintiendo una oleada de calor que le subía desde los muslos.

—¿Y qué haces con la rosa? —consiguió preguntar tragando saliva.

—La rosa de los vientos te lleva a donde quieras, según la leyenda.

—Pero la auténtica te indica el norte y esa que tú tienes... —dudó extrañada.

—La que yo llevo marca el sur, que es donde está lo más interesante, cariño —le contó muy bajito haciendo que se tapara la cara de vergüenza.

—¡Oh, pero qué idiota soy! Mira que no caer en eso. —Se rio a

carcajadas, acompañada de Aitor, que intentaba no hacerlo porque le dolía.

—Río, tú puedes ser muchas cosas. Pero jamás idiota. —Le apartó las manos de la cara y le acarició las mejillas con ternura.

Los dos se quedaron embobados muy cerca el uno del otro, con las grandes manos de Aitor todavía en su rostro. Se moría por besarla, por lamer aquellos labios tan sensuales y hacerse el dueño de su lengua. Pero se dio cuenta de que había algo en los claros ojos de Río que le hizo contenerse a duras penas: temor, en ellos había un temor tan grande que le dolió en el alma y al final optó por darle un dulce beso en la punta de la nariz.

—Anda, termina de desayunar —le propuso nerviosa alejándose de él con pesar—. Quiero que descanses todo el día y no te preocupes. Roble, Eugenio y Blanca nos cubrirán las espaldas por si te necesita mi padre.

—De acuerdo. Con una condición —ella le miró a la expectativa—, que vuelvas a cantarme después.

—Aparte de ser un sátiro, estás majara, que lo sepas, Vikingo. —Se mordió los labios aguantando la risa—. Voy a ver cómo está Tobi.

—¿Tobi? ¿Ya le has puesto nombre al enano?

—Tiene cara de Tobi, pero si lo prefieres puedes ponerle otro nombre. A fin de cuentas, es tu perro —le dijo con malicia para provocarlo.

—¿Mi perro? —Se alarmó a punto de caerse de la cama—. ¿Y qué hago con él? ¿Lo pongo a pintar conmigo?

—Mira, sería una buena opción. —Le guiñó el ojo.

—Muy graciosa, Río. Pero me gustaría ver que se recupera, aunque no me lo quede. Necesita una buena familia que lo cuide —respondió sincero y aliviado—. Y en lo de sátiro y majara tú tienes la culpa de las dos.

—¡Yo! ¿Por qué, Vikingo?

—Me he vuelto majara por los líos en que me metes. En lo segundo, soy un hombre sano y tengo delante a una mujer preciosa a la que he visto con escasa ropa que aún recuerdo, ¿cómo esperas que reaccione? —Se la comió con los ojos adrede.

—¡Eres incorregible, Aitor! —le gritó saliendo por la puerta.

Cuando acabó de desayunar pareció recuperar un poco las fuerzas. Esperó a que Río volviera cerrando los ojos relajado, la verdad es que estaba hecho polvo y poder descansar al menos ese día iba a ser una bendición para

su cuerpo.

Estaba a punto de dormirse otra vez, cuando notó algo húmedo en la mano que tenía colgando fuera de la cama. Abrió los ojos y volvió la cara con un sobresalto al encontrar la trufa de un hocico oscuro frente a su nariz.

«Hola, Vikingo, por fin nos encontramos cara a cara. ¡No sabes cómo me alegro de verte! Sí, queridos lectores, ese perro tan guapo que estáis viendo soy yo. ¿A que me echabais de menos?». »

—Hola, amigo. ¿Qué tal estás, eh? —Le rascó la cabeza cuando puso las patas delanteras sobre la cama.

Tobi meneó el rabito cortado olisqueando la cara de Aitor, que intentaba apartarlo para que no le lamiera, y en menos que canta un gallo se subió a la cama y se echó cuan largo era muy pegado al hombre y con el hocico sobre su pecho.

—¡Eh, no te tomes confianzas, Tobi! Que te salvara no significa que me gustes, ¿sabes? —le dijo, intentando despegarse de él sin conseguirlo.

Cuanto más límite ponía entre los dos en la cama, más rápido el perro se volvía a pegar a él. Y así se los encontró Río en una lucha titánica.

—¿Quieres bajarte de la cama, saco de pulgas? —le riñó Aitor a punto de rendirse.

—Te lo he dicho, es tu perro. Él te ha elegido como su compañero, ¿verdad, Tobi?

—Pero si lo encontré yo, Río.

—Estabais predestinados, Aitor. Hazme caso, que yo entiendo de estas cosas.

El hombre contempló los ojillos marrones del perro, que le miraban con profunda adoración, sin poder creérselo.

—No te hagas ilusiones conmigo, enano patilargo —le soltó con un bufido de resignación.

«¡No te queda *ná*, Vikingo! Ahora ya eres mío». »

Capítulo 9

Vive la vida y ladra feliz

Cuando el desayuno le hizo efecto, Aitor sintió un agradable sopor que le dejó profundamente dormido. Sabía que debía levantarse cuanto antes a pesar de lo que le molestaba la herida, porque no quería ser una carga para Río. Pero su cuerpo no pensaba lo mismo.

Había perdido la noción del tiempo en la duermevela, cuando un rumor de voces le sacó de su descanso.

—Mira que está bueno el maromo, ¡leches!

—¿Has visto lo que le brilla la argollita? ¿Tendrá alguna más abajo también? —Comenzó a estar más consciente.

—¡Y qué grande es, por Dios! Yo tengo que comprobar si es igual por todos lados.

Escuchó la última frase creyendo que aún estaba soñando, hasta que notó que tiraban de la sábana que le cubría la cintura y se despertó del todo, abriendo los ojos con un sobresalto. Cuando pudo centrar la vista, tres pares de ojos femeninos estaban prácticamente encima de su cuerpo y casi pegados a su cara.

—¿Qué hacéis aquí las tres? —preguntó, reconociendo a las chicas, que agarraban con fuerza la sábana para bajarla, mientras él intentaba hacer lo contrario.

—Vigilar que te quedes en la cama —contestó Patri con una sonrisa—. Órdenes de Río.

—Solo puedes levantarte para ir al baño —secundó Mariajo, señalándole con el dedo.

—Y si quieres ducharte, como nos dijo, te ayudaremos. —Se mordió los labios Lola con una mirada traviesa.

—¡Estáis locas las tres si creéis que no voy a moverme de aquí! —les gritó, apartándoles las manos con un ademán de la suya.

Cabreado como un mono, se volvió de lado bruscamente hasta que una intensa punzada de dolor le recordó que seguía herido, pero, terco como una mula, consiguió sentarse en el borde de la cama apretando los dientes.

—No vais a ser mis guardianas, puedo mear solo y para ducharme me basto y me sobro, gracias. —Las fulminó con una mirada asesina—. Tengo que volver al trabajo antes de que al conde le dé por hacer una visita a la biblioteca —concluyó, resoplando como un caballo de carreras en las últimas.

—¡Pero te hirieron ayer! Debes guardar reposo —insistió Patri, como la voz de la conciencia del trío.

—Estoy bien, gracias por vuestra preocupación —dijo un poco más calmado, estaba deseando quedarse solo—. Río es la que necesita vuestra ayuda, ¿no ibais a encargarnos de la clínica hoy?

—Y lo hemos hecho, Aitor. Cerramos a la una de la tarde —le informó Lola.

—¿Y qué hora es? —preguntó alarmado.

—Las dos y media —soltó Mariajo señalando el reloj de la mesilla.

—¡Mierda! —El grito de Aitor pudo escucharse hasta la Giralda.

Con un esfuerzo titánico, se levantó de un tirón acordándose de toda su casta mientras forcejeaba con las chicas, que intentaban impedirselo. Pero Patri, que era un pelín torpe, pisó el borde de la sábana que aún llevaba sobre la cintura y se la arrancó de cuajo. Las tres descubrieron las vergüenzas del Vikingo, que no sabía dónde meterse ante las bocas abiertas de las chicas, y la furia que le provocó haberle dejado en bolas.

—¡Pedazo de p...! —exclamó Lola dando palmas.

—Personalidad tienes, Aitor —terminó Mariajo para que no dijera la burrada que todas estaban pensando.

—Perdón —le pidió Patri sin quitar los ojos de su pubis.

—Dejad de mirarme —masculló entre dientes, colorado por la vergüenza que estaba pasando ante aquellas tres lobas—. ¡Y largaos de una puta vez!

Doblado por el dolor de haberse levantado demasiado deprisa, llegó hasta la puerta del baño, que cerró de un fuerte portazo.

—Llamemos a Río antes de que se caiga en la ducha —propuso Mariajo empujando a sus amigas fuera del dormitorio.

Mientras salían al jardín, donde Patri habló por el móvil con ella, que había ido a la farmacia, Lola aún seguía en estado de *shock*.

—¡Y está enfermo! ¿Cómo será cuando esté en condiciones? —Miró a Mariajo, que se tapaba la boca entre carcajadas.

—Patri, dile a Río que compre también Vaginesil, anda —contestó al fin la otra con lágrimas de risa.

Distraídas con sus bromas mientras daban un rodeo hasta el palacio para saludar a Blanca, que las había invitado a comer con ella en la cocina, no vieron la alta figura que caminaba por una esquina del edificio en el jardín, discutiendo por el móvil. Hasta que Lola se dio de bruces contra el ancho pecho del conde, tropezando y cayendo de rodillas sobre él y haciendo que el teléfono saliera volando.

—¡Pero, qué demonios...! —gritó el hombre queriendo levantarse, con los pechos de la chica frente a su cara.

—¡Oh, lo siento, señor conde! No le he visto. —Se disculpó Lola, intentando quitarse de encima, mientras sus amigas la dejaban sola y huían en loca carrera hacia la cocina haciéndole la uve de victoria entre risas.

Pero la blusa de lunares con encaje que llevaba se había enganchado con el forcejeo en uno de los botones de la camisa de Cristóbal y al tirar este de la prenda se desgarró el escote, dejando los turgentes senos de la chica aún más a la vista a través del fino sujetador que se transparentaba.

Lola intentó cubrirse avergonzada ante la mirada profunda que le dedicó el conde, pasando del escote a su cara con gesto severo. Pero aquellos grandes ojos oscuros brillaron con una chispa traviesa que la chica no esperaba descubrir y que el hombre disimuló segundos después. Aunque el duro bulto que Lola notó bajo la suave seda de los pantalones del conde ese sí que no podía ocultarlo por mucho que lo intentara.

—Vaya a que Blanca le cosa la blusa, Lola —carraspeó incómodo, mirándola serio con ella todavía encima y en el fondo sin ningunas ganas de levantarse del césped—. O pídale a Río algo suyo. Compensaré el destrozo de la prenda, se lo prometo.

—No hace falta, señor conde. Tengo más ropa y esta no era de mis favoritas. —Mintió, le encantaba aquella blusa que le sentaba fenomenal.

—Insisto, la compensaré —contestó, ayudándola a bajarse de encima y levantándola con cuidado tras ponerse en pie.

—¿Y cómo va a compensarme, señor? —preguntó con una sonrisa pícaro que provocó un ramalazo de deseo en el hombre.

—Ya pensaré en algo, Lola —respondió con voz grave, besándole la

mano.

Y allí la dejó, imaginando que su compensación era empotrarla a conciencia contra el mueble más cercano. Porque Lola estaba loca por aquel hombre desde los veinte años, y sabía por Blanca todo el daño que el desprecio de su esposa le había hecho. Pero lo que la llevó a enamorarse hasta las trancas de Cristóbal fue la noche en la que Río discutió con él y huyó a casa de Patricia a esconderse. Lola la había llevado en el coche con su otra amiga y volvió a la casa, sin que nadie lo supiera, para recoger algunas cosas de Río.

Cuando salía por la parte trasera del jardín, descubrió al conde sentado en un banco a oscuras, llorando como un niño. Permaneció escondida, contemplando el llanto desconsolado de aquel hombre que repetía entre amargos sollozos: «No me abandones también, mi niña». Y su corazón murió de amor por Cristóbal, deseando no solo su cuerpo de hombre maduro, sino el alma atormentada que guardaba un profundo suplicio que no dejaba descubrir a nadie.

El conde volvió a su despacho y cerró la puerta con manos temblorosas. Cerrando los ojos, aún podía ver aquellos hermosos y jóvenes pechos, que le habían hecho reaccionar como el hombre que había olvidado que era hacía años. Todavía sentía su miembro duro, recordando el calor de la chica montada sobre él y el deseo arrollador que le había quemado las entrañas.

Cristóbal no era tonto, ya había notado las miradas que le dedicaba Lola las pocas veces que se encontraban en sus visitas a Río, pero nunca se había permitido pensar en que pudiera gustarle como hombre... hasta hacía unos minutos en los que los ojos de la chica prometían un paraíso salvaje entre sus piernas.

¿Pero qué era, un viejo verde? Tenía 57 años y le llevaba más de veinte a ella. Y a eso tenía que sumar que ya ni recordaba cómo era hacer el amor con una mujer, puesto que desde que Aurora le abandonó no había vuelto a estar con ninguna otra. Desde entonces la única mujer de su vida había sido Río.

Cristóbal había dejado de soñar con que otra mujer llegara a amarlo de verdad algún día; decepcionado por la traición de su esposa y con la lucha por sacar adelante a su pequeña, se había volcado en el arte para llenar su soledad. Se había acostumbrado al frío vacío de las noches al acabar

rendido en la cama cuando su niña dormía tranquila, anhelando el abrazo de una mujer que le diera un poco de cariño como nunca hizo su esposa.

El conde se sentía culpable por haber condenado a Aurora a estar con un hombre al que no amaba, siguiendo los convencionalismos de su apellido y obligado por el honor de su título. Porque, ante todo, Cristóbal era un hombre de honor, y guardó ese honor junto a la herida del desprecio y el abandono de Aurora, a la que había esperado lograr enamorar con el tiempo, para los momentos en los que sus lágrimas empapaban la almohada cuando nadie veía lo frágil que era en el fondo.

Era ridículo que con la edad que tenía jamás había sido amado por una mujer que le comprendiera, le aceptara y le quisiera tal y como era. Cada vez se sentía más solo, sobre todo después del alejamiento de Río, y a veces ni el arte podía distraerle ya.

El recuerdo de Lola y la compensación que le debía le hicieron sonreír. Era un hombre un poco chapado a la antigua, y tener una aventura, aunque fuera solo sexual como hacían otros maduritos de su edad, no le parecía correcto. Pero si olvidaba su estricta moral y se dejaba llevar por aquella fantasía, ¿sería capaz de dar la talla en la cama ante una chica mucho más joven que él? Aquello era una locura, aunque solo con pensar en llenarse los labios besando los pechos de Lola su miembro estaba alcanzando un peligroso punto en el que sus pantalones iban a estallar por la presión que sentían.

El pobre conde lo único que pudo hacer para aplacar su ardor fue entrar por la puerta lateral que comunicaba el despacho con su dormitorio, arrancarse la camisa que tenía todavía impregnado el perfume de rosas de Lola y, tirando los pantalones junto con la ropa interior, meterse en la ducha apretando los dientes ante el chorro de agua fría.

Pero el agua no pudo evitar el intenso deseo que sacudía su cuerpo y, masturbándose frenético, culminó en un agónico gemido, que le dejó exhausto sentado en la ducha con la respiración entrecortada.

—¡Ay, Lola, qué has hecho conmigo! —musitó suspirando.

Cuando Río llegó a la cocina del palacio para llevarle el almuerzo a Aitor, las chicas se arremolinaron junto a Blanca para alertarla.

—¡Chata, tu Vikingo es un portento! —La zarandó Mariajo nerviosa—.

¡No veas qué trípode!

—A mí me ha dejado sin palabras. —Se sinceró Patri con una sonrisa.

—¿De qué estáis hablando? ¿Y por qué no estáis en mi casa vigilándole?
—Se alarmó la veterinaria, sacando los medicamentos de la bolsa sobre la encimera.

—Las ha echado, niña. Tu Vikingo tiene muy mala leche cuando está enfermo —le contó Blanca frunciendo el ceño.

—¿Qué le habéis hecho, petardas? —Río se detuvo mirándolas con cara de pocos amigos.

—Teníamos curiosidad por ver si es tan grande por todos lados. — Apareció Lola intentando estirar la destrozada blusa para taparse un poco—. Y sí, hija, lo es. Aunque tu padre no se queda atrás —repuso con ojos soñadores.

—¡Un día cometeré *amigicidio*! —Se enfadó, cogiendo la bolsa a toda prisa y parándose en la puerta de la cocina—. ¿Qué tiene que ver mi padre en esto? ¿Y por qué llevas las domingas al aire?

—Ya te contará después, que el rubio está en el baño encerrado solo huyendo de nosotras. —La apremió Patri.

—¡Un día me volveréis loca del todo! —Se despidió y echó a correr para ver qué desastre había en su casita.

—¡Sí, loca te vas a volver cuando te dé el Vikingo con el martillo, chocho! —gritó Lola entre carcajadas.

—Y tú ya puedes contarnos qué le ha pasado a tu blusa. —La cogió Patri por los hombros y la sentó junto a la mesa en medio de todas.

Cuando Lola terminó de narrarles el encuentro con el conde, Blanca dio palmadas con una cara rebosante de felicidad.

—¡Eso es lo que necesita Cristóbal! ¡Que le des vida, Lola!

—Si tiene mucha vida... entre las piernas, sobre todo —sonrió la chica mordiéndose los labios—, las bragas me echan fuego todavía, Blanca.

—Ha llegado el momento que tanto esperabas, Lola. ¡Por fin ha reaccionado a tus ataques! —la animó Patri.

—Como para no hacerlo, ¡si se le ha tirado encima, la *joía*! —se burló Mariajo, achuchándola.

—¿Y ahora qué hago, Blanca? Que le excite no significa que algún día

llegue a interesarse por mí. —Negó con la cabeza dubitativa—. Al menos como lo que yo siento por él.

—¿Y por qué no podría enamorarse de ti, Lola? La soledad es muy mala compañera y tu conde lleva demasiado tiempo solo sin el cariño de una mujer. —Blanca le acarició la cara con dulzura.

—No es mi conde. —La miró con tristeza.

—Si te empeñas, lo será. Pero ya puedes ir preparando esas curvas tuyas, ¡que cuando te coja por banda va a ser una bomba de relojería! —le advirtió entre carcajadas.

Río entró como una tromba en su casa, tiró la bolsa de los medicamentos en el sofá y llamó a gritos a Aitor.

—¡Estoy bien! —Escuchó su voz desde el dormitorio.

Asomándose nerviosa, descubrió al gigante en su cama con el pelo todavía húmedo y oliendo a gloria, tapado con la sábana.

—Me he dado una ducha. He cogido la toalla que tenías en el baño, no sabía dónde las guardabas. —La miró con gesto cansado.

—No importa —contestó, pensando agitada que su toalla tendría el olor del cuerpo del hombre, mientras se acercaba a la cama—. Siento mucho el ataque de las chicas, a veces son unas salvajes.

—Bueno, yo también he sido un poco brusco con ellas. Pero estaba agobiado al despertarme y verlas a las tres encima, intentando dejarme en pelotas... —Se rascó la cabeza en un gesto de timidez—. Y lo consiguieron al final gracias a Patricia, que me pisó la sábana y me la arrancó de cuajo, ¡tuve que encerrarme en el baño para que me dejaran tranquilo!

—¡La madre que las parió! —Se tapó la cara muerta de vergüenza.

—Siéntate conmigo, Río. —Tomó sus manos acercándola a él.

Sentada en el borde, notó cómo Aitor se pegaba más a ella y aprovechó para tocarle la frente.

—No tienes fiebre, menos mal.

—No, pero me duele horrores la herida —susurró, mirándola embobado con aquellos ojos azules de niño—. Y me prometiste que me cantarías de nuevo.

—Si te tomas la pastilla, a lo mejor te canto un poquito cuando comas. —

Le apartó el flequillo que le caía sobre los ojos con ternura.

—Vale, seré bueno. —Suspiró, haciendo una mueca de dolor al recostarse sobre la almohada—. Pero no quiero ser una carga para ti. Debería irme a mi habitación y así no tendrías problemas con tu padre.

—No tendré problemas, tranquilo. Lola ya se ha encargado de distraerlo, aunque aún no sé cómo.

—¿Lola y tu padre? —Se sorprendió.

—Sí, está loca por él hace mucho tiempo. Y creo que sería la horma del zapato del estirado e imperturbable señor conde. Le rompería todos los esquemas, eso seguro.

—Río, tu padre está muy solo, lo sabes, ¿verdad? Creo que no deberías juzgarlo tan duramente, aunque se pueda haber equivocado contigo.

—Tú no le conoces como yo, Aitor —respondió tajante.

—Pero empiezo a conocerle. Es un buen hombre a pesar de todos sus errores. Deberías ponerte por un momento en su lugar y le comprenderías mejor.

—¿Y él se puso en el mío? ¿Intentó comprenderme hace cinco años? —Se revolvió furiosa.

—Tienes razones para estar dolida. Pero os habéis hecho daño mutuamente. —La tomó de la barbilla con firmeza—. Desde luego te pareces mucho a él, eres tan cabezota como tu señor padre, y así no llegaréis a ninguna parte.

—Pues tú si vas a llegar derecho a tu habitación. —Apartó la cara bruscamente—. Si tienes energías para hacerte el listo, las tendrás para cuidarte solo. Le diré a Eugenio que te lleve el almuerzo a tu cuarto y te traiga ropa.

—Me parece muy bien. Esta tarde me pondré a trabajar sin falta. ¡No vaya a ser que pienses que también soy un holgazán! —gritó mientras ella salía indignada del cuarto.

Media hora después, apareció Blanca con una muda limpia dispuesta a echarle una mano.

—¿Cómo estás, hijo? —le preguntó la mujer con cara de preocupación.

—Como una mierda, Blanca. ¿Qué vas a hacer? —Se alarmó cuando la vio coger los calzoncillos.

—Pues ayudarte a vestirte —le dijo tan pancha—. Ríe me ha pedido que cogiera lo primero que encontrara en tu armario y he pensado que una camiseta y unos pantalones cortos bastarían.

—¡Oh, no voy a dejar que me vistas como si fuera un crío! Ya me apañaré. —Se negó en redondo.

—Vamos, Aitor. Después de oír a las chicas, creo que soy la única mujer en toda la finca que no ha visto tu artillería. Y ya tengo curiosidad, la verdad —se burló de él pellizcándole el cachete—. Imagina que soy tu madre, hombre.

—Eso va a ser difícil porque no tengo, así que no me puedo hacer una idea, Blanca. Puedo solo, en serio.

—¡Ni hablar! Vamos, cuanto antes te puedas incorporar, antes terminaremos. —Le apremió dando palmadas.

Con la cara como un tomate, Aitor fue retirando la sábana y flexionó las piernas para que la mujer le subiera los calzoncillos y los pantalones hasta los muslos. Le sujetó mientras se incorporaba muy despacio entre quejidos, sentado al borde de la cama hasta que pudo ponerse en pie entre resuellos, y le subió del todo la ropa para que no pasara más vergüenza. Con la camiseta tuvo menos problemas, aunque tenía la cara cubierta de sudor por el esfuerzo.

—No ha sido tan difícil, cariño. —Le limpió el rostro con una toalla húmeda que trajo del baño.

—Gracias, Blanquita. —La besó con dulzura en la frente.

—Debes comer algo y tomar la medicación para el dolor. Y luego volverás a la cama en tu dormitorio. —Le tomó por la cintura andando despacio hacia el salón.

—No puedo, Blanca, tengo que trabajar. Llevo un poco de retraso en la restauración.

—¿Y cómo vas a trabajar si no puedes ni mantenerte en pie?

—Me las apañaré, no te preocupes.

Andaban despacio por el jardín muy cerca de la puerta principal, cuando el conde despedía a una visita que salía con el coche. Aitor se soltó de Blanca, intentando mantenerse erguido para que no le notara nada.

—Buenas tardes, Aitor. ¿Ya ha comido? Necesito hablar con usted sobre el cuadro de las majas —le saludó.

—Aún no tengo hambre, así que podemos hablar sobre él si quiere.

—De acuerdo, será solo un momento. Acompáñeme al despacho.

A pesar de que era más alto que el conde, y en circunstancias normales hubiese seguido sus largas zancadas sin problema, Aitor estaba haciendo un gran esfuerzo para andar tan rápido como su jefe cuando llegaron al despacho.

—Siéntese, Oliveros.

—No hace falta, gracias, señor. ¿En qué puedo ayudarle? —Se mantuvo de pie conteniendo el aliento, porque con cada respiración sentía el tirón de los puntos de la herida.

—Estaba despidiendo al director de la galería que expondrá aquí en Sevilla los cuadros. Me ha pedido un favor especial: le gustaría ver en audiencia privada aquí en palacio cómo han quedado los dos cuadros que ya ha restaurado. Por qué ya ha terminado las majas, ¿verdad? —le contempló severo a través de las gafas—. Hace una semana que lo vi por última vez.

—Sí, señor, está a punto. —Mintió como un trilero.

—Muy bien, entonces le diré a Joaquín que mañana sobre las doce puede venir. ¿Lo tendrá preparado? Quiero que se vea impecable.

—Por supuesto, señor conde.

—No tengo que decirle que esta visita es muy importante para mis planes. Confío en usted, Oliveros. Ahora vaya a almorzar, por favor. —Le despachó, concentrándose en los papeles que tenía a un lado de la mesa.

—Gracias, señor —contestó, aparentando normalidad al caminar mientras salía del despacho.

«¡Maldita sea!, voy a tener que correr y quedarme toda la noche para acabar el jodido cuadro», pensó nervioso.

Acercándose a la cocina, vio a Blanca que estaba disponiendo en la mesa una buena ensalada.

—¿Ya has hablado con el conde? Pues ahora a comer, hijo.

—No puedo entretenerme, Blanca. Prepárame algo rápido, por favor —le pidió impaciente—. Tengo que ponerme a trabajar esta noche.

—¿Pero estás loco? ¡Vas a volver a la cama en cuanto comas, niño!

—Escúchame, bonita —le habló zalamero—. Tienes que ayudarme. Debo acabar el cuadro que estaba restaurando para mañana temprano, porque viene a verlo el director de la galería donde se expondrán en la ciudad. Ya casi está

acabado, pero con la dichosa herida necesito más tiempo y no lo tengo, Blanca.

—Dile al conde lo que te ha pasado y que cambie la cita para otro día.

—No, te prometo que en cuanto se vaya el director me meteré en la cama a descansar, ¿vale? —Puso una cara de niño bueno que hubiera derretido hasta a las piedras.

—Está bien, pero vas a parar por lo menos un rato cada hora. Y te vas a tomar la medicación ahora mismo con la comida. —Le señaló con un dedo—. ¿Cómo vas terminarlo si no puedes estar doblado?

—Le pediré a Roble que me ayude a ponerlo sobre el caballete y trabajaré de pie. Lo que me falta acabar está en la parte de arriba.

—Esto no va a salir bien, Aitor.

—Tranquila, y a Río ni una palabra. Ya que me ha abandonado a mi suerte, no necesito que me haga ningún favor. Yo también estoy enfadado — insistió cruzándose de brazos mientras masticaba un trozo de tomate.

—¿Por qué habéis discutido? —Le ofreció un vaso de gazpacho que se bebió en un santiamén.

—Porque ella es muy dura con el conde. Le dije que estaba muy solo y que debía intentar comprenderle un poco. Se puso furiosa.

—Los dos se han hecho mucho daño, pero se adoran, Aitor, no lo dudes. Lo que pasa es que Río necesita tiempo para perdonarle por todo lo que se dijeron. —Suspiró—. Nunca les había visto soltar tanto rencor como cuando se pelearon.

—Han pasado cinco años, Blanca. Dios no lo quiera, pero tal vez cuando se dé cuenta de que debe dejar el pasado atrás, su padre ya no esté. Hay que valorar a tus seres queridos mientras puedes disfrutar de ellos. Yo jamás podría enfadarme con mi padre tanto tiempo. —Sonrió, echándole de menos al pensar en él.

—Sí, hijo. Tienes razón.

—Cuando puedas, mándame a Roble. —Se despidió dándole un cariñoso beso en la mejilla.

Al cabo de poco rato, Aitor estaba preparando los pinceles cuando llamaron a la puerta.

—Adelante.

—Ya tienes tu ropa limpia de sangre —dijo Río muy seca, entrando con una bolsa que dejó sobre una de las sillas.

—Muchas gracias —respondió Aitor en el mismo tono.

—Veo que estás bien para trabajar. —Le miró de reojo, preocupada por la palidez de su cara.

—Estoy cojonudo. Ya no necesitas cuidar de mí durante el día, puedes seguir con tus cosas.

—Tobi me necesitaba, me lo llevé a la clínica para ponerle más medicación por vena.

—¿Está bien? —preguntó intranquilo.

—Sí, mucho mejor. Se me olvidó traerme material la otra noche y por eso he tenido que irme. —Deseaba hacer las paces, se sentía culpable de haberle dejado solo en las condiciones que estaba.

—Vaya, creí que te largaste porque no toleras mi opinión —la picó, aguantando las ganas de abrazarla.

—Bueno, veo que estás en plena forma para tirar dardos. —Chasqueó la lengua—. Te dejo trabajar.

—Tú no eres la única que sabe dar en la diana. —Se mantuvo en sus trece, no quería que pensara que podía hacer lo que quisiera con él.

—Adiós, Vikingo. Que lo pases bien. —Se marchó dando un portazo.

—Chao, preciosa. No voy a dejarme engatusar por esa bonita cara que esconde una gata rabiosa —susurró divertido—. Mañana haré las paces contigo si no me arañas.

Llamaron a la puerta y apareció Roble sonriendo de oreja a oreja.

—¿Una visita privada de la señorita Río? —Se cachondeó acercándose a su amigo.

—No le ha servido de mucho. Tío, necesito que me ayudes a poner el cuadro en vertical. Si no tuviera esta mierda de herida podría hacerlo yo solo.

—Ya me lo ha contado mi abuela. Vamos a por ese cuadro.

Con la fuerza de Roble, que por algo le llamaban así, entre los dos consiguieron colocar el cuadro como Aitor necesitaba.

—Gracias, amigo. Me espera una noche muy larga.

—Oye, yo me voy a casa. Pero mi abuela y Eugenio están aquí por si los necesitas, ¿OK? —Le estrechó la mano con un fuerte apretón—. Y haz

descansos o se te abrirá la herida.

—No temas. —Le dio una palmada en la espalda mientras le acompañaba a la puerta.

Así empezó la lucha entre el deber y el dolor.

De pie, siguió restaurando el área de la mitad superior que aún le quedaba, aplicando el color en el contorno de los embozados, para que sus rostros pudieran discernirse en la oscuridad de sus ropajes y del fondo.

Era un trabajo minucioso en el que tenía que emplear el pulso a conciencia, que hubiera sido mucho más fácil si pudiera trabajar en su posición habitual. La muñeca derecha le daba calambres y tenía que soltar el pincel cuando llevaba un buen rato para abrir y cerrar la mano, que se le dormía.

La espalda, que siempre le daba la lata, ahora era el menor de sus problemas porque estaba obligado a permanecer erguido, ya que el solo hecho de doblar la cintura le daba ganas de gritar.

A pesar de que había descansado cada media hora, al menos unos minutos, dando paseos por la habitación para estirar las piernas, cuando llegó la madrugada el suplicio de la herida empezaba a convertirse en una agonía.

Una intensa quemazón le recorría todo el costado hasta el bajo vientre, como si le estuvieran pinchando con agujas hirviendo, una y otra vez.

No podía tomar más calmantes hasta las ocho de la mañana, así que recurriendo a toda su fuerza de voluntad se obligó a seguir pintando, mientras mordía una de las gasas limpias que usaba para secar los pinceles cada vez que le acometía una punzada.

Blanca le había dejado café en un termo, del que ya no quedaba ni media taza. Y para aliviar el cansancio y la quemazón, se acercó a la cocina buscando desesperado algo frío que ponerse en la herida.

Como no encontró hielo, cogió una bolsa de guisantes del congelador que metió entre la cintura del pantalón, suspirando con un poco de alivio. Así regresó a la biblioteca para el último trozo que le quedaba.

A las ocho, con marcadas ojeras, pálido y sudoroso, contempló su obra satisfecho. Al fin lo había logrado.

Recogió los pinceles con manos temblorosas para limpiarlos después y volvió agotado a su habitación, donde se tomó la dosis de paracetamol como

si fuera ambrosía de los dioses.

Cuando se miró al espejo de la ducha supo que tenía fiebre por el brillo de sus ojos y, desnudándose entre quejidos, se metió bajo el agua fría. Rozó la herida dando un respingo, porque la piel estaba tirante e hinchada alrededor de los bordes. Dejó que el agua le aliviara el endiablado calor que sentía por todo el cuerpo y se lavó con cuidado de no tocarse el vientre.

Al salir se notó mareado, pero se secó como pudo, pegó otro apósito en la herida y, vistiéndose a trompicones casi sin fuerzas, logró estar medio presentable para las nueve.

Entró en el salón aliviado de que no hubiera nadie, aunque el desayuno estaba dispuesto como siempre. Se quedó de pie comiendo un trozo de manzana e intentando contener las arcadas de su estómago.

—Aitor, tome asiento, por favor. ¿Le apetece una taza de café? — Escuchó la voz de Eugenio a su espalda.

Al darse la vuelta, el mayordomo se sorprendió del aspecto del hombre y se acercó con rapidez a su lado.

—¡Por Dios, qué mala cara tiene! Voy a avisar ahora mismo al conde de que está enfermo.

—¡No! —Le cogió por el brazo—. Eugenio, guárdeme el secreto, la reunión de hoy es muy importante. No se puede aplazar.

—Pero, Aitor, ¿usted se ha visto? —Le tocó la frente, preocupado—. ¡Si está ardiendo de fiebre!

—Luego iré al médico o donde queráis, pero tengo que estar en esa reunión.

Eugenio iba a discutir su decisión cuando oyeron voces en el pasillo. Como un abuelo amoroso, sacó su propio pañuelo y le secó la frente y el rostro en un santiamén.

—Gracias —susurró Aitor cogiéndole la mano.

—¡Ah, está aquí, Aitor! —Apareció el conde acompañado de un hombre delgado, de grandes ojos saltones—. Joaquín Almeida, él es Aitor Oliveros, el restaurador más experto que he podido encontrar.

—Encantado, señor Almeida —contestó estrechando su mano.

—Estoy impaciente por ver esos cuadros. El conde me ha hablado maravillas de su trabajo.

—Espero no defraudar a ninguno de los dos. Si me disculpan, voy a ver si está todo dispuesto. —Salió despacio del salón para ir a la sala de trabajo.

¡Se había olvidado de montar el otro cuadro para que lo vieran!

Entró en la sala interior donde se encontraba el cuadro de Isabel Porcel, en otra de las mesas de trabajo en la que dejaba reposar lo acabado. Con todo el ajetreo no había tenido tiempo de ponerlo en un caballete.

Sacó uno de los plegables y forcejeó para abrirlo hasta que consiguió armarlo. Apretando los dientes se dobló para coger la pintura y al levantarla notó un tremendo dolor que lo dejó sin respiración. Era como si se le abrieran las entrañas; dejó el cuadro apoyado en el caballete y se sostuvo temblando sobre el alféizar de la ventana, que consiguió abrir unos centímetros para respirar.

Comenzó a sentir que la cinturilla de la ropa interior se mojaba y supo lo que había ocurrido. Pero tenía que aguantar el tipo hasta que la reunión terminara, y, como el mejor de los actores recompuso su semblante, se irguió en toda su estatura, se abotonó la chaqueta y salió a recibir al director, que entraba en la biblioteca con el conde.

Durante la siguiente hora Aitor permaneció como en un sueño. Habló sin parar de las técnicas que había usado en ambos cuadros, de las diferentes texturas y el óleo más adecuado para cada zona, hasta que los ojos del director brillaban entusiasmados dando palmadas de emoción. Y al fin la reunión terminó.

—Señor conde, señor Oliveros, ¡enhorabuena! Será un honor disponer de su colección en nuestra galería —comentó satisfecho, saliendo al pasillo—. Si el resto de los cuadros son de esta magnificencia, no me cabe duda de que hasta la Casa Real querrá disfrutarla cuando exponga también en Madrid.

—Sevilla merece el arte de Goya más que nadie, Joaquín —repuso Cristóbal exultante—. Muchas gracias por tu visita, seguiremos en contacto informándote de cómo sigue el resto del trabajo.

Aitor consiguió acompañarles a duras penas hasta el jardín de entrada, tenía la mirada borrosa cuando el coche del director salía por la carretera.

Ni siquiera escuchaba ya las palabras de orgullo que le dirigía el conde, puesto que su cuerpo no podía aguantar ni un minuto más. Se desplomó como un fardo contra el césped, inconsciente.

Los gritos del conde atrajeron a Roble, a Blanca y a Eugenio. El primero se arrodilló junto a Aitor y le abrió la chaqueta, que mostró a la vista de todos la camisa azul empapada. Cristóbal desgarró la tela con fuerza, dejando ver la herida abierta por la que manaba la sangre a borbotones mezclada con pus.

Blanca apretó una toalla sobre la herida, mientras el conde llamaba a urgencias desesperado al ver que Aitor estaba cada vez más pálido.

La ambulancia corrió al Virgen del Rocío como alma que lleva el diablo, puesto que Aitor estaba sin proponérselo entre la vida y la muerte, a causa de la pérdida de sangre y de la tremenda infección que tenía al no haber guardado reposo.

Pero era un hombre con suerte, los médicos le operaron para cerrar el desgarro y consiguieron estabilizarle fuera de peligro.

Y tres días después abrió los ojos para descubrir el revuelo que había formado.

Lo primero que vio al despertar fue a su padre, sentado en un sillón a su derecha, rezando el rosario con los ojos cerrados. Entonces se dio cuenta de que la cosa debía haberse puesto muy fea para que su adorado fraile estuviera allí.

A su izquierda, tenía una bonita bolsa de sangre que le hacía recuperar las fuerzas a través de la vía de su brazo.

Cuando se rozó con mucho cuidado la cintura, notó un vendaje y entonces respiró más tranquilo, porque esta vez esperaba que le hubieran remendado a conciencia.

—Hola, fraile mío —susurró, acariciando con un dedo la mejilla del hombre.

Los ojos de Damián se volvieron abiertos de par en par, se levantó nervioso y se abalanzó sobre su hijo.

—Mi niño, ¡ay, Virgen santísima, que casi te pierdo! —Sollozaba comiéndoselo a besos.

—Lo siento mucho, papá. No pretendía asustar a nadie y menos a ti —se lamentó, acurrucándose contra él.

—Bueno, demos gracias al cielo y a los médicos, hijo. —Sonrió limpiándose las lágrimas.

—Y a que se me ha pegado lo vasco del abuelo, que por algo me pusiste

su nombre. —Le entró la risa, aunque le dolía un montón el vientre.

—Te han operado para cerrar los tejidos que se te habían desgarrado y te han puesto una cantidad increíble de antibióticos para curar la infección —le contó acariciándole el pelo.

—Si hubieras guardado reposo como debías... —Escuchó decir al conde entrando en la habitación con el ceño fruncido—. No nos habrías dado un susto de muerte. ¿En qué estabas pensando, Aitor?

—¿En salvar su puñetera reunión con el director, tal vez? —respondió indignado por la reprimenda.

—Debiste decirme que estabas herido y hubiese cambiado la cita, ¡por Dios! —Se acercó a su izquierda—. ¿Crees que me importan más los cuadros que tu vida, hijo?

—Supongo que no —contestó fingiendo dudar al burlarse de él.

—¿Supones? ¡Maldita sea! Es que no tengo bastante con que mi hija piense que soy un demonio, ¡ahora tú también!

—Cristóbal, estaba bromeando —se disculpó al descubrir las profundas ojeras que tenía el conde—. Siento haberle dado un disgusto a usted también.

—Creíamos que te perdíamos, Aitor. —Suspiró, quitándose las gafas y frotándose el puente de la nariz como solía hacer cuando estaba estresado—. Has estado a punto de morirte, que lo sepas.

—Por eso me traje en el primer avión que pudo encontrar.

—Cómo no iba a hacer eso por un amigo, Damián.

—Supongo que los demás estarán preocupados —comentó inquieto.

—Blanca se puso muy nerviosa y casi le dio un ataque de ansiedad, pero están bien. Roble se ha quedado con Eugenio y ella.

—Pobrecilla, me va a matar a pellizcos cuando me vea.

Un silencio incómodo llenó la habitación mientras Cristóbal tomaba asiento frente a él y esperaba leyendo el periódico con mucho interés.

—¿Cuánto tiempo vas a seguir esperando para preguntarme por mi hija? —Bajó el periódico, aguantando la risa.

—Está bien, ¿por qué no está aquí Río? —bufó impaciente.

—Porque ha vuelto a huir avergonzada. ¿Adivina a dónde?

—A casa de Patricia. ¿De qué se avergüenza? ¿De mí? —preguntó sorprendido.

—De ella misma. Dice que tiene la culpa de que empeoraras, porque te echó de su casa cuando se enfadó contigo. ¿No tienes que contarme algo, Aitor? —le pidió explicaciones, severo.

—Tranquilo, que su buen nombre está a salvo, conde. La noche que me hirieron ella me cosió en la clínica y atendió al perro que salvé. Y me dejó dormir en su cama para ver cómo pasaba la noche. —El conde le fulminó con la mirada levantando una ceja—. Dormí solo y ella en el sillón.

—¿Y por qué discutisteis? —Siguió cotilleando ante el silencio de Damián, que disfrutaba de lo lindo con la lucha del par de titanes.

—Porque me puse de su parte, señor conde. Por defenderle, vamos —soltó con un gruñido—. Si llego a saber que me iba a traer tantos problemas hubiera dado la cara por usted Rita la cantaora.

—¡Me gusta tu chico, Damián! No sé por qué, pero me gusta —respondió satisfecho.

—Hombre, seguramente es porque sé arreglar los desastres que hay en sus cuadros. —Se defendió irónico.

—Eso te hace ganar más puntos, Aitor. Bueno, tengo que arreglar unos asuntos en palacio, volveré con Blanca en cuanto pueda.

—Voy con usted, señor conde. —Se destapó tan pancho dispuesto a bajarse de la cama, mientras su padre forcejeaba con él.

—¡Estás loco! Tú te vas a quedar aquí hasta que te den el alta, pedazo de animal —le riñó su padre, dándole un tirón del flequillo.

—¡Quiero ir a buscar a Río! —gritó, empezando a enfadarse con los dos hombres, que se lo impedían, pues el conde se había unido a su amigo.

—Si no te frena tu padre, ¡te juro que lo haré yo, a hostias si hace falta! —chilló Cristóbal cogiéndole fuerte de la cara para que le mirara—. No vas a poner de nuevo en peligro tu vida, ¿me has entendido? ¡O será lo último que hagas, Aitor! —El enfermo se quedó boquiabierto ante la furia del conde, que le miraba con una chispa de locura en sus oscuros ojos.

—¡Está bien! Pero en cuanto me den el alta iré a hablar con Río. ¡Y nadie me lo va a impedir! —Se volvió a tapar frustrado viendo cómo Cristóbal se marchaba.

—Ni se te ocurra moverte o te capo —soltó su padre entre dientes—. Y ya me estás contando qué hay entre tú y Río.

—¡Oh, no! ¿Por qué tengo por padre a Torquemada? —Se tapó la cara con las manos.

—Es lo que te mereces por cabronazo. ¡Ay, señor! —Se persignó pidiendo perdón por su mala lengua—. Por cierto, ¿desde cuándo llevas esa argolla y ese pedazo de tatuaje? —Le levantó la camiseta de tirantes por encima de los calzoncillos.

—Hace cinco años por lo menos, papá. —Le sonrió—. Pero como no me has visto en pelotas desde que vivo solo, no te has enterado.

—¿Y la argollita para qué sirve si no se te ve? Que todavía te la pusieras en una oreja, vale. ¡Pero en el pezón, Aitor! —Damián estaba curioso esa tarde.

—Papá, sirve para darme placer, ¿de acuerdo?

—¡Dios bendito! —Volvió a santiguarse—. ¿Y el tatuaje no es lo que hay en las esquinas de los mapas? Una rosa de los vientos, creo.

—Lo es, papá. ¿Algo más? —le dijo impaciente por el interrogatorio.

—Pero eso no lleva una flecha para arriba al norte, ¿por qué tienes una que tira para abajo? —Se extrañó, levantándose y acercándose a su hijo para ver mejor el dibujo.

—¡Porque me señala la...! —respondió al borde de la histeria.

—¡Calla, sinvergüenza! —Le dio una colleja antes de que soltara la palabrota en cuestión.

—¿Para qué preguntas tanto, papá? ¡Es que eres un cotilla! —Se defendió, burlándose de la cara espantada de Damián.

—¿Cómo has salido tan bribón criándote entre monjes?!

—Porque tengo al mejor padre del mundo. —Le abrazó con cariño, besándole la cara—. No te enfades. Para compensarte prometo que me hago uno en el brazo que ponga «amor de fraile». —Le sacó la lengua entre carcajadas.

¿Y qué podía hacer Damián sino comerse a besos a aquel truhan que quería con toda su alma?

Aitor recibió la visita de Blanca y Roble al día siguiente, que se turnaron para estar con él y relevar a su padre, quien necesitaba un poco de descanso.

—¡Qué disgusto más grande me diste, hijo de la grandísima! —le soltó la

cocinera nada más entrar, acercándose para achucharlo con fuerza.

—Lo siento, Blanquita, no era mi intención. —Se disculpó conmovido por la reacción de la mujer.

—¡Joder, tío! Me dijiste que descansarías cada rato. —Le chocó la mano su nieto en un amistoso apretón.

—Y lo hice, Roble. Pero el médico me ha dicho que la herida comenzó a desgarrar los tejidos por dentro, hasta que cuando cogí el cuadro de Isabel llegaron a su límite y la bomba explotó.

—Tenías que haberme llamado y yo lo hubiera puesto en el maldito caballete como con el otro, hombre.

—Las prisas y mi mala cabeza me la jugaron. Bueno, ya pasó. —Los miró impaciente—. Ahora lo que me importa es ver a Río, y tú me vas a llevar con ella en cuanto salga de aquí.

—¡Oh, mi niña estaba hecha un manojo de nervios! Cuando la llamó mi nieto para avisarla, salió corriendo de la clínica y no se mató por la carretera de milagro para llegar al palacio.

—¿Y por qué no ha venido? Cree que esto es culpa suya por echarme de su casa, me lo ha dicho el conde.

—Vino esa misma tarde, Aitor, y cuando vio que te llevaban al quirófano de urgencias, se derrumbó y salió corriendo sin que me diera tiempo a alcanzarla —le contó Roble.

—¿Tan preocupada estaba por mí? —preguntó expectante.

—No la he visto llorar así desde que rompió con el capullo de Álvaro. —Sonrió su amigo con complicidad—. Río te gusta mucho, ¿verdad?

—A nosotros puedes contárnoslo, hijo —le animó Blanca, cogiéndole la mano con afecto—. Ella ha sufrido mucho con todo lo de su prometido, y yo, que la conozco desde que era un bebé, no creo ni una palabra de lo que ese cabrón fue contando. Mi pequeña necesita volver a ilusionarse con alguien especial.

—Sois dos celestinas —se burló riendo—. Está bien, Río me gusta, mucho, demasiado. Hay una atracción física muy fuerte entre los dos, porque esa chica es preciosa y única, aunque está como una cabra también. Y yo tampoco creo a ese tipo, de hecho, me encantaría tener unas palabritas con él.

—¡Oh, qué alegría, Aitor! —Se emocionó la mujer juntando las manos

junto al pecho.

—Blanca, no sueñes despierta. Somos de dos mundos completamente distintos, de dos ciudades que están muy lejos y ella es aristócrata. No funcionaría como pareja. —Se sinceró con tristeza.

—Pero podíais ser amantes —resolvió la cocinera tan tranquila.

—¡Joder, Blanca, metes la directa! —Aitor se quedó de piedra ante lo moderna que era la mujer.

—Hijo, ya tengo muchos años y he visto las ganas que tenéis devoraros mutuamente con solo miraros. ¡Daos esa alegría al menos!

—¿Y luego qué? Como mucho estaré aquí hasta agosto, ¿qué pasará cuando tenga que marcharme de vuelta a Madrid?

—Amigo, has estado a punto de morirte. Mi abuela tiene razón, coge lo que la vida te ofrece ahora mismo, sin preguntar. El futuro nadie lo sabe.

—¿Y si nos pilla el conde? No creo que le hiciera ninguna gracia que me acostara con su hija.

—No te inquietes por el conde, que tiene otras cosas de qué preocuparse. —Le guiñó un ojo, abriendo el abanico que sacó de su bolso.

—Por cierto, Roble, ¿y tú cuando te vas a lanzar a por Mariajo? Porque se te cae la baba cuando está presente. —Le provocó adrede Aitor, aguantando las ganas de reír porque le dolía.

—Eso a ti no te importa, madrileño —contestó, haciéndole un gesto obsceno con el dedo.

—Ahí te ha *dao* bien, Roble. —Se cachondeó la abuela, golpeándole en la cabeza con el abanico.

Capítulo 10

A cara o hueso

Los médicos le dieron un pronóstico muy bueno y le concedieron el alta por la tarde un par de días después; aunque debía guardar reposo sin hacer movimientos bruscos y quitarse las grapas en un par de semanas.

Roble le recogió para llevar a cabo su plan: presentarse en casa de Patricia y regresar con Río al palacio, por las buenas o por las malas.

Una hora después, los dos estaban llamando al timbre del piso de su amiga en el barrio de La Candelaria. Cuando la puerta se abrió, la chica alta se quedó de piedra en el umbral.

—¿Qué hacéis aquí? —Se tapó la boca con la mano, salió al portal y cerró tras ella.

Cuando se recuperó del susto, se acercó a Aitor para darle uno de sus cariñosos abrazos, que él acogió divertido.

—Siento lo que te ha pasado, pero no quería dejar sola a Río, me necesitaba. ¿Ya estás recuperado?

—Sí, tranquila, Patricia, lo entiendo. ¿Está dentro contigo?

—No, se fue a dar un paseo por la Plaza de España. Leer un libro sentada junto al frescor del agua le trae paz. Aitor, aunque no lo parezca, Río es muy sensible y frágil. Sufrió mucho con lo de Álvaro —le miró con ojos suplicantes—, por favor, no le hagas daño tú también.

—Tú conoces esa verdad que oculta, ¿no es cierto? —Ella asintió con tristeza—. ¿Qué pasó entre ellos, Patricia?

—Las chicas no saben todo lo que ocurrió en realidad, solo se desahogó conmigo. Y jamás saldrá de mi boca. Debe ser ella la que te lo cuente algún día —contestó con firmeza.

—No te preocupes, yo no soy Álvaro. —Le cogió las manos con cariño—. Es muy afortunada de tenerte como amiga.

—Y de que seas su caballero andante. —Se despidió guiñándole un ojo.

—Llévame con ella, Roble —le pidió ansioso a su amigo.

—Aitor, te das cuenta de que estás coladito por Río, ¿no? —le picó mientras montaban en el coche.

—Solo me preocupo por una amiga, eso es todo —repuso incómodo.

Roble se pasó todo el camino hasta la plaza mofándose de él. Le dejó en una esquina y se ofreció a esperarle, pero Aitor decidió que luego cogería un taxi de vuelta.

La Plaza de España era una de las estructuras más hermosas que había visto nunca, con aquellos bancos profusamente ornamentados que representaban a las provincias españolas que ya existían cuando se construyó como símbolo de hermandad entre Sevilla y las colonias en 1929.

Mientras buscaba a Río, se deleitó con los azulejos que contaban grandes hechos de la historia de España y los bustos de importantes artistas como Quevedo y Bécquer, que era su poeta favorito junto a Lorca.

Escondida de los turistas que poblaban la plaza, leyendo sentada en uno de los bancos que estaban más a la sombra, descubrió al origen de sus desvelos.

—Espero que las vacaciones te hayan sentado bien —le soltó muy serio de pie frente a ella con los brazos cruzados.

Cuando levantó la cara para mirarle sobresaltada, Aitor quedó consternado por las sombras oscuras que tenía bajo sus hermosos ojos claros. Tirando el libro se levantó para echar a correr y alejarse de él, pero la acorraló rodeando su cintura con firmeza con un brazo.

—Se acabó el huir por hoy —le advirtió al oído.

—¡Casi te mueres por mi culpa! —La sintió temblar con los ojos humedecidos por las lágrimas.

—No ha sido culpa tuya, cariño —le susurró, acercándola a su pecho mientras enredaba los dedos en sus suaves rizos—. Tenía que haber guardado reposo y no lo hice.

—Debí cuidarte y en cambio te eché. Lo... siento. —Se derrumbó con un sollozo que le dolió en el alma.

—Tranquila, preciosa.

Le limpió las lágrimas con los labios pegando su frente a la de ella. Sus caras estaban muy cerca, respirando acompasados y Aitor sintió una oleada de ternura hacia aquella mujer como nunca le había pasado con ninguna chica.

Aferrándola contra su pecho, envuelta en sus brazos, en los que se perdía, le tomó el rostro entre las manos y se lanzó a devorar su boca con un anhelo

indescriptible. Sus lenguas se unieron posesivas, ansiosas, tomando y conquistando, pidiendo y regalando, en un beso tan intenso que se hizo eterno para ambos hasta que sus alientos se mezclaron como uno solo. Cuando la cordura regresó a su cabeza, se separaron jadeando excitados y nerviosos.

Las mejillas de Río eran del color de la amapola, y miraba con timidez el hermoso rostro del hombre que la acababa de transportar al cielo, en el beso más romántico de toda su vida.

—Ha sido mágico —suspiró Aitor impresionado.

—Sí —logró decir ella con el corazón bombeando a mil por hora.

—Estás temblando, cariño. —La apretó contra su pecho en un arrebato.

—Nunca me han besado así —le confesó, escondiendo la cara y poniéndose aún más colorada.

—Quiero volver a hacerlo. —Bajó la cabeza para atrapar sus labios de nuevo.

Y volvió a ocurrir aquella magia que les hacía olvidarse del mundo a su alrededor, sintiendo el deseo vibrar en cada poro de su piel, al ritmo frenético de sus corazones que pedían más, mucho más. Se separaron con los labios húmedos, excitados por lo que su cuerpo les exigía, sin atreverse a dar nombre a la profunda sensación que en el fondo les daba miedo.

—¿Y ahora qué ocurrirá entre nosotros? —preguntó Río con los ojos brillantes.

—Lo que tú quieras que ocurra, pero esto tenía que pasar y lo sabes. —Cogió un rizo envolviéndolo en su dedo. Adoraba la suavidad de su pelo—. Hay demasiada atracción entre nosotros, incluso desde la primera vez que nos encontramos. Negar eso sería una estupidez, ¿no crees?

—Sobre todo porque te quedaste boquiabierto cuando mi padre nos presentó —respondió con una mirada pícara.

—Cariño, el escote de ese mono que llevabas tan sexi dejaba muy poco a la imaginación. Y ese culito respingón que entallaba se merecía un par de buenos mordiscos.

—¡Mira que eres morboso, Vikingo! —le soltó entre carcajadas.

—Me limito a resaltar lo evidente, que me entran ganas de lamerte de la cabeza a los pies. —La provocó, disfrutando de la vergüenza que le daba.

—No estoy acostumbrada a que me digan esas cosas —respondió

abrumada.

—Supongo que tu ex te diría algo parecido, porque debía tener serios problemas en la vista si no lo hacía —se burló intentando hacerla reír.

—No metas a Álvaro en lo nuestro, por favor —le suplicó, con un rastro de turbación en su bonita cara, que inquietó al hombre—. Él nunca me hablaba así.

—Río, si te he ofendido, lo siento, preciosa. Solo bromeaba. —Se disculpó, notando cómo ella se retraía a su concha particular—. Siéntate conmigo un momento.

Tomándola de la mano lo hizo con mucho cuidado porque las grapas le tiraban de la herida y, abriendo las piernas, la puso como si fuera una niña sobre la rodilla contraria a la cicatriz.

—No me has ofendido, Vikingo. —Le acarició la cara con dulzura—. Él nunca me miró como lo haces tú.

—Confía en mí. Cuéntamelo todo. —Le pasó el brazo por la cintura, pegándola a él para darle ánimo.

—Era virgen cuando le conocí con veintidós años y él fue mi primer hombre. Pero debo tener algún problema, porque en siete años de relación nunca conseguí llegar al orgasmo con él. —Se mordió las uñas, nerviosa—. Estaba tan enamorada que para evitar que se diera cuenta, aprendí a fingir.

—Río, no creo que tengas ningún problema. Una mujer excitada no puede disimular mucho tiempo, porque su cuerpo al final la delata. La humedad entre sus piernas, las contracciones de su útero, son inconfundibles al llegar al orgasmo. —La miró serio—. Ese tío era un egoísta más pendiente de su propio placer que de complacerte a ti, si no se daba cuenta de que no existían esas señales. ¿Es que no te preparaba con caricias antes?

—¿Caricias? Eran pocas y escasas. Casi siempre acababa encima de mí, rápido.

—Bueno, pero cuando rompisteis habrás tenido mejores compañeros de cama, ¿no? —Ella mantuvo la cabeza baja, tragando el nudo que tenía en la garganta—. No he vuelto a estar con un hombre, Aitor. Se me quitaron las ganas.

—Pero, cariño, por una mala experiencia no deberías dejar de vivir. —Le habló levantándole la cara para que le mirara. El miedo que una vez había

visto en los ojos de la chica ahora parecía aún mayor—. Pasó algo muy grave con él, ¿verdad? No te lo guardes más, dímelo, cariño.

—No puedo, me hizo sentir tan sucia —susurró, dejando que las lágrimas cayeran por sus mejillas.

—¿Te violó? ¡Porque te juro que busco a ese pedazo de mierda y lo abro en canal!

—No, no fue eso, tranquilo. —Le besó en la cara para calmarle—. Una tarde de viernes me dijo que quería enseñarle a su amigo Sebastián el piso que nos regalaron sus padres por el compromiso y que podíamos encargarnos algo y cenar los tres la noche siguiente. Yo acepté porque me caía muy bien Sebas, era un chico muy simpático.

—Continúa, por favor.

—Esa noche, cuando estábamos enseñándole las habitaciones, al llegar al dormitorio, Álvaro cerró la puerta y me dijo que tenía una sorpresa para mí. —Aitor se preparó con los nervios en tensión—. Y entonces Sebas empezó a desnudarse hasta quedarse sin ropa. Mi prometido me anunció que, ya que era tan aburrida en la cama, había pensado hacer un trío con su amigo para que aprendiera a ser una buena puta y no una frígida muñeca.

—¡Voy a matar a ese cabrón! —Apretó los puños con rabia hasta que los nudillos se le pusieron blancos—. ¿Y tú qué hiciste, preciosa? —La acunó con ternura.

—Corrí a abrir la puerta y salí al salón para irme. Pero Álvaro me cogió del brazo y me dio un puñetazo que me tiró al suelo. Me levantó y me tiró del pelo para arrastrarme al dormitorio, mientras me gritaba que no servía ni para ser puta y que me iba a dar una lección. —Se le quebró la voz—. Cogí lo primero que pude alcanzar, un jarrón de adorno junto al teléfono y le di con él para que me soltara. Aproveché que sangraba en la cabeza para salir por la puerta sin mirar atrás —sollozó aferrada al cuello de Aitor.

—¿Lo denunciaste? —Apoyó su cara sobre la cabeza de Río mientras le acariciaba la espalda para calmarla.

—No, solo quería perderle de vista para siempre. Esa noche me fui a casa de Patricia y desaparecí durante un par de semanas. El lunes toda Sevilla comentaba la noticia del periódico: que Álvaro de Guzmán había roto su compromiso porque había encontrado a su prometida en la cama con su mejor

amigo. Los dos estaban de acuerdo para que él pudiera vengarse de mí — comentó desolada.

—¿Por qué no se lo contaste a tu padre?

—Iba a hacerlo cuando volví a casa, pero él creyó su versión y no tuvo la más mínima duda, me gritó que era una perdida como mi madre y que le había decepcionado, deshonrando su apellido para siempre. Me dolió tanto que me creyera capaz de hacer algo así que decidí callar. —Se abrazó a su Vikingo hecha un mar de lágrimas.

—Mi preciosa Río, cuánto has sufrido. Mi niña hermosa. —La consoló besándole el pelo, los ojos, la frente—. Escúchame, no todos los hombres somos unos cerdos como ese hijo de puta. Creo que ya es hora de que dejes de tener miedo.

—¿Qué quieres decir, Aitor? —le preguntó intranquila.

—Yo te enseñaré a disfrutar de tu cuerpo y me apuesto lo que quieras a que tienes de frígida lo que yo de fraile. —Le sonrió con cara de canalla—. Solo he tenido que besarte para que reacciones como un volcán.

—¿Y si te decepciono? Soy un desastre en la cama —le contó, sorbiéndose la nariz con el pañuelo que le ofreció.

—Tú nunca me decepcionas, Río, y no quiero volver a escucharte hablar con tanto desprecio de ti misma, ¿entendido? —Ella asintió volviendo a morderse las uñas—. Te aseguro que el sexo es maravilloso si estás con la persona adecuada, así que no tienes nada que temer conmigo. Además, entre nosotros no habrá ni compromisos, ni obligaciones, solo disfrutar como los adultos libres que somos, ¿te parece bien, preciosa?

—Sin ataduras, entonces. ¿Y cuándo empezarán tus lecciones? —le preguntó impaciente.

—Pues, señorita ansiosa, tendrás que esperar al menos quince días a que me quiten las grapas —se rio a carcajadas—, ¿tienes mucha prisa?

—¡No, es solo para prepararme mentalmente! —Se abanicó con el bolso, sofocada.

—Río, solo déjate llevar por las sensaciones de tu cuerpo. Y no te inquietes, esto no va a ser un aquí te pillo, aquí te mato. Quiero que nuestra primera vez sea muy especial, ¿de acuerdo, compinche mía?

—De acuerdo, Vikingo. —Le sonrió con un brillo en los ojos que los

hacía aún más hermosos.

—Y ahora deja que vuelva a besarte antes de irnos a casa. —
Abrazándola muy pegada a su cuerpo, se bebió su boca con ansia.

Disfrutaron del ocaso, paseando por la plaza cogidos de la mano como dos enamorados, aunque el pacto era que solo iban a ser amantes...

Río había aparcado su coche cerca y cuando Aitor lo vio se echó a reír.

—Creo que mejor me cojo un taxi. —Bromeó dando media vuelta, pero ella le cogió del brazo tirando de él.

—No sé qué narices te pasa con mi coche, Vikingo. —Se plantó frente a él sin soltarlo.

—Cariño, ahora mismo sentarme en tu coche con las grapas puede ser una auténtica tortura, tengo que ir bastante encogido y mido prácticamente dos metros, cielo. —Se defendió poniendo carita de bueno.

—¡Mira que eres exagerado! Y luego dicen que los andaluces. Vamos a recoger mis cosas a casa de Patri y allí te pillas un taxi para volver al palacio, ¿le parece bien al señor?

—De acuerdo. —Atrapándola por la cintura, la acercó meloso a su pecho —. No te enfades, compinche.

—No me enfado, Vikingo. Pero eres un poco peguitas, que lo sepas. —Le sacó la lengua, derritiéndose por la mirada ardiente que le dedicó.

—Le pongo pegas al coche de juguete, no a su bonita dueña —ronroneó bajando la cabeza muy despacio—. Demuéstrame que no estás cabreada y bésame.

—¿Vas a ser tan zalamero a partir de ahora? —le preguntó poniéndose de puntillas con los labios casi pegados a los de él.

—Voy a estar diciéndote lo bonita que eres todas las horas del día en las que pueda verte, y por las noches no me harán falta palabras para hacértelo entender. —La provocó, mordiendo su labio inferior con delicadeza haciéndola gemir—. En cuanto me quiten las dichas grapas voy a cogerte en brazos, porque me encanta lo pequeña que te veo a mi lado. Estoy deseando hacerte el amor de pie.

—Oye, no puedes calentarme hablándome así. ¿Crees que voy a estar concentrada en el trabajo si empiezas a decirme esas cosas? —Le miró, sonrojándose hasta el nacimiento del pelo.

—Eso es lo que quiero, tenerte ardiendo por mí de la mañana a la noche. —Le pasó la lengua por los labios haciéndole sentir escalofríos—. Prometo que apagaré el ardor que provoque en cuanto pueda saltar sobre ti, Río.

Con aquellas palabras se apoderó de su boca con pasión, haciéndola jadear minutos después al separarse.

Sonriendo como una niña con zapatos nuevos, se montaron en el coche para llegar a casa de Patri. Como su amiga estaba trabajando y tenía llave, la veterinaria recogió las cuatro cosas que se había llevado y las metió en el bolso de viaje con la bandera de Inglaterra que usaba para sus escapadas.

Y aunque Aitor estaba un poco incómodo en el coche de la Barbie, decidió volver con ella porque no tenía ganas de separarse de Río ni un minuto, la había echado mucho de menos cuando estaba en el hospital.

—Vikingo, si estás muy molesto llamo a un taxi y voy delante —le dijo, cerrando la puerta del maletero.

—No, prefiero estar contigo, aunque la herida me esté dando la lata.

—Me alegro que te quedes conmigo —le susurró, contenta al ayudarle a entrar.

—Por cierto, tendremos que ser cuidadosos para que tu padre no sospeche nada. —Hizo una mueca de dolor al estirarse—. Ya sabes, no quiere escándalos.

—Hombre, encontrarse a su hija empotrada por su restaurador no debe ser agradable de contemplar —se burló entre carcajadas.

—Eso mismo, Río. Y vas a ser empotrada muy a menudo, te lo garantizo. —Le dirigió una mirada que la desnudó de arriba abajo.

—¡Aitor, por Dios! Deja ya de decir esas burradas que no soy de piedra —le pidió, arrancando el coche.

Al fin entraron por el camino del palacio al dar las nueve de la noche. Río aparcó en la parte de atrás de su casita, sacó la bolsa y abrió la valla del jardín.

—Yo me quedo en casa, Aitor. No me apetece encontrarme con mi padre.

—¡Ni hablar! Te vas a venir conmigo para que el mío te vea, que solo te recuera de bebé, vamos a cenar tranquilos y luego, si quieres, charlamos un rato aquí hasta que me vaya a dormir. —Se mordió los labios mirándola con

intensidad—. Desgraciadamente solo.

—No, por favor, no quiero discutir con el conde —le suplicó ansiosa.

—No dejaré que discutas. Vamos, Río, hazme ese pequeño favor.

Metió la maleta en el salón y comprobó que Baby, del que se había encargado Blanca, estaba dormido, con agua y comida suficiente. Pero una bolita blanca con manchas salió a escape de la habitación de los perros y con dos metros de lengua afuera se lanzó de un salto a las piernas de Aitor, concretamente a sus testículos, contra los que frenó con la cabeza.

—¡Ay, joder! —Se tambaleó, mirando cabreado a la cosa peluda y jadeante que le contemplaba con unos pequeños ojillos marrones llenos de amor—. ¿Tobi?

Aitor no le reconocía, estaba mucho mejor y los golpes y magulladuras casi habían desaparecido.

—¡Enano, mira que eres bruto! —le dijo sonriendo por la cara de gamberro que el perro tenía—. Si no tienes modales no te va a adoptar nadie, hombre.

Río le miró de reojo divertida, porque el perrillo se volvía loco olisqueando cualquier cosa que Aitor hubiese tocado, incluida ella.

—Tú podrías enseñarle, Vikingo. No es difícil y yo puedo ayudarte.

—¿Yo? Si nunca he tenido perro, Río. No sé cómo funcionan. —Se negó en redondo.

—Este precisamente a pilas no va y, después de salvarle la vida, es lo menos que puedes hacer por él. —Acarició las suaves orejitas de Tobi, que parecían terciopelo al tacto.

—Ya veremos —soltó muy serio, aguantando la risa porque el bodeguero se había sentado literalmente sobre sus enormes pies, tan pancho.

Río cogió en brazos al enano para llevarlo dentro de su cuarto, cuando empezó a lloriquear como un bebé, echándole las patas a Aitor.

—Quiere que tú lo acuestes, Vikingo —le soltó riendo por la cara de circunstancias que puso el grandullón.

—Oye, Tobi, vamos a tener una conversación muy seria tú y yo —le advirtió, tomándolo con cuidado de los brazos de la veterinaria y llevándolo sobre su hombro mientras el perrillo le miraba con las orejas arriba.

Río le acompañó, embobada con la forma tan tierna de hablarle que le

mostraba Aitor.

—Yo te salvé, pero no voy a ser tu dueño, que se te quite de la cabeza, enano. —Le señaló con el dedo poniéndose en modo profe—. No puedes quedarte conmigo porque no me gustan los perros, necesitas una buena familia que te quiera y te cuide en condiciones, ¿lo has entendido?

El ladrido de respuesta de Tobi hizo reír a carcajadas a la chica.

—Así que ahora te vas a ir a tu cama y vas a dormir como un saco de pulgas bueno. —Le despidió, echándolo al suelo con cuidado de no agacharse.

Pero el saco de pulgas se acercó de nuevo volviendo a levantar las patas y, sacando la lengua, le dio un lametón en la mano, moviendo el rabito cortado como el de un conejillo.

—Creo que quiere un beso de buenas noches. —Sonrió su cuidadora, acercándose y besándolo en la cabeza con dulzura.

—¡No pienso darte un beso! No te aproveches, bicho —replicó enérgico bajándole las patas con las manos.

Lo que ninguno esperaba es que el animal restregara su cabecita sobre la pierna de Aitor y le diera con una de sus patas, volviendo a pedir caricias mientras lágrimas de tristeza le empañaban los ojillos, gimiendo.

—¡Por favor! ¿Pero cómo puedes ser tan chantajista? —Lo subió con cuidado de no hacerle daño y lo montó sobre su pecho rozando con un rápido beso una de sus orejas.

Tobi ladró contento, ofreciéndole su fría trufa, que restregó unos segundos sobre la mejilla de Aitor y dejó que lo bajara. Luego se marchó tan tranquilo, cogiendo una salchicha de juguete, y se echó en su camita suspirando al cerrar los ojos.

Mientras salían de la casita, Río contenía las ganas de estallar en carcajadas hasta que no pudo más, riendo de forma escandalosa entre lágrimas.

—Ese perro será tuyo, ya lo verás, Vikingo.

—¡La madre que lo parió! —se quejó limpiándose la boca con asco—. Estás loca si crees que me lo voy a quedar.

—Sí, sí lo que tú digas. —Le dio una palmada en la espalda burlándose de él durante todo el camino hasta el palacio.

En la puerta se puso tensa y Aitor la empujó con delicadeza cuando

Eugenio les hizo pasar.

—Me alegro mucho de que esté mejor, señor —le saludó recuperando su eterna compostura que había olvidado en el hospital.

—Gracias, Eugenio. —Le estrechó la mano con cariño.

—La cena está preparada en el salón.

—Relájate, que no vas al paredón, preciosa —le susurró en el oído al coger el pasillo.

Cuando hicieron acto de presencia, la imponente mirada del conde desde la silla que presidía la mesa le hizo levantar altiva la cabeza.

—Buenas noches, padre —saludó con frialdad, sentándose lo más alejada posible del conde.

—Buenas noches, Río. Me alegro que estéis los dos de vuelta —contestó, levantando una ceja y escrutándola con severidad.

Aitor se acercó a su padre, que estaba al lado del conde, y le dio un abrazo lleno de ternura, que hizo que Cristóbal sintiera una inmensa envidia. Hacía mucho tiempo que su hija no le daba aquellas muestras de cariño que necesitaba como agua de mayo. Tragando el nudo que se le había formado en la garganta, siguió comiendo en silencio. Aunque para Aitor la tristeza y el dolor que había mostrado su cara fugazmente no le pasaron desapercibidos.

—Hijo, ¿cómo te sientes? —preguntó Damián, haciendo que se sentara a su lado frente a Río.

—Dolorido por las grapas que me tiran un poco, pero bien. No te preocupes, fraile mío. —Volvió a darle un fuerte beso en la frente.

—Voy a quedarme solo unos días más, gracias a la generosidad de Cristóbal, pero quiero dejarte en condiciones y que no vuelvas a hacer burradas, zopenco. —Le dio un cariñoso pellizco en la mejilla.

—No temas que me portaré muy bien, papá.

—Tranquilo, Damián, que le voy a tener muy vigilado —contestó el conde perforándole tras las gafas.

Aitor resopló mirando de reojo a Río, porque no tenía ganas de que su jefe le prestara demasiada atención y menos cuando estaba deseando estar a solas en la intimidad con ella.

—Rosario, supongo que ya no te acuerdas de mí, eras muy pequeña cuando te vi por última vez. —Cambió de tema Damián.

—Lo siento, no me acuerdo. Pero, por favor, llámeme Río.

—Muy bien, Río. Así que eres veterinaria, tu padre me ha contado muchas cosas de ti.

—¿Y todas eran buenas? —preguntó mordaz contemplando a su padre.

—¡Río, no es el momento! —Levantó la voz Cristóbal, tajante—. Tengamos la cena en paz, ya que hace un tiempo que no nos deleitas con tu grata compañía —replicó irónico.

—Por supuesto, hija. Tu padre está muy orgulloso de ti.

—Si usted lo dice, Damián, así será. —Zanjó la discusión, aunque se moría por armarla—. ¿Y qué tal lleva estar tan lejos de Aitor?

—Le echo mucho de menos porque es la primera vez que está trabajando fuera de Madrid. Pero en una semana cumple cuarenta años y ya es un hombre hecho y derecho.

—¿Ya tienes cuarenta? —Se mofó ella poniendo su mejor semblante, mientras por debajo de la mesa se quitaba los zapatos.

—No, hasta la semana que viene. Concretamente, el 20 de junio. —La contempló con sus ojos brillantes de deseo.

—Le diré a Blanca que le haga una de sus tartas de zanahoria. Son deliciosas —propuso el conde.

—Señor, no hace falta que preparen nada —respondió, dando un respingo porque el pie de Río estaba subiendo por su rodilla haciéndole cosquillas.

—Es lo menos que podemos hacer para compensar tu accidente, Aitor — insistió su jefe, quitándose la servilleta y levantándose—. Siento dejarte, Damián, tengo que hacer una llamada importante y estoy un poco cansado. Pero estás con la mejor compañía.

—Si quieres mañana jugamos otra partida de ajedrez, ¿te parece bien, Cristóbal?

—Claro, será un placer, amigo. Buenas noches, Aitor. ¿Puedes venir a mi despacho un momento cuando cenes, Río? —se dirigió a su hija expectante.

—¿Es algo importante que no puede esperar a mañana, padre?

—Lo es. —No dio su brazo a torcer apretando la mandíbula. Estaba empezando a enojarse por los desplantes de su hija.

—Iré en cuanto termine —dijo sin mirarle siquiera.

Cuando el conde salió, la tensión que reinaba en el salón se fue disipando

poco a poco.

—Entonces, tienes tu propia clínica veterinaria, ya me ha contado tu padre que no quisiste que te ayudara económicamente en nada, debió haber sido un gran sacrificio conseguir todo sola —continuó Damián para relajar un poco el ambiente.

—¿También le ha contado eso? Pues la verdad es que tuve que trabajar muy duro, pero fue gratificante —comentó orgullosa de sí misma—. No me gusta conseguir mis logros gracias a mi apellido, no tengo la culpa de haber nacido con un título, pero sí lo sería de aprovecharme de mis privilegios cuando hay tanta gente joven que lucha por conseguir sus sueños.

Aitor escuchó sus palabras, satisfecho de lo dura que en el fondo era su chica. Aquel pensamiento al nombrarla suya le provocó un pellizco de inquietud en el estómago, recordándose que únicamente serían compañeros de cama.

La conversación entre Damián y Río se prolongó un buen rato, en el que ella se interesó por su vida, siendo el padre de un chico y fraile, además.

Eran más de las once cuando Damián se despidió para acostarse, dando un abrazo a su hijo y un beso en la frente a Río.

Al fin se quedaron solos en el salón, porque Eugenio ya había recogido la mesa ayudado por la pareja, a lo que se negaba en redondo sin que los dos le hicieran el menor caso; se llevaron los platos a la cocina donde Río los metió en el lavavajillas, riendo ante los lamentos del pobre hombre.

—Señorita, creo que es hora de retirarme a mis aposentos para que usted pueda hablar con su señor padre. —Aitor se asomó por la puerta para comprobar que el conde no los viera si pasaba—. Aunque me encantaría disponer de sus atenciones esta noche en mi cama —le susurró lascivo.

—¿Y usted cree que es digno de mis atenciones? —Se pegó más a su cuerpo cuando Aitor le rodeó la cintura, sin que hubiera el mínimo espacio entre ellos.

—Debo serlo, a juzgar por cómo su pie juguetero ha estado a punto de hacer que se me cayera la servilleta para darle un pellizco. —Aprovechó para propinarle uno en su redondo trasero haciéndola gemir entre risas.

—¿Y qué se lo ha impedido, señor? —preguntó, cuando recobró la compostura.

—Pues su padre, concretamente. Eso de que me va a tener vigilado me ha fastidiado bastante. Y creo que lo que usted debería hacer ahora es ir a hablar con él, sin hacerse más la remolona. —Le despejó la frente, enredando los dedos en los mechones que le tapaban el rostro al agachar la cabeza resoplando.

—No sé para qué narices quiere charlar conmigo —repuso con fastidio.

—¿Te fuiste a casa de Patricia sin despedirte de él en el hospital? —Ella asintió rígida—. Pues ahí lo tienes, Río, qué menos que mostrarle un poco de respeto. Te guste o no sigue siendo tu padre y se preocupa mucho por ti.

—¿Es que no puedes ponerte de mi parte? ¡Odio que le defiendas siempre! —Se removió soltándose de su abrazo.

—¡No hagas eso! —La cogió por la muñeca para que no se escapara, hablándole bajito intentando calmarla—. No te comportes como una cría, tú no eres así. No dejes que ese dolor que llevas dentro te convierta en alguien cruel, cariño. Tu padre también sufre, Río. Párate un momento a pensar y mírale a los ojos, lo descubrirás.

—Me cuesta mucho, Aitor —le confesó apesadumbrada.

—Lo sé, cielo, olvida el rencor. Al menos inténtalo, ¿lo harás por mí? —La tomó mimoso, apretándola contra su pecho con ternura.

—No te prometo nada —refunfuñó cabezota.

—¡Eres tan terca como tu padre, Río! —Dio una carcajada besándole la frente.

Pensando en lo que le había dicho el Vikingo, le dejó para ir al despacho del conde, con el dilema de seguir eternamente enfadada con su padre o procurar cerrar las heridas del pasado.

El conde estaba sentado en uno de los sillones de cuero oscuro de la biblioteca privada de su despacho, mirando al infinito, cuando llamó a la puerta.

—Adelante. —La invitó a pasar.

—¿Qué querías decirme tan urgente, padre? Estoy muy cansada y quiero acostarme —respondió ella con sequedad.

—Siéntate, por favor, será solo un momento. —Le ofreció el sillón frente a él al otro lado de la ventana.

Ella se sentó de mala gana, moviendo impaciente la rodilla.

—No pongas esa cara —le advirtió severo—. Creo que no te vas a morir por pasar unos minutos con tu padre, después de irte del hospital sin avisarme siquiera de que no ibas a volver durante días.

—Y yo creo que soy suficiente mayorcita para no tener que darte explicaciones de a dónde voy, ¿no te parece? —Se levantó dispuesta a marcharse.

—¡Ni se te ocurra huir de mí! —Alzó su impresionante voz sobresaltándola—. Estaba muy preocupado, saliste en un estado de nervios brutal y conduciendo, encima.

—¿Ahora te preocupa cómo me siento? Llegas bastante tarde padre —Le atacó con dureza.

—Esa noche recorrí media Sevilla buscándote, con el miedo de que me llamaran al teléfono por que hubieras tenido un accidente. No vuelvas a decir que no me preocupo por ti. —Se defendió dolido, con un nudo en la garganta—. No es justo que me tuviera que enterar gracias a Roble de que te encontrabas a salvo con Patricia.

—A veces la vida es muy injusta, yo lo descubrí a través de tus palabras hace cinco años. —Le echó en cara adrede, necesitaba verter su rabia de nuevo en él.

—Cometí un error una vez y no puedo cambiar lo que hice. No debí ofenderte y no sabes cómo me arrepiento de ello, hija —susurró emocionado—. Perdóname por lo que te dije, Río. Volvamos a ser una familia.

—¡No! —El conde la miró, asombrado de su intransigencia—. Tus insultos no me hicieron tanto daño, lo que ha roto nuestra vida fue que no confiaras lo suficiente en mí. —Se levantó apretando los puños, furiosa—. Fue que creíste sin dudar lo que contaban por toda Sevilla, ¡que despreciaste a tu hija pensando que era una zorra y no meditando si era verdad o no! ¡Ni siquiera se te pasó por la cabeza que todas las habladurías fueran mentira!

—¿Y por qué te fuiste sin darme explicaciones? —La tomó por los hombros tan enfadado como ella—. ¿Por qué no me cuentas de una maldita vez qué ocurrió en realidad, hija?

—Porque antepusiste a Álvaro a tu propia sangre —le recriminó con odio, sintiendo que su corazón aún seguía roto—. Porque jamás volveré a

confiar en ti.

Soltándose con fuerza de las manos de su padre, salió corriendo del despacho sin mirar atrás. Sin ver cómo el conde se desmoronaba en el sillón, lamentándose entre amargos sollozos porque nunca la recuperaría.

Aitor pasó la siguiente semana vigilado constantemente por el conde y su obstinado padre, que no consintieron en dejarle acercarse al cuadro que debía restaurar a continuación: *La vendimia*.

Durante las mañanas se levantaba cada día más temprano para intentar entrar en la biblioteca y poder ojear el cuadro a fin de idear una estrategia de trabajo, aunque este era el que menos estropeado estaba, teniendo que mejorar solo el color de algunas zonas.

Pero el astuto conde mantuvo cerrada la sala bajo llave a cal y canto, y se paseaba con ella mientras jugueteaba a lanzarla por los aires en su mano, caminando por el pasillo ante las narices de Aitor con una mueca de burla en su cara.

Río mantenía la compostura para que su padre no sospechara nada y apenas tenía tiempo de saludarle; se escapaba tras el desayuno hasta la cocina, donde el Vikingo la atrapaba con un beso apasionado que la dejaba jadeando y encendida el resto del día.

Pero si algo bueno tenía su pequeña reclusión eran los paseos con su padre. Damián le tomaba del brazo y recorrían los jardines del palacio caminando bajo la sombra de los árboles y el intenso aroma del azahar de los limoneros en flor, mientras hablaban de mil cosas. Entre ellas, Río.

—Bueno, hijo, creo que muy pronto dejaré de darte la lata. Nos quedan pocos días hasta el sábado que vuelvo a Madrid —le dijo con un suspiro de pesar.

—¡Vamos, papá! Lo mejor de haber sufrido el navajazo y la operación has sido tú. Tenerte conmigo me ha hecho mucha ilusión. —Le besó la frente apretándole fuerte contra él—. Te he echado mucho de menos.

—¿También echarás de menos a Río cuando regreses a casa a primeros de septiembre? —comentó el fraile como quien no quiere la cosa.

—Es una buena amiga. —Disimuló el Vikingo mirando hacia otro lado para que su padre no descubriera la verdad en sus ojos.

—¿Solo una amiga? Aitor, me parece que entre vosotros hay mucho más que amistad, os miráis de una manera muy poco amistosa. —Sonrió con picardía.

—¿A dónde quieres llegar, papá? —Se paró en seco tirándose del lóbulo de la oreja nervioso.

—A que mientes como un bellaco. Esa chica te gusta, yo diría que te gusta mucho.

—¡Tú ves visiones, fraile mío! —se burló con una carcajada.

—Aitor, te estás enamorando de ella —le soltó sin miramientos.

—Papá, ¿estás loco? ¿Cómo iba a enamorarme de una mujer a la que apenas conozco? —Persistió sin reconocerlo.

—Puedes mentirte a ti mismo, pero no a mí, que solo me faltó parirte. Río es muy especial para ti y sabes que tengo razón. —Le tomó de los hombros con firmeza—. ¿Vas a coger el toro por los cuernos o no?

—¿De qué estás hablando, papá?

—¡De que te líes la manta a la cabeza y te declares, gañán! —le soltó una de sus famosas collejas.

—Mira que eres bruto a veces. Pues estás muy equivocado, no estoy enamorado de ella por mucho que te empeñes, es más, jamás me enamoraría de alguien a la que perderé de vista en menos de dos meses —insistió solemne.

—Sí, sí, lo que tú digas, hijo —refunfuñó Damián, tirando de él para seguir el paseo aguantando la risa.

Si Aitor no quería reconocer lo evidente, el tiempo le daría la razón... y un par de novenas a la Virgen.

Sin apenas darse cuenta, los últimos días con Damián pasaron volando y con ellos la última semana en la que le quitarían los puntos.

Recordó la emotiva despedida de su padre en el AVE, cuando le tomó la cara entre sus callosas manos y le contempló con los ojos nublados.

—Adiós, mi héroe, nadie más que tú podría haberse jugado la vida por ese animal —le susurró orgulloso.

—No fue para tanto, papá. —Aferró los dedos de su fraile entre las suyas con un suave apretón.

—Prométeme un par de cosas, hijo.

—Lo que quieras.

—Una, que no te meterás en más peligros, por favor.

—Hecho. —Sonrió poniendo los ojos en blanco.

—La otra es que no le mientas a tu propio corazón, Aitor. Te harías daño a ti y a ella —le susurró preocupado.

—¿Pero por qué insistes en ese tema otra vez? —Frunció el ceño agobiado.

—Aitor, cuando llegue el momento no olvides lo que te he dicho, ¿de acuerdo? —Le señaló con el dedo—. Es una promesa que me debes por el susto que me has dado.

—Está bien, quédate tranquilo, fray Escoba. —Aceptó a regañadientes.

—Y ahora dale un pedazo de abrazo a tu padre —le pidió antes de subirse al tren.

Aitor le estrechó dulcemente contra su pecho, lleno de ternura hacia el hombre al que más quería en el mundo.

—Te quiero, papá.

—Lo sé, corazón. Pero no más de lo que yo te quiero a ti. —Le acarició la cara con tristeza.

—Parece que te vas a la guerra, nos veremos antes de que llegue mediados de septiembre.

La mirada que le dedicó su padre, segundos antes de subir, se le clavó en el alma. ¿Es que se estaba despidiendo por mucho tiempo? Con aquella inquietud regresó al palacio en su coche.

Capítulo 11

Sex dog

El 19 de junio llegó al fin para Aitor, el día que le quitaban los puntos en la clínica. Y el siguiente era su cumpleaños, cuatro décadas le caían, aunque él se sentía como un chiquillo tras haber recuperado fuerzas. Pero esperaba que nadie se acordara de la fecha porque no quería retrasar más el trabajo, ya que aún le quedaban, aparte del último Goya, dos de Murillo.

Cuando el médico inspeccionó la herida, que ya estaba totalmente cicatrizada, le dio el visto bueno y comenzó a quitarle las grapas ante la atenta mirada de Río.

El Vikingo no había podido librarse de ella para ir a la clínica, que se había negado a que condujera él mismo su coche y allí estaba plantada como una estatua, con un velo de aprensión en los ojos cada vez que una grapa salía.

—Muy bien, señor Ceballos, está listo para darle el alta —le informó el médico satisfecho.

—¿Ya puedo trabajar entonces, doctor?

—Sí, pero no haga demasiado esfuerzo físico hasta que pase otra semana —le advirtió, quitándose los guantes.

—No se preocupe, pintaré sentado. Ahora ya puedo hacerlo sin problema. —Se levantó guiñándole un ojo a Río.

—Cúidese, Aitor. —Estrechó amigable su mano antes de salir de la consulta.

—Bueno, señorita Bloise, parece que al fin estoy curado. ¿Qué te pasa, cielo? —Se acercó tomándola por la cintura, extrañado de su cara afligida.

—No puedo dejar de pensar que podías estar muerto y que es culpa mía esa nueva cicatriz que tienes al otro lado del tatuaje —confesó turbada.

—Deja de culparte por favor, Río. Me duele que te pongas triste. —Acarició sus mejillas con los dedos como si fueran alas de mariposa.

—¿Te duele? ¿Por qué? —Recorrió el rostro del hombre con una mirada intensa.

—Porque no quiero que sufras. —Terminó con un dulce beso en los labios que la hizo suspirar.

—¿Qué te parece si cogemos el resto de la tarde libre y te llevo a tomar algo a un sitio tranquilo? —Propuso la chica con una sonrisa radiante.

—Me tiene a sus pies, bella dama. Y prepárese porque ya no podrá escapar de mis garras. —Gruñó como un sexi lobo feroz mientras salían al pasillo entre carcajadas.

Río decidió conducir ella misma porque le tenía preparada una sorpresa a su Vikingo. Cuando llegaron cerca del Alcázar, aparcó tras un buen rato de dar vueltas y al fin salieron junto a los jardines.

—¿Me traes de visita cultural, cariño? Son las ocho de la tarde, cerrarán pronto los monumentos. —La sujetó de la mano haciéndole cosquillas en la palma con gesto burlón.

—Donde vamos es mejor ir a esta hora —contestó misteriosa con un brillo pícaro en sus bonitos ojos.

Aitor se dio cuenta de que caminar cogidos de la mano como una pareja le provocaba un nudo de emoción y miedo en el estómago. Las últimas sombras de la tarde dibujaban la divertida estampa de una figura muy grande y alta, junto a otra menuda y más pequeña, que contempló con ternura intentando alejar los fantasmas de su cabeza.

Cuando Río le mostró la inmensidad de los jardines de Murillo, tirando de su mano para adentrarse en ellos, el Vikingo suspiró de placer ante el olor que desprendían los naranjos en flor y la sombra fresca de los ficus.

—Te presento los jardines de Murillo, una maravilla que no debes pasar por alto si vienes a Sevilla.

—¡Me encanta, Río! Es un lugar precioso y relajante. —La estrechó contra su pecho besándole el pelo.

Al cabo de un rato, llegaron a los bancos con azulejos azules que rodeaban la fuente con un mosaico en forma de estrella bajo su eje. Cuando fue a sentarse a su lado, el Vikingo la cogió por la cintura y la puso a horcajadas sobre él.

—¿Es aquí donde vienen las parejitas buscando intimidad, nena? —Le rozó la nariz con la suya.

—¿Crees que te he traído por eso, Aitor? —Frunció el ceño fingiendo enfadarse, con las manos sobre sus anchos hombros—. ¿Por qué clase de libertina me has tomado?

—¡Oh, discúlpame, mi dama! —Se mordió los labios aguantando la risa—. ¿Tal vez la libertina a la que pienso saborear de la cabeza a los pies?

Río se encendió con las mejillas arreboladas, momento en que su Vikingo aprovechó para poner las manos en su pequeño trasero, apretándola contra sus pantalones.

Acercando los labios a los de ella, mordisqueó despacio el inferior sintiendo un ramalazo de deseo cuando abrió los suyos, dejando que su lengua saliera a su encuentro. Aitor la abrazó fuerte y enroscó su mano en los rizos que caían en cascada por su nuca, haciendo que el beso fuera más profundo y exigente. Río le rodeó la espalda dejando que su cuerpo hablara por ella, con un suave vaivén de sus caderas que actuaban solas por instinto, en aquel cuerpo de mujer que nunca había recibido el verdadero placer que necesitaba.

Los jadeos subieron de tono hasta convertirse en gemidos, mientras se acariciaban por encima de la ropa, que les quemaba en la piel. Pero Aitor tuvo un momento de cordura, se separó despacio de ella y se perdió en los lagos brillantes que le contemplaban con pesar.

—Escúchame, Río, no te imaginas cuánto te necesito en este momento, pero quiero que nuestra primera vez sea inolvidable. —Ella asintió con un rastro de timidez—. No quiero un polvo rápido para desahogarnos, quiero que ambos memoricemos hasta el último rincón de nuestros cuerpos sin prisas, disfrutando y saciándonos. Ese día no será hoy, cariño. Dime que lo entiendes, por favor. —Le acarició las mejillas ruborizadas.

—Sí, claro. Lo siento. —Intentó bajarse de encima, pero él se lo impidió aferrándola por la cintura—. Solo quería que tuvieras una víspera de cumpleaños diferente.

—¡Y yo que no quería recordarlo! Tranquila, tesoro, te aseguro que te convertirás en mi regalo cuando llegue el momento, aunque sea más tarde. —Le llenó la cara de besos—. Tú déjame los detalles a mí, ¿de acuerdo? Y no tienes que disculparte en absoluto.

—Pues prepárate, porque mañana tienes un almuerzo sorpresa en el palacio que han organizado Blanca y mi padre.

—¡Pero no tenían que molestarse en hacer nada! Ya llevo suficiente retraso con los cuadros, mañana solo quería encerrarme a trabajar.

—Déjalo para el domingo. ¿Bueno, y qué hacemos ahora? —Se cruzó de

brazos pensativa.

—Pues podríamos tener una cena tranquila, solos, como un par de amigos con derecho a roce que celebran la vida. —Le guiñó un ojo con cara de pillo —. ¿Conoces algún sitio por aquí no demasiado ostentoso? No me gustan los restaurantes de alto copete, pero si tú quieres cenamos en uno.

—¡Vikingo, yo también los odio! Te voy a llevar a uno de los barrios más bonitos de toda Sevilla, el de Santa cruz, está aquí al lado y es donde nació precisamente Murillo.

Entre carcajadas y arrumacos, Aitor se dejó llevar por su apasionada sevillana al lugar mágico de la antigua judería, cerca de las murallas del Alcázar. El madrileño, viendo sus callejuelas de piedra y aquellas paredes blancas donde resaltaba el verdor de Andalucía, con algunos sones de guitarra que se escuchaban de vez en cuando en un soportal, entendió la inspiración de Murillo y Bécquer.

En la calle Mateos Gagos, entraron en la taberna Álvaro Perejil donde el dueño, muy simpático y creyendo que Aitor era un guiri rubio, intentó hablarles en un inglés chapurreado. Río le sacó de su error presentándole al Vikingo y pidiéndole que trajera una de las especialidades de la casa.

Cuando Aitor probó los montaditos de *pringá*³ y el vino de naranja, dio un suspiro de placer que arrancó carcajadas a medio local.

—¡Joder, qué rico está esto! ¡Y yo encerrado pintando sin probar tu *delicatessen*, hombre! —Le agradeció al dueño riendo.

—¡Madrileño, es que esto no lo tenéis por allí! —respondió, dando palmadas por flamenco.

—Ya te digo yo que no, Manolo. ¿Me pones otra ronda para dos, por favor? —le pidió chupándose los dedos ante la cara sorprendida de Río, que le miraba boquiabierta.

—¡Aitor, que te has comido ya cuatro! Eres un glotón. —Le dio un manotazo de broma en las manos.

—Déjalo, mujer, ¿no ves lo grande que es? ¿Chiquillo, pero tú cuanto mides?

—Me falta poco para dos metros. —Hizo el gesto con los dedos para indicarle los pocos centímetros que le quedaban.

—Con razón tienes tanta hambre. —Se puso a preparar otra remesa antes

de que el rubio se comiera las servilletas también.

—Así que mañana serás un cuarentón —bromeó Río poniendo los ojos en blanco para provocarle—. Te estás haciendo mayor, Vikingo.

—¿Mayor, eh? —Se acercó a ella, para susurrarle al oído—. Ya me dirás si soy mayor cuando te haya arrancado decenas de orgasmos, preciosa.

—A lo mejor acabas más cansado que yo —musitó rozándole la mejilla con los dedos, donde había un rastro de barba.

—A lo mejor no puedes ponerte de pie en una semana después de cabalgarme, cariño. —La taladró con sus enormes ojos mientras bebía un sorbo de vino.

—No sé jugar a este juego. —Se tapó la cara con las manos, muerta de vergüenza.

—Claro que sabes, solo tienes que dejarte llevar, Río. Y todo fluirá. —Apartándole las manos con dulzura, le tomó la barbilla para besarla despacio, tierno y suave.

Cada vez que Aitor la besaba, el recuerdo de los que Álvaro le daba, bruscos y posesivos sin ningún gesto de ternura, iba desapareciendo en la nada como si nunca aquel odioso hombre hubiese formado parte de su vida. ¿Es que aquel Vikingo tenía magia en sus labios? ¿Era normal que los besos de aquel artista se estuvieran convirtiendo en una droga de dioses para ella?

Pero Río no quería pensar ni hacerse preguntas porque en el fondo de su alma conocía la respuesta. Una respuesta que le daba pavor y a la vez representaba un halo de esperanza que no debía tentarla. Solo eran amigos con derecho a roce, como Aitor había dicho, y así debía ser.

La velada estaba siendo maravillosa entre los comentarios pícaros del rubio y las anécdotas que ella le contaba de su trabajo.

—Pues sí, Vikingo, el pobre danés cuando vio las tijeras de Mariajo para cortarle un poco el flequillo se cagó de miedo literalmente encima de mi amiga, que lo había cogido para consolarlo. —Las carcajadas de Aitor retumbaron por todo el local.

—¡Tendría que ducharse entera después! —Se imaginó la escena.

—Mandé a Lola a por algún ambientador que al menos disimulara el olor, que llegaba hasta la sala de espera. ¡Y agotamos cuatro botes!

—Oye, entre Mariajo y Roble hay algo, ¿no? —le preguntó en modo

cotilla—. Es que se miran que se comen con los ojos.

—Llevan años de tira y afloja, pero ni Roble se decide a pedirle salir, ni ella toma las riendas de la situación aunque se muera por sus huesos. ¡Y de esto último ni una palabra a tu amigo, eh, Vikingo! —Le pellizcó la mejilla.

—¿Es que no le gusta tu amiga lo suficiente?

—Creo que lo que se interpone entre los dos son los planes de futuro de Roble —contestó enigmática.

—Y tú conoces esos planes, ¿verdad? —Le cogió las manos, acariciándole los nudillos.

—Cuando te has criado desde pequeño con alguien que es como tu hermano, pocas cosas se te escapan, aunque él quiera ocultarlas. —Le miró con una sonrisa que le iluminó la cara.

—Me gustaría que confiaras en mí y me lo contaras —susurró, acercándose lentamente a su rostro.

—Verás, Roble quiere estudiar para convertirse en terapeuta con caballos. Necesitaría hacer un año en Madrid en la Complutense como mínimo, ya que es un máster, pero como es tan cabezota no deja que mi padre ni yo le ayudemos económicamente. —Hizo una mueca de fastidio—. Tu amigo es un gran psicólogo, por si no lo sabías.

—Vaya, no lo imaginaba siendo psicólogo. ¿Y cómo va a conseguir el dinero para el máster?

—Pues va a tardar toda una vida con lo poco que gana sirviendo copas en el Long Rock Café. Ya lleva dos años trabajando todos los fines de semana, salvo alguno que puede librar y cambiarlo con los compañeros. —Se apartó un rizo de los ojos.

—Ahora entiendo por qué me llevó a conocer el bar. ¿Pero qué tiene que ver eso con salir con Mariajo?

—Roble quiere tener un porvenir asegurado en la profesión que adora antes de comprometerse a una relación. Además, tendrían que estar separados ese tiempo, quizá más si se especializa en otros cursos, cree que no sería justo para ella y jamás le pediría que dejara su trabajo por él.

—Es un hombre de honor, aunque un poco chapado a la antigua. Pero es cierto que llevar una relación a distancia puede ser complicado. —Asintió pensativo.

—Sobre todo si está empezando y no consolidada. —Le miró fijamente recalcando sus palabras.

Los dos dejaron de hablar unos minutos reflexionando en las palabras del otro.

—Río, creo que deberíamos marcharnos a casa, ¿no te parece? —dijo para cambiar del tema que se había vuelto incómodo.

—Sí, ya es tarde, Aitor. Y estoy un poco cansada.

Se dirigieron a la barra, donde el Vikingo no le permitió que pagara, sino que fue él quien se hizo cargo de la cuenta en un gesto caballeroso, que, lejos de molestarla, le hizo sentirse halagada.

—La próxima vez pago yo, Vikingo —le advirtió, agarrándose del brazo que le ofrecía.

—Ya veremos, jovencita. —Le dio un beso en la nariz sonriendo.

—¿Por qué me llamas jovencita? Solo tengo seis años menos que tú.

—Porque así me he enterado de la edad que tienes, sin preguntarte lo que se considera maleducado si se trata de una mujer.

—¡Mira que eres sinvergüenza! —Le hizo cosquillas mientras él se partía de risa, porque cuando le rozaban los costados no podía contenerlas.

A las doce, como Cenicienta, el coche de Río entraba en el palacio y aparcó tras su casita. Acompañándola a la puerta de atrás, Aitor la miraba de reojo con cara de canalla.

—Creo que por su seguridad carnal debería entrar sola, señorita.

—¿Tan irresistible soy para usted, caballero, que teme perder la cordura? —Le siguió el juego provocándole.

—No sé si yo perderé la cordura, pero si entro contigo, Río, te aseguro que tú perderás toda la ropa y mis ojos disfrutarán de tu desnudez centímetro a centímetro —le habló al oído con aquella voz grave que llegaba a sus rincones más secretos, excitándola.

—Entonces no deberíamos tentar a la suerte, ya que quieres hacer nuestra primera vez tan especial —se burló muy cerca de sus labios, dando media vuelta para entrar en la casa.

Lo que no esperaba es que Aitor la cogiera del brazo, tirara de ella con suavidad para levantarla por el trasero y la pegara a la pared con las piernas alrededor de su cintura.

—Mira todo lo que provocas en mí, preciosa. —La apretó contra la dura erección que tiraba de sus pantalones—. Ya sé qué quiero por mi cumpleaños.

—¿Qué quieres? —dijo jadeando, sintiendo cómo su clítoris despertaba a la vida con cada roce.

—Tu primer orgasmo conmigo. Quiero hacerte explotar sin ni siquiera desnudarte —le pidió, moviéndola de arriba abajo y frotándose contra ella—, sin tocarte con mis manos, aunque me muera por saborear tu sexo.

El jadeo de Río le volvió loco, moviéndose contra aquella mujer a la que deseaba como a ninguna otra, necesitando que disfrutara de su cuerpo y que estallara en llamas por primera vez entre sus brazos.

Abrazada a su gigante sintió cómo el placer se expandía en oleadas por su clítoris, que él rozaba sabiamente incluso sin desnudarla, haciendo que el ritmo se volviera más rápido, más exigente... hasta que un potente orgasmo la sacudió con un grito que Aitor silenció con un beso, sintiendo que su propio placer culminaba.

Gimiendo hasta que la respiración de ambos fue calmándose, la mantuvo entre sus brazos, colmándola de suaves besos en la cara y el cuello hasta que se atrevió a mirarle temblorosa.

—Perdóname, cariño, esto ha sido solo un sucedáneo, pero necesitaba verte disfrutar esta noche tan mágica. —Se disculpó conmovido, bajándola al suelo con mucho cuidado.

—Nunca me había sentido así con un hombre. Gracias —confesó con las mejillas encendidas aún.

—Esto no ha hecho más que empezar, Río. —Le besó la frente, con ganas de quedarse a dormir con ella y mantenerla abrazada toda la noche—. Descansa, preciosa.

—Y tú, Vikingo —Se despidió, entrando en la casa mientras le decía adiós con la mano, sonriendo con timidez.

«Como cantaría la Pantoja con un golpe de melena: *El fuego está encendido, la leña arde...* ¡Ay, parejita, que vais a acabar como un churrasco de ternera si seguís jugando fuerte! Y esa es mi intención, que juguéis hasta acabar rendidos...».

Cada uno en la ducha de su habitación, bajo el agua caliente y con la ropa

interior tirada en el suelo llevando el delito de su ardiente asedio, aún podían sentir el sabor del otro impregnado en sus labios.

Aitor estaba exultante, llevaba mucho tiempo queriendo demostrarle a Río que era una mujer sensual y llena de fuego, y esa noche se había derretido en sus brazos con un simple roce. Estaba deseando sentirla en todo su apogeo, desnuda y gimiendo como una loca en su cama, porque sabía que nunca olvidaría ese momento.

Río se sentía febril, deseada, y más mujer de lo que nunca había imaginado en brazos de aquel gigante, que la envolvía como si quisiera fundirse con ella eternamente. ¡Dios bendito! Si con solo refregarse contra él había estallado, cómo sería tenerle dentro en todo su esplendor con aquel cuerpo que deseaba más que el aire.

Bajo el agua cada uno pensaba en el otro; bajo el agua solo podían sentir y recordar las sensaciones provocadas por su amante; bajo el agua todo parecía menos complicado que fuera de ella; bajo el agua un hilo invisible los estaba uniendo firmemente, sin miedos, ni dudas. ¿Pero qué pasaría al día siguiente cuando las brumas del deseo se hubieran apaciguado? ¿Volverían la indecisión y el temor a aceptar lo que sus corazones gritaban cuando estaban cerca? ¿Habría esperanza en un futuro juntos, en lugar de la inquietud de no querer reconocer lo que de verdad estaba ocurriendo entre ellos?

Solo el destino tenía la respuesta. Pero ese destino estaba sellado desde hacía mucho tiempo por alguien con eones de sabiduría.

Y llegó el día siguiente, en el que al fin Aitor se levantó temprano y al llegar a la biblioteca suspiró aliviado al encontrarla abierta. El conde pasó por su lado silbando y esta vez le dio una palmada en la espalda, riendo por lo bajo.

—Ahora sí puedes trabajar con libertad —afirmó antes de pasar a su despacho.

—Gracias, señor conde.

Cuando entró se encontró con Roble, que estaba colocando en la mesa de trabajo el cuadro de *La vendimia* que le había dicho el conde.

—¡Buenos días, señor psicólogo! No hace falta que coloques el cuadro, ya puedo hacerlo yo solo.

—Ya se ha ido Rí o de la lengua, ¿no? ¡La madre que la parió! —Se cruzó de brazos molesto.

—Solo un poco. Tienes que estar orgulloso de tu carrera, no esconderlo, Roble.

—Aún no he conseguido lo que quiero, así que no tengo de qué sentirme orgulloso —confesó decaído.

—Si dejaras que la gente que te quiere te ayudara, sería mucho más fácil, ¿no crees? —Le tomó por los hombros con afecto.

—No, Aitor, quiero hacerlo solo. Mi abuela y mi madre se han sacrificado toda la vida por mí, ya es hora de devolverles el favor. No voy a aceptar ni los ahorros de mi abuela ni un préstamo de Rí o o del conde — continuó sin dar su brazo a torcer.

—Tú sabrás lo que haces. Pero a veces hay que dejar el orgullo a un lado y aceptar la mano que te ofrece tu gente. Yo estoy aquí gracias a la ayuda de mi padre, que es amigo del conde hace muchos años, y tuve que aceptar lo que me ofrecía porque no encontraba otro trabajo que me permitiera sobrevivir.

—Tú no lo entiendes, Aitor —negó impaciente.

—Creo que yo te entiendo más que nadie. No nací en una cuna de oro precisamente, Roble. Le debo a mi padre incluso la vida, por eso dejo que me ayude cuando ya no puedo hacerlo solo. —Le miró severo—. Somos afortunados de tener una familia que nos cuide y sé que para ti Rí o es como tu hermana.

—No es orgullo, Aitor, es que quiero demostrarme a mí mismo que no soy un perdedor como el cabrón de mi padre —murmuró con la voz quebrada.

—¡Tú no eres un perdedor ni por asomo! —Le tomó por los hombros y le dio un fuerte abrazo—. Tienes un par de huevos tan grandes como el Alcázar.

—Sé que tardaré mucho más sirviendo copas, pero quiero probar unos meses hasta que pueda juntar el dinero para irme a Madrid. Necesito intentarlo al menos antes de rendirme a lo evidente.

—Tienes las puertas de mi casa abiertas de par en par si decides venir, aunque al principio tendrías que dormir en mi sofá, solo tengo un dormitorio y no nos veo pasando las noches juntitos en mi cama de matrimonio. —Bromeó para hacerle reír.

—Gracias, tío, eres un buen amigo.

—Siento no poder ayudarte con dinero, pero a mí tampoco me sobra y como muy tarde este trabajo se acabará a primeros de septiembre, así que tendré que buscar uno nuevo. —Comenzó a preparar los pinceles para empezar con el cuadro.

—Podrías quedarte en Sevilla, a lo mejor tienes más oportunidades.

—Mi vida está en Madrid y allí es donde volveré —repuso serio cuando pasó por su mente el recuerdo de Río.

—¿Y qué pasará con ella? —preguntó Roble taladrándole con la mirada.

—¿Con quién? —Se hizo el tonto mientras examinaba la parte superior del cuadro.

—Con quién va a ser, con Río.

—Bueno, seguiremos siendo amigos como hasta ahora y supongo que mantendremos el contacto, aunque sea por *mail* —le contó desviando la mirada.

—¿Amigos? ¡Venga ya, Aitor, vosotros sois mucho más que amigos! —Se rio a carcajadas—. He visto vuestra reacción babeando cuando estáis cerca.

—Que Río sea una mujer preciosa y ahora nos llevemos bien no significa nada, Roble. —Intentó despistarle.

—Ya, y yo soy el primo hermano de Freud, ¡no te jode!

—¡Otro como mi padre!

—Así que hasta tu padre que es fraile se ha dado cuenta de lo obvio.

—¿Y qué es lo obvio, listillo? —Ya estaba empezando a enojarse.

—Que estás enamorado de Río hasta las trancas, macho.

—Estás loco, Roble, ¿lo sabías? —le atacó mordaz.

—Yo estaré loco, pero tú no te atreves a reconocer lo evidente, Aitor.

—¿Y tú te atreves a decirle a Mariajo lo coladito que estás por ella? Porque en tu caso sí que es evidente —replicó testarudo—. Deja de montarte peliculitas románticas conmigo y déjame trabajar, anda. Llevo mucho retraso.

—Eres idiota, Aitor, y yo también —reconoció entre risas—. Pero tú me superas con creces, Vikingo.

—Si no te vienes a Madrid, sí que serás imbécil del todo, amigo. —Le despidió con una mueca de burla antes de que se marchara.

Pero cuando se quedó a solas, un pellizco de incertidumbre le decía que Roble no se equivocaba. Que Río se estaba convirtiendo en algo muy

peligroso para su propio corazón y, como quien ahuyenta las nubes de tormenta, alejó aquella funesta idea que persistía en su cabeza de que se estaba enamorando de ella.

Decidió concentrarse en el cuadro, que era lo más urgente en ese momento.

Con un esquema piramidal, aquella pintura de Goya era de las más alegres, con el grupo que componía la estampa de un caballero que ofrecía un racimo de uvas a su dama, sentados sobre un pretil con un niño que alzaba los brazos hacia el racimo y la mujer tras ellos con un cesto sobre la cabeza repleto de la olorosa fruta. El paisaje representaba un cielo azul brillante con los campos en los que recolectaban los trabajadores como fondo inferior.

Afortunadamente, estos últimos cuadros eran los que menos trabajo de restauración tenían, porque solo debía dar más luz al paisaje de los campos para resaltar un poco más a los trabajadores y los vestidos de las mujeres, limpiando la suciedad de la tela.

Ensimismado en el trabajo, perdió la noción del tiempo hasta que llamaron a la puerta.

—Adelante —invitó a entrar a quien fuera.

—Buenas tardes, Aitor, el almuerzo ya está listo. —El blanco bigote de Eugenio apareció por la puerta.

—Voy en un momento, gracias, Eugenio.

Aitor dejó los utensilios ordenados y los pinceles que utilizaría en un bol con agua limpia y salió de la biblioteca.

Cuando llegó al salón recordó demasiado tarde lo que le había dicho Río y se encontró a todo el mundo de pie alrededor de la mesa. Unos segundos después gritaban como posesos: «¡Feliz cumpleaños, Aitor!».

Blanca le dio un achuchón de abuela de esos que te dejan sordo y Eugenio un caluroso abrazo. Roble le palmeó la espalda removiéndole el flequillo y el conde le dio un fuerte apretón de manos sonriendo con los ojos brillantes, lo que llamó la atención de Aitor. ¿Parecía emocionado su jefe?

Río le felicitó la última con un formal beso en la mejilla como la que no rompe un plato y que el Vikingo se tomó a guasa, disimulando para que su padre no lo notara. Aunque se iba a vengar de su compinche en cuanto la pillara desprevenida.

La comida, que era todo un banquete con la estupenda ensaladilla rusa de Blanca, marisco en abundancia y cerveza y copas de manzanilla, que adoraba el conde, transcurrió entre risas y un ambiente relajado y feliz.

Aitor no esperaba tantas muestras de afecto de aquella gente a la que casi podía llamar familia, por el cariño que habían despertado en él desde el principio y cuánto se habían desvelado por él. Para cuando los regalos llegaron apenas podía contener un nudo en la garganta.

Blanca le había tejido una chaqueta de suave lana color verde botella enorme, que le hizo dar carcajadas. Eugenio le había regalado una bufanda de cachemir en rojo vino preciosa.

—Muchas gracias a los dos, de verdad. Pero, Blanca, ¿cuántas madejas de lana has usado, mujer? —le preguntó divertido.

—Ocho, *mi arma*. Y se me rompieron dos agujas, ¿es que eres muy grande, hijo mío! —Le miró con los ojos empañados—. Así me recordarás cuando estés en el frío de Madrid.

—Te recordaré siempre, Blanquita, con frío o sin frío. —Besó sus manos con ternura.

Roble le regaló un CD recopilatorio de Queen que le llegó al alma y el conde un maletín de cuero precioso, que agradeció avergonzado.

—Esto cuesta una fortuna, señor conde. No creo que merezca tanto.

—Te mereces mucho más, Aitor, acéptalo sin reparos, por favor.

Río se acercó la última con una caja enorme. Abriéndola sin quitarle los ojos de su preciosa boca, descubrió un estuche de madera de caoba con toda una colección de pinceles nuevos y los utensilios que necesitaba para restaurar.

—¡Oh, Río, qué maravilla! —comentó asombrado, precisamente de todos los regalos eso era lo que más necesitaba.

—Me he fijado que tu equipo necesitaba una renovación como el comer, Vik... —Casi se le escapó como lo llamaba en la intimidad poniéndose colorada—. Aitor.

—Mil gracias —le habló, levantándose de la mesa y agachándose para besarla delicado en una mejilla.

—Bueno, creo que es hora de volver al trabajo. Este ha sido uno de los mejores cumpleaños de mi vida, no tengo palabras para agradecerlos tanto

cariño.

—Deberías tomarte la tarde libre, Aitor, pero como sé que no lo harás porque eres tan agónias como yo, al menos tómate el café y luego sigues —le pidió el conde con una sonrisa.

Aquella fue la señal para que Roble apareciera con una tarta de chocolate enorme, en la que había una vela con el número cuarenta encendida.

El Vikingo se sonrojó, tapándose la cara entre risas por la que estaban liando. Pero ante los ojos de sus nuevos amigos que tanto le querían, cerró los suyos un instante para pedir un deseo y sopló la vela ante los aplausos y el coro de voces cantándole «cumpleaños feliz».

—Ha sido precioso, pero, ya que hoy es mi día, tengo una pequeña petición. Por favor, Río, cántame algo. —La miró con los ojos radiantes de deseo.

El conde se puso tenso, haciendo un amago de acercarse para impedirlo, pero se quedó de piedra ante las palabras de su hija.

—¿Desea el señor alguna melodía en especial?

—Lo que prefiera la bella dama será perfecto.

—Muy bien —contestó su compinche suspirando alegre y empezó a cantar.

*María pensó que el amor
era un mandamiento de dos
y esperando el primer beso
se hace vieja ante el espejo
y limpia su llanto
maquilla sus heridas
y se le va la vida...*

Mientras escuchaba aquella hermosa voz que le tenía hipnotizado, las lágrimas de Río cayeron libres, al igual que ella lo era al fin en ese momento. Las de Aitor corrían a raudales por su cara, porque sabía la declaración que estaba haciendo, y en lo más hondo de su alma sintió que quería oír la dulce voz de Río el resto de su vida.

Al terminar aquel momento mágico se levantó y no le importó estrecharla entre sus brazos delante de todos para protegerla, para impedir que ningún

otro malnacido volviera a hacer daño a aquella mujer y, aunque le diera miedo reconocerlo en el rincón más escondido de su alma, quería que fuera suya para siempre.

Todos estaban emocionados, pero el conde seguía profundamente impresionado, aguantando un sollozo que apenas podía contener. Para disimular su turbación, se puso a cortar la tarta que Blanca y Eugenio repartieron en platos mientras Río iba a la cocina para llevar el café.

El teléfono de Aitor sonó y salió al pasillo para contestar.

—Hola, papá, ¿cómo estás?

—¡Feliz cumpleaños, hijo! Estoy muy bien, echándote de menos, pero bien. Es el primer cumpleaños que no pasamos juntos.

—Prometo compensarte a la vuelta. Por cierto, no veas qué follón me han montado aquí con tarta incluida. —Se rio—. Estoy rodeado de ternura.

—Esa es la mejor razón que podrías tener —respondió Damián enigmático.

—¿Estás queriendo decirme algo que no pillo, papá?

—No me hagas caso, es que hoy estoy emocionado. —Suspiró al otro lado de la línea—. Anda, vuelve a la fiesta y disfruta, cariño. Te quiero.

—Y yo a ti. Cuídate mucho. —Le lanzó un beso, extrañado de la melancólica actitud de su padre.

Regresó al salón, donde el ambiente era más alegre que momentos antes y devoró dos pedazos enormes de tarta que Blanca le obligó a comer, aunque no tuvo que insistir demasiado porque el chocolate era su adicción particular.

—Ahora sí que debo regresar al trabajo —anunció una hora después.

Volviendo a darles las gracias a todos, se dispuso a salir, pero el conde le detuvo en la puerta.

—Ven a mi despacho, será solo un segundo.

Aitor se acojonó de veras, ¿habría notado algo más que amistad entre él y Río? Esperaba que no fuera a echarle una bronca monumental, porque se había dado cuenta de la tensión del conde mientras ella cantaba.

En el despacho, con la puerta cerrada, el conde le observó con gesto severo.

—Mi hija siempre ha adorado cantar desde pequeña y encima Dios le dio una preciosa voz. Pero un día dejó de hacerlo, antes incluso de romper con

Álvaro y no volvió a cantar ni siquiera en presencia nuestra. —Aitor escuchaba en silencio—. No sé qué le has hecho a Río desde que viniste, pero te doy las gracias de todo corazón, porque hoy he vuelto a ver a la chica que nunca debió desaparecer. El regalo de su voz ha sido también mío.

—Ella es simplemente una mujer increíble, yo no he hecho nada —respondió conmovido.

—También quería hablar contigo, porque a mediados de julio estoy invitado a una gala benéfica para la lucha contra el cáncer y me gustaría que nos acompañaras a Río y a mí.

—Será un placer, señor conde. Una de mis mejores alumnas sobrevivió a una leucemia bastante grave.

—Lo siento mucho. ¿Y se ha recuperado del todo?

—Sí, es una chica muy valiente. Incluso me obligó a darle clases particulares en el hospital para preparar los exámenes de ese año. Ahora está en el último curso.

—Me alegro mucho, Aitor. Quedamos en eso entonces, le dejo trabajar tranquilo.

—Muy bien, señor.

El conde observó al gigante que salía por la puerta de su despacho con orgullo, cada vez le gustaba más.

Aunque deseaba hablar con Río a solas, decidió adelantar un poco más el cuadro. Ya solo le quedarían los dos Murillo tras acabar ese y la colección estaría restaurada por completo para sus dos exposiciones.

Cuando se dio cuenta de aquella afirmación, un hondo pesar anidó en su pecho ante la amarga verdad. Terminar el trabajo significaba volver a casa y despedirse para siempre de su compinche.

Cerrando los ojos con melancolía, se dio cuenta de cuánto iba a echarla de menos, porque solo de pensarlo le dolía terriblemente el corazón.

Pero su vida estaba en otro lugar, su mundo era uno muy distinto del de Río. La aristocracia a la que pertenecía, aunque ella deseara mantenerse lejos de ellos, era su herencia y su futuro. Algún día sería la condesa de Teba y debería velar por el patrimonio de su familia.

Aitor venía de una vida donde las apariencias y la alta alcurnia no significaban nada, donde, a pesar de ser un hombre culto, jamás se sentiría

cómodo entre la gente de alta cuna.

Pero había algo más: nunca permitiría que nadie pensara que podía estar junto a Río por su dinero o por un título. Que le movía el simple interés, cuando en realidad empezaba a aceptar que lo que sentía por ella era aquella maldita palabra que empezaba con «A».

3 Es la carne de pollo, cerdo y ternera que se usa en el puchero andaluz, parecido al cocido. Se mezcla con chorizo y morcilla del guiso y se unta en el pan. El plato debe su nombre a la forma de comerlo, pringándote los dedos.

Capítulo 12

¡Mi alma por un hueso!

Aitor prefirió cenar una ensalada que le trajo Eugenio a la biblioteca, para no entretenerse y perder la magnífica luz que entraba por los ventanales, cuando aún eran las nueve de la noche. Adoraba el verano sevillano porque le hacía descubrir un mundo de color y unos olores inolvidables que no tenía en Madrid.

Mientras comía estuvo buscando un lugar que hiciera especial su primera vez con Río cuando llegara el momento oportuno, y al fin lo había encontrado, así que reservó la mejor habitación que tenían en el hotel para después del evento del cáncer. Quería tener suficiente intimidad y estar en un terreno neutral para que no se sintiera cohibida por hacer el amor en su casita o a escondidas en el dormitorio de Aitor, con el riesgo de que los pillara el conde.

Al terminar salió para estar un rato de charla inocente con ella, si era capaz de mantener las manos alejadas de su cuerpo. Iba por el jardín muy cerca de la casita, cuando recibió el aviso de dos *mails* que le hicieron sonreír de oreja a oreja.

Escuchó ladridos y la voz de Río por la parte de atrás y se acercó curioso.

Justo cuando traspasaba la valla trasera, una bola con manchas salió disparado hacia él, o más concretamente a sus partes nobles, contra las que chocó la cabeza al echarle las patas.

—¡Joder, qué puntería tienes!

El escuálido perrillo que una vez rescató había dado paso a un hermoso ejemplar que había crecido bastante en los últimos días y al que no veía mucho, porque Río se lo llevaba a la clínica con ella para sus vacunas, el pienso medicinal que comía y las vitaminas que le daba.

Se agachó a acariciarle las orejas y el bodeguero aprovechó para lavarle la cara como si no hubiera un mañana.

—¡Puaj, no hagas eso, enano! —le riñó con asco, aún le costaba acariciarle el suave pelo, no digamos que le llenara la cara de babas.

Al oír el tono enfadado de Aitor, el perrillo dio un lastimero gemido y

empezó a lloriquear pegando la cabeza a su pecho.

—¡Mira que eres bestia, Vikingo! No le grites con ese vozarrón, que lo asustas, hombre. —Salió en su defensa agachándose junto a él.

—Es que odio que me chupe la cara. —Se defendió, fulminando con la mirada a Tobi.

—Solo dile «no» con firmeza, pero sin gritar y mirándolo a los ojos. Es un cachorro de cinco meses, aún debe aprender. Prueba la próxima vez antes de soltar tu mala leche.

—¡Aún no he entrado a tu casa y ya me estás riñendo! Te portas mejor con ese saco de pulgas que conmigo —refunfuñó, levantándose del césped.

—Creo que a él le domaré mucho antes que a ti. —Se burló, sacándole la lengua mientras le invitaba a pasar.

Cuando estaba distraída cogiendo una cerveza de la nevera, Aitor la abrazó por la espalda dándole la vuelta y en un santiamén la cogió en brazos y la sentó sobre la encimera con él entre sus piernas.

—Quiero saborear esa preciosa lengua con la que te cachondeas de mí —le susurró, apoderándose de su boca.

Estuvieron unidos con besos profundos que les hicieron suspirar de placer, hasta que Aitor, en un instante de sensatez antes de despojarla de la ropa y poseerla allí mismo, se separó de ella mordiéndose los labios.

—No había venido para este acoso y derribo. —Se disculpó, recorriendo su espalda con los dedos.

—Pues has estado muy ansioso de probarme para que no fuera tu intención —le picó, levantando una ceja con cara traviesa.

—Si no me hubieras provocado sacándome esa lengua tan rosada...

—Cada vez eres más sinvergüenza, que lo sepas —declaró tirándole del espeso flequillo. Adoraba el color de su pelo—. Pero yo tampoco puedo resistirme cuando hueles tan bien después de la ducha. ¿Y a qué venías entonces?

—Ya es hora de que conozcas a una gente muy especial para mí. —Miró su reloj.

—Creía que solo yo era especial para ti. —Sintió un ramalazo de celos.

—Y lo eres, pero de otra forma. —Le guiñó el ojo—. ¿Son celos lo que acabo de escuchar, compinche?

—Más quisieras, Vikingo —contestó, apartándole y bajándose de un salto de la encimera.

Mientras Aitor se reía con un deje de orgullo, se fueron al salón y se sentaron juntos en el sofá con las cervezas y un enorme bol de ganchitos en la mesita.

—Tengo una cita en cinco minutos —le contó, sacando su móvil y conectando Skype.

Al rato después de decirlo, aparecieron en la pantalla Quino y Milena gritando: «¡Cumpleaños feliz!».

—Hola, cuarentón, ¿cómo te sientes siendo tan viejo ya? —Se mofó Quino con una carcajada.

—¡Serás cabrón! Ríete, que tú los cumples en octubre. ¿Qué tal estáis? Os veo fantásticos y Milena cada vez más bonita.

—¡Ay, Vikingo, qué ganas de achucharte tengo! —le dijo su amiga emocionada conteniendo un sollozo.

—Yo también, cielo.

Cuando escuchó cómo la llamaba Aitor, Río se sintió fuera de lugar y fue a levantarse, cuando él tiró de su muñeca y la volvió a sentar muy pegada a él.

—Chicos, os presento a Río, es la hija del conde. Ellos son mis amigos de alma: Quino y Milena —soltó el rubio volviendo el móvil hacia su compañera.

—Hola, Río. No sabía que los bombones salieran a la calle con el calor de Sevilla —la piropeó Quino.

—Hola, guapa, no dejes que mi marido te intimide. Es que se las da de macho español, hija. Pero tiene razón, eres preciosa —le dijo Milena con cariño.

—Tú no lo eres menos, Milena. No sabía que eras argentina. —Su acento era inconfundible y la dejó sorprendida.

—Sí, soy una chica de la pampa. Pero he vivido desde jovencita en España, aunque nos vinimos a mi país cuando nos quedamos el invierno pasado sin trabajo —le explicó con un brillo triste en los ojos—. Allí dejamos a nuestro querido Aitor.

—Lo siento mucho, chicos —se lamentó Río con sinceridad, se les veía una pareja adorable y que querían mucho a su amigo.

—¿Y el trabajo bien? —preguntó Aitor.

—Genial, tío. Nos han hecho una ampliación de contrato por otros seis meses y cuando acaben seguramente nos darán la plaza. Somos profesores de arte como Aitor —le contó Quino a la veterinaria.

—Me alegro mucho, chicos. Pues su padre y el resto de la familia del palacio me han hecho un cumpleaños estupendo. Aunque no he dejado de echaros de menos ni un segundo —se le quebró la voz—, hace tantos años que celebramos nuestros cumpleaños los tres juntos.

—Intentaremos que algún año volvamos a hacerlo, cariño —repuso Milena, limpiándose las lágrimas—. Bueno, grandullón tenemos que irnos al trabajo en media hora. Te mandamos cuarenta tirones de orejas desde Argentina, ¿vale?

—Vale, cielo. Voy a empezar a juntar una hucha para ir a veros en cuanto pueda, prometido, chicos.

—Ha sido un placer conoceros. —Se despidió Río.

—También lo ha sido para nosotros, y cuida a la bestia parda que tienes sentado contigo. Te lo dejo encargado, Río. —Bromeó Quino con una carcajada.

—Te aprovechas porque no puedo darte collejas desde aquí, cabroncete, si no te ibas a enterar. —Se rio su amigo lanzándoles un beso de despedida—. Cuidaos. Os quiero y os echo mucho de menos. —Cortó la conexión mirando con melancolía la pantalla.

—Se ve que te quieren a rabiar. —Le acarició la cara haciendo que volviera los ojos hacia ella.

Una lágrima descendió por la mejilla de Aitor, pero antes de que se la limpiara avergonzado de que le viera llorar ella se la bebió con un suave beso. Rodeándole entre sus brazos puso su cabeza sobre la de él, que no pudo evitar un sollozo contra su cuello.

En aquel momento, Río descubrió que le dolía profundamente la tristeza de aquel hombre que tanto se preocupaba por ella, que sería capaz de beberse sus lágrimas a oleadas y asombrada descubrió que estaba perdidamente enamorada de él hasta la médula.

Cerró los ojos y le consoló entre arrullos como un niño grande, hasta que alguien se acercó acurrucándose sobre el regazo de Aitor. Una bola con

manchas y cara de pícaro, que puso la cabeza sobre el enorme pecho del gigante y le daba pequeños lametones en las manos. Pero esa vez el humano no le apartó asqueado por su húmeda lengua, sino que le acogió apretándole suavemente contra él con el brazo que no rodeaba a Río, sintiendo el calor de aquel cuerpecito que había salvado y una oleada de amor por aquella inocente criatura y la mujer que le estaba enseñando a quererle.

Cuando se hubo calmado, se alejó con pesar del calor de los brazos de Río, con Tobi aún en su regazo.

—Siento el espectáculo —le dijo con un rastro de timidez sin apenas mirarla a los ojos.

—No tienes que disculparte, Aitor. ¿Cuántas veces me has visto llorar y me has consolado? —Le acarició la pronunciada barbilla con ternura.

—Supongo que ha sido un momento de bajón, se me pasará. No te preocupes. —Hizo amago de levantarse, pero la bola de pelo seguía sin moverse—. Enano, ya puedes bajarte, ¿sabes?

El perro le miró bostezando y volvió a acurrucarse pasando olímpicamente de él. Aitor aprovechó que estaba hecho un ovillo para cogerlo, lo dejó en el sofá con rapidez y se levantó antes de que volviera a echársele encima.

—Debería irme, ya es tarde y hoy ha sido un día agotador, Río. —Le cogió la mano acariciándole los nudillos.

—Gracias por presentarme a tus amigos, Vikingo. Son una pareja increíble. —Le sonrió con aire soñador mientras le acompañaba a la puerta.

—Buenas noches, preciosa.

Agachando la cabeza enredó sus manos en la melena de su compañera y mordisqueó sus labios lentamente, haciéndola suspirar. No quiso profundizar el beso porque sabía que esa noche se sentía demasiado vulnerable y podía cometer el error de perder la razón en la calidez del cuerpo de Río, sin ser el momento oportuno. Así que, guiñándole un ojo, le dijo adiós y salió al jardín.

Una vez en su dormitorio, recibió una notificación de Instagram cuando ya estaba metido en la cama. Al abrir el vídeo dio una carcajada feliz.

Todos sus alumnos encabezados por Ana le cantaban «Cumpleaños feliz» desde su clase, aquella donde tantos momentos estupendos había pasado con

ellos, y la emoción le pudo, volviendo a derramar lágrimas cuando se despidieron con un «Te queremos, profe».

Se dio cuenta de que, distraído con el trabajo, no había pensado en cuánto echaba de menos enseñar de nuevo, ver las miradas curiosas de sus alumnos al contarles anécdotas de los grandes pintores, o el agradecimiento de uno de ellos cuando lograba hacer un trazo difícil, después de explicarle la técnica las veces que necesitara.

La restauración era un trabajo intenso, meticuloso y que requería mucha paciencia. Pero enseñar se llevaba en el alma y Aitor tenía corazón de profesor por vocación. Los añoraba muchísimo y no lo había notado hasta ese momento. Sentía una profunda nostalgia de su casa, de Quino y Milena, de sus tardes en la cafetería de Lavapiés, donde tantas veces había preparado la clase del día siguiente, con la ilusión de un chiquillo.

Pero estaba más cerca el retorno a Madrid en pocas semanas y eso le consolaba y provocaba inquietud a partes iguales. ¿Y si cuando estuviera en casa echaba de menos a Río con la misma intensidad que ahora su vida anterior? ¿Es que nunca volvería a ser feliz como antes?

Con aquella duda consumiéndole, al fin se durmió tras apagar el móvil, pero sus sueños fueron agitados. Aunque un ángel de cuatro patas sabía que estaba inquieto, por eso el pequeño Tobi se había escapado de casa de Río sin que lo vieran y ahora se escondía bajo la cama de Aitor, esperando que su sueño fuera profundo para subirse a la cama y acurrucarse junto a su pecho, lo que hizo minutos después cuando le oyó roncar.

En su dormitorio, Río aún podía sentir el fornido pecho de Aitor entre sus brazos, como si su propio cuerpo estuviera familiarizado desde siempre con él. El arrebató del hombre le había conmovido hasta las entrañas, y ya no podía engañarse a sí misma, porque había estado a punto de decirle «te quiero» mientras lloraba.

Por suerte, se había contenido segundos antes de que sus labios pronunciaran aquel temido par de palabras que significaban tanto para ella. Porque había comprendido en ese instante que la clase de amor que había sentido por Álvaro no tenía comparación por esa sensación que ahora le llenaba el corazón de júbilo, deseo y ternura.

Ahora sabía que lo de su antiguo prometido no había sido más que necesidad, dependencia y miedo a quedarse sola por no tener a un hombre a su lado. Pero aquello no había sido amor en absoluto, porque un canalla como Álvaro jamás la había tratado con el respeto, el cariño y el mimo con que Aitor la cuidaba.

Río presagiaba que aquel Vikingo rubio y encantador como un pirata de novela había removido los cimientos de su vida para siempre, que estaba convirtiéndola en una mujer más madura, más fuerte y preparada para aceptar a otro hombre en su vida. La lástima era que Aitor no podía ser ese hombre añorado, porque en poco tiempo se iría de su vida al acabar el trabajo. Al menos había sido sincero poniendo los límites bien definidos a su extraña relación, sin mentiras.

Pero dolía, dolía como una herida punzante que la estaba destrozando por dentro, saber que amaba a aquel hombre del que solo podría tener su cuerpo, pero no su corazón.

Y decidió entre amargas lágrimas que atesoraría todos los momentos que les quedaran por vivir hasta su marcha, guardándolos en sus recuerdos para siempre, reviviendo aquellos dulces momentos en sus pensamientos cuando ya no estuviera con ella, del único hombre que había amado realmente en toda su vida. Porque Río tenía muy claro que jamás le obligaría a pedirle un amor que Aitor no podía sentir y menos por compasión hacia ella.

Por la mañana, algo suave rozó la cara de Aitor y, todavía adormilado, creyó que aún estaba entre los brazos de Río, acurrucándose contra ella. Cuando abrió los ojos despacio, las orejas de Tobi estaban pegadas a su cara y sus labios sobre el cuello del perro.

—¡Pero qué haces aquí, enano! —Le empujó hacia un lado con un sobresalto.

El perro, ni corto ni perezoso, se estiró como si hiciera yoga con sus largas patas y bostezó echándose sobre él como si no le hubiera reñido.

—¡Fuera, no te quiero en mi cama! —le soltó cabreado, cogiéndolo con cuidado entre sus manos y bajándolo al suelo.

Tobi subió las patas sobre el colchón y le miró con carita de pena, pero Aitor fue intransigente.

—Tú duermes en casa de Río, no aquí. En cuanto desayune te llevo con ella —le advirtió, rascándole una oreja mientras se sentaba en la cama.

El perrillo pareció obedecerle cuando le pidió que se sentara en el suelo mientras se duchaba, y allí seguía muy tieso al salir, como si no fuera un sinvergüenza de cuidado.

—¡Buen chico, Tobi! Si te portas bien te traeré algo rico de desayuno, ¿vale? —Se agachó, lo cogió en brazos y lo llevó al cuarto de baño para que no hiciera ningún destrozo—. En seguida vuelvo.

Aitor salió en busca de Río, pero Eugenio le dijo que había salido muy temprano por una urgencia, así que desayunó rápido café y un poco de fruta. Tendría que esperar a que ella volviera para dejar al perro en la casita.

Al regresar a la habitación, abrió la puerta del baño y comprobó satisfecho que todo estaba en su lugar. Con el perrillo entre sus brazos, fue a la cocina y encontró a Blanca ajetreada con los preparativos del almuerzo.

—¡Hola, cariño! —La abrazó mimoso—. ¿Tienes algo de comer para este pillo? Río está en una urgencia y no puedo dejarlo en la casa hasta que llegue. El muy bribón no sé cómo, pero se escapó y esta noche ha dormido en mi cama.

—Claro, guapo. Hola, Tobi, ¿quieres un poco de pollo de anoche?

—Anda, enano, que Blanca te va a cuidar como a un rey. ¿Qué hago con él? Tengo que ponerme a trabajar y no puedo dejarlo entrar en la biblioteca.

—Pues aquí en la cocina tengo un lío tremendo con los menús, estoy esperando que traigan la compra y debo organizar la despensa. Espera un momento... —Salió al pasillo.

Minutos después traía algo en las manos.

—Este es el cinturón de una bata que ya no uso, lo iba a tirar. Podrías atarlo a algo en la biblioteca mientras Río no viene y así trabajar tranquilo.

—¿Y si se mea en algún mueble? —preguntó preocupado.

—Tendrás que estar pendiente, hijo. Hoy no puedo ayudarte, lo siento.

—Gracias de todas formas, Blanca, tendremos que apañarnos con esto Tobi. ¿Me avisas cuando vuelva Río, por favor?

—En eso sí puedo ayudarte, grandullón. —Sonrió, pellizcándole la barbilla.

Aitor esperó a que el perro terminara de devorar los restos de pollo

asado de la noche anterior y, rezando para que el conde no apareciera, entró en la biblioteca con su peludo botín.

—Enano, por tu bien y por el mío, espero que no se te ocurra hacer trastadas, ¿de acuerdo? —Le ató con el cinturón envuelto por la barriguita a una de las sillas, que colocó al fondo de la biblioteca, cerca de donde él pintaba.

El perrillo emitió un lloriqueo cuando Aitor se alejó para sentarse ante el último Goya que tendría listo esa misma semana, con un poco de suerte.

Los lloriqueos se convirtieron en gemidos mientras el profesor trabajaba. A medida que fueron pasando los minutos, subieron de volumen, poniendo de los nervios a su compañero humano, hasta que dio un fuerte ladrido que le sobresaltó.

—¡No ladres, Tobi! —le regañó, acercándose a él intentando hacerle callar.

De pronto recordó lo que le había dicho Río, que dormía con la camiseta con la que le hirieron, que no había perdido su olor por mucho que Blanca la lavó. Cogió un trapo limpio de los que usaba para secar los pinceles y, refregándose las manos sobre él, se lo puso al enano delante.

Mano de santo, Tobi se calló al instante abalanzándose con las dos patitas sobre el trapo y mordisqueándolo feliz.

Aitor respiró por fin, y siguió con la limpieza del cuadro y dando más color muy despacio a las zonas que faltaban.

Una hora después su pérfido enemigo volvió a lloriquear con carita de sueño.

—A ver qué te pasa ahora. —Se acercó a rascarle las orejas. El perrillo le lamió la mano con tristeza intentando que lo cogiera—. Está visto que hoy no trabajo contigo.

Lo desató de la silla, lo llevó hasta el taburete donde se sentaba y volvió a atar el cinturón a la pata de la mesa de trabajo. Después, se quitó los zapatos y puso a Tobi entre sus pies desnudos, acurrucado en el suelo.

—Necesito las dos manos, así que nada de estar en brazos —le advirtió muy serio—. Si eres bueno te daré un regalito, enano.

El cachorro se conformó dando un suspiro y haciéndose un cálido ovillo entre los enormes pies de Aitor. Un rato después se quedó dormido sin dar

más la lata, así que Aitor pudo trabajar tranquilo. De vez en cuando acariciaba con los pies la barriguita del perro, que era muy suave y calentita, lo que le provocaba una sensación relajante que disfrutó.

Ensimismado en el cuadro, no se dio cuenta de que habían llamado a la puerta hasta que alguien la abrió. Cuando levantó la cabeza, Río le miraba divertida desde el umbral.

—¡Joder! —Se sobresaltó—. ¡Entra y cierra!

—¡Vaya bienvenida que me das! —contestó, haciendo lo que le pedía.

—¿Te has fijado lo que tengo aquí abajo? —le preguntó sin poder moverse para no despertar al cachorro.

—¡Vikingo, tú siempre al grano, eh! —Se rio colorada.

—¡Ja, ja! No en la zona que estás pensando, cariño. —Le señaló abajo—. En mis pies.

—¡Ay, Dios! —Se tapó la cara abochornada por el ridículo que acababa de hacer al agacharse bajo la mesa y descubrir a Tobi.

—¿Qué hace aquí? ¿Lo sabe mi padre?

—No, pero si no sales de ahí debajo va a pensar que estás haciendo otra cosa y te aseguro que el perro le va a importar una mierda —dijo divertido, asomándose por el lado para verla arrodillada.

—Este pequeñajo es un granuja. —Lo miró con ternura, mientras se le caía la baba.

—¡Oh, no! —El profe se mordió los labios notando demasiado calor—. ¡Serás cabrón! ¡Me ha meado los pies! —Se echó atrás con asco.

El cachorro se despertó al sentirse húmedo, y se estiró como un gato.

—Oye, Vikingo, ¿le has sacado a hacer pis esta mañana? —Cogió al perro bajo el brazo antes de que se liara a marcar los muebles.

—No, la verdad es que le di de desayunar con Blanca y me puse a trabajar. —Se levantó y entró en el baño de la biblioteca para lavarse los pies en el lavabo.

—¿Y ha aparecido esta mañana en el palacio? Juraría que anoche cerré la puerta a conciencia.

—Enano, ¿te parece bonito mearme después de dormir en mi cama? —Le tiró suavemente de una oreja al volver.

—Entonces se escapó anoche. ¡Tobi, eso no se hace! —Le besó la cabeza

divertida—. Si yo no duermo con el Vikingo tú tampoco.

—¿Estás celosa de tu perro, Río? —La cogió por la cintura pegándola a su pecho.

—Un poquito. —Miró hacia arriba con picardía.

—No te impacientes, estoy preparando una sorpresa que tendrás muy pronto. Y yo voy incluido en ella —respondió meloso, acercándose a su boca, momento que esperó el tercero en discordia para meterse en medio de los dos y lamerlos.

—¡Tobi! —gritaron al unísono entre carcajadas.

—Enano, esta boca es solo mía. —Le tapó la cara al perro con una mano, mientras enredaba la otra en los rizos de Río y le daba un beso devastador.

—Por favor, llévatelo antes de que tu padre me corte los huevos por tenerle aquí —le pidió, soltándola sin ganas. Estaba deseando que llegara la noche de su sorpresa.

—Por cierto, es tu perro no el mío. ¿No te has dado cuenta de que se muere por estar contigo, Vikingo? —Se despidió en la puerta.

—¿Y tú no te mueres por estar conmigo? —susurró, llegando hasta ella en dos zancadas mientras sus ojos recorrían su cuerpo descarados.

—Yo más que el perro. —Le guiñó el ojo sacándole la lengua.

—Ya te cogeré por sacarme la lengua —le dijo bajito viéndola alejarse por el pasillo con aquel trasero que estaba volviéndole loco.

Al fin la mitad del cuadro estuvo listo a última hora de la tarde, pero le quedaba la otra parte, que esperaba acabar en unos días. Aunque se sentía agotado, estaba satisfecho del resultado, puesto que el Goya había quedado más nítido y vivo que antes.

Deseando ducharse, llegó a su dormitorio, se despojó de la ropa sudada y la metió en el cesto. Al abrirlo, descubrió el estropicio de Tobi al sacar las camisetas comidas por los bordes y llenas de pequeños agujeros de los dientes del cachorro.

Se había dedicado a comerse la tela que había visto sobresalir del cesto, a la que llegaba sin problema poniéndose de pie con aquellas patas tan largas que tenía.

—¡Yo mato a este perro!

Aquella noche Aitor estaba cansado, con los ojos doloridos de tantas horas pegado al cuadro y prefirió tomar un poco de gazpacho en la cocina para cenar ligero antes de irse a dormir.

Sabía que su presa estaba cerca y lo esperó en la cama. Minutos después, unas orejas de punta aparecieron junto a la cama en la oscuridad del cuarto y Aitor encendió la luz y se asomó frente a Tobi. El fuerte soplado que le dio en el hocico le hizo caer hacia atrás con un gañido asustado.

—¡Fuera! —Le señaló primero a él y después a la puerta.

El pequeño se sentó pegado al suelo con las orejas agachadas en señal de sumisión. Cuando Aitor se bajó de la cama con una de las camisetas destrozadas en la mano y se acercó, el perrillo empezó a gemir y lloriquear temblando hasta el rabito. Entonces se dio cuenta de que el pobre animal estaba esperando una paliza. Tiró la camiseta enfadado consigo mismo por ser tan torpe y bajó la mano muy despacio hasta acariciarle las orejitas.

—Tranquilo, pequeño, no voy a pegarte —le habló bajito, cogiéndolo entre sus brazos y sentándose con él en el suelo.

Acariciándolo con ternura, le volvió de frente.

—Tobi, no puedes estar pegado a mí, soy el peor dueño que podrías encontrar y ni siquiera sé cómo funciona un cachorro. —Los ojitos del animal estaban fijos en su mirada—. Haremos un trato, te daré todos los trapos viejos que quieras si no te comes ninguna camiseta más, ¿vale?

Tobi respondió con un ladrido como si lo hubiera entendido a la perfección. Y echó la cabeza bajo la barbilla de Aitor, pegándose a su pecho con aquel cuerpecito cálido que tanto había sufrido.

Cogió el móvil de la mesilla y llamó a Río.

—Si buscas a un truhan de orejas puntiagudas está en mi cuarto —le dijo cuando sonó su voz.

—Se escapa por la ventana de la cocina subiéndose al taburete, ¿te lo puedes creer? Acabo de darme cuenta al ir al cuarto.

—Te aseguro que me lo creo. ¿Puedes venir a por él?

—¿Y por qué no dejas que duerma contigo? Sale a buscarte porque no quiere estar sin ti.

—¿Y si se mea en la cama tengo permiso para cargármelo? —Bromeó notando cómo el perrillo se quedaba dormido sobre él.

—Ya ha hecho pis, no te preocupes. Y lo otro también. Mañana prometo recogerlo en cuanto me levante para que no se entere mi padre.

—Estás compinchada con tu perro.

—Mi único compinche eres tú, Vikingo. Y es tu perro, no el mío. Ya te ha elegido como su humano, por si eres tan zoquete que todavía no te has enterado.

—Se olvidará de mí en cuanto le encuentres una buena familia que lo adopte —replicó obstinado.

—No quiere una familia, te quiere a ti.

«Como yo, Aitor», pensó suspirando al otro lado de la línea.

—Buenas noches, compinche —Se despidió melancólica.

—Adiós, pequeña malvada. Descansa, cariño.

Se levantó con cuidado de no despertarlo, colocó al cachorro dormido a los pies de su cama y se acostó rendido.

Por la mañana muy temprano, Río llamó suavemente con los nudillos a la puerta, entró rápido y la cerró a su espalda.

—Ya te has levantado, Vikingo. —Se asomó a la cama revuelta donde dormía Tobi en un rincón, acurrucado sobre las sábanas.

—Buenos días, madrugadora —susurró a su espalda.

La visión que tuvo Río al darse la vuelta la dejó sin habla. En la entrada del cuarto de baño, Aitor la contemplaba con los brazos en alto sobre el marco de la puerta, desnudo y cubierto aún con decenas de gotas de agua que se deslizaban por aquel cuerpo de dios griego.

Río quiso ser una de aquellas gotas que bajaba bordeando sus anchos hombros, recorriendo sus pronunciados bíceps, marcando aquel pecho de suave vello rubio casi inapreciable de lejos, fornido, en el que vibraba un corazón de hombre enamorado que ella desconocía. La argolla de oro brillaba sobre el pezón atrayéndola como un hechizo, sin poder apartar los ojos del hombre que la volvía loca de deseo y de un secreto que no podía desvelar. El vientre plano donde la rosa de los vientos a un lado acompañaba a la otra cicatriz para siempre, que tanto miedo por su vida le había hecho padecer, le hizo bajar la vista hacia el nido de rizos rubios. La potente erección que enmarcaban la hizo sentirse hermosa y deseada más que nunca en toda su vida.

—Me gusta que me mires de esa manera tan hambrienta. —Se acercó despacio, disfrutando de los ojos de Río clavados en él.

Cuando estuvo frente a ella sus manos se enredaron en los suaves rizos, y bajó la cabeza para oler su perfume, mientras Río le abrazaba la cintura y rozaba los labios contra su pecho bebiendo el agua que tenía el sabor del hombre que amaba.

En ese momento, Aitor pensó que quería tenerla siempre entre sus brazos unida fuertemente a él, protegerla de cualquier daño y a poder ser completamente desnuda, le recordó su dolorido pene.

—Cariño, si te aprietas más contra mí, te destrozaré la ropa y te poseeré en esa cama con perro incluido —musitó en su oreja con voz grave—. Y lo mismo empalo hasta al perro como no se quite. —Le guiñó un ojo riendo.

Río dio una carcajada y aún estaba abrazada a Aitor cuando alguien llamó a la puerta. Los dos se sobresaltaron y el Vikingo le tapó la boca suavemente con la mano.

—¿Quién es? —preguntó alarmado.

—Siento la hora tan temprana, ¿puedo hablar un segundo contigo, Aitor? —resonó el vozarrón del conde al otro lado.

—Un momento, señor, estaba saliendo de la ducha. —Se inventó rápido.

Río se puso nerviosa, si su padre la descubría en el dormitorio con él desnudo y encima con Tobi de trío, se iba a montar una buena. Corriendo hacia la cama, cogió con cuidado al cachorro que dormía profundamente y miró a Aitor sin saber qué hacer.

—Métete en el baño —susurró llevándola por la cintura—. Y no hagáis ruido, sobre todo el enano. A ver si despacho pronto a tu oportuno padre.

—Vikingo, te olvidas de algo —le dijo divertida en la puerta. Él la miró extrañado—. Sigues en pelotas, aunque por mí puedes estar todo el día si quieres. —Le sacó la lengua y cerró.

Justo antes de escuchar llamar al conde de nuevo, se puso unos vaqueros y se metió por la cabeza la primera camiseta que encontró sobre la silla.

—Buenos días, señor. Pase, disculpe el desorden. —Le hizo entrar.

—Buenos días, Aitor. Te traigo la acreditación para la gala del cáncer que me han enviado. —Se la ofreció en un sobre cerrado.

—Gracias, señor.

—¿Qué tal llevas los cuadros? ¿Cuántos te faltan por terminar?

—Todos los Goya estarán listos esta misma semana, estoy trabajando en el último. Quedan los dos Murillo, pero a primeros de julio me gustaría empezar con uno de ellos —le informó, sospechando que de pronto tenía mucha prisa.

—¿Recuerdas al hombre del museo que vino cuando te desmayaste? —Aitor asintió sin comprender—. Me ha pedido si podemos adelantar la primera exposición para la segunda semana de agosto, en un pase especial con las mejores familias de Sevilla. ¿Crees que podrás acabar los otros cuadros a tiempo?

—Creo que sí, aunque puede que tengan bastante trabajo, señor. Intentaré darme toda la prisa que pueda.

—Me alegra escucharlo. Siento este cambio de última hora, pero es una oportunidad muy importante que no debemos desaprovechar. Eso era todo, te dejo desayunar tranquilo. —Se despidió saliendo.

—Que tenga buen día, señor. —Cerró la puerta, cerrando los ojos con pesar.

En el baño, Río sintió un nudo en la garganta. Su Vikingo se marcharía mucho antes de su lado si la exposición se adelantaba.

—¡Por poco nos pillá! —Disimuló al volver al dormitorio con el perrillo, que acababa de despertarse en sus brazos.

—Tendré que trabajar un poco más —fingió Aitor como si no le doliera en el alma lo que significaba la petición del conde—. Pero no te preocupes porque mis planes contigo siguen en pie, aunque no duerma el resto del tiempo.

Un halo de esperanza llenó los ojos de Río al escucharle.

—¿Y qué planes son esos, Vikingo? —preguntó ansiosa, ofreciéndole que cogiera a Tobi, que gemía echándole las patas.

—Noches de lujuria y pasión, compinche. —La miró con cara de canalla cogiendo al perro.

—Te tomo la palabra, compinche —contestó, intentando que los ojos no se le llenaran de lágrimas. Solo sexo, debía recordar esa máxima una y otra vez para no acabar con el corazón destrozado.

—Toma mi boca como adelanto, cariño. —La atrapó por la nuca

besándola despacio, saboreando sus labios como un maestro que consiguió hacerla gemir en segundos.

Cuando se separaron, alguien más quiso participar en las caricias, olisqueándoles la cara y moviendo el rabo nervioso.

—¡Oh no, Tobi! —clamó Aitor alzando la voz.

El enano estaba tan feliz que un enorme reguero de pis le empapó el pecho hasta los vaqueros.

—¡Llévate a este meón o lo convertiré en salchichas! —Se lo dio, oliendo asqueado la camiseta.

—Esa es su manera de decirte que te quiere, acaba de marcarte —le dijo divertida antes de abrir la puerta.

—A ti sí que te voy a marcar con mis dientes como te sigas cachondeando —le habló bajito, dándole una palmada en el trasero.

—No hables tanto que se te va la energía por la boca. —Salió al pasillo y se asomó.

—A ver si eres tan valiente cuando te tenga entre mis piernas, desnuda y caliente. —El cálido aliento del hombre en su oreja cuando la tomó de la mano la excitó tanto como sus lascivas intenciones.

Contoneándose para que se prendara de su trasero, se marchó pasillo abajo ante la mirada de Aitor, que volvía a estar duro como una piedra y tuvo que volver a meterse en la ducha, esta vez con agua bien fría.

Pero provocarla con sus insinuaciones no desataba el nudo de dolor que se había instalado en su corazón tras la propuesta del conde. Sabía que intentar engañarse a sí mismo era una tontería, amaba a Río y el tiempo con ella que le quedaba tenía los días contados.

Entre ellos no había promesas, ni quería que las hubiera, porque él no era el hombre que le convenía. Debían disfrutar de ser amigos y jugar en la cama, pero no podía volver a hacerle daño comprometiéndola a algo que no podía tener con él.

Siempre había sido sincero con ella hasta ahora. Debía seguir fingiendo que aquella preciosa y dulce mujer no era en realidad lo más hermoso e importante que le había ocurrido en la vida.

Marcharse antes de lo previsto sería lo mejor, porque no sabía si sería capaz de estar más meses a su lado sin gritar a los cuatro vientos el secreto

que guardaba.

Después de desayunar solo en el salón, volvió a encerrarse en la biblioteca para acabar el último Goya cuanto antes. A final de mes logró tenerlo listo, pero sabía que debía imponerse una dura disciplina para terminar el resto de los cuadros.

Julio llegó, con Aitor absolutamente concentrado en el trabajo y dispuesto a disfrutar de uno de sus pintores preferidos.

El primer Murillo era el *Muchacho con un perro*. De estilo barroco, era tan realista que parecía que el chiquillo saldría de la tela de un momento a otro.

Aunque con menos trabajo que los Goya, debía limpiar a fondo de mugre el cuadro y realzar prácticamente todo el colorido. Así que se puso con la tarea de limpieza, ensimismado en lo que hacía y no en una dama de claros ojos grises que tenía clavada en el alma.

Durante varias jornadas, casi no salió de la biblioteca salvo para comprar unos tubos de óleo que necesitaba. Le habían recomendado una tienda de la ciudad en la que tenían de todo y cogió el coche en un viaje relámpago, pues no quería desatender el trabajo demasiado.

La noche siguiente era la gala.

Cuando ya había comprado lo necesario y andaba calle abajo para volver al coche, se fijó en el cartel de un local con la fachada de estampado de tigre, que llamó su atención. Decidido, entró y preguntó a la dependienta por lo que tenía en mente. Afortunadamente le quedaban varios modelos de lo que necesitaba y se decantó por el rojo.

Satisfecho con aquel golpe de suerte, regresó al palacio para seguir con el trabajo en plena concentración.

Río se había probado medio armario, ante el coro de silbidos de sus mosqueteras, hasta que dio con el vestido que quería.

De color rosa palo, con un escote palabra de honor recubierto de encaje blanco en el borde superior, le llegaba hasta los tobillos y se abría en una pequeña cola por atrás, acentuando su figura de sirena y la cintura estrecha como una muñequita de porcelana.

—¡Ese, ese! —gritó Patri entusiasmada.

—¡Menudo dolor de huevos va a tener el Vikingo cuando te vea! —Daba palmas Lola con una carcajada.

—Ese te empotra hasta el techo en cuanto te coja, hija mía. ¡Qué suerte tienes, coño! —se lamentó Mariajo en broma.

—Chicas, solo vamos a la cena. La misma en la que estaréis vosotras, os recuerdo. Es algo benéfico, serio y donde guardaremos las formas todos. —Las miró fingiendo inocencia y aguantando la risa.

—Vale, pero tú ve guardando esto en el bolso por si acaso —la avisó Patri, sacando una larga hilera de condones.

—¡La madre que os parió! ¿Pero dónde vais con tantos? —Se rio a carcajadas poniéndose colorada—. Ni siquiera sé cuándo me dará la sorpresa que prepara.

—Que te va a dar lo tuyo y lo de tu prima, eso te lo garantizo. Pero tú ve preparada no vaya a ser que te quedes con las ganas por no llevar condones, Río. Seguridad, ante todo. —Mariajo tan previsora como siempre.

—Además, nos hemos cerciorado de que sean los más grandes que había en la farmacia, que con la tranca que tiene el Vikingo no le vaya a cortar la circulación y os joda la noche. —Se burló Lola midiendo un tamaño enorme con las manos.

—Te echaremos el vaginesil para después, chata —terminó de rematar Patri.

—¡Qué exageradas sois! ¡Ni que fuera virgen, leches!

—No, virgen no. Pero este es capaz de abrirte el tercer ojo si se lo propone. —Le enseñó Mariajo el tubo de crema sin inmutarse.

—Y tú, Lola, ¿qué te vas a poner? Ya me estáis enseñando vuestros vestidos.

—Si no se le salen a tu padre los ojos de las órbitas cuando aparezca con el mío, es que no tiene sangre en las venas —se mordió los labios traviesa—, o se le va toda para el mismo sitio.

Las tres abrazaron a la loca de Lola con cariño, deseando que los sueños con el conde se hicieran al fin realidad.

Como si estuvieran en la pasarela Cibeles, se dedicaron la tarde del viernes a organizar su propio salón de belleza en el de Río.

Aitor daba los últimos retoques a su corbata frente al espejo del dormitorio. Con un traje chaqueta azul marino, el chaleco a juego junto con la corbata y la camisa celeste pálida que resaltaba debajo, dio el visto bueno a su aspecto. Se había peinado con la raya a un lado y el pelo engominado hacia atrás, y afeitó cualquier rastro de la barba de varios días que llevaba mientras trabajaba, dejando la piel de su rostro tersa y suave.

Se echó un poco de perfume de Hugo Boss, se puso los zapatos oscuros y salió de la habitación para reunirse en el jardín con Roble, Río y las chicas. Todos iban a la cena, excepto Blanca y Eugenio, que también habían sido invitados por el conde como parte de la familia del palacio, pero que ellos rehusaron, porque Blanca no se sentía cómoda en aquellos ambientes tan exclusivos.

Un coro de silbidos se escuchó cuando apareció en la entrada. Al verle tan guapo con aquel traje que le sentaba como un guante, haciéndole aún más alto, Río suspiró extasiada.

Aitor no apartó los ojos de ella hasta que quedaron frente a frente, recorriéndola desde el moño en el que encerraba sus rizos, hasta aquel vestido que le daba un aire de princesa de cuento, enmarcado por los tacones rosados con los que podía llegar hasta su hombro.

—Estás bonita a rabiarse, cariño. —La besó en la mejilla, conteniéndose para no devorar sus labios jugosos de fresa.

—Gracias —se sonrojó—, a ti te van a comer con los ojos todas las mujeres del hotel hasta la más ciega.

—Solo me interesa que me comas tú —le habló contra su cuello para que no le escucharan los demás.

—¡Eh, no estáis solos, chicos! —gritó Roble divertido.

—¡Qué buena pareja hacéis! —Los contempló Patri orgullosa.

—Y cómo se nota que no está el conde por aquí. Si no estaríais a dos metros el uno del otro. —Constató Lola, agarrándose del brazo de Patri.

—Anda, vámonos que no podemos llegar tarde. —Les metió prisa Mariajo.

—El resto de señoritas estáis preciosas, que me he dado cuenta. —Sonrió el Vikingo con una reverencia.

—¿Y a mí no me dices nada, tío? —Roble se dio una vuelta que el resto

coreó entre vítores. Estaba impecable con su traje negro.

—A ti te reservaré el primer baile, guapo. —Se cachondeó el rubio tirándole un beso.

Todos se repartieron en el coche de Río y Aitor y pusieron rumbo a la ciudad, dispuestos a pasárselo en grande. Tenían planeado irse de marcha juntos para reunirse con el marido de Patri, en cuanto pudieran largarse de la cena.

Capítulo 13

¡Arde Sevilla!

El hotel Alfonso XIII era el marco perfecto para aquella gala en la que lo mejor de la sociedad sevillana se reunía cada año para recaudar fondos para la lucha contra el cáncer y chismes para contar en las calurosas noches del verano que aún no terminaba.

Cuando el grupo llegó, dejó los coches en el aparcamiento privado; la mayoría de los invitados estaban dentro del hotel.

Al entrar en el lujoso salón donde se celebraba el evento, Aitor quedó impresionado por la belleza del lugar. El techo recubierto de madera y artesonado dorado, en el que destacaban las enormes lámparas de cristal y las columnas de mármol beis que adornaban los arcos de las puertas y ventanas, cubiertas con cortinajes verdes que guardaban el frescor de la sala, era digno del rey que daba nombre al hotel.

Las mesas con níveos manteles dispuestas a lo largo de todo el salón contaban con numerosos camareros de blanca librea para atender a los comensales.

Al fondo, el conde esperaba impaciente junto a uno de los ventanales con cara de pocos amigos. Cuando Río atravesó el salón para llegar hasta su padre, Aitor escuchó los murmullos de las señoras, que la miraban con desprecio y sus maridos con lascivia... y no le gustaron ninguna de aquellas miradas.

—Padre, doy mi pequeño discurso y nos vamos. —Se acercó hablándole bajito.

—Llegas con retraso. —La contempló severo—. ¿Qué es eso de irte? ¿Ni siquiera esta noche vas a cenar conmigo?

—Sabes perfectamente que odio estar aquí. Voy a salir con las chicas y Aitor. Daré tu premio y tu maldito discurso para guardar la compostura que tanto te importa y después me largo —acabó tajante.

—Río, ¿te has parado a pensar alguna vez que esto forma parte de tu legado también? —La tomó por el brazo con firmeza, atrayéndola hacia la ventana lejos de miradas indiscretas.

—Aborrezco ese legado tanto como a ellos. —Señaló hacia el salón con la cabeza.

—Igual que a mí, ¿verdad? —preguntó con miedo, intentando que no le temblara la voz de emoción.

—Tú lo has dicho, padre —respondió con rabia, soltándose bruscamente de su mano. El conde la dejó marchar sintiendo que un abismo de tristeza y dolor le consumía lentamente.

Río regresó con las chicas, disimulando su turbación ante Aitor, pero el Vikingo no tenía ni un pelo de tonto y la miró de reojo preocupado.

—¿Falta mucho para que des tu discurso, cielo? —le preguntó acariciándole la cintura con los dedos con disimulo—. No quiero que estés incómoda.

—En un cuarto de hora, en cuanto se siente toda la gente para comenzar la cena —le informó, dando un sorbo a la copa de champán que Aitor le ofreció.

—Río, ¿has vuelto a discutir con tu padre? Parece triste. —Lola no podía dejar de sentir una inmensa lástima por el conde, aunque quisiera con toda su alma a su amiga y, para qué engañarse, a su padre aún más.

—Lo de siempre, cariño. No te preocupes. —Le apretó la mano con dulzura.

El conde subió al estrado que habían montado mientras el público tomaba asiento en cada mesa asignada. No le había quitado ojo a Lola desde que entró detrás de Aitor. Estaba preciosa con aquel llamativo vestido de gasa de tirantes y pedrería en color malva, que resaltaba su piel y su melena, que llevaba más larga ese verano. Un vestido que ceñía las curvas que el pobre Cristóbal deseaba desde el incidente en el jardín y con las que había soñado cada noche.

El grupo de Río se sentó en la mesa frente al estrado con Aitor siempre cerca de su hija. Cristóbal, que era perro viejo, ya se había dado cuenta de la atracción entre los dos, porque la cara del madrileño cuando estaba junto a ella se transformaba en algo que él mismo había sentido una vez. Y, lejos de alarmarse, le gustó pensar que ese hombre profesional, serio y responsable, quizás pudiera lograr el milagro de convertir a su pequeña en la que era cinco años atrás. Porque de lo que no tenía ninguna duda es de que Río también sentía algo por el gigante que velaba por ella como si fuera su guardaespaldas,

solo tenía que fijarse en la mirada llena de ternura que le dirigía cuando creía que nadie se daba cuenta.

Intentando concentrarse en el público, levantó la cabeza para encontrarse con los ojos oscuros de Lola, que le saludó con una sonrisa tímida. Él le devolvió el saludo, enarcando una ceja mientras mantenía su mirada unos segundos en un juego de poder que ninguno estaba dispuesto a perder, hasta que ella bajó la cabeza rindiéndose para concederle una pequeña tregua.

—Damas y caballeros, es un placer celebrar con ustedes esta gala benéfica otro año más —pronunció con voz profunda—. Sin más dilación, vamos a proceder a la mención de honor de la empresa más solidaria de este año.

Río se levantó con orgullo, pues era su coraza frente a los murmullos que subían de tono en el salón y subió al estrado recibiendo de manos de su padre el sobre cerrado.

—Buenas noches, señoras y señores. La lucha contra el cáncer es una batalla que, lejos de terminar, está en su momento más álgido. Pero esa batalla ha tenido muchos paladines para combatirla y esta noche premiamos al mejor de ellos. —Abrió el sobre, sacó la tarjeta y se quedó paralizada en silencio.

Su padre la miró alarmado, se acercó a ella y maldijo por lo bajo al descubrir el nombre que había en la tarjeta.

—El señor Santiago de Guzmán y señora —logró pronunciar su hija, controlando su agitación con un esfuerzo titánico.

Aitor supo que algo iba mal cuando se fijó en el temblor de manos de Río al coger la placa que le ofrecía su padre, quien se había puesto tan pálido como ella.

Del fondo de la sala surgieron comentarios de sorpresa, mientras un hombre alto y grueso, de cabello cano con espeso bigote y su esposa, delgada como un palo y con gesto agrio en su rostro maquillado en exceso, se acercaban al estrado.

—Este premio sería un gran honor, señor conde —dijo con voz aflautada, ridícula en un cuerpo tan grande—. Si no viniera de unas manos manchadas de ignominia.

—¿Cree que mi esposo y yo podemos aceptar que la mujer que traicionó a mi hijo nos lo entregue? —Se abanicó con energía—. ¿La que llenó de

vergüenza nuestra casa entregándose como una vulgar ramera?

—¡No les consiento que insulten a mi hija! —Levantó la voz el conde, enfrentándose al marido cara a cara, con los puños apretados por la furia.

—¿Tenías que humillarme trayéndoles aquí? —gritó desesperada, bajando a trompicones el estrado para salir corriendo por la puerta más cercana.

Aitor se levantó como un vendaval y salió tras ella, mientras sus amigos dejaban sus asientos con rapidez para marcharse también. Río era un mar de lágrimas cuando el Vikingo la abrazó por la espalda, ya fuera del hotel.

—Tranquila, cariño, estoy aquí. —La apretó contra su pecho—. Nos vamos.

—¿Cómo ha podido hacerme esto, Aitor? —Sollozó desconsolada aferrándose a su chaqueta.

El conde apareció en la entrada con el rostro desencajado y corrió hacia la pareja.

—Hija, lo siento mucho, cariño. —Intentó acariciarle el pelo, pero ella se soltó de Aitor y le dio un manotazo—. Te juro que no sabía que era el ganador.

—¡No te atrevas a tocarme! —chilló con un ataque de nervios—. ¡Te odio con toda mi alma!

—Hija, no me digas eso —le suplicó con los ojos anegados en lágrimas—. Hablemos, por favor.

Las chicas habían llegado, Patri y Mariajo se la llevaron para tranquilizarla mientras Aitor se apartaba con su padre.

—Cristóbal, cálmate, que te va a dar algo. —Le tomó de los hombros con afecto—. Escúchame, me llevo a Río. Esta noche que se quede con Patricia. Tú intenta serenarte y volver a casa. No estás en condiciones de conducir, ¿llamo a un taxi?

—Después de esta noche la he perdido, Aitor. No me perdonará esto nunca —se retorció las manos agobiado—, ¿qué puedo hacer?

—Déjala en mis manos, prometo cuidarla. —Le abrazó sintiendo una gran compasión por él—. Ella te quiere muchísimo, no lo dudes. Pero guarda muchos secretos y no soy yo quien debe contártelos.

—Ya no confía en mí para hacerlo —confesó angustiado.

—Yo me quedaré con él, Aitor. Le llevaré al palacio —decidió Lola, conmovida por la escena y dividida entre padre e hija.

—Dale tiempo. Daos tiempo a los dos, Cristóbal. —Le palmeó la espalda antes de dejarle para ir tras Río—. Cuídale, Lola.

—Lo haré, no te preocupes.

Aturdido, el conde se quedó mirando cómo Aitor se marchaba en busca de su hija. Notó que Lola le cogía la mano y le tomaba de la barbilla para que la mirara.

—Ven conmigo, necesitas una copa.

—Lola, no quiero volver al hotel —susurró agobiado.

—No vas a volver, te voy a llevar en taxi a palacio y allí te podrás emborrachar. Y si quieres hablar, me quedaré para escucharte. —Le sonrió esperanzada.

—Hoy soy una pésima compañía, te lo advierto. Pero esta noche no quiero estar solo, no podría soportarlo —musitó, agachando la cabeza como un hombre derrotado.

—No pienso dejarte solo, Cristóbal. —Le acarició la mejilla con ternura, llevándole de la mano hasta la parada de taxis.

En el *parking*, Río estaba sentada en el capó de su coche rodeada de las chicas y Roble, cuando Aitor llegó a su lado después de colgar el teléfono.

—Cielo, tienes que relajarte, pero no estás en condiciones de salir de marcha. —Le acarició el cuello, que tenía tenso.

—Lo que necesito es emborracharme precisamente para olvidar esta horrible noche —respondió con rabia.

—Chicas, idos con Roble y tu marido —le comentó a Patricia—. Yo tengo planes para Río, estará bien, os lo prometo.

—¿Seguro que no nos necesitaréis? —Roble tenía los nervios a flor de piel después de ver a su amiga tan alterada.

—Garantizado, amigo. Marchaos tranquilos.

—Voy con ellos, ¡quiero una botella de ron para mí sola! —siguió terca, dispuesta a largarse con su grupo a donde fueran.

—Tú te vas a venir conmigo. ¿Quieres olvidar esta noche? Perfecto, pero el alcohol no entrará en la ecuación —le advirtió Aitor, levantándola en

volandas del coche.

—¿A dónde narices me llevas? —Le golpeó el pecho airada.

—Ya lo verás. Di adiós a las chicas. —Vio alejarse a sus amigos entre risas.

Sin hacer caso de las quejas de su compinche, la llevó en brazos a su propio coche aparcado enfrente, abrió la puerta y la metió dentro con cuidado de no golpearla contra el techo. Enfurruñada, se mantuvo en silencio mientras Aitor conducía hasta el centro silbando. Paró en su destino media hora después y la miró entusiasmado.

—Río, te prometo que vas a olvidar lo malo de esta noche —le acarició la cara señalándole la entrada a un precioso hotel donde aparcó—, porque pienso hacerte el amor hasta que pierdas la cordura.

Ni siquiera le dio tiempo de ver cómo se llamaba, porque, abriéndole la puerta del copiloto, la sacó del coche y la llevó de la mano al interior a toda prisa. En la recepción, la chica alta del mostrador le sonrió.

—Hola, acabo de hacer una reserva de la *suite* por la que pregunté para esta noche —dijo Aitor, enseñándole su carnet y la tarjeta de crédito.

—Ya está todo preparado, señor. Aquí tienen su llave, es la 250. Segunda planta a la derecha. —Le ofreció la tarjeta educadamente.

—Muchas gracias —respondió el hombre mientras Río se mantenía en silencio alucinada.

—Que pasen buena noche, señores —les deseó al marcharse.

Cuando estaban montados en el ascensor los dos solos, le miró con cara de guasa.

—¿Tenías planeado de antemano pasar esta noche en un hotel?

—No, he tenido que improvisar. Había preparado algo para jugar en tu casa, pero, dado que no era buena idea que volvieras al palacio después del disgusto, decidí cambiar de idea. —La miró con cara de canalla—. Y hemos tenido un golpe de suerte porque la mejor *suite* estaba disponible.

—¿Puedo saber qué tenías preparado, Vikingo? —preguntó nerviosa mientras salían del ascensor.

—Algo que te iba a gustar mucho, cariño. Pero será la próxima vez. —Le guiñó un ojo delante de su habitación.

—No creo que esté preparada para juegos raros —dudó con aprensión.

—No tengas miedo, Río, jamás te obligaría a hacer algo que no quisieras. Y te aseguro que mi primera sorpresa será muy agradable para ti. —La tranquilizó abriendo la puerta—. Pero ahora tendrás que conformarte con esto.

Lo que apareció ante sus ojos era una impresionante *suite* en tonos blancos y rojos, con una enorme cama repleta de cojines con estampados de flores y cómodos sillones a un lado de la ventana a juego.

—¿Te gusta, cielo? —Aitor cerró la puerta esperando que su reacción fuera buena.

—¡Es una maravilla! —Se llevó las manos al pecho entusiasmada.

—Pues espera a ver el cuarto de baño. —Le ofreció la mano y la llevó hacia la puerta a su derecha.

El *jacuzzi* era gigante, podrían caber varias personas dentro. El mármol negro del lavabo doble contrastaba con la blancura del resto del mobiliario. Río se sonrojó al pensar en estar en aquella bañera desnuda con su Vikingo y se mordió los labios temerosa y excitada a la vez.

Entonces llamaron a la puerta y se sobresaltó.

—Es la cena. —La besó en la frente antes de abrir la puerta.

Un camarero joven y atractivo llevaba un carrito que dejó cerca de los sillones, y le dio las gracias a Aitor cuando le dio una buena propina.

—Encargué por teléfono unos bocadillos fríos, no has comido nada desde el almuerzo y son las once de la noche, Río. —Levantó la tapa de los platos.

—La verdad es que no tengo nada de hambre, pero tú tampoco has comido nada. —Se acercó inquieta a la ventana.

—Yo solo tengo hambre de ti —dijo con una mirada penetrante que la desnudaba—. La guardaremos para después, así cogeremos fuerzas, cariño. Pero un poco de champán fresquito nos vendría de perlas, ¿te parece?

Abrió la botella en unos segundos y llenó dos copas. Río esperaba que le diera una, en cambio el Vikingo las llevó hasta el baño.

Las dejó encima del lavabo, se acercó al *jacuzzi*, abrió el grifo y puso el agua templada. Echó un vistazo a las sales dispuestas como obsequio en el lavabo, las olió una a una y abrió la que más le gustó, vertiendo una buena cantidad en el agua.

Río apareció por la puerta mordiéndose las uñas, indecisa.

—¿Qué haces, Aitor?

—Necesito relajarme un poco, así que un baño nos sentará genial.

Ante el estupor de Río, se despojó de la ropa lentamente poniéndola en el banco que había en una esquina del baño, hasta quedarse completamente desnudo. Dando un sorbo al champán le dedicó una sonrisa lasciva.

—¿Quieres un poco, cielo? —Ella asintió tragando saliva—. Pues tendrás que venir a por él.

Dejó las copas a un lado del *jacuzzi*, cerró el grifo y se metió dentro suspirando. Sabía que para Río era difícil estar relajada en ese momento y un baño con ella donde pudiera empezar a encenderla sería un comienzo estupendo para dejarse llevar.

—Aitor, yo... hace mucho que... —vaciló intentando controlar lo nerviosa que estaba.

—Desnúdate para mí, preciosa. Me muero por verte —la animó, relajado con los brazos sobre el borde de la bañera, dedicándole una estupenda vista de su pecho húmedo.

—¿Y si no te gusta mi cuerpo? —dijo con un hilo de voz.

—Río, esta noche tu cuerpo será mi templo. No tengas miedo, cariño. ¿Quieres que te ayude?

Con aquella máxima en su cabeza, se acercó y se sentó en el borde de la bañera, mientras Aitor le acariciaba los hombros, desabrochaba el botón y bajaba la cremallera del vestido.

Se levantó para dejarlo caer hasta los tobillos y lo puso doblado en el mismo lugar que él. Muy despacio, se quitó el sujetador sin tirantes y las braguitas que dejó con el vestido, de espaldas a Aitor.

Se acercó intentando taparse los pechos y el pubis en un gesto de timidez, pero el Vikingo la tomó de las manos, la ayudó a meterse en el baño, la echó sobre su pecho y la sentó entre sus piernas, por las que sobresalía su dura erección.

—Eres lo más bonito que he visto en mi vida —le dijo al oído, besando su mejilla mientras le pasaba su copa—. Te la has ganado.

—¿No crees que sea un palo de escoba? —Volvió la cabeza para mirarle con un rastro de vergüenza en los ojos.

—Tesoro, ¿por qué iba a pensar eso de ti? —Frunció el ceño molesto.

—Eso era lo que él me decía cuando me quitaba la ropa —recordó con

dolor—. Que era un palo de escoba, flaco y sin curvas.

Aitor sintió rabia por aquel hijo de puta que había destrozado la autoestima de su preciosa chica, y, en un arrebato de amor, la abrazó apoderándose de sus labios dulcemente.

—Te juro que esta noche vas a sentirte la mujer más deseada del planeta.

Con aquella promesa, sus manos recorrieron sus pechos pequeños y perfectos haciendo que sus pezones rosados se endurecieran, mientras lamía los labios de Río haciéndola gemir. Resbalando por su cintura, los dedos de Aitor bajaron como mariposas por el clítoris, estimulándolo muy despacio, haciendo desfilas sus dedos por él en círculos con lentas caricias.

—Dame tu placer, preciosa mía —le pidió aumentando el ritmo, Río no podía dejar de mover las caderas necesitando más.

La cresta de la ola llegó segundos después, haciendo que su mujer estallara en llamas con un grito agónico, con un reguero de lágrimas que se derramaban por su cara. El Vikingo notó el sabor salado al besar su sien, le dio la vuelta preocupado, la puso frente a él y la abrazó con ternura ante los sollozos que la estremecían.

—No consentiré que ese hijo de puta vuelva a entrar en tu mente destrozándote como mujer. —Le tomó la cara entre sus manos y besó sus ojos mientras la obligaba a mirarle, porque ella intentaba esconder la cabeza en su hombro.

La cogió en brazos, se levantó, envolvió las piernas de su chica en su cintura, salió del *jacuzzi* y la sentó sobre la encimera. La dejó unos instantes sola, se secó con rapidez con una toalla y salió al dormitorio. Cuando volvió traía la botella de champán en las manos.

—¿Tienes calor, cariño? —le preguntó dando un sorbo a la botella y ofreciéndole beber.

—Sí, mucho. —Bebió ansiosa.

—Yo te refrescaré.

Echándola un poco para atrás, derramó un chorro de champán sobre sus pechos haciéndola gritar por el frío. Pero pronto los jadeos de Río subieron de intensidad, al sentir los labios de Aitor chupando sus deliciosos pezones, que lamía con sabiduría uno tras otro.

—¿Te gusta, pequeña? —Le mordió los labios con lujuria.

Ella apenas podía hablar cuando la tumbó un poco más y derramó el resto del champán sobre su sexo y, como un desesperado, la abrió de piernas bebiendo de su hinchado clítoris. Un segundo orgasmo devastador la hizo gritar como una loca minutos después, aferrando los cabellos de Aitor entre espasmos.

—Así me gusta, que disfrutes, preciosa mía. —La abrazó de nuevo, acariciándole la espalda hasta que pudo dejar de temblar de placer.

—Nunca había sentido algo así —le confesó con la voz entrecortada.

—Esto ha sido el aperitivo, cielo. Ahora viene el primer plato.

En brazos otra vez, porque no quería despegarse de ella ni un segundo, la llevó al dormitorio. La sentó en el borde de la cama, quitó los cojines y la colcha, los tiró al suelo y la subió, dejándola en el centro.

—Lo primero es lo primero. —Sonrió, volvió al baño de donde cogió una hilera de condones del bolsillo interior de su chaqueta, y regresó con Río al momento.

—Creo que yo te gano, Vikingo, ¿me traes mi bolso, por favor?

Al sacar la ristra que Patricia le había dado, las carcajadas de Aitor retumbaron en la habitación.

—¿Tendremos bastantes para esta noche, cariño? —Se echó sobre ella a lo largo de la cama.

—Eres un hombre increíble, Aitor. —Le miró risueña recorriendo su cara con las manos.

—Normalito para mi tamaño. —Bromeó, bajando los ojos a su miembro.

—Lo digo en serio, no te imaginas el miedo que tenía de ser una torpe.

—Conmigo nunca tengas miedo, Río. —Puso su frente sobre la de ella —. ¿Quieres descansar un poco o seguimos jugando?

—Ahora me toca a mí. Pero te advierto que no estoy muy acostumbrada al *Kama sutra*. —Se disculpó, mordiéndose los labios.

—Soy todo para ti, cariño. Haz conmigo lo que quieras. —Se echó bocarriba a su lado dejando bien visible su anatomía.

Río se excitó de nuevo solo con ver aquel hermoso cuerpo fuerte y viril que se ofrecía como una ofrenda a la lujuria. Curiosa, recorrió con sus labios la mandíbula de Aitor bajando por la nuez hasta su clavícula, mientras sus manos pasaban como plumas por su vientre hasta el límite de su erección, que

evitó tocar para hacerle rabiar.

Cuando rozó con su nariz el vello rubio de su pecho el hombre suspiró. Pero Río quería explorar lo desconocido y acercó los labios con timidez a la argolla de oro, haciéndole jadear de impaciencia. Con la vista fija en su reacción, lamió el pezón envolviendo la lengua alrededor de la argolla, sintiendo cómo se endurecía ante sus caricias y, recordando las palabras de Aitor, tiró con cuidado de la anilla.

—¡Ahhh! —gimió el hombre entre sus brazos echando la cabeza hacia atrás.

—¿Te hago daño? —le provocó sabiendo que sentía un intenso placer.

—Muérdeme, cariño —le suplicó, enredando los dedos en los rizos de su nuca, que caían del moño despeinado.

Río hizo lo que le pedía y aumentó la intensidad, disfrutando de la cara de deleite de su hombre. Y su mano voló hacia su miembro, que apretó solícita comenzando a masturbarle.

Los jadeos de Aitor subieron de intensidad temblando con las caricias de su chica e intentando controlar el placer para no eyacular, porque estaba al límite. Cuando sintió que ya no podía más, le cogió la mano apartándola con rapidez.

—Espera, tesoro, no podré aguantar mucho —dijo, cogiéndola por la cintura y montándola sobre sus muslos.

Sacó un condón de la hilera de la mesilla, se lo puso con manos expertas y uno de sus traviosos dedos comenzó a jugar con el clítoris de Río, haciéndola humedecerse en segundos.

—Ven y tóname, cielo. —Se ofreció impulsando su erección hacia ella.

Un rastro de turbación nubló los ojos de Río ante un desagradable recuerdo.

—¿Qué te ocurre? —Se levantó pegándola a su pecho.

—Nunca lo he hecho así, él decía que encima solo se ponían las putas —susurró angustiada.

—¡Tú no eres ninguna puta! —se enfadó rabioso—. Eres mi diosa.

Besando sus labios con ardor, la sujetó con ternura y muy despacio la montó sobre su miembro hasta entrar por completo en sus entrañas. Moviendo las caderas, Aitor empezó una danza milenaria que hizo resurgir la mujer

sensual que había permanecido en las sombras por culpa de un canalla.

El cuerpo de Río recibió toda la pasión de aquel hombre que vibraba de deseo por ella y de un amor que guardaba escondido en su corazón, aunque hablaba por él con cada caricia. Y dejó que el placer llenara su alma y su sangre, sintiendo la virilidad de su Vikingo, que pronunciaba su nombre con cada gemido, maravillada por la hermosura de su amante, hasta que el fuego de su orgasmo la hizo arder hasta el infinito. Segundos después, Aitor estalló de placer agitándose bajo sus caderas y llamando a la mujer que amaba entre los espasmos que sacudían su imponente cuerpo.

Apretándola en un cálido abrazo, la estrechó contra su pecho mientras ambos recuperaban el aliento.

—Así que según ese cabrón eras frígida. —La miró sonriendo feliz—. Pues no sabía una mierda de cómo cuidar a una mujer en la cama.

—Tú sí que me cuidas, Vikingo. —Le besó el pecho con dulzura, intentando que sus ojos no gritaran cuán enamorada estaba de él.

—Deberías comer algo, preciosa.

—¡Ahora si tengo un poco de hambre! —Se puso colorada cuando le rugió el estómago.

—Yo también, pero luego serás mi postre.

Se levantó con ella entre sus brazos y le mordió el cuello.

—¿Te has propuesto tenerme en brazos toda la noche? Quiero hacer pis.

—Para eso te dejo bajarte. Y sí, pienso tenerte desnuda entre mis brazos toda la noche. —Se rio, viendo moverse su culito hasta el baño donde cerró la puerta para tener un poco de intimidad.

Cuando salió, Aitor había preparado unos *gin-tonics* del minibar y los bocadillos estaban llamándola a gritos. Iba a sentarse en el otro sillón, pero, atrapándola por la muñeca, la dejó sobre su regazo.

—Me gusta verte comer cerca de mí. —La estrechó por la cintura y le besó la frente.

—¡Me encanta el salmón ahumado! —Se entusiasmó, dando un mordisco a su montadito y ofreciéndole un bocado a él.

—¿Tienes molestias? —Le acarició el vientre terso con los dedos—. ¿He sido muy brusco, cariño?

—Has sido muy dulce, Aitor, no te preocupes. Aunque reconozco que

tenía un poco de miedo porque hace mucho que no... —respondió turbada.

—¿Tenías contacto carnal? —Alzó una ceja divertido.

—Te ha quedado muy bíblico, Vikingo, pero es que eres tan grande que no sabía si podría acogerte después de tanto tiempo sin sexo.

—Me encanta lo de acogerme. —Le mordió los labios despacio—. Sabía que era difícil para ti, pero eres una chica muy valiente.

—¿Estoy notando algo muy duro llamando a mi puerta trasera? —Se volvió escandalizada mirando hacia abajo.

—No tengo la culpa de calentarme con solo rozarte ese precioso trasero que tienes. —Apretó su miembro contra ella.

—Para ser un cuarentón te enciendes rápido, Vikingo —ronroneó en su oído sintiéndose excitada.

—¿Acabas de llamarme viejo, Río? —Frunció el ceño comiéndosela con los ojos, mientras ella asentía traviesa—. Te gusta provocarme.

Ella se mordió una uña mirándole de reojo. Antes de que pudiera escapar, la levantó en volandas y en un par de zancadas la dejó de rodillas sobre la cama pegando el pecho a su espalda.

—¿Qué quieres que haga para vengarme? —susurró en su oído, rozándole el trasero con su miembro y alargando la mano para coger un condón que se puso rápido.

—Te quiero dentro de mí —contestó ella, tomando sus grandes manos para que le acariciaran los pechos.

—¿Así, Río? —La penetró con uno de sus dedos, sorprendiéndose de lo empapada que estaba.

—Con los dedos no... —gimió apretándose contra él.

—¿Con esto? —Sacó el dedo para jugar con la punta de su pene muy cerca de su entrada.

—¡Oh sí! —suspiró necesitada.

—Pídemelo, Río. —Le pellizcó los pezones haciéndola jadear.

—Más adentro, lo quiero todo...

Él se introdujo un pizca más haciéndola enloquecer de deseo, aguantando las ganas de embestirla.

—No es suficiente. Quiero oírtelo decir, preciosa mía. —Le volvió la cara para ver sus ojos nublados por la excitación.

—¡Fóllame, Vikingo! —gritó echándose hacia atrás furiosa porque ya no podía más.

Aitor escuchó orgulloso el grito de su mujer y la empaló de una estacada gritando con ella. Con intensas embestidas, la sujetaba con firmeza por la cintura, mientras ella chillaba y mordía la almohada antes de que todo el hotel los oyera. Sentirla vibrando con su cuerpo, con los jugos de su ardor resbalando por los muslos de Río completamente entregada al placer que le proporcionaba, lo volvió loco de deseo y, sosteniéndola con cuidado, se vertió en ella con un estertor que le quitó el aliento.

Como si fuera de porcelana, la besó en la espalda y en la nuca, abrazándola echado de lado junto a ella mientras le apartaba los rizos húmedos del rostro, contemplándola ruborizada y satisfecha. Estaban sudorosos y rendidos, pero jamás ninguna otra mujer le había hecho sentir tan hombre como ella.

—¿Ha sido bastante venganza o quieres más, tesoro? —Se burló, besándola en la mejilla.

—Ha sido muy intenso —le miró, estirándose con picardía haciendo que sus pechos se elevaran tentadores—, pero puedes vengarte de mí todo lo que quieras.

—Repetiremos cuando descanses. —Le besó el pelo, volviéndola de lado para que echara la cabeza sobre su pecho y perdiéndose entre sus brazos—. Son las cuatro de la mañana, deberías dormir un poco.

—Gracias por todo lo que me has dado esta noche, Aitor —respondió somnolienta. Le besó el hombro y dejó que su mano reposara sobre el vello suave de su pecho.

En ese instante, todo lo que en realidad sentía estalló en lo más profundo del alma de Aitor, llenando cada fibra de su ser de aquella palabra que había temido. Amaba a Río como nunca imaginó que podría querer a una mujer, necesitaba tenerla pegada a su piel tanto como estaba anclada a su corazón. Ya no podía negarlo, no solo era sexo, porque con ella había sido la primera vez que hacía el amor enamorado hasta el infinito.

Y quiso recordar ese momento para siempre. Cuando notó que Río estaba dormida, se levantó con cuidado de no despertarla. Se acercó a la mesilla de noche, cogió el bloc que había sobre ella y un bolígrafo y se sentó en uno de

los sillones para contemplarla.

Grabó en sus ojos la blancura de su piel nacarada, el frágil contorno de su cuerpo de sirena, la belleza de su preciosa cara dormida enmarcada por la melena oscura y entonces notó que la vista se le nublaba por las lágrimas.

Con dolor y frustración porque eran de dos mundos distintos (no quería hacerla sufrir prometiéndole lo que no podía cumplir, sabiendo que ya había caído en su propia trampa y que era demasiado tarde para él porque estaba loco por ella), comenzó a dibujarla con todo el amor que impregnaba sus manos.

Las lágrimas caían mientras grababa en su mente la creación que más amargura le traería, porque solo podría tenerla para siempre en ese cuadro. Cuando tuvo hecho el boceto y se había desahogado, arrancó la página y la metió en el bolsillo de su chaqueta, que aún seguía en el baño.

Después, se acostó junto a ella y la contempló arrobado hasta que también se quedó dormido.

En otra parte de Sevilla la noche había sido decisiva para otra pareja.

En la enorme cama de su dormitorio, los dedos de Cristóbal recorrían la espalda de Lola, que suspiraba dormida, como antes habían hecho el camino sus labios.

Recordó la llegada al palacio en un taxi; la había llevado de la mano hasta el saloncito de la biblioteca donde, abriendo las ventanas al frescor de la noche, cogió la botella de *bourbon* y sirvió dos generosas copas para los dos. Cuando iba a sentarse en los sillones, ella tiró de su mano para que lo hicieran en el suelo de madera.

—No seas tan formal conmigo, conde. El suelo está fresquito. —Le sonrió, recogiendo la falda del vestido hasta medio muslo, que él miró de reojo.

—Está bien. En el suelo, entonces, ya he tenido bastantes discusiones esta noche. —Se quitó la chaqueta, se remangó la blanca camisa que hacía resaltar el bronceado natural de su piel y estiró sus largas piernas junto a ella, mientras se quitaba las gafas y se frotaba el puente de la nariz.

—¿No tienes calor? Llevas los botones hasta el cuello, puedes desabrocharte, hombre, que estás en casa —le insinuó graciosa.

—¿Por qué te ríes de mí? —le preguntó, dando un buen trago a su copa.

—Porque estoy segura de que bajo esa apariencia estirada y severa se esconde alguien muy divertido.

—Ya no recuerdo cómo era divertirse ni ser feliz —comentó cabizbajo.

—Eso te pasa porque tienes la cabeza siempre llena de preocupaciones, deberías aprender a relajarte un poco. —Se atrevió a acariciarle la suave cabeza con su mano.

Aquel gesto de la chica estremeció a Cristóbal, que se dio cuenta de cuánto cariño necesitaba desde hacía mucho tiempo. Pero la naturaleza femenina era sabia y la intuición de Lola sabía que ese momento era el que había esperado siempre.

—Creo que no he hecho nada bien en mi vida. —La miró con los ojos empañados—. Soy una maldición, Lola. He dañado a todas las mujeres de mi familia.

—No digas eso, Cristóbal, eres demasiado duro contigo mismo. —Se le hizo un nudo en la garganta al ver la pena en sus intensos ojos.

—Creí que una buena posición social compensaría la falta de amor de Aurora y que el que yo sentía era suficiente para los dos. —Suspiró alzando los hombros con desgana—. Pero me equivoqué y otro hombre me dio una lección que no he olvidado: no se puede obligar a amar a nadie y ese fue el error que cometí con ella, haciéndola tremendamente infeliz hasta que me aborreció.

—¿Por eso has estado solo desde entonces? —preguntó conmovida.

—Cuando nunca te han querido, pierdes las esperanzas, Lola. Río fue el único amor de mi vida cuando su madre nos abandonó. Y ahora también he perdido a mi hija, te juro que no sabía de quién era el premio. —Sollozó, tapándose la cara con las manos.

La chica se acercó, le quitó las manos de la cara suavemente y, rodeándole con un brazo, le atrajo hacia ella para consolarle. Cristóbal desahogó su amargo llanto, aferrándose a aquella muchacha que en esos momentos era su única tabla de salvación.

—Río te quiere, no temas lo contrario ni por un segundo. Pero está dolida porque te pusiste de parte de Álvaro y no de ella, como necesitaba.

—Lola, ¿tú sabes qué pasó de verdad entre ellos? —Se limpió la cara

avergonzado de que le viera tan vulnerable, apartándose para mirarla.

—Solo puedo decirte que Álvaro no era la persona que tú creías, pero el resto debe contártelo Río, cariño.

—Eso será si vuelve a hablarme alguna vez —respondió, bebiéndose el resto del vaso de un tirón—. ¿Puedo preguntarte una cosa?

—Dime, Cristóbal —le animó, cogiendo la botella y echándole un poco más en el vaso.

—Eres una chica muy guapa. Deberías estar divirtiéndote con tus amigas por ahí, ¿qué haces aguantando a un viejo como yo?

—Pues eres el viejo más sexi que he visto nunca. —Le acarició la cara, se levantó y se montó a horcajadas sobre él con descaro—. Para su información, señor curioso, llevo años locamente enamorada de usted.

Él la miró sorprendido, notando el calor de su sexo a través de sus braguitas, pues estaba abierta de piernas encima de la dureza que empezaba a erguirse.

—Ni siquiera me conoces, Lola —repuso sin poder creérselo, dejando sus manos en la cintura de la chica para mantener a raya la tentación de tocarla.

—Te conozco muy bien porque te descubrí llorando solo escondido en el jardín, cuando creías que nadie te veía, después de aquella dolorosa discusión con Río. Porque sé que esa fachada seria y fría es el muro con el que evitas que vuelvan a hacerte daño, aunque te sientes tremendamente solo. —Levantó su barbilla para que mantuviera sus ojos en ella—. Porque conozco la parte frágil del hombre atormentado que no le muestras a nadie y esa fue la que más me enamoró de ti. Porque eres el hombre más valiente y bueno que he conocido, aunque ya no lo creas ni siquiera tú porque te sientes derrotado.

En ese instante, Cristóbal sintió que aquella chica podía ver la verdad que habitaba en su interior y por una vez sintió que estaba en paz.

—Tengo miedo de volver a sufrir, Lola —susurró emocionado, acariciándole la espalda con dulzura—. Creo que ya no sé amar.

—Pero esta vez sí eres amado, cariño mío. Te quiero, Cristóbal, como nunca he querido a nadie. Déjame demostrártelo. —Tomándole de la nuca le besó, bebiendo de sus labios como siempre había soñado.

Una oleada de deseo y esperanza vibró en el pecho del conde,

devolviéndole el beso con toda la pasión que ya no recordaba.

Y una noche de pasión sin límites es lo que hubo entre ellos. Desesperado por el deseo, desgarró el escote de Lola, se abalanzó sobre sus pechos, que devoró como si fueran maná del cielo, mientras ella desnudaba su erección y montaba sobre ella cuando le rompió el tanga con sus fuertes manos, quemándole con el fuego de su interior y haciéndoles a ambos jadear como poseídos.

Cristóbal la embistió con fuerza, aferrando su trasero para mantenerla sobre su duro miembro, sintiendo que volvía a ser un hombre de nuevo. Lo que Lola no esperaba es que su conde escondiera a un semental, que, no contento con el primer asalto en el que gritó su orgasmo contra los labios de él, la llevó medio desnuda hasta la puerta que comunicaba su despacho.

Dentro fue ella la que abrió su camisa a trompicones para morder su pecho fornido y lampiño, deleitándose con el aroma de su piel mientras tiraba de sus pantalones y la ropa interior, dejando a la vista el tesoro que guardaba entre sus piernas.

Le empujó contra la mesa cuando la dejó en el suelo, se arrodilló frente a él y tomó todo lo que quiso, volviéndole loco de deseo mientras su hombre aferraba la mesa con las manos entre gemidos de placer. Pero su conde no quería culminar en aquella boca hambrienta y, levantándola por la cintura, barrió los papeles de la mesa con la mano, y la montó encima.

La despojó de los restos del vestido, bebió de su esencia y la llevó a otro orgasmo devastador con su lengua, pero sin darle un respiro y, mirándola con un ardor que prometía mucho más, la penetró hasta el fondo una y otra vez, haciéndola gritar de placer hasta que sus propios gritos fueron apagados por sus besos, al derramarse dentro de ella temblando.

—Menos mal que eras viejo, conde. Ya quisieran muchos hombres más jóvenes hacer el amor así. —Resopló agotada cuando al fin pudo hablar.

—Mi traviesa Lola, creo que has despertado al lobo feroz. —Se burló besándola entre risas.

—Estás guapísimo cuando te ríes, cariño. —Le contempló feliz y enamorada, mientras la ayudaba a bajarse de la mesa.

—Tú sí que eres bonita. —La estrechó entre sus brazos con ternura—. Duerme conmigo esta noche, Lola.

—Llevo mucho tiempo soñando con eso, Cristóbal —le confesó, rodeándole la cintura mimosa.

—Estoy aquí, no soy un sueño. Soy real, cielo —susurró contra su boca saliendo del despacho.

Cuando se cerró la puerta de aquel dormitorio donde había reinado la tristeza, para llenarse de suspiros y gemidos de gozo, otra pareja se asomó desde la escalera sonriendo.

—Por fin lo conseguiste, mi niña. —Se alegró Blanca, abrazando a Eugenio con una enorme sonrisa.

—Ella le devolverá la felicidad, ya lo verás, mi vida.

Capítulo 14

Una pata por mí, otra por ti

El aroma del café llenó las fosas nasales de Río, que abrió los ojos somnolienta.

—Buenos días, mi dama, ¿quieres un poquito? —Descubrió a su gigante, vestido y sentado de rodillas a su lado, con una taza en la mano.

—¿Qué hora es, Aitor? —Se desperezó, cubriéndose los pechos con las sábanas.

—Te quedan tres cuartos de hora para que nos echen de la habitación, cariño. —Le ofreció otra taza de humeante café, besándola suavemente en los labios.

—¿Por qué no me has despertado antes? —Se levantó de sopetón—. Ya me extrañaba que estuvieras vestido.

—Estabas agotada y quería que descansaras, Río. Tienes tostadas en el carrito, así que ya te quiero ver comiendo para reponer toda la energía que has gastado. —Se acercó con un albornoz blanco y le quitó la sábana.

Río forcejeó con él, poniéndose más colorada con cada trozo de piel que iba revelando la tela que el Vikingo le quitaba.

—¿Por qué te da ahora vergüenza que te vea desnuda, preciosa? —le preguntó chistoso.

—Porque ahora es de día y no hay champán ni *gin-tonics*.

—Escúchame, cielo —la envolvió entre sus brazos arrancándole el último resto de la sábana—, quiero verte desnuda a todas horas, y si hace falta te emborracharé a diario antes de que operes a uno de tus bichos para conseguirlo.

—Entonces te castraré para que me dejes trabajar en paz —se burló, apretándose contra su pecho, rebosante de felicidad.

En ese momento Río no quería pensar en el futuro, ni en que sabía que Aitor se marcharía muy pronto. Solo deseaba disfrutar el aquí y el ahora, aunque no tenía ni idea de cómo sería su vida cuando no le tuviera entre sus brazos, y un nudo de amargura le aprisionó la garganta.

La envolvió en el albornoz y la llevó entre sus brazos al sillón donde la

sentó de lado en su regazo, como si fuera una niña pequeña.

«Mi niña», pensó, cayéndosele la baba porque tenía ganas de mimarla cada segundo que estaba junto a ella.

Le untó una de las tostadas con mermelada de fresa y se la puso en las manos, echándole la melena ondulada hacia atrás.

—¿Tú no comes nada, Vikingo? —Saboreó la deliciosa confitura.

—Me gustaría comerte a ti, pero no me apetece algo rápido, quiero tenerte despacio y profundo. —Le dedicó una intensa mirada que prometía sensuales placeres—. Aunque aceptaré un segundo café antes de que se duche, señorita.

Ella le ofreció la taza que acaba de llenar, rodeó su cuello con el brazo y apoyó su cabeza en la de él.

—Tienes ojeras, cariño. ¿No has dormido bien?

—Siempre que estoy en una cama que no es la mía, me desvelo hasta que me acostumbro a ella. —Mintió, disimulando que apenas había descansado un par de horas.

—¿Y has dormido en muchas camas ajenas? —Se interesó con un pequeño ataque de celos, pensando en las mujeres que le habrían tenido en sus brazos antes que ella.

—Para su información, señorita cotilla, no he dormido una noche entera con ninguna mujer, jamás. Eres la primera con la que me quedo hasta el amanecer —le confesó orgulloso—. Y aunque te parezca algo increíble, dadas mis artes amatorias —se burló entre risas—, no me acuesto con cualquiera.

—Doy fe de sus maravillosas artes amatorias, señor profesor —le dijo, satisfecha de ser más especial que el resto.

Acariciando los suaves cabellos de su nuca, que estaban más largos, le besó con dulzura apretándose contra él. Aitor profundizó el beso, enredando su lengua con la de Río, que le exigía y premiaba a partes iguales, hasta que su dura erección se interpuso entre los dos.

—Preciosa, vete a la ducha o no respondo de empotrarte contra la ventana. —Suspiró, apartándose de sus labios.

—Me debes un asalto, Vikingo, y pienso cobrármelo. —Se bajó de su regazo disfrutando del bulto en sus pantalones.

Sintiéndose mucho más segura como mujer, y para provocarle, dejó caer

el albornoz a sus pies, contoneándose hasta la ducha y riendo ante la mirada hambrienta de su gigante.

Cuando cerró la puerta del baño, fue Aitor quien tragó el nudo en la garganta que le acongojaba. Miró melancólico aquella habitación que no olvidaría nunca, donde había sentido por primera vez la pasión de aquella mujer que sentía como suya, aunque se mordiera los labios para no decírselo. Solo era sexo, se obligó a recordar, aunque los latidos de su corazón repetían «y demasiado amor»...

Media hora después, salieron del hotel cogidos por la cintura sabiendo que habían pasado la mejor noche de sábado de su vida.

Un dedo siguió el contorno de su nariz aguileña y su mandíbula, bajó muy lento por la nuez hasta el hombro, dibujando la forma de su pectoral hasta detenerse en el pezón oscuro, que recorrió en círculos.

Las cosquillas le hicieron abrir los ojos despacio a la claridad que entraba por la ventana para encontrarse con el hermoso rostro de Lola, que le miraba sonriendo.

—Buenos días, señor conde. ¿Ha dormido usted bien? —le preguntó, con la cabeza echada en la almohada y una mirada pícaro.

—Mejor que nunca. —Se volvió de lado y le acarició el hombro con su mano grande y masculina—. ¿Y tú, cielo? Por cierto, ¿crees que después de lo que ha pasado entre nosotros es normal que me digas señor conde, Lola?

—Yo he dormido muy satisfecha. ¿Y cómo quieres que te llame? —Se sentó en la cama deseando un cigarrillo.

—Cris, odio Cristóbal. Para ti seré Cris, ¿te parece bien? —le propuso, echando la cabeza sobre su vientre, blandito y suave que tanto le gustaba.

—Pero nadie te llama así, ni siquiera Río. —Le dio un beso en la cabeza y le pasó un brazo por el cuello para acariciarle el pecho.

—Por eso tú serás la única que lo haga. —Se acurrucó, mirándola risueño.

Al oír aquellas palabras, Lola sintió que la emoción le llegaba al alma y apenas podía contener las repentinas ganas de llorar que le entraron.

—Creo que será mejor que me vaya, antes de que el resto de la casa me vea. —Le apartó la cabeza con cuidado, haciendo amago de bajarse de la

cama.

—¿Irte a dónde, Lola? ¿Y qué pasa si te ven? —Se extrañó de su repentina reacción, la cogió por la cintura y la echó sobre él.

—No quiero que te sientas incómodo ante tu gente, Cris —repuso, bajando la mirada.

—¿Te arrepientes de lo que pasó anoche? —le preguntó con el ceño fruncido, tomándole la cara—. Porque yo no me arrepiento de nada en absoluto, de hecho, fue la mejor noche de mi vida.

—¿Cómo voy a arrepentirme si es lo que esperaba hace años? Sé que no les importa ni a Blanca ni al resto, pero ¿qué dirán en los círculos en los que te mueves, Cris? —Se le quebró la voz—. ¿Que ahora soy tu amante?

—¡Me importa una mierda lo que digan, Lola! Estoy cansado de mi apellido, de mi herencia y de todas las desgracias que me ha traído por guardar las formas. —Le besó la cara con ternura—. Y no eres mi amante. Eres mi chica, o mi novia, como quieras que te llame porque soy así de antiguo.

—¿Qué quieres decir, Cris? No quiero obligarte a nada por haberme acostado contigo ni porque esté enamorada de ti. —Intentó apartarse de sus brazos para marcharse.

—Vamos, Lola, ¿crees que nunca me había fijado en cómo me mirabas? ¿En esa risa explosiva que me hace sentir mariposas en el estómago cuando la escucho? ¿En lo atrevida que te muestras ante los demás y cómo te vestías para provocar alguna reacción en mí, aunque en el fondo eres muy tímida? —Sus caricias en la espalda fueron calmándola—. Yo no quiero solo sexo de vez en cuando, quiero una relación seria contigo y conocerte no solo en la cama, sino lo que guardas en ese corazón tan grande que sé que tienes.

—Cris, no quiero que te sientas presionado y sé cuánto odias los escándalos, sabes que esto se convertirá en uno tarde o temprano.

—Claro que lo sé, cielo. Dirán que soy muy viejo para ti, que podrías ser mi hija, que me quieres por mi dinero. ¿Sigo? —Ella negó con la cabeza avergonzada de todo lo que les criticarían.

—No, por favor, me duele oírlo porque nada de eso es cierto, sobre todo lo último —le pidió con los ojos cuajados de lágrimas.

—¿Sientes esto, Lola? —Le puso la mano en su pecho, en el que latía su

corazón muy fuerte—. ¿Crees que suena así solo por una noche de lujuria? Hace tiempo que me estoy enamorando de ti y el detonante fue aquel encontronazo en el jardín donde acabamos por el suelo. Lo único que importa es lo que sentimos tú y yo, ¿de acuerdo, cariño?

—De acuerdo, Cris. Es solo que no quiero que me compares con Aurora, yo jamás estaría contigo por interés y me da miedo que llegues a pensar eso por lo que digan. —Sollozó al fin.

—Mi vida, nunca te compararía con ella porque tú eres única. —La acurrucó contra su pecho sintiendo una ternura infinita por ella—. Lola solo hay una y es mía.

Limpiándole las lágrimas con sus besos, la consoló y la calmó con arrullos y mimos.

—Vamos, tesoro. Bajemos juntos a desayunar.

—Pero, Cris, me destrozaste el vestido, ¿qué voy a ponerme ahora? —Le sonrió más aliviada.

—Me encantaría verte con una de mis camisas. Así cuando me la vuelva a poner tendrá impregnado tu aroma. —Le mordió los labios con un gruñido—. Luego puedes entrar en casa de Río si quieres y ponerte algo suyo para volver a casa.

—Está bien —aceptó, estirándose voluptuosa.

—Pero ahora, señorita, solo vas a tener mi lengua sobre tu piel.

Apartando la sábana que los cubría, se echó encima de ella con cuidado de no aplastarla, dejando que notara su dura excitación entre sus piernas. Y Lola se aferró a la ancha espalda del hombre que amaba, dejándose llevar por la ola de deseo que la estremeció al sentirle dentro de ella, embistiéndola con una pasión arrolladora, llevándola al paraíso donde solo eran un hombre y una mujer amándose hasta la saciedad.

Cuando bajaron al salón, una hora después de haber continuado sus escarceos en la ducha que compartieron por primera vez, Lola tuvo una ocurrencia que le hizo sorprenderse.

—Al final voy a tener que comprar yo el Vaginesil —dijo bajito, andando un poco incómoda, con los *slips* que le había prestado y que llevaba bajo su camisa favorita.

La carcajada del conde resonó al entrar en el salón.

—Cuando te tenía contra la pared de la ducha no te quejabas, cielo —le susurró al oído, dándole una palmada en el trasero antes de que se sentara a su lado—. Pero seré más delicado la próxima vez, te lo prometo.

—Quiero que sigas siendo un salvaje, aunque me rompas en dos. No necesito que seas delicado —le dijo bajito, acariciándole la entrepierna por debajo de la mesa—. Necesito que me llegues al alma con tus embestidas, Cris.

—Como no te estés quietecita, te juro que cuando te coja te va a hacer falta un camión repleto de Vaginesil. —Paró la mano de ella entre la suya, acariciándole los nudillos.

Eugenio apareció en el salón llevando una bandeja con Blanca detrás. La sonrisa de los dos le demostró al conde que sabían más de lo que parecía.

—Buenos días, señor conde. ¿Qué les apetece tomar a usted y a la señorita Lola? —les preguntó solícito.

—Café y tostadas para mí. ¿Y tú, cielo, qué quieres? —Cris se dirigió a Lola sin disimulos, rodeándole los hombros con su brazo.

—Lo mismo, gracias. —Le miró cayéndosele la baba.

—Por cierto, Blanca, la próxima vez que queráis cotillear tened cuidado, no vayáis a caer por las escaleras. —Le dirigió una mirada socarrona.

Eugenio carraspeó colorado como un tomate, mientras su pareja se reía tan pancha.

—Ya vi anoche todo lo que necesitaba de usted, señor conde —replicó con descaro.

—¿Y te gustó lo que viste, Blanquita? —Levantó una ceja divertido para provocarla.

—Sí, mucho. —Se acercó a ellos con los ojos brillantes—. Porque vi al hombre que llevo cuidando toda mi vida, feliz y riendo después de tanta tristeza, y a la chica que lo ama consiguiendo al fin su sueño.

—Gracias, Blanca —respondió emocionado, cogiéndole las manos con cariño.

—Tienes lo que te mereces, Cristóbal. Ya era hora, hijo. —Le besó la frente con dulzura y a Lola le dio un achuchón.

—Me alegro que Eugenio y tú os llevéis tan bien, pero no os lastiméis una cadera —le soltó el conde con una carcajada.

Blanca se rio escandalizada, tapándose la boca mientras salía hacia la cocina.

—Yo sé todo lo que se cuece en esta casa, aunque no lo parezca. —Le dio un sorbo al café que había dejado la cocinera en la mesa—. No tengo un pelo de tonto, ni de listo tampoco, pero no se puede ser un dios del sexo y pedir melena, además.

La risa inconfundible de Lola estalló en el salón.

—¡Has hecho un chiste! —Dio palmadas divertida—. Nunca te había escuchado uno. Y no te preocupes por el pelo, cielo. Me pareces muy sexi con esa cabeza tan suave, eres mi Yul Brynner sevillano.

—Soy muy suave por todos lados, ¿quieres que te lo demuestre? —La atrapó por la nuca dándole un beso apasionado.

—Primero vamos a la farmacia, por favor —contestó con un gemido cuando se separaron.

—Compraremos todos los tubos que quieras, Lola mía. —Le pasó la bandeja de las tostadas mirándola fijamente—. Por cierto, Río y Aitor están liados, ¿verdad, cielo?

A Lola se le cayó el cuchillo de untar contra el plato haciendo un ruido escandaloso.

—¿Cómo lo has sabido, Cris? —preguntó temerosa de que tuviera un enfado monumental.

—Soy perro viejo y tengo ojos en la cara.

—¿Y qué te parece? ¿Te molesta?

—No me molesta. Aprecio a Aitor, es un buen chico. Pero no quiero volver a ver a mi hija hecha polvo por otro hombre, como le pasó con Álvaro. Si ese gigante la hace sufrir, te juro que colgaré sus pelotas de la chimenea de mi despacho —dijo con una cara de mala leche que acojonó a la misma Lola—. Y también te pido que me prometas no decirles nada de lo que sé.

—Palabrita del niño Jesús —respondió, persignándose muy seria ante la sonrisa satisfecha de su conde.

Las semanas pasaron con Aitor enfrascado más que nunca en el trabajo porque el tiempo se le echaba encima, sacrificando estar con Río a su pesar, hasta que el calendario marcó el 2 de agosto.

Ella no le dirigía la palabra a su padre desde la gala, ni siquiera cuando se cruzaban por casualidad en palacio, aunque ya sabía que Lola había conseguido su objetivo, y se sentía muy feliz por ella. Pero estaba ocupada preparando un congreso de veterinaria al que iba a asistir en Madrid, el primer fin de semana de ese mes y al que desgraciadamente no podía llevarse a Aitor, porque debía acabar los cuadros que le quedaban.

El Vikingo guardaba las apariencias ante el conde, trabajando con ahínco en el primer Murillo y había empezado ya el segundo: *La pequeña vendedora de frutas*. Lola había cumplido su promesa a Cristóbal de no contar que conocía sus líos.

El cuadro era precioso, en colores ocres, donde una niña sentada en el suelo enseñaba el dinero que llevaba en su mano a su compañera, que portaba en los brazos una gran cesta de uvas.

Aitor adoraba a los pequeños mendigos del pintor, así que esos dos cuadros más que un trabajo minucioso fueron una delicia para él. La pintura necesitaba una limpieza a fondo y marcar los contornos de las dos niñas para que resaltaran con el fondo ocre, pero esa semana lo tendría listo.

Y se puso manos a la obra enseguida porque había otro asunto que llevaba unos días queriendo ir terminando: el regalo con el que se despediría de Río.

El jueves por la mañana llamaron a la puerta de la biblioteca.

—Adelante —invitó a pasar a quien fuera.

—Hola, Vikingo, ya tengo la maleta preparada. El AVE sale en un par de horas. —Entró, saludándole con tristeza.

—¿Qué te ocurre, preciosa? —La tomó por la cintura dándole un suave beso.

—Me hubiese encantado que pasaras conmigo el finde —le contó desanimada.

—Lo siento, tesoro, pero el trabajo me reclama, tengo que tener todo listo la semana que viene para poder llevar los cuadros a la exposición. —Puso su frente sobre la de ella—. Pero prometo compensarte a la vuelta.

—¿Esa compensación será muy apasionada? —Se pegó a su pecho apretándole el trasero redondo entre sus manos, que perfilaba el pantalón de chándal que Aitor llevaba para pintar.

—Muy apasionada, Río. Te dejaré sin aliento. —Enredó su lengua en la de ella, excitándola entre gemidos.

Con un esfuerzo de voluntad se separó sin ganas, alejándose de su cuerpo que tanto necesitaba, pero no podía perder el tren.

—Hasta la vuelta, Vikingo. —Le sonrió traviesa en la puerta—. Pensaré en ti por las noches.

—Espero que tus sueños sean tan húmedos como los míos, compinche. — Le tiró un beso, pasando la lengua por sus labios, que aún sabían a ella.

Las tres noches sin ella se hicieron eternas, pero sirvieron para crear la maravilla que ahora contemplaba.

Desnudo en la intimidad de su dormitorio, Aitor había dibujado a su Río en aquel cuadro para el que buscaba una musa, sin saber que la tenía muy cerca desde hacía meses. Cerrando los ojos con el pincel en la mano, recordó el hermoso cuerpo de la mujer que amaba con fervor, como si pudiera volver a acariciar las perfectas curvas de sus pechos, sus apetecibles caderas y el ardor de su sexo. Dibujó aquella preciosa cara, con los ojos grises nublados por el deseo cuando llegaba al orgasmo y la dulce boca entreabierta en pleno éxtasis.

Aitor pintó el alma de Río en aquel cuadro como una diosa griega de la naturaleza, echada entre madre selvas y pétalos de rosas, con la dulzura y fragilidad que solo le había mostrado a él, con su ternura y la increíble nobleza de su corazón. Aquella maravilla de mujer que era la esencia de Río.

Y mientras daba color a su obra, lágrimas amargas corrían por sus mejillas, porque aquel regalo era su despedida. Porque debía volver a su vida anterior sin ella y no sabía si tendría la fuerza y el valor necesarios para decirle adiós para siempre.

El móvil sonó a las diez de la noche, la voz de Isabel al otro lado de la línea le devolvió a la realidad.

—¡Hola, guapo! No quería llamarte hasta que fuera seguro, pero tengo buenas noticias, Aitor —le dijo entusiasmada.

—¿Noticias de qué, Isabel?

—De trabajo. ¿Recuerdas que me dejaste tus credenciales antes de irte por si surgía algo?

—Perdona, ahora me acuerdo.

—Bien, pues un amigo me avisó de que el Centro Universitario de Arte buscaba profesores para este año y les mandé las tuyas.

—Gracias por hacerlo —contestó ensimismado.

—Por eso te llamo, ¿te han cogido para una plaza, Aitor! ¿A que es increíble?

—Lo es —murmuró sin ninguna ilusión.

—¿Te pasa algo, hijo? ¿No te alegras?

—No, no, es que estoy con un poco de fiebre y resfriado por el aire acondicionado. Claro que me alegro, cariño. —Se aclaró la voz tragando el nudo en la garganta que tenía—. ¿Y cuándo tengo que presentarme?

—El 2 de septiembre. ¿Habrás acabado ya en Sevilla?

—Sí, tranquila. A mediados de agosto es la exposición.

—Entonces te veré en Madrid, guapo.

—Gracias por todo, amiga.

—No te mereces menos. Cuídate ese resfriado. —Le tiró un beso antes de colgar.

Cuando dejó el teléfono en la mesilla, un estremecimiento recorrió el cuerpo de Aitor haciendo que estallara en sollozos como un niño, echado en la cama. Aquella llamada de su querida Isabel había sido una bofetada de realidad. Aquella llamada había sellado su destino con Río.

Su compinche había estado muy ocupada entre conferencias, ponencias y datos compartidos entre colegas. Cuando regresó el domingo a Sevilla estaba tan agotada que se quedó dormida en el AVE después de mandarle un mensaje a Aitor para avisarle de que llegaría al palacio en un taxi a las once de la noche.

Después de la pequeña siesta en el tren y un bocadillo que cenó en la estación de Santa Justa, se había despejado bastante cuando se bajó del taxi. Caminaba llevando la maleta por el jardín hasta la puerta de su casita, e iba a meter la llave, pero descubrió que la puerta estaba abierta.

Cuando entró, una hilera de velas aromáticas con olor a rosas formando un camino por el suelo del salón hasta el dormitorio la recibió. Dejó la maleta en una esquina y se adentró en aquel perfume subyugante, ilusionada por aquel gesto tan romántico que venía de su Vikingo.

En la puerta abierta del dormitorio, más velas en el suelo iluminaban la estancia, con la luna llena que se asomaba curiosa por el cielo a través de la ventana.

La visión que apareció frente a sus ojos la hizo estremecer de deseo. En la cama, sobre blancas sábanas de seda que no sabía de dónde habían salido porque no eran de ella, su Vikingo yacía completamente desnudo.

—Buenas noches, bella dama. ¿Vienes muy cansada? —le preguntó, estirándose lascivo para que contemplara su magnífico cuerpo.

—Se me acaba de ir el poco cansancio que tenía —contestó, haciéndosele la boca agua.

—Perfecto, porque esta noche estoy muy necesitado de ti, compinche. Desnúdate y ven aquí conmigo —le pidió anhelante.

—¿Y por qué no me quitas tú mismo la ropa, cariño?

—Porque voy a vestirme con algo muy especial. Vamos, Río, no te hagas de rogar.

Ella accedió al fin, despojándose de la ropa con lentos movimientos hasta que se quedó tan desnuda como él, pero no se acercó a la cama.

—Así que me estás provocando para que vaya a buscarte, preciosa. Juguemos fuerte, entonces, pero no podrás ponerme un dedo encima. —Se levantó de la cama y llegó ante ella, que tenía que ponerse de puntillas para intentar mirarle a los ojos.

Sin tocarla con ninguna parte de su cuerpo, Aitor comenzó a soplar muy suave sobre su frente, sus ojos, sus labios, que le ofrecía impaciente. Luego fue bajando muy despacio, soplando sobre su cuello, su hombro, el contorno de su pecho, hasta que sopló sobre el endurecido pezón, que le hizo dar un gemido. De rodillas en el suelo, Aitor siguió con su cálido aliento por su vientre, bajando por su pubis aún más lento, hasta que sopló levemente sobre su clítoris.

—¡Tócame, Aitor! —le suplicó jadeando.

—Ni hablar, has sido una chica mala por no venir cuando te lo he pedido. —Levantó sus ojos hasta ella con cara de canalla.

—¿Has visto lo duro que estás? No creo que puedas aguantar mucho tiempo con esa dolorosa erección —protestó impaciente.

—No te preocupes por mí, cariño. Veremos quién tiene el primer

orgasmo de los dos, apuesto a que serás tú.

Dejándola encendida de deseo, volvió a la mesilla y cogió un recipiente que, al abrirlo, llenó la habitación de un delicioso aroma.

—Quiero que te pongas de espaldas a mí y te agarres de pie con cada mano al dosel de la cama —le ordenó, acercándole el recipiente a la nariz—. No tengas ningún miedo, ya sabes que jamás te haría daño.

Su Vikingo no podía ser más dulce incluso cuando intentaba jugar a la dominación.

Río hizo lo que le pedía, esperando el siguiente paso con expectación. Aitor se colocó tras ella en silencio y le recogió el pelo con un pañuelo y, cuando menos lo esperaba, sintió algo sedoso en su cuello que la hizo estremecer.

Volvió la cabeza para intentar ver qué era aquello y entonces notó el olor de la fresa que bajaba lentamente por su columna, hasta llegar a su redondo trasero, donde las cosquillas se volvieron insufribles.

—¿Qué narices me estás haciendo, Vikingo? —Empezó a reírse nerviosa y excitada a la vez.

—Te estoy pintando, cariño —contestó frente a ella, mojando un dedo en el recipiente y poniéndoselo en los labios—. Prueba, Río.

Su compinche lamió el irresistible sabor de la fresa, que explotó en su boca, haciendo que Aitor se pusiera duro como una roca al verla chupar ansiosa su dedo. Ella le miraba hambrienta, sabiendo lo que imaginaba en ese momento.

—¿Te gusta, preciosa? —le preguntó jadeando.

—Me gustará más cuando lo saboree en tu cuerpo, Vikingo. Y te juro que esa será mi venganza —replicó decidida, sintiéndose como una diosa del placer.

—Aún no he acabado de jugar contigo. —Se sentó a los pies de la cama.

Continuando con su ataque, comenzó a pintar el valle entre sus pechos haciendo hincapié en los redondos senos y cuando el pincel pasó por sus pezones, cubriéndolos a conciencia, resopló alterada por la pasión.

Los grandes ojos de Aitor bajaron a la vez que el pincel por su vientre hasta el ombligo, donde le hizo cosquillas, luego por los muslos y se detuvo mirándola fijamente al llegar a su necesitado clítoris que pedía atención a

gritos. Río dio un quejido cuando el pincel lo envolvió, impregnándolo de fresa. Pero el Vikingo no tuvo clemencia y siguió rozándolo una y otra vez hasta que su chica, sin poder contener el deseo, estalló en un potente orgasmo agarrada a la cama.

—Has perdido, cielo. Pero no te sueltes aún, te quiero quietecita —le susurró al oído, tras dejar sobre la cama el pincel dentro del recipiente.

Y fue su lengua la que lo substituyó, lamiendo la pintura comestible en la piel de Río, quien llenó de gemidos la habitación.

Los escalofríos de su chica aumentaron cuando fue bajando por la columna hasta su pequeño culo, que mordió suavemente haciéndola enloquecer.

—¡Qué rica estás, cariño! —Se lamió los dedos frente a ella—. Pero queda lo mejor.

Tomándola por la nuca, enredó su mano en la melena que soltó del pañuelo y le lamió el cuello, bajando entre sus pechos mientras la sujetaba con firmeza por la cintura. Cuando su boca llegó a los pezones, los chupó con ansia gimiendo, endureciéndolos con su lengua y contemplando cómo Río estaba al borde del abismo de nuevo.

Se volvió, la sostuvo por la cintura para que no perdiera el equilibrio y metió el dedo en el recipiente cogiendo una buena cantidad. Sonriendo como un libertino encantador, frotó con cuidado el hinchado clítoris y, al escuchar el primer lamento de ansia, se abalanzó sobre él devorándolo con su boca, mientras la sostenía con una pierna levantada sobre su hombro.

—¡Aitor! —chilló su chica, explotando en sus labios.

El orgasmo la arrasó dejándola exhausta envuelta en sus brazos, mientras la sentaba en su regazo sobre la cama porque no se tenía en pie.

—Has vuelto a perder, cariño. —La acurrucó mimoso contra él, ofreciéndole una botella de agua fresquita que cogió de la otra mesilla.

Cuando bebió y su corazón se tranquilizó un poco, le miró con cara de pilla.

—Así que esta era tu sorpresa.

—Seguro que no te la esperabas así —repuso satisfecho de sí mismo.

—Me has impresionado —reconoció, levantándose de su regazo—. Pero eso no cambia el hecho de que ahora me toca a mí, aunque seas el ganador.

Pensando en el pañuelo que estaba en el suelo, se dirigió al armario donde guardaba sus fulares, cogió dos y se acercó a la cama, donde estaba echado en todo su esplendor, aún duro.

—Te quiero de pie en la misma postura que yo estaba, pero te ataré porque en cuanto me descuid saltarás sobre mí como un salvaje.

Sacó del baño el banco donde se sentaba a secarse y lo llevó hasta la cama, donde el Vikingo había cumplido con lo que le pedía. Con una sonrisa de bruja, le ató primero una muñeca al barrote del dosel subida en el banco y después la otra.

La visión de aquel pedazo de hombre completamente a su merced, con un cuerpo de infarto y una belleza de dios del Olimpo, le hizo humedecerse de nuevo. Tomando el pincel y el recipiente de la cama, se levantó y se acercó a su hermoso rostro, que la miraba anhelante.

—Ahora jugaré yo contigo, Vikingo. Y voy a contarte un secreto.

—Me muero por saberlo —le dijo con voz grave.

—Siempre me ha dado asco el pene de un hombre, con solo imaginar besarlo sentía arcadas, nunca he podido hacerlo. Pero contigo se me hace la boca agua. Y pienso saborearte hasta el final —le susurró comiéndoselo con los ojos.

—Soy tuyo, Río —la animó a atacar tragando saliva.

Su chica se dedicó a recorrer su enorme cuerpo con la pintura, disfrutando cada centímetro de piel que iba decorando de su espalda musculosa y aquel redondo trasero donde dibujó su contorno.

De frente, vio cómo Aitor traspiraba de excitación y, queriendo ser traviesa, tiró con los dedos de la argolla del pezón haciéndole jadear. Después dibujó sus fuertes pectorales y sus hombros, hasta llegar al pezón sin el *piercing*, que llenó de fresa. Siguió su excitante trabajo bajando por el vientre hasta el tatuaje, tras mojar su ombligo con la pintura y dándole un beso en la cicatriz del otro lado. Pero no llegó a su miembro, que dejó sin pintar, riendo ante la cara impaciente de él.

Se dio la vuelta y se arrodilló frente a su estupendo culo, que empezó a morder y lamer, apretándolo con sus manos. Subió pasando la lengua lentamente hacia arriba, frotando sus pechos contra la espalda de su amante, que gimió descontrolado.

Luego, contempló los ojos de cielo de su hombre mientras pasaba los labios y la lengua por sus anchos hombros, a los que apenas llegaba de puntillas. Tomándole por la cintura, fue besando los pectorales ante los movimientos de Aitor que intentaba rozarla con su miembro, riendo al apartarse para hacerlo sufrir.

El índice de Río dibujó el contorno del pecho de Aitor y, vigilando la expresión de placer anhelante de su cara, enredó su lengua en el pezón pintado mientras tiraba a la vez de la anilla en el otro.

Los gemidos del Vikingo fueron subiendo de intensidad con cada roce de su lengua, con cada pequeño tirón, hasta que jadeó como un caballo de carreras.

—¿Te gusta, Aitor? —le preguntó, mordiéndose los labios traviesa.

—Hazme lo que quieras, cariño —le dijo ansioso por seguir sintiendo todo el placer que le daba.

Sin quitarle los ojos de encima, besó la cicatriz que tanto dolor le había causado, cosquilleando su ombligo mojado de saliva, cogió el recipiente y puso entre sus dedos una generosa cantidad de pintura que mezcló con las manos.

Haciéndole esperar unos minutos en los que no rompieron el contacto visual, al fin tomó el duro miembro del hombre, lo untó con los dedos y comenzó a masturbarle muy despacio.

Esa vez fue Aitor el que se mordió los labios moviéndose al ritmo que ella marcaba, intentando no eyacular con un esfuerzo sobrehumano.

—¡Oh, Río! —dijo un lastimero quejido de agonía.

Ella cerró los ojos sonriendo y disfrutó del sabor de su amante mezclado con la fresa, lamiéndolo con ganas de arriba abajo. Aunque era la primera vez que lo hacía, su instinto le fue enseñando a reconocer el placer en Aitor, a sentir el fuego que se preparaba en sus testículos y a deleitarse con los gritos que salían de sus labios dominado por el deseo.

—¡Para, cariño! —le pidió casi sin resuello.

Pero ella quería todo de él: su ternura, su cariño y su hombría, que tomó en su boca cuando el orgasmo le nubló la razón, rugiendo salvajemente su nombre.

Le abrazó en silencio sintiendo los fuertes latidos de su corazón mientras

aún se estremecía, liberando sus ataduras al tirar del lazo de la tela y arrastrándole a la cama donde le acurrucó contra ella.

—¿Estás bien, Aitor? —le preguntó, despejándole de la cara los mechones húmedos de sudor.

—Mejor que en toda mi vida, Río. —Se apretó contra ella suspirando—. Deseaba que me tomaras en tu boca, pero no me atrevía a pedírtelo, ni que te sintieras obligada a hacer algo que odiaras.

—Nunca me ha gustado, pero contigo ha sido increíble. —Besó sus enormes manos de artista—. Te he echado mucho de menos en Madrid.

—Y yo a ti. Estaba deseando tener de vuelta a mi compinche. —Le acarició la espalda recordando intranquilo que en el momento álgido del placer había estado a punto de gritar que la quería.

—Ahora sí que me está entrando sueño. —Bostezó como una gatita.

—Yo también necesito descansar un rato de tus ataques insaciables. — Sonrió, cerrando los ojos como un enorme y desnudo querubín.

«Dormid tranquilos esta noche, con el cuerpo saciado del goce y el corazón encogido por el futuro. Soñad con ese amor secreto que os tenéis, que escondéis en vuestras entrañas, pero que envuelve cada gesto que os dedicáis el uno al otro. No penséis en mañana, no penséis en las lágrimas. Dormid, mis bellos amantes hasta que llegue el alba...».

Capítulo 15

Almas perrunas

El tiempo corrió veloz, entre el ajeteo de los últimos retoques que Aitor dio a los cuadros para que quedaran perfectos y los nervios de la inminente exposición en el Museo de Bellas Artes. Se inauguraba un par de días después, el 13 de agosto.

Había tenido reuniones con el conde casi a diario para comprobar los últimos detalles y asistió a la sala del museo donde se expondrían para dejar todo listo.

El edificio se encontraba alojado en el antiguo convento de la Merced Calzada desde 1835 y era un fiel reflejo del manierismo andaluz, siendo el colofón perfecto al trabajo de Aitor como restaurador.

Su alma de artista se enamoró de aquellas magníficas salas, que fue recorriendo con el conde y Joaquín, el director del museo, llenando sus ojos de aquellas maravillas de Zurbarán y sus preciosos Murillo.

La sala donde se expondría la selección del conde era impresionante, con el techo de cristal blanco festoneado de adornos al estilo mudéjar y aquellas altas paredes impecables en tonos beis claro, donde resaltarían los cuadros como faros en la niebla.

Esa tarde habían llevado todos los cuadros en el camión que envió el museo, perfectamente embalados para que no sufrieran ningún daño, bajo la estricta supervisión de Aitor. Junto con el conde llevaba horas organizando dónde iría expuesto cada cuadro, ayudados por los trabajadores del museo, aprovechando que la sala estaba cerrada al público.

Habría una fiesta privada para celebrar la exposición en uno de los patios interiores del recinto, solo para el público más exclusivo de Sevilla. Aquella sería la despedida de Aitor del trabajo más especial de toda su vida y de la gente a la que había cogido tanto cariño.

Comprobó por última vez que todo estuviera correcto, y mirando con melancolía la sala se alejó por el pasillo. En la entrada al museo le esperaba el conde.

—Bueno, esto ya es una realidad, parece mentira lo rápido que ha pasado

el tiempo —le comentó Cristóbal eufórico—. Tomemos una copa para celebrarlo Aitor, sin ti esto no sería posible. Y nos iremos en taxi a casa, así no nos multarán.

—De acuerdo, señor conde. Nos hemos ganado esa copa.

Caminaron calle abajo con el fresco que empezaba a notarse, algo insólito en Sevilla, hasta un bar que conocía el conde: el Rockefeller.

Al entrar, Aitor descubrió un elegante local dedicado al magnate americano que le daba nombre, con un estilo lujoso visible en las lámparas de cristal y el estilo sofisticado de su barra americana con acolchados que resaltaba entre los altos taburetes oscuros y la enorme cristalera repleta de los mejores licores.

—¿Te gusta, Aitor? —le preguntó el conde, tomando asiento en la barra junto a él—. Son especialistas en *gin-tonics*.

—Es muy de su estilo, conde. Sí que me gusta y los *gin-tonics* también —le aseguró.

Cuando el camarero puso delante del Vikingo su Bombay y un Cardhu especial para su jefe, al fin pudo relajarse del estresante trabajo de tantos meses, al saber que había quedado perfecto.

—¿Qué te ha parecido trabajar conmigo, Aitor? Sé sincero, por favor, no me enfadaré. —Disparó el conde de pronto.

—Pues ha sido un trabajo precioso que he disfrutado mucho, pero también muy intenso. Creo que uno de los más intensos de toda mi vida profesional, aunque me ha ayudado a aprender más y eso siempre es de agradecer.

—Nunca he visto a nadie respirar el arte como lo haces tú. Lo llevas en el alma y alguien con ese don no se consigue fácilmente, he tenido mucha suerte de encontrarte. —Le agradeció mirándole fijamente.

—Gracias, señor conde, no ha sido tan malo trabajar para usted, después de todo. —Bromeó, palmeándole el hombro.

—¿Cuándo te vas? —le soltó a bocajarro—. Porque te irás, ¿verdad?

—La semana que viene. El trabajo se ha terminado y nada me retiene aquí —contestó con un hilo de voz.

—¿Y qué pasa con Río? —Se cruzó de brazos con gesto severo.

—¿Qué tiene que ver Río en esto? Solo somos buenos amigos. —

Disimuló su turbación como pudo.

—¿Ahora se llama así? ¿Amigos? —Enarcó una ceja con guasa—. Aitor, ¿crees que soy idiota y no me doy cuenta de cómo miras a mi hija?

Él suspiró tragando saliva.

—Señor, el amor no tiene nada que ver en esto. Su mundo y el mío son muy distintos. Yo estoy acostumbrado a trabajar duro para ganarme la vida, no pienso ser el mantenido de nadie y tampoco sirvo para ser la sombra de una futura condesa —le reveló con franqueza.

—Aitor, estás enamorado de mi hija hasta las trancas, ¿por ese insignificante motivo vas a renunciar a ella?

—No es insignificante, es mi ética y no voy a romperla ahora. Ríe encontrará a alguien de su misma posición que la hará feliz, estoy seguro —continuó sin atender a razones—. Además, no está enamorada de mí en absoluto.

«Se te han subido los vapores del óleo a la cabeza. ¡Mira que eres tonto, hijo mío! Si se le cae la baba contigo», pensó el conde odiando la terquedad del hombre.

—Vosotros sabréis, pero creo que cometes un gran error del que te arrepentirás, Aitor. Lo digo por experiencia.

—¿Puede explicarse mejor, señor?

—Yo cambié poder ser amado de verdad por el deber hacia mi casa y mi legado. Tú vas a cambiar tu amo, por orgullo y terquedad. —Le fulminó tras las gafas—. ¡Total, la misma gilipollez!

Aitor agachó la cabeza suspirando y bebió en silencio sintiéndose entre la espada y la pared.

—¿Tienes al menos algo a la vista de ese trabajo que es tu única pasión? —preguntó irónico, saboreando su Cardhu.

—Tengo una buena oferta que no voy a rechazar —contestó sin dar detalles.

—Me alegro, hijo. Si vas a renunciar a la mujer de tu vida, que sea por un puesto importante. —Brindó elevando su copa.

Aitor brindó también, pero el trago le supo muy amargo, tan amargo como la desolación que empezaba a instalarse en su pecho.

Cuando terminaron la copa, se fueron del local y pararon un taxi. Durante

el trayecto no dijo una sola palabra, pero el conde sabía el tormento que arrasaba su corazón y no quiso hacer leña del árbol caído.

La nobleza del profesor, que no pretendiera ser un vividor como otro hombre hubiera aprovechado le hizo subir a lo más alto en el listón del futuro yerno que quería para su hija. Y decidió que, si era necesario para abrirle los ojos de una buena vez, echaría una mano en su favor al destino.

Esa noche, el Vikingo tuvo sueños confusos en los que escuchaba la voz de Río llamándole y no lograba verla en la oscuridad impenetrable que le envolvía.

A la mañana siguiente en el desayuno, Roble le animó con la velada que preparaban para la noche.

—Vikingo, te vamos a llevar al paseo de Colón, donde está la mejor marcha de toda Sevilla.

—¿Vas a hacer la competencia al Long Rock? —Se mofó riendo.

—Eso es trabajo, esta noche quiero divertirme. Las chicas tienen ganas de jugar y, con lo que pasó en la gala, al final cada uno tiramos para casa, no había mucho que celebrar esa vez.

—Pero no podremos recogerlos tarde —advirtió Río, entrando en el salón—. Mañana es tu gran día, Vikingo.

—Por fin te vemos los rizos en el desayuno. Últimamente ni nos cruzamos siquiera. —Le dirigió una mirada socarrona aprovechando que no estaba el conde.

Desde la noche de las velas no habían vuelto a estar juntos, Aitor secuestrado por su jefe en la galería del museo y ella con la campaña de vacunación contra la *Leishmania*.

—Yo no tengo la culpa de que seas un artista con tanto talento que se debe a su público —repuso cachondeándose de él, sentándose enfrente.

—¿Por qué te pones tan lejos de mí? —Le señaló la silla a su izquierda.

—Porque eres peligroso cuando me has echado de menos. —Recordó su último y excitante encuentro poniéndose colorada.

—Bueno, chicos, os dejo a solas antes de que se incendie el salón —bromeó Roble levantándose—. Nos vemos a las nueve en el paseo, ¿de acuerdo?

—Allí estaremos —contestó Aitor sin prestarle demasiada atención.

—¿Vas a seguir sentada ahí, cariño? —Alargó su mano y le rozó la muñeca sobre la mesa.

—Por mi integridad física lo prefiero, sí. —Le sacó la lengua incitándole—. ¿Nervioso por la exposición?

—Un poco, espero que todo sea del agrado de tu padre y de los invitados. Aunque por un lado estoy deseando que termine y respirar sin la espada de Damocles que pende sobre mi cuello.

—Pero el conde está muy satisfecho con tu trabajo, por eso no debes preocuparte, Aitor. —Dio un sorbo a su café.

—Se juega mucho con esta exposición, Río, y más siendo en su tierra, ante la gente de vuestra alcurnia —constató muy serio.

—¿Tanto te preocupa lo que piense esa gente? No entiendo por qué.

—Me preocupa que no valoren mi trabajo, no lo que piensen de mí como persona, Río. Siempre he tenido unas credenciales impecables y espero que esto me ayude a que mejoren aún más.

—Y esas credenciales te servirán en otros trabajos —le contempló con un halo de tristeza que intentaba disimular—, cuando te vayas.

—Sabías que quedarme aquí era algo temporal. Mi vida está en Madrid y allí regresaré cuando deje todo listo.

—Lo sé, Aitor. No te estoy haciendo ningún reproche. —Se defendió.

—Y yo nunca te he hecho promesas fuera de nuestro trato. Jamás dije que me quedaría al terminar el trabajo —le habló con franqueza—. Solo seríamos amigos, solo sexo el tiempo que me quedara aquí, ¿recuerdas?

—No lo he olvidado, Vikingo, ni he esperado nada más de ti —respondió con dureza—, y menos promesas.

—¿Entonces qué es lo que te molesta? —preguntó confuso.

—Que seas tan frío fuera de la cama. A los amigos se les suele echar de menos —contestó enfadada, soltando la servilleta encima de la mesa con gesto brusco—. Si lo prefieres, tampoco seremos amigos cuando te largues.

Se levantó con ira, salió y le dejó plantado en el salón sin ni siquiera mirarle. Cuando se montó en su coche, sentía una congoja que amenazaba ahogarla hasta que aparcó frente a la clínica, donde entró como una sonámbula.

Descubrió a las chicas, que estaban tomando un café en la recepción, y se derrumbó entre sollozos en los brazos de Patricia, que corrió a consolarla, ante la desazón de las demás.

—¿Qué te pasa, bonita? —le preguntó su amiga.

—Que le quiero, Patri. Y no sé qué voy a hacer cuando se vaya. —Se aferró a ella desesperada.

—¡Ay, cariño, esto es lo que temíamos! —exclamó Lola, besándola en la mejilla.

—¿Se lo has dicho, Río? —preguntó Mariajo preocupada.

—No, y no lo sabrá nunca. Pero él no me ha mentido, siempre me ha dejado muy claro que entre nosotros no había promesas fuera de la cama. Pero nunca imaginé que era un hombre tan maravilloso, es imposible no amarle —se lamentó angustiada.

—Es cierto, cariño, nunca te ha mentado sobre lo que había entre vosotros, es mucho más de lo que hizo Álvaro —reconoció Patri, doliéndole verla tan triste.

—Con el tiempo le olvidarás, Río. Y será solo un bonito recuerdo —continuó Mariajo con un suspiro—. Aitor ha sido sincero diciéndote lo que pretendía desde el principio, no como otros que mucha miradita y cara de cordero degollado y luego nada —terminó con desprecio.

—Como Roble —repuso Lola con un bufido.

—Cielo, esta noche si quieres salimos las cuatro solas y que les den —decidió Patri—. ¿Te apetece mejor?

—Sí, mañana no tendré más remedio que tenerle cerca. Pero intentaré verle lo menos posible antes de que se marche —gimió con tristeza—. Mi corazón lo necesita para no romperse en pedazos.

—¡Así se habla, cariño! —La achuchó Lola emocionada.

Aitor salió a dar un paseo por el jardín para despejarse. Se maldecía a sí mismo por lo arisco que se había mostrado con Río, pero no tenía otra alternativa. Era preferible que pensara que le era indiferente, que no le importaba lo más mínimo cuando se marchara, y no que en realidad la amaba con locura.

Pero no quería darle esperanzas de mantener su amistad estando en

Madrid, porque él no podría soportar ser solo un amigo en la distancia. Lo mejor era terminar la relación al decirle adiós para siempre, aunque su corazón ya empezaba a sangrar solo con la idea de no volver a verla.

Y decidió concentrarse en el trabajo, que era lo único que podía mantenerle cuerdo en aquellos momentos.

Por la noche, ya duchado, empezó a arreglarse para salir con el grupo cuando llamaron a la puerta y dio permiso para entrar, creyendo que sería ella.

—Hola, tío, ¿sabes que las chicas nos han dejado plantados? —Apareció Roble vestido para matar y cabreado como un mono.

—¿No íbamos a salir juntos? —Supo de quién había sido la idea.

—Río me ha dicho que se van solo ellas porque hace mucho que no tienen una noche de chicas. —Se cruzó de brazos enfurruñado—. ¿Te lo puedes creer?

—Escúchame, amigo, que van a quedarse solitas no se lo creen ni hartas de vino, ¿no es lo que decís por aquí?

—Sí, ¡cada vez pareces más sevillano! —Se rio a carcajadas—. ¿En qué estás pensando, Vikingo?

—¿Sabes por dónde van a salir esta noche?

—Por el paseo de Colón, como teníamos planeado.

—Pues nosotros también, Roble. Terminó de arreglarme y nos largamos en mi coche.

—¿He dicho ya que soy tu fan, tío?

Aitor le palmeó la espalda entre carcajadas.

El paseo de Colón era un hervidero de gente joven dispuesta a pasárselo bien, como las cuatro mosqueteras que llegaban a la discoteca Cabuki.

Con los *leggings* negros y las escotadas blusas con los hombros al aire que marcaban sus curvas: roja la de Río, verde la de Lola, morada la de Patri y salmón la de Mariajo, estaban dispuestas a sentirse las reinas de la noche.

Y como reinas entraron al local de dos plantas que ya estaba rebosante de gente. Se acercaron a la barra muy conscientes de las miradas masculinas al pasar y se miraron riendo.

—¿Vodka al caramelo o *gin-tonics*? —Les dio a elegir Lola

entusiasmada.

—¡Vodka! —gritaron las otras tres como posesas.

Mientras les servían las copas comenzó a sonar los acordes de *Bailando* de Enrique Iglesias y las chicas chillaron divertidas, las cogieron y corrieron a la pista para hacer lo que decía la canción: bailar.

Con sus amigas alrededor, Río se dejó llevar por la música contoneando su cuerpo al ritmo, haciendo las delicias de todos los chicos que miraban al grupo con ansia.

Un guapo moreno de ojos azules se fue acercando a ellas, hasta que tocó el hombro de Mariajo, en quien se había fijado. Ella se volvió y se quedó prendada de aquel hombre que le sacaba más de una cabeza, y ella era alta.

—¡Hola, soy Andy! —alzó la voz para que le oyera, tenía un inconfundible acento americano.

—¡Hola, soy María! —Decidió abreviar su nombre porque seguro que el otro no la entendería.

—Siento ser un poco insolente, pero es que eres preciosa y no he podido evitar fijarme en ti desde que estabas en la barra —le dijo mirándola embobado.

Sus amigas silbaron atrevidas y Lola le dio un empujón con el trasero para que se arrimara más a míster USA.

—¡Ay, perdón, cariño! —Le guiñó un ojo llevándose más lejos a las demás.

—¡Cuidado no te caigas, María! —La sujetó por la cintura al tropezar contra su pecho, sonriéndole con unos hoyuelos que le hacían encantador.

—Gracias. —Contemplándole fijamente, le sonrió a su vez.

—¿Bailamos? —propuso, uniéndose un poco más a ella.

Sintiéndose en esos momentos la mujer más sexi del planeta con semejante maromo pendiente solo de ella, después de esperar en vano que Roble diera un paso semejante, decidió que esa noche se iba a poner el mundo por montera. Y pegándose al pecho de Andy, balanceó las caderas al ritmo de la música como si no hubiera un mañana.

Pero alguien estaba viendo la escena con ojos de asesino. Roble bebía a grandes sorbos su ron al otro lado de la pista escondido tras una columna, con ganas de partirle la cara al moreno de las narices.

—¡La madre que la parió! Como siga pegándose a él van a parecer siameses —bufó indignado.

—Roble, ¿por qué te enfadas si Mariajo no es tu pareja? —le picó el Vikingo a ver si reaccionaba de una vez.

—Porque ese lo que pretende es tirársela esta noche, nada más. —Masticó las palabras con rabia.

—Ese no es tu problema, no sales con ella ni entra en tus planes, ¿no? Tendría que darte igual lo que haga con él. —Sonrió disfrutando del cabreo del otro como un demonio travieso.

—¡Pues no me da igual, cojones! —gritó impaciente, al ver cómo el moreno le acariciaba la nuca a Mariajo y él daba un beso muy cerca de la boca.

—¿Entonces qué quieres, Roble? No te entiendo. —Fingió, haciéndose el tonto.

—Estoy enamorado de ella desde hace tanto tiempo que ya ni lo recuerdo —contestó con un suspiro de resignación.

—Entonces, ve a por tu chica antes de que otro te la quite para siempre —le animó, poniéndole una mano en el hombro con afecto.

Cuando Mariajo estaba a punto de besar al guapo americano, alguien tiró de su brazo hacia atrás apartándola. Se volvió pensando que era una de las chicas y se quedó boquiabierto al ver a Roble furioso.

—¿Qué coño haces? —le gritó forcejeando.

—Tú, ¡piérdete o me hago un piano con tus dientes! —escupió Roble con una cara de asesino que acojonaba. Era tan grande como el moreno, pero mucho más musculoso.

—Vale, tío, no quiero broncas, con la de mujeres que hay aquí. No sabía que era tu chica. —Se disculpó Andy, levantando las manos mientras se alejaba de él.

Mariajo sintió una enorme decepción al comprobar que el americano solo pretendía pasar el rato.

—¡No soy tu chica, no soy nada tuyo, Roble! —chilló, dándole puñetazos en el pecho con rabia.

—¡Te quiero! ¿Me oyes? Eres mía desde el día en que te conocí. —Abalanzándose sobre ella, la tomó por la nuca y le dio un beso devastador que

llevaba esperando toda su vida.

Lola y Patri aplaudieron enfervorecidas, mientras Río sentía una pequeña punzada de envidia, aunque estaba orgullosa de que por fin aquellos dos cabezotas aceptaran lo inevitable.

Roble y Mariajo siguieron besándose y diciéndose «te quiero» una y otra vez, bailando muy pegados en la pista mientras empezaba a sonar *El perdón* de Nicky Jam.

Río iba a unirse a sus amigas para bailar cuando sintió unas fuertes manos en la cintura y el aroma de Aitor en su cuello.

—No te enfades conmigo, preciosa. ¿Ya no quieres ser mi amiga? —le susurró al oído.

—¡Eres un imbécil! —Intentó apartarse, pero la tenía apretada de espaldas contra su pecho.

—Te doy la razón, lo soy. Voy a echar mucho de menos tus ataques de ira como el de esta mañana —se burló, disimulando la pena que le corroía por dentro.

—Pues yo no voy a echarte de menos lo más mínimo. —Mintió, notando el familiar dolor en las entrañas con solo pensar en no verle más.

—Bueno, entonces concédeme al menos un último baile —le pidió, dándole la vuelta para que le mirara y llevándola de la mano hacia la pista.

La gente empezaba a animarse por los primeros acordes de *La gozadera*. Cuando Río vio a sus amigas disfrutar de los arrumacos de Roble y Mariajo, no quiso aguarles la fiesta, y se dejó llevar por su canción favorita del verano.

Lo que la veterinaria no esperaba es que aquel sería el baile más sensual de su vida. Porque el Vikingo se pegó a su trasero y empezó a balancearse contra ella al ritmo de la música.

Para un hombre tan alto era un espectáculo verle moverse con esa elegancia, y las mujeres de la sala empezaron a mirar con ojos de deseo al gigante rubio, que llevando por la cintura a su pareja le hacía dar vueltas a su alrededor, prendiéndola de nuevo para contonearse contra su trasero como un experto bailarín.

Al terminar la canción, besó la mano de Río con una reverencia y, soltándola, se dio media vuelta para irse. Pero su chica no estaba dispuesta a que otra mujer pretendiera poner las manos sobre su Vikingo, al menos

mientras estuviera en Sevilla era suyo. Caminando a taconazo limpio, le tomó de la mano, tiró de él y, cogiéndole por la barbilla, devoró su boca como una loba hambrienta entre los silbidos de la gente que aplaudía.

—Me gusta tu forma de perdonarme. Voy a tener que enfadarte más a menudo. —Bromeó, cogiéndola por el trasero y llevándola en volandas sobre su cintura para salir fuera de la discoteca. Las chicas y Roble les siguieron riendo a carcajadas.

En el paseo, tomaron una última copa en las mesas de fuera del *pub* Dadába, brindando por una mágica noche.

—Por la parejita, que tengáis muchos planes de futuro juntos. —Alzó el Vikingo su copa sonriendo feliz por ellos.

—Porque mañana seas el hombre del que más hablen en Sevilla — propuso Río, guiñándole un ojo.

«Y lo serás Vikingo, pero no por lo que tú crees. Pero el destino nunca se equivoca y el tuyo está escrito hace mucho».

Sentía los nervios metidos en la boca del estómago, con la habitual sensación que solía acompañarle cuando afrontaba algo que no estaba en su mano controlar. Como decía Damián, «estaba todo el pescado vendido», su trabajo había concluido y lo había hecho lo mejor que su experiencia sabía.

Ahora debían decidir otros si la exposición del conde era un éxito o un fracaso. Y eso era lo que le sacaba de sus casillas.

Echó un último vistazo al espejo, que le devolvió su imagen embutido en un esmoquin negro en el que destacaba su nivea camisa, con el corbatín negro, los impolutos zapatos oscuros y el pelo rubio peinado hacia atrás despejando su rostro; resopló intentando dejar atrás la tensión que le dominaba.

Cuando salió al pasillo se encontró con Blanca y Eugenio, muy elegantes en su vestido granate y el esmoquin gris oscuro de él, estaban invitados por el conde al evento y esa vez no les permitió quedarse en casa.

—Estáis increíbles —Los piropeó ante la risueña sonrisa de Blanca.

—Buena suerte, guapo. —Le dio un achuchón.

En el jardín esperaron la aparición de Río, puesto que el conde se había adelantado para dejar listos los últimos preparativos en el museo.

Aitor quedó impactado al verla aparecer con aquel vestido de seda marfil

y pedrería en los finos tirantes, con una raja a medio muslo dejando ver sus torneadas piernas, el cabello recogido en un moño deshecho con algunos rizos que caían en mechones entre la fina diadema de pedrería y aquellos tacones altísimos que dominaba a la perfección.

Se quedó embobado al llegar hasta él, mirándole con aquellos preciosos ojos grises realzados por el sutil maquillaje y los labios pintados en coral, que le parecieron irresistibles.

—Estás maravillosa, Río —logró susurrar tragando saliva.

—Tú estás muy guapo también, profesor —le dijo cuando Aitor le abrió la puerta de su coche, en el que irían los cuatro. Las chicas iban con Roble.

El Vikingo se mantuvo callado todo el camino, concentrado en conducir y no pensar que sería el centro de atención de todo el mundo. El trayecto hasta el museo pasó en un suspiro y cuando se dio cuenta, estaba aparcando frente al recinto.

Llegaron a la puerta en una entrada triunfal ante los *flashes* de fotógrafos y periodistas que informaban de la noticia. Algo que hizo a Aitor sentirse sumamente incómodo.

Una vez en la puerta de la sala, les esperaban el conde y Joaquín. Río saludó a su padre con un frío beso en la mejilla para guardar las formas, mientras el Vikingo estrechaba las manos de los dos hombres.

Mirando el reloj en el que daban las nueve de la noche, comenzó el espectáculo con Aitor, el conde y el director, que recibieron a los numerosos invitados.

Las chicas entraron poco después, saludaron al conde y los demás. Lola estrechó la mano de Cris con timidez mientras él se la comía con los ojos, estaba muy guapa con su vestido hasta los tobillos en coral, que contrastaba con el esmoquin negro del conde.

Los camareros de blanca librea comenzaron a repartir copas de champán y vino con exquisitos canapés.

El director del museo estaba de pie en el estrado, junto con Aitor y el conde, que esperaban abajo.

—Señoras y señores, es un placer para este museo y nuestra maravillosa ciudad acoger la exposición de la colección privada de nuestro benefactor: el conde de Teba —le presentó entre aplausos.

—Gracias por venir, señoras y señores. —Subió al estrado Cristóbal—. Como no podía ser de otra manera, quería que la ciudad que me vio nacer y este museo donde se guardan los mejores Murillo dispusiera durante unas semanas de mi propia colección de tan excelso pintor y mi venerado Goya. Pero esta colección no hubiera sido posible sin el inestimable y fantástico trabajo de nuestro restaurador: el señor Aitor Oliveros. —Le indicó al Vikingo que subiera.

Entre aplausos, Aitor se dispuso a hablar.

—Gracias, señor conde. Para mí este trabajo ha sido uno de los más excepcionales de toda mi vida profesional. A veces ha sido un gran reto, otras un inmenso placer. —Miró a Río con intensidad, estaba sentada en primera fila—. El señor conde tiene una de las mejores colecciones privadas de Goya que he conocido y los cuadros más hermosos de Murillo. Espero que sean del agrado de todos ustedes —concluyó, echándose hacia atrás para dar paso al director.

Nuevos aplausos envolvieron las palabras de Joaquín dando paso a la colección. Empleados del museo se acercaron a los cuadros y retiraron con cuidado las telas que los tapaban, de todos menos uno, que estaba el último al fondo.

—¿Por qué hay un cuadro más? —le preguntó el conde entre la ovación del público al descubrir los cuadros.

—Porque ese es un regalo para Río. —Sonrió enigmático ante la cara de sorpresa del conde.

Periodistas de los mejores medios de comunicación de la ciudad fotografiaron los cuadros, al conde y a Aitor, entre los aplausos del público enfervorecido y que gritaba «bravo».

Cuando todo el mundo había disfrutado del arte entre elogios al Vikingo y al conde, el director propuso que pasaran al patio interior para la cena al aire libre.

—Si me permiten un momento, señoras y señores —pidió Aitor subiendo de nuevo al estrado—. Aún queda un cuadro que no han visto, porque es un regalo para alguien especial.

Bajando del estrado, se acercó a Río, con la que no había podido estar ni un minuto a solas, y tomándola de la mano la condujo frente al cuadro. De un

tirón quitó la tela que lo cubría, para dar paso al vergel que mostraba una diosa medio desnuda en su interior, que no era otra que ella.

—Este es mi regalo de despedida para ti. —Besó su mano como un caballero.

La gente emitía murmullos de asombro, pero la cara de Río se le clavó en el alma porque tenía los ojos arrasados en lágrimas por la emoción. Por su parte, el conde se había puesto como la grana, buscando con los ojos a Lola, quien estaba tan maravillada como el resto de las chicas.

¡Había pintado a su hija desnuda! Por lo menos tuvo el recato de cubrir el resto de sus pechos con rosas y una enredadera sobre el pubis, pero Río aparecía como el día que nació.

Mientras se acercaba lentamente al cuadro, Cristóbal se dio cuenta de que era lo más hermoso que había visto nunca. Representaba la inocencia, la femineidad y la sensualidad de una mujer. La de su querida Río, la mujer que Aitor amaba, porque nadie que no sintiera un profundo amor podría haber creado aquella fascinante belleza.

Un aplauso llegó desde el fondo de la sala con una exclamación.

—¡Oh, qué cuadro tan realista! —repuso una voz masculina apartando a la gente a su paso.

Río palideció al escucharla cerrando los ojos.

—Cómo no iban a pintarla como la ramera que es —sentenció el tipo alto y moreno plantándose en medio de la sala.

Aitor se volvió al oír aquel insulto y supo quién era. El conde estaba a punto de llamar a seguridad para echarlo, pero no le dio tiempo. Como una exhalación, el Vikingo se plantó frente a él en dos zancadas.

—¿Tú eres Álvaro? —le preguntó con frialdad.

—El mismo, ¿y tú quién narices eres? — Se mostró soberbio.

—¡El que te va a partir la cara por pegarle a una mujer! —gritó, dándole un brutal puñetazo en el rostro que le hizo caer hacia atrás.

La gente estaba impresionada ante la agresividad de Aitor, pero el conde se quedó paralizado ante sus palabras.

Cogiendo a Álvaro por la camisa, el rubio le levantó con fuerza.

—¡Di la verdad, hijo de puta! —Volvió a descargar otro puñetazo, que le partió la nariz—. ¡Di que querías obligarla a que tu amigo se acostara con ella

delante de ti!

Las chicas rodearon a Río, que sollozaba humillada.

—¡Que le pegaste porque se negó a llevar a cabo tus perversiones! — Descargó un par de potentes golpes sobre el vientre del tipo, que era un muñeco desmadejado entre sus manos.

—¡Basta, Aitor! —Se interpuso el conde entre los dos.

El Vikingo soltó con asco a su víctima y se limpió las manos de sangre con una servilleta.

El conde se acercó a Álvaro, le cogió del pelo y le levantó la cara.

—¿Es verdad lo que dice? ¿Calumniaste a mi hija con una vil mentira, Álvaro? —preguntó con una mirada asesina.

El otro asintió con los ojos hinchados y la nariz sangrando, agarrándose el dolorido costado de rodillas en el suelo.

Con una furia incontenible, el conde asestó un puñetazo tras otro sobre el hombre hasta que se escucharon crujir las costillas. Aitor no esperaba aquella reacción y la aplaudió mentalmente.

Cuando se había desahogado todo lo que quiso, arrastró el cuerpo de Álvaro hasta el centro del salón llevándolo por el pelo, aunque casi no se tenía en pie.

—¡Malnacido, te hundiré junto a tu familia! ¡Nadie en Sevilla volverá a hacer negocios con vosotros! —Le tiró del flequillo para que todo el mundo le viera—. Si vuelves a acercarte a mi hija, ¡te juro que te mataré! ¡Sacad a esta escoria de aquí! —pidió a los de seguridad, que aparecieron en el salón avisados por el director.

Cuando se llevaron a aquel despojo, Cristóbal se aproximó despacio a Río, tomando las manos que tapaban su cara.

—Debiste decírmelo desde el principio, cariño. —Le acarició las mejillas inundadas de lágrimas—. ¿Por qué no lo hiciste?

—Porque me daba vergüenza. Lo siento, papá. —Se abrazó a él, aferrándose a su pecho como cuando era pequeña.

Cristóbal la llenó de besos, la había echado tanto de menos.

—Por fin se acabó, mi niña —le dijo, limpiándole las lágrimas que también se derramaban por su cara.

Lola le miró llorando a coro con las chicas, y en ese momento en el que

sus ojos se encontraron con los de ella, Cristóbal lo tuvo muy claro.

Apartándose de Río un instante, llamó la atención de la gente que murmuraba aún con asombro. Las fechorías de Álvaro no tardarían en salir a la luz en cuestión de horas.

—Señoras y señores, siento este espectáculo que no habíamos planeado. La fiesta sigue en pie y ahora tenemos más motivos para estar felices. Pero quiero decir unas palabras antes de continuar.

El público se arremolinó alrededor del estrado.

—He cometido muchos errores estos años, pero el mayor ha sido con mi hija —se sinceró emocionado—. Siempre he defendido el honor y el emblema de mi casa, a pesar de los escándalos y rumores que han surgido sin que yo pudiera evitarlos. Sé que mañana se hablará de lo que ha ocurrido aquí, más que de los cuadros. ¿Y saben qué? Eso ya no me importa. Porque en todo este tiempo se me olvidó algo muy importante: disfrutar de la vida.

Bajando del estrado se abrió paso hasta Río y las chicas.

—Hoy me he dado cuenta de una cosa. Mi vida quiero que seas tú. —Puso su mano abierta delante de Lola—. Les presento a Lola Mariscal, mi pareja.

La chica se mordió los labios conmovida por el paso que el conde había dado frente a la sociedad. Él le cogió la cara entre sus grandes manos mirándola enamorado.

—Estoy muy orgulloso de tenerte y no pienso esconderme de nadie —le susurró, poniendo la frente contra la suya.

—Esto es lo más bonito que ha hecho alguien por mí, gracias, Cris. —Le besó con pasión, fundiéndose con él en un cálido abrazo entre los aplausos del público.

Río buscó a Aitor entre la gente, no le veía desde que su padre se peleó con Álvaro. Dejó el salón, escudriñó el resto de las salas, el patio donde se celebraba el banquete, incluso salió fuera sin encontrar ni rastro de él.

Volvió al salón con un mal presentimiento. ¿Dónde estaba Aitor?

Capítulo 16

Como tú me miras

Aitor aprovechó el momento de la pelea del conde para regresar al palacio. Sin que ella lo supiera llevaba despidiéndose de Río desde la discusión del desayuno, con el baile en el que la tuvo entre sus brazos por última vez y el regalo del mejor cuadro que había pintado nunca.

Pero era incapaz de decirle adiós en persona sin destrozar su corazón y prefirió huir en la oscuridad de la noche, porque no tenía fuerzas para verla de nuevo o jamás podría marcharse de Sevilla.

Tenía sus cosas recogidas y metidas en el coche, gracias a que siempre mantenía ordenado su material de trabajo y la maleta hecha en unos minutos. Arrancó y condujo por el camino de entrada con amargas lágrimas enturbiando sus ojos.

El móvil, que llevaba cargando en el salpicadero, sonó con una vibración, y apareció el nombre de Río en la pantalla, y con toda la fuerza de voluntad que pudo reunir dejó que sonara sin cogerlo.

Llevaba una hora de camino cuando decidió parar en un autoservicio de la carretera para tomar un café que le despejara. Al bajar del coche escuchó un bufido tras los asientos. Abrió la puerta de atrás y un par de orejas de punta le saludaron moviendo el corto rabo.

—¿Tobi? ¿Pero cómo has entrado ahí? —Se tiró del pelo desesperado mientras el perrillo le lamía nervioso—. ¿Qué voy a hacer contigo? No puedo regresar a dejarte.

Entonces recordó las palabras que tantas veces le había dicho Río: «Ese perro te ha elegido como su dueño». Si se quedaba con él siempre la tendría presente, pero sabía que era incapaz de abandonarlo.

—Tú ganas, enano. Nos vamos a Madrid. —Le rascó las orejas rindiéndose a lo evidente.

En el autoservicio compró una correa, pienso y comederos, incluso un transportín para llevarlo. Pidió un café doble y puso rumbo a casa, aunque dejaba su alma en Sevilla para siempre.

Llegó a Madrid seis horas después, a las siete de la mañana aparcaba

frente a su piso.

Cogió a Tobi y lo sacó a hacer pis por el parque junto al *parking*, se había portado fenomenal durante todo el viaje a pesar de ser solo un cachorro, quietecito y dormido la mayor parte del trayecto en su sitio.

Cuando terminó de atenderlo, cogió las maletas y a su nuevo inquilino y subió los escalones con los hombros agachados como si llevara una pesada carga encima y así era.

Abrió la puerta, dejó los bártulos en la entrada y le puso agua al perro y pienso en la cocina. Después se echó en el sofá sin ni siquiera subir las persianas, dejando el móvil sobre la mesa que permanecía apagado desde que había salido de Sevilla.

Sintiendo un inmenso vacío en su interior, el recuerdo de aquellos ojos grises que tanto amaba se clavó en su alma y dejó que la pena le invadiera llorando como un chiquillo.

Tobi se acercó despacio con un suave gemido, olisqueándole el pelo y dándole con la patita, pues notaba la tristeza de Aitor. Mirando entre lágrimas al que sabía que ya era su perro, lo cogió entre sus brazos, acurrucándose contra su cuerpo cálido y acogedor.

—¿Tú también la echas de menos, eh? —le susurró, quedándose dormido poco a poco por el cansancio.

El conde tuvo que seguir en la fiesta para atender a los invitados, pero Río se marchó a casa mientras Roble acompañaba a las chicas a la suya.

La veterinaria entró en su casita como una exhalación, se cambió el vestido con rapidez por una camiseta y unos pantalones y corrió al palacio. Creía que Aitor estaría en su habitación, había estado buscando en los bares cercanos al museo por si estaba tomando una copa para paliar la rabia de la pelea, pero no había rastro de él.

Al llegar a su dormitorio, vio el armario vacío de su ropa y supo que se había marchado sin ni siquiera despedirse de ella. Le había llamado al móvil el resto de la noche, pero seguía apagado.

Un dolor infinito le hizo reaccionar al fin, cayendo de rodillas en el suelo estremecida por las lágrimas. Pero unos brazos la estrecharon con todo el amor del mundo para calmarla con un arrullo. Su padre la sentó en su regazo

como cuando era pequeña, besándole la cara y meciéndola dulcemente.

—Tranquila, mi niña, todo se arreglará.

—Se ha ido sin ni siquiera decirme adiós, papá. —Se aferró a sus hombros—. Y nunca sabrá cuánto le quiero...

El llanto de Río le dolía en el alma, pero ahora estaba seguro de que aquellos dos cabezotas estaban hechos el uno para el otro.

—Cariño, escúchame. —Le cogió su bonita cara entre las manos—. El cuadro que ha pintado Aitor refleja lo que significas para él, cómo te ve en su corazón.

—Creí que iba a darte una embolia al descubrirlo, ¿entonces, te gusta? — Se sorbió la nariz con el pañuelo que le dio su padre.

—Mentiría si te digo que me sorprendió en un primer momento, pero al menos tuvo la decencia de tapar tus partes más íntimas. —Le sonrió frunciendo los labios—. Tengo que reconocer que es un cuadro precioso. En él no hay el menor rastro de lascivia, sino de fervor. Ese hombre está muy enamorado de ti, Río.

—Entonces, ¿por qué no me ha dicho que me amaba? ¿Por qué se ha ido sin más? —le preguntó, hecha un mar de dudas.

—Porque te quiere a ti, no al apellido que representas ni al dinero que eso implica. Es un hombre orgulloso que quiere vivir de su propio trabajo, y eso le honra. Para él es un dilema que seas la condesa de Teba en un futuro.

—¡Pero no puedo dejar de ser quien soy! —protestó dolida.

—Sí puedes —respondió enigmático.

—No te entiendo, papá. —Se mostró confundida.

—Primero quiero saber una cosa. ¿Estás dispuesta a luchar por Aitor? Porque yo no he criado a una princesa —la miró maravillado—, he criado a una guerrera.

—Sí, papá, lo estoy. Y también soy una guerrera muy cabreada. —Sonrió entre las lágrimas, feliz de volver a tener a su padre con ella.

—Entonces, confía en mí, hija. Tengo un gran plan. —Le guiñó un ojo acariciándole los rizos.

—Te he echado mucho de menos, papá. Perdóname por todo el daño que te he hecho. —Le abrazó con ternura.

—Yo también te he hecho mucho daño, mi niña. Prométeme que las

mentiras nunca volverán a interponerse entre nosotros, Río. Ojalá me hubieras contado cómo te trataba ese pedazo de cabrón. —Le besó la frente, sintiéndose culpable de no haberse dado cuenta antes de que abusara de ella.

—Eso es el pasado. Nada volverá a separarnos, papá. Te lo prometo.

Pasaron dos semanas en las que la exposición fue un gran éxito en Sevilla, los periódicos hablaban maravillas de ella.

En los mentideros, la figura de Álvaro fue vilipendiada y despreciada por la alta sociedad sevillana, que le impidió la entrada a las fiestas privadas que organizaban las mejores familias. Incluso los negocios de su padre sufrieron la ruptura de muchos proyectos con otras empresas, que no querían ver manchado su nombre por un vicioso maltratador.

Y la familia decidió poner tierra de por miedo durante un largo tiempo, marchándose a Londres, donde también tenía sede su empresa.

Río y el conde planeaban su ataque con la precisión de un general, ayudados por sus aliados incluso en la sombra.

Pero alguien había descubierto que tenía un grave problema la mañana después de la exposición.

Mirando el papel que tenía en las manos, la angustia la invadió, pero sabía que era lo mejor y no tenía otra elección. Con todo el dolor de su corazón tomó una decisión que arruinaría todos sus sueños de juventud, pero necesitaba hacerlo sola, no podía decirle la verdad a nadie, ni siquiera a sus amigas.

Unos golpes en la puerta del despacho le distrajeron de los documentos que leía.

—Adelante —resonó la voz grave del conde.

—¿Puedo pasar un momento, Cris? —preguntó Lola, asomándose.

—Tú siempre eres bienvenida, cielo. —Se levantó con una sonrisa que le iluminaba la cara, acercándose para darle un abrazo. Llevaba varios días sin verla, solo habían hablado por teléfono, pero sabía que estaba muy ocupada en el trabajo.

—Tengo algo que decirte. —Intentó aparentar frialdad—. Quiero romper contigo, Cris.

El rostro del conde se volvió lívido al escucharla y la aferró por los

hombros.

—¿De qué demonios estás hablando? ¿Por qué Lola? —alzó la voz disgustado.

—Porque hay otro hombre que conocí en la discoteca antes de enrollarnos aquella noche en tu despacho y me he dado cuenta de que me gusta más que tú. Además, tiene mi edad. —Mintió, dándole el golpe de gracia que le haría odiarla.

Cristóbal sintió aquellas palabras como una bala directa al corazón y con el rostro crispado le gritó:

—¿Cómo has podido traicionarme! ¿Te has acostado con él también?

—No, pero lo haré esta noche para empezar una vida juntos. Lo nuestro ha sido solo un capricho pasajero que nunca funcionaría —siguió con la máscara de falsedad—. Lo siento, adiós, Cristóbal.

Abrió la puerta sin volver a mirarle porque estaba segura de que se derrumbaría allí mismo. Corrió por el pasillo hasta el jardín, donde tropezó, y se le cayó el bolso de viaje que llevaba colgado al hombro. Llorando desconsolada metió a trompicones sus cosas, bajó los escalones y entró en el taxi que esperaba en la puerta.

El conde gemía en un llanto amargo, mientras sostenía entre sus manos la cajita negra que iba a ser la sorpresa de esa noche para Lola. Había apostado su felicidad a la carta más alta y había perdido estrepitosamente. Esta vez le habían roto el corazón para siempre y sabía que no volvería a confiar en ninguna otra mujer jamás.

Llamaron a la puerta y se limpió las lágrimas con rapidez antes de invitar a entrar a quien fuera.

—Señor conde, he encontrado este sobre en los escalones del jardín. No sé de quién será, pero parece importante. —Eugenio lo dejó sobre su mesa cuando Cristóbal le pidió que se acercara.

—Gracias —le dijo con voz temblorosa viéndole marchar.

Sacó del sobre el papel que parecía una cita médica y al leerlo se quedó de piedra. No tuvo que hacer muchas cuentas para atar cabos.

Se levantó raudo y salió al pasillo como un desesperado llamando a gritos a Eugenio.

—¿Dónde está Roble? Dile que saque el coche, salimos en diez minutos.

Volvió a su despacho y cogió la sorpresa con un suspiro esperanzado. Roble nunca había visto al conde tan alterado ni siquiera cuando discutía con Río. Estaba nervioso, cagándose en el padre de todo el mundo que les adelantaba, hasta que llegaron a su destino donde aparcó enfrente.

—Puedes volver al palacio, yo cogeré un taxi después. Gracias, hijo —le despidió quitándose el cinturón y saliendo a escape hacia el edificio frente a ellos.

Con el papel en la mano buscó el lugar que ponía en la cita, y estaba llegando al pasillo cuando la vio salir llorando de una sala. Se plantó frente a ella y la cogió por los brazos.

—Dime por Dios que no lo has hecho, Lola —le exigió, temiendo lo peor.

—No he podido abortar a mi bebé. —Se derrumbó en sus brazos con un lamento desgarrador.

—Nuestro bebé de casi dos meses, el mismo tiempo desde aquella primera noche. —La apretó contra su pecho emocionado—. ¿Por qué no me lo has dicho, en vez de esa odiosa mentira?

—Porque soy incapaz de obligarte a nada, ni que me quieras como un deber por lo que ha ocurrido, Cris. Los médicos me han dicho siempre que no podré tener hijos por los quistes de mis ovarios. —Le miró hipando agitada—. Por eso no usé ninguna protección contigo, era imposible que me dejaras embarazada. Estaba desesperada desde que la prueba dio positivo y como puede ser un embarazo de alto riesgo tenía la opción de perderlo. Pero me duele en el alma hacer daño a mi pequeño.

—Lola, quiero a ese bebé, pero aún más a su madre. Cariño, no estás sola porque yo estaré contigo hasta el final. —Le acarició la cara y le limpió las lágrimas con sus besos.

—Apenas nos estamos conociendo, no pretendía hacerte padre de nuevo. ¿No estas enfadado conmigo, Cris? —le preguntó ansiosa, aferrada a su pecho.

—¿Enfadado? ¡Soy el hombre más feliz de la tierra, cielo mío! —La arrulló en sus brazos con las lágrimas corriendo por su apuesto rostro—. Te amo, Lola, y al precioso regalo que llevas dentro de ti.

Ella se aferró a su conde hecha un mar de lágrimas, aliviada al fin de toda la ansiedad que había sentido durante semanas.

—Pero en cuanto pasen los primeros meses de riesgo —sacó la cajita y la abrió delante de ella—, tú y yo nos casamos en la Macarena.

La cogió en volandas y, llenándola de dulces besos, la sacó del hospital para llevarla al palacio, de donde no dejaría que saliera de la cama hasta que el mejor obstetra de Sevilla se lo recomendara.

Para Aitor, las semanas que llevaba en Madrid se habían convertido en un auténtico suplicio.

Estaba muy deprimido, apenas comía y lo único que lograba despejarle un rato era llevar a Tobi al parque para jugar con él, porque solo salía a la calle de ese modo, ya que pedía que le trajeran la compra por internet. Le parecía mentira cuánto necesitaba el consuelo de ese enano peludo, que siempre estaba pegado a sus piernas, siguiéndole por todo el piso constantemente.

Aunque le volvía loco con sus travesuras: se había comido un zapato, dos cojines y le faltó poco para dejarle sin el mando de la tele. Pero viendo el amor con el que el perrillo le miraba, con sus ojitos oscuros que se iluminaban con solo hablarle, no podía enfadarse con él.

Así que siguió los consejos del veterinario al que lo llevó cuando acababa de cumplir los seis meses, para ponerle el chip y continuar con las vacunas. Y poco a poco empezó a transformarse de un perro devora todo a uno mucho más equilibrado, que aprendió trucos muy rápido porque era muy listo, desde dar la patita a sentarse quieto cuando le llamaba.

Aitor estaba tan triste que ya ni le importaba que le chupara la cara dándole besos, al contrario, se sentía querido y necesitado de ese afecto porque Tobi siempre le recordaba a ella.

Tuvo que encender el móvil después de esas dos semanas, donde ya no había más llamadas de Río y sí decenas de su padre. Incluso tenía un par de notificaciones de Skype de Quino y Milena. Pero no tenía ánimos para contestar a ninguna de ellas.

Entonces llamaron al timbre y se levantó del sofá sin ganas para ver quién era por la mirilla.

—Ya me estás contando todo lo que ha pasado, Aitor. —La voz de su padre resonó en el umbral cuando abrió la puerta.

Al ver el estado de su hijo, se alarmó y cerró rápido tras él. Aitor logró mirarle sintiendo una gran opresión en el pecho y dejó que los brazos de Damián le estrecharan fuerte mientras se lamentaba entre lágrimas.

Le llevó al sofá, donde ambos se sentaron y le acarició la cara consolándole.

—¿Por qué duele tanto, papá?

—Porque es la primera vez que te enamoras y dicen que el primer amor es el más fuerte, Aitor.

—¿Cómo sabías que estaba aquí? —Respiró despacio recuperando un poco la compostura—. Se supone que seguiría en Sevilla hasta final de mes.

—El conde me llamó y me dijo que te habías ido sin despedirte de nadie. Las cosas no se hacen así, hijo —le reprendió muy serio.

—No podía decirle adiós a Río. Creí que marcharme esa noche sería lo mejor.

—¿Lo mejor para quién, Aitor? ¿Para ti o para ella? Yo creo que para ninguno de los dos.

Él se mantuvo en silencio lleno de dudas y deseos.

—¿Por qué no te vienes conmigo unos días, cariño? Te sentaría bien. — Le miró preocupado por el demacrado aspecto que tenía.

—No puedo, papá. Gracias a que Isabel envió mi currículum, me han cogido para dar este curso en el Centro Universitario de Artes. Tengo que presentarme allí el día 2.

—¡Esa es una gran noticia! Trabajar te vendrá genial para recuperarte, ya lo verás.

Un ruido de algo dando golpes en la puerta de la cocina sobresaltó a Damián.

—¿Qué es eso Aitor? —Se levantó como un resorte.

Cogió a su padre por los hombros y le acompañó a la cocina, abriendo la puerta donde dos muñecos de goma y un par de pelotas estaban siendo atacados en ese momento.

—Te presento a Tobi, es el nuevo miembro de la familia. Fue a él a quien salvé cuando me hirieron.

Damián llamó entusiasmado al cachorro que corrió hacia él, echándole las patas y lamiéndole como un loco mientras le rascaba la cabeza.

—Hola, Tobi, encantado de conocerte. Soy tu abuelo Damián.
La ocurrencia de su padre le hizo reír por primera vez en semanas.

El día 2 entró en su nuevo trabajo intentando ser positivo y empezar de cero otra vez.

El director Miller, un americano joven, rubio y con una energía desbordante, le enseñó las instalaciones y el método de trabajo de aquella escuela universitaria independiente, que potenciaba la creatividad y las nuevas tecnologías adaptadas al arte.

El viernes empezaban las presentaciones y el lunes su nueva jornada. Aitor empezó a mentalizarse para ello porque seguía muy deprimido y preocupado por algo que no le había ocurrido jamás: no podía pintar.

Lo había intentado con un lienzo en blanco que aún guardaba. Pero en el momento que tomó el estuche de pinceles que Río le regaló, las manos le temblaron. Los sacó de la caja y preparó los que necesitaba dispuesto a crear una nueva musa. Pero las horas pasaron en vano porque cada vez que cerraba los ojos, el cuerpo desnudo de Río dormida aparecía en su mente.

Decidió rendirse al menos por esa vez y cogió el periódico que había comprado esa misma mañana. Leyendo por encima, se paró en seco ante las noticias culturales.

EXPOSICIÓN EN EL CÍRCULO DE BELLAS ARTES.

La colección privada del conde de Teba será expuesta en visita benéfica del 6 al 12 de septiembre, con cuadros de Goya y Murillo.

Aitor se atragantó ante la noticia. Se suponía que la exposición en Madrid sería en octubre o noviembre, ¿por qué aquel adelanto?

Y aunque intentó olvidarla no pudo quitarse de la cabeza la noticia. El primer día de la exposición a última hora de la tarde, entró en el famoso local de la calle Alcalá, nervioso y a la expectativa.

Preguntó la sala donde se exponía y sus ojos descubrieron con orgullo aquellos cuadros en los que tanto había trabajado. Vio cómo el público murmuraba maravillado ante las obras y cómo salían jubilosos de la esquina donde acababa la colección.

Al acercarse, descubrió al comienzo del recorrido una placa donde estaba su nombre como restaurador, y una honda emoción llenó su pecho. Pero

lo que no esperaba al doblar la esquina en la última pared fue ver aquello: el cuadro de Río estaba expuesto en un lugar preferente donde destacaba, llamando la atención como un faro en una noche de niebla.

Poner sus ojos de nuevo en aquella imagen le hizo apretar los labios para contener el sollozo que iba a escaparse de su garganta. Y se quedó contemplando la belleza de la mujer que necesitaba más que el aire hasta que el vigilante le informó de que era la hora de cerrar.

Durante el día Aitor trabajaba en la escuela como un autómata, nada le llenaba lo más mínimo: ni la ilusión de los nuevos alumnos, ni enseñar, algo que adoraba en el pasado y que ahora ni siquiera le emocionaba.

Lo único que le despertaba a la vida cuando salía de preparar las clases de la jornada siguiente era volver a ver ese cuadro a última hora de la tarde. Se había convertido en la única luz que iluminaba sus tinieblas, pero esa noche era la última de la exposición y tenía el alma rota.

La lluvia caía con fuerza, pero él ni siquiera notaba que estaba empapado cuando entró hipnotizado hasta la sala del cuadro para despedirse de él. Grabó en su mente las curvas de Río, aquellas rosas que cubrían sus pechos perfectos que tanto añoraba, la suavidad de sus piernas que casi podía tocar y la mirada de sus grandes ojos grises, que tenía clavada en el alma para siempre.

El tiempo pasó inexorable hasta que oyó al vigilante.

—Señor, vamos a cerrar.

—Gracias —respondió apenas sin aliento, se limpió las lágrimas que corrían por su cara y agachó la cabeza para que no le viera llorar.

—¿Por qué te conformas con mirar ese cuadro si puedes tener en tus brazos a la mujer real? —Escuchó a su espalda sin atreverse a creerlo.

Cuando se dio la vuelta, Río estaba frente a él de brazos cruzados y una expresión colérica en su bonito rostro.

—Porque no merezco a esa mujer —musitó tragando saliva.

—Solo he venido para decirte un par de cosas.

Aitor se mantuvo en silencio, mirándola cabizbajo.

—En primer lugar, ¡eres un maldito cobarde por huir de mí sin darme una sola explicación! —Se plantó muy cerca de él clavándole el índice en el pecho, furiosa.

—Tienes razón, lo soy —repuso con voz grave porque apenas podías hablar.

—En segundo lugar: a pesar de ser un jodido y orgulloso cabezota, me apiadaré de ti, aunque no lo mereces —le explicó enigmática—. Ya no soy la futura condesa de Teba, he renunciado a mi herencia ante notario.

Aitor se quedó boquiabierto, negando sin entender.

—Jamás te pediría eso, no sería justo para ti, Río —respondió avergonzado.

—En eso no tienes voz ni voto, Aitor. —Tronó la voz del conde apareciendo tras ella—. Río ha decidido libremente que su herencia pasará íntegra a su hermano.

—¿Usted tiene más hijos? —Se extrañó, pues siempre había creído que era hija única.

—Volverá a ser papá en unos seis meses. —Ella sonrió al conde con ternura.

—Lola está embarazada y desde luego vamos a casarnos antes de nazca —le contó rebotante de orgullo—. Estoy preparando junto con Joaquín una fundación para mi legado y los cuadros que vaya adquiriendo, en el Museo de Bellas Artes de Sevilla.

—Me alegro por las dos noticias, señor. —Le felicitó con una triste sonrisa.

—Y tú vas a ser el director de restauración de mi fundación.

—Ya le dije que no quiero que nadie me regale nada —contestó con terquedad—. Tengo trabajo aquí.

—Sí, un trabajo que no te llena a juzgar por la mirada muerta en tus ojos que ya no tienen ilusión, salvo cuando se posan en ese cuadro —le habló el conde con dureza—. Tranquilo, que te vas a ganar cada euro que te pague con largas jornadas pegado a esas telas. Solo has visto una pequeña parte de mi colección, Aitor.

—Vikingo, ¿qué otra excusa vas a poner ahora? No volveré a arrastrarme ante otro hombre jamás, ¿te queda claro? Ya veo que solo te atreves a tomar el camino fácil, ¡huir! —le recriminó Río con desprecio dirigiéndose a la salida.

Pero Aitor, en un par de zancadas, tiró de su mano y dándole la vuelta la abrazó y la tomó por la nuca para besarla con desesperación.

—Te quiero, Río, perdóname, cariño. Nunca fue solo sexo y ya no sé vivir sin ti —le confesó al fin con lágrimas en los ojos, aferrándola a su pecho angustiado.

—Ya no tienes que hacerlo, mi amor. Soy solo para ti.

El conde se retiró para dejarles un poco de intimidad, resoplando aliviado por los días tan difíciles que había pasado su hija, luchando consigo misma para no correr al encuentro de Aitor hasta el final de la exposición.

Todos los días se habían quedado, en cada triste visita del profesor, escondidos muy cerca en la sala contigua, con Río llorando en silencio ante el dolor del hombre que amaba. Así había descubierto con sus propios ojos que estaba loco por ella.

Epílogo

Tres meses después

En aquella capilla en la que tanto había hecho travesuras de niño, Aitor esperaba en el altar vestido con la impecable levita gris perla a su preciosa novia.

En los bancos del convento, Damián le miraba con ternura, muy guapo con el traje chaqueta que le había comprado su hijo y limpiándose las lágrimas emocionado junto a Isabel, que también lloraba a mares.

Junto a ellos estaban Quino y Milena, habían sido la sorpresa como regalo de bodas del conde a su yerno, que les había enviado los billetes para que fueran a la boda. Roble, Blanca, Eugenio y Jesús, el marido de Patricia, en la fila de atrás sonreían nerviosos.

El prior del convento oficiaba la boda y entonces resonó el himno nupcial y las puertas de la capilla se abrieron.

Tobi apareció con una pajarita al cuello y la cesta con los anillos en el hocico, un truco que Aitor le había enseñado. Llamándole, el perrillo se sentó muy quieto en una esquina a la derecha de su nuevo papá.

Las chicas llegaron con sus hermosos vestidos en rosa pastel y un pequeño ramo de rosas blancas en sus manos. Salvo Lola, con su enorme barriga de casi seis meses, ya tenía bastante intentando andar sin parecer un pato.

Cuando Río apareció con aquel precioso vestido sencillo, a media manga, con un corpiño entallado y un cinturón de pedrería a juego con la pequeña corona sobre el velo, Aitor pensó que nunca podría haber en la tierra una mujer más bonita que la suya.

Del brazo de su orgulloso padre, el conde vestido con una levita parecida a la del novio, la dejó en manos de Aitor dándole un fuerte abrazo.

—Cúdamela o tus pelotas colgarán de mi chimenea —le soltó al oído entre risas.

Y la ceremonia siguió su curso. Cuando llegó el momento de los anillos, Tobi se acercó a sus papás, dejando el cesto en las manos de Aitor.

Los cogió entre risas y le puso el suyo a Río pronunciando solemne sus

votos, como hizo ella emocionada.

—Yo os declaro marido y mujer —dijo el prior, riendo también cuando Aitor tomó a su mujer en los brazos y le dio un beso de película antes de darle permiso.

Todos aplaudieron y se acercaron para achucharlos. Roble le dio un fuerte abrazo al novio.

—Prometo cuidar tu piso como si fuera mío, tío. Me vas a hacer un favor muy grande, de verdad —repuso emocionado.

—Los alquileres en Madrid son muy caros, sería una tontería tener un piso vacío cuando vas a pasar allí por lo menos un año, o el tiempo que quieras. Mi casa es tu casa, Roble.

—Aprovecha al máximo la beca, señor psicólogo. Porque te quiero de vuelta aquí con la nota más alta como terapeuta equino, ¿me oyes? —le dijo el conde mirándole con orgullo como si fuera su hijo—. Te espera un gran futuro, muchacho. El que te mereces.

Cristóbal se había convertido en su mecenas, pagándole los estudios del máster en Madrid el tiempo que estuviera, mientras Aitor le dejaba su piso libre de gastos. Roble no tuvo más remedio que dar su brazo a torcer y aceptar su ayuda.

Río cogió las manos de Mariajo, que miraba a su chico enternecida.

—Y tú, tranquila, que te llenaremos la maleta de condones cuando te vayas los fines de semana con él —le dijo bajito junto a Lola.

—Sí, hija, no vaya a ser que tu novio se haya contagiado de mi conde y donde ponga el ojo ponga la bala. —Se acarició la barriga entre carcajadas.

—Ya sabéis, no guardéis muy escondidas las galas en el armario, que el mes que viene hay otra boda. —Bromeó Aitor, palmeando la espalda de su suegro.

—Creo que nosotros tampoco los guardaremos, Vikingo —le contó Milena nerviosa.

—¿Vais a venir a la boda? —preguntó esperanzado. Aún no se creía que había podido disfrutar de sus amigos durante dos largas semanas.

—Sí, me temo que tendrán que quedarse —aseguró el conde muy serio.

—¿Tenéis vacaciones en el trabajo, Quino? Si empiezan las clases tras las Navidades.

—No, Vikingo. —Empezó a reírse su amigo.

—Señor director, te presento a tu nuevo equipo de restauración a partir de enero. No van a volver a Argentina como no sea de visita —le contó al fin el conde ante la mirada sorprendida de Aitor.

El Vikingo se abalanzó y abrazó a su suegro, dándole besos en la calva.

—¡Gracias, gracias, Cristóbal!

—No me las des, Vikingo, pienso recordártelo cuando tu cuñado necesite un amiguito para jugar. —Levantó una ceja entre carcajadas.

Mientras la felicidad reinaba en aquella capilla, Tobi se acercó al fondo de la sala olisqueando la bruma invisible que rodeó su cuerpo, y se escondió tras una columna. Luego volvió con su familia, sabiendo que esa noche disfrutaría del banquete también.

«Si ellos pudieran verme descubrirían a un hermoso joven de gráciles y rubios cabellos, cuerpo musculoso y perfecto envuelto en un breve calzón que roza el carcaj que llevo a mi espalda».

Sí, amigos, soy el dios del amor y este ha sido el trabajo más difícil que he tenido en mucho tiempo. Transformarme en un director de universidad sin escrúpulos, la peligrosa dueña de un bar, una viuda con un horno entre las piernas y este saco de pulgas ha sido una odisea más complicada que la de Homero. Pero ha valido la pena para conseguir que el guapo profesor y su preciosa veterinaria acaben en el altar.

Ya estoy afilando mis flechas de nuevo. Si estáis leyendo este libro, tened cuidado.

La próxima puede ser para uno de vosotros...».

FIN